

Un thriller trepidante sobre una princesa de la India
y su lucha contra los nazis



Prólogo de César Vidal

D.J.57

ALFREDO DE BRAGANZA

Alfredo de Braganza ©
Objetivo Madeleine

ISBN: 9781657145726

Edición: Nuria Ochoa y Pilar Fernández

Diseño de portada: Sol Taylor

Maquetación: Jesús Gragera

Impresión: Independently published

Primera Edición 2020



bit.ly/33UoH5X

*Para mi amigo Ernest Seinfeld, superviviente de los campos de
concentración nazis de Auschwitz y Dachau.*



Aunque le arranques los pétalos,
no quitarás belleza a la flor.
Rabindranath Tagore

Tendrás confianza porque hay esperanza,
mirarás alrededor de ti y dormirás con seguridad.
Job, 11, 18

Soy mi propia jefa. Pon eso en tu pipa y fúmatelo.
Greta Garbo en *Anna Christie* (1930)





PROLOGO

por César Vidal

Me llegó una amable solicitud de tierras indias al objeto de que escribiera un prólogo para esta novela. Confieso que ese tipo de peticiones se encuentra entre las que me colocan en un serio compromiso que desearía eludir.

Por un lado, resulta obvio que no puedo atender a todos los ruegos —a los prólogos se suman la lectura de originales o incluso la colaboración—, por la sencilla razón de que su volumen me privaría de unas horas que me resultan preciosas.

Por otro, me encuentro con el problema nada sencillo de la calidad de la obra en cuestión. Asociar el propio nombre a un bodrio es circunstancia nada deseable y que yo evito como algunos huyen de la peste. Por todo esto, cuando Alfredo de Braganza me pidió que escribiera el prólogo para su libro me tenté la ropa.

Por supuesto, lo primero que le pedí fue examinar el original y le aclaré —procuro ser lo más justo posible con todos— que según viera la obra lo escribiría o, sintiéndolo mucho, rechazaría semejante posibilidad. Ahora puedo decir —estas líneas son una clara muestra— que leí la novela con interés y agrado creciente.

Alfredo de Braganza ha conseguido entretejer hasta lograr un artesonado recio de distintas historias poco conocidas, pero más que relevantes, relacionadas con la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, se encuentra uno de los episodios más culpablemente ocultados en la historia de las atrocidades de la terrible conflagración. Me refiero al papel de la Iglesia católica, desde el mismo Vaticano hasta las órdenes religiosas, en el exterminio de judíos y cristianos no católicos que tuvo como escenario la antigua Yugoslavia.

Lejos de intentar reducir las atrocidades cometidas durante la ocupación, la Iglesia católica se sumó a ellas como parte activa y en no pocas ocasiones fue incluso más lejos en crueldad y vesania que los propios nazis. Fue esa matanza masiva y sistemática de serbios ortodoxos y de judíos —matanza en

la que destacaron algunas órdenes religiosas como los franciscanos— la que explica muchas atrocidades de la posguerra, el papel de la Santa Sede cuando Yugoslavia comenzó a cuartearse tras la muerte de Tito y la espiral de exterminio despiadado en que se vio envuelta una nación creada tras la Primera Guerra Mundial y aniquilada al final de la Guerra Fría. Colocar el foco sobre personajes como el arzobispo Stepinac —siempre respaldado y protegido por el Vaticano—, Ante Pavelic —criminal de guerra que encontró refugio en la España de Franco— o los sacerdotes genocidas es, sin duda, un riesgo, pero merece la gratitud de los que deseen conocer la historia de Europa como realmente fue y no como se cuenta —o se oculta— interesadamente.

No menos interesante que ese terrible episodio son las tramas en torno a un personaje tan fascinante como Noor-un-Nisa Inayat Khan.

Su figura nos permite acercarnos al mundo anticolonialista previo a la Segunda Guerra Mundial, pero también a un universo respunteado por figuras de primerísimo orden, como Rabindranath Tagore, Isadora Duncan o Cole Porter, aquí mencionadas porque, efectivamente, fueron parte indispensable de un periodo de entreguerras convulso, aunque no exento de belleza.

Pero la extraordinaria Noor nos permite también —no deseo desvelar detalles— conocer el mundo de la Resistencia contra el invasor nazi.

A través de los capítulos de la novela, el lector se verá llevado de la India a las celdas de la Gestapo, de la Inglaterra enfrentada con Hitler a las escenas horribles del Holocausto, de las sacristías donde se fraguaba el crimen en masa a la esperanza de la libertad.

Con seguridad, al surcar estas páginas sufrirá, se angustiará, quedará impresionado por el horror pero, a la vez, descubrirá un canto a la lucha contra la tiranía, a la fe en algo que sobrepasa a la muerte y al amor. No es, desde luego, poco. Y no les entretengo más. La novela les espera.

Contenido

[Prefacio](#)

[capítulo 1](#)

[capítulo 2](#)

[capítulo 3](#)

[capítulo 4](#)

[capítulo 5](#)

[capítulo 6](#)

[capítulo 7](#)

[capítulo 8](#)

[capítulo 9](#)

[capítulo 10](#)

[capítulo 11](#)

[capítulo 12](#)

[capítulo 13](#)

[capítulo 14](#)

[capítulo 15](#)

[capítulo 16](#)

[capítulo 17](#)

[capítulo 18](#)

[capítulo 19](#)

[capítulo 20](#)

[capítulo 21](#)

[capítulo 22](#)

[capítulo 23](#)

[capítulo 24](#)

[capítulo 25](#)

[capítulo 26](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[FUENTES](#)

OBJETIVO MADELEINE





Prefacio

8 de julio de 1943.

Zagreb, capital del Estado Independiente de Croacia, gobierno títere del III Reich.

En la noche del 8 de julio de 1943, el arzobispo católico de Zagreb, Aloysius Viktor Stepinac, que antes de su actual cargo fue el obispo católico más joven del mundo, vio interrumpida la cena con sus hombres de confianza —líderes extremistas croatas muy influyentes en Yugoslavia— al recibir una llamada telefónica. En ella se le comunicaba que un grupo de partisanos, junto con dos agentes británicos, habían sido arrestados cuando pretendían escapar a Francia con documentación comprometida para su persona: la incriminación de la Iglesia católica croata en las masacres que se estaban produciendo en el campo de concentración de Jasenovac.

En los documentos incautados aparecían nombres de testigos locales y se mencionaba la permisividad que el papa Pío XII le concedía, entre otros motivos porque el arzobispado había estado expoliando de Yugoslavia cantidades inmensas de oro que se enviaban a Roma.

Asimismo, en la documentación estaba escrito el nombre clave de una operadora de radio con la que pretendían reunirse en París para que transmitiese a Londres las coordenadas de la localización geográfica del campo de concentración, de cara a un posible bombardeo por parte de los aliados. La agente británica, operadora de radio del grupo de la Resistencia francesa Prosper, se llamaba Madeleine...



capítulo 1

Dos guardias la escoltaban por el pasillo en dirección al despacho del intérprete y jefe de sección Karl-Maria Steinbrinck. Los duros suelos y las paredes desnudas hacían que los pasos resonaran como si estuvieran recorriendo el interior de una catedral.

Mientras caminaban por los angostos pasillos, escuchaba a lo lejos un constante griterío, así como llantos, golpes, portazos y más pisadas de botas. Ella aún experimentaba un tremendo temblor por todo el cuerpo que no podía ocultar. Su rostro era pálido y los ojos, oscuros y cansados por la falta de sueño, reflejaban su mirada ansiosa. El pelo, teñido de forma irregular debido al continuo cambio de color que se había aplicado durante los últimos días para evitar ser reconocida, era marrón claro. Tenía miedo y era consciente de que estaba dejando ver su debilidad. Intentaba controlar sus sentimientos, pero no lo conseguía.

Probablemente le quedarán algunos minutos de vida. Había oído hablar de las brutalidades que la Gestapo cometía en sus interrogatorios y no podía evitar que se exteriorizase su sensación de angustia por lo que pudiesen hacer con ella.

—Vamos a empezar. ¿Su nombre como agente clandestino? —preguntó Steinbrinck con voz tranquila y firme, de barítono, acostumbrada a dar órdenes; sujetaba una estilográfica sobre un documento.

El oficial alemán estaba cruzado de piernas mientras apoyaba un codo sobre la mesa. Observó a la joven prisionera al tiempo que exhalaba muy despacio el humo de su cigarrillo.

—No diré nada, nada, ¡nada! —contestó subiendo el tono de voz, todavía temblando y con respiración profunda.

Era guapa, Steinbrinck se daba cuenta ahora. Ese estado de cólera le agrandaba sus ojos negros almendrados y le coloreaba las mejillas. Creía

saber que su nombre real era Nora Baker, alias Madeleine. En el momento de su arresto recogieron una libreta llena de claves y mensajes, la misma que tantas veces sus compañeros le habían advertido del peligro de llevarla consigo a todas partes y le habían aconsejado destruir.

Los miembros de su grupo fueron detenidos uno tras otro y solo había quedado ella. Todos sus compañeros del circuito Prosper fueron capturados, interrogados y torturados hasta la muerte; unos fueron fusilados y otros enviados a campos de concentración en Alemania. Incluso aquellos cuya obsesión por la seguridad rayaba en la paranoia, finalmente cayeron en emboscadas como fichas de dominó tras ser delatados por sus propios compañeros, quienes fueron sometidos a formas tan intensas de tortura que los métodos empleados por la Inquisición española no eran sino simples amonestaciones.

Todos los agentes de Prosper y la mayoría de los componentes de subgrupos de la Resistencia desaparecieron en tan solo un mes por las delaciones, incluso el jefe del grupo acabó cediendo y colaboró con los nazis. “En la guerra, cuando los jefes se equivocan, siempre muere gente”, pensó para sus adentros Steinbrinck.

Desde hacía días, el departamento de Steinbrinck y ella habían estado como el gato y el ratón por todo París. Aun siendo la menos experimentada de su grupo y por cuya supervivencia en la Francia ocupada Londres no había apostado ni una semana, sobrevivió porque era organizada, meticulosa, inflexible y reaccionaba con rapidez. Sin embargo, en Inglaterra habían desestimado sus posibilidades. Aquel ‘patito feo’, considerado una oveja de sacrificio con el fin de mantener la atención de la Gestapo en París mientras los aliados atacaban a los alemanes en otros frentes, se había convertido en felino.

Sabía todos los nombres y todas las direcciones de los miembros de la Resistencia francesa que dieron apoyo al circuito británico Prosper. Ella no pudo destruir su libreta porque tenía numerosos códigos apuntados que necesitaba para transmitir sus mensajes a Inglaterra. Además, en el momento de su detención, estaba esperando el mensaje de un agente clandestino procedente de Yugoslavia, conocido con el seudónimo de Buckthorn.

Steinbrinck quería ganar tiempo para conocer a la prisionera y estudiar cómo conseguir que hablase antes de presentarla en el sótano del edificio, antes de la agonía de la tortura. Su meta era que una célula lo condujera a otra y así, en cadena, causar irreparables daños a la Resistencia y sus circuitos de

agentes británicos que operaban en suelo francés. Una vez conseguido su propósito, sería como matar ratones dentro de un agujero utilizando una escopeta.

Era indudable que la prisionera tenía información privilegiada y el mero hecho de que fuera una mujer siempre era muy útil. Normalmente se desmoronaban, hipaban, sollozaban, murmuraban palabras ininteligibles, pero enseguida se ponían a hablar y hablar sin parar, tan solo interrumpidas por sus tartamudeos y su nerviosismo al estar muertas de miedo; daban detalles nimios e incluso muy precisos pensando que así saldrían con vida de la infame avenida Foch.

Ningún individuo soportaba el dolor eternamente aunque, por desgracia, durante el tiempo de detención e interrogatorio no había nada garantizado. Steinbrinck había visto cómo prisioneros curtidos por el sol, que parecían sacados del pueblo más rural del interior de Francia, estaban lo bastante bien preparados como para inventarse mentiras imposibles de descubrir. También tenía mucha experiencia con agentes extranjeros a quienes se les ocurrían ingeniosas formas de cometer suicidio cuando la tortura empezaba a resultarles imposible. Pero con Noor era diferente. Aquella mujer daba una imagen de sofisticación exótica en su modo de expresarse y encontraba inusual su movimiento corporal. Su acento al hablar francés resultaba musical, dulce y armonioso a los oídos. Por mucho que se esforzaba, no adivinaba el lugar de donde provenía esa persona. Daba gusto escucharla hablar aunque sus palabras fuesen parcas. Si la audacia de la prisionera era tan exquisita que había evitado ser arrestada desde hacía días, quería decir que aquella joven estaba realmente entrenada y, de forma premeditada, podía dar información falsa en caso de ser detenida por la Gestapo. Si había sido así, cuando la tortura la doblegara, todo lo que dijera formaría parte de un engaño perfectamente planeado por Londres.

—Quiero saber con quién trabajaba, quiero saber quién le conseguía los apartamentos desocupados para transmitir por radio y con quién se reunía usted a diario —dijo Steinbrinck de manera paciente mientras apagaba el cigarrillo en un grueso cenicero de cristal lleno de colillas.

De pie en medio del despacho, guardó silencio y miró en dirección a la ventana. Steinbrinck la observaba con asombro de arriba abajo mientras vaciaba el cenicero en una papelera situada a sus pies. Sin duda, era alguien especial, pensó. Su aspecto era singular. Nunca había visto una agente británica con ese color de piel, ni mucho menos con ese carácter.

—¿Su nombre? —inquirió de nuevo señalándola con la estilográfica.

—*Reden ist silber, schweigen ist gold*^[1] —dijo de súbito en alemán, ante la sorpresa de Steinbrinck y del soldado de élite de las SS que se encontraba a su izquierda y que dio un respingo al oírla hablar tan correctamente en su idioma materno.

—¡Ufff! Vaya con la *madame*...—dijo Steinbrinck, soltando la estilográfica sobre el tablero de la mesa, poniéndose un nuevo cigarrillo en la comisura de los labios y reclinándose hacia atrás. Soltó un suspiro y sonrió satisfecho por el conocimiento de la prisionera—. Es usted una mujer de muchos talentos. Su pronunciación es muy buena. De hecho, ese acento alemán es de Frankfurt, quizá de la ciudad de la que procede su profesor de idiomas en la escuela de entrenamiento en Inglaterra, ¿no es así? Bueno, es inútil que guarde silencio acerca de la Resistencia. Por lo pronto no podrá delatar a ningún compañero, como sabe usted... Todos han sido arrestados. Usted es el último miembro del grupo.

De pie frente al escritorio del oficial alemán, no podía ocultar su nerviosismo, que se evidenciaba por el temblor de su cuerpo. Llevaba un vestido que había perdido el color y la forma de tanto lavarlo a mano con pastillas de jabón barato durante los últimos días. La solapa izquierda de la blusa estaba manchada de sangre ya seca y desde donde se hallaba sentado el oficial alemán se percibía incluso el fuerte olor a orín que desprendía su ropa sucia.

—Tenemos a un agente doble en Baker Street —añadió Steinbrinck inclinándose y poniendo un fichero encima de su mesa—. Su jefe, el encargado de la sección F, nombre que recibe el departamento británico dedicado a Francia, se llama Selwyn Jepson y lo han entrenado en Beaulieu, en Hampshire. También sabemos que ha recibido entrenamiento de paracaidismo en Manchester. Mire, estas son fotografías del campo donde entrena —dijo, y le mostró una imagen aérea de gran tamaño—. Como verá, lo sabemos todo. No le estoy pidiendo que nos revele nada. De hecho sabemos que se hace llamar Nora Baker y que su alias en la Resistencia es Madeleine. Quiero que admita que tiene usted conocimiento sobre la Resistencia dándome datos precisos, como nombres y direcciones, para que nosotros podamos verificarlos. Esto es todo.

Aquí cometió un error: ella nunca recibió tal entrenamiento en Manchester, sino en Escocia. Según las técnicas de interrogatorio que había aprendido durante su preparación como agente operativo, Steinbrinck

intentaba ganarse sus simpatías al decir que conocía todo sobre su organización. Estaba siendo persuasivo con la prisionera. Su desliz era de manual básico y el alemán se comportaba de forma muy ingenua con ella.

Aunque transcurrieron solo unos segundos, el silencio de la joven hizo que Steinbrinck se diera cuenta de que, aun muerta de miedo, iba a ser muy difícil conseguir información de aquella extraña joven sin utilizar medios de tortura física. Así lo decía su larga experiencia con prisioneros, quienes al mínimo contacto y dominados por el miedo habían dicho todo cuanto quería. Pero ella era diferente. Leyó en su cara que se dejaría matar antes que decirles algo, por nimio que fuera. Se acordó de que en el momento de su detención prefirió morir matando y que después, cuando no tuvo escapatoria, fue directamente a por la pistola en vez de tragarse la píldora de cianuro que, a diferencia de los partisanos franceses, los agentes británicos llevaban consigo en caso de arresto.

Los prisioneros siempre acababan hablando. No había conocido a uno que no lo hubiese hecho. A veces, con los más tercos, la Gestapo había perdido la paciencia y en el sótano, en un exceso de adrenalina y entusiasmo, los habían matado. Pero su jefe, Otto Kramer, esperaba que él consiguiese la información de manera más persuasiva antes de mandarlos abajo donde, decididos a obtener resultados, los agentes podían hacer que la persona más firme y entrenada traicionara a sus mejores camaradas.

La arrestaron el día anterior; una conocida suya la traicionó. Habían estado buscando a la escurridiza agente Madeleine por todo París. Su habilidad para cambiar de apariencia y de sitio al transmitir mensajes con su radio les impidió dar con ella antes. “Como siempre, el enemigo suele estar dentro”, pensó Steinbrinck, y tuvo que ser uno de los suyos quien la delatara. Por fin había dado con la agente británica más buscada durante los últimos días y ahora tenía todo el tiempo que quisiese para hacerla hablar.

Todo ocurrió cuando la furgoneta, con un letrero en ambos costados que decía “Blanchisserie Dauphin”^[2] y que recorría con sigilo las calles para captar señales de transmisiones, confirmó la dirección que les habían dado con antelación, tras el chivatazo de que Noor transmitiría por radio desde ahí. Alertaron a Steinbrinck —que iba detrás en otro vehículo— en el momento en que captaron la señal y cuando esta aumentó de intensidad, justo en el instante en que se acercaron al edificio. Pasaron los minutos. El silencio fue absoluto. Fumaban con nerviosismo cuando el receptor soltó un pitido agudo. Un hombre forzudo de la Gestapo que ocupaba el asiento delantero llevaba

un grueso mazo sobre las rodillas por si había que reventar alguna puerta. Dieron la vuelta a la esquina con rapidez y aparcaron el coche frente a la entrada principal. Cuando él y los soldados irrumpieron de golpe en el apartamento, ella intentó ir por un Colt automático calibre 45 que se encontraba en el cajón de la cómoda, pero no tuvo éxito. Sobre ella cayeron dos soldados que intentaron inmovilizarla en el suelo. No se dejaba agarrar; con fiereza mordió profundamente la mano de uno y otro mientras gritaba y pegaba patadas de manera histérica.

Steinbrinck miró el espectáculo tranquilamente: se sentó en la cama, se cruzó de piernas, abrió su pitillera y encendió un cigarrillo. Observó el comportamiento de la joven, que reaccionó como un animal salvaje, como una tigresa que se resiste a ser llevada al zoológico y da zarpazos y mordiscos a sus atacantes para no ser apresada. Cansado de tantos gritos y viendo que el forcejeo no cesaba, dio un golpe sonoro con la palma de la mano sobre la mesita de noche. El soldado Teichmann, de las SS, entendió de inmediato lo que su superior le mandaba hacer: le pegó un bofetón tan fuerte que la hizo caer sobre una mesita de madera y la dejó tiesa como un clavo.

Steinbrinck escuchó algo pesado que se balanceó dentro del mueble: abrió el cajón, introdujo su mano y esbozó una sonrisa cuando sacó una granada de mano Mills No. 36M.

—Mira qué preciosidades se encuentran en este pequeño apartamento —dijo. Steinbrinck mantuvo su gesto irónico mientras mostraba a los presentes el artefacto explosivo.

La pusieron de pie con las muñecas atadas a la espalda. El cabello le caía sobre la cara y su nariz sangraba a borbotones.

Ahora, un día después de su detención, la veía de pie frente a él en su despacho. Esa misma fiereza que mostró cuando luchó con los soldados en el suelo estaba aún latente y sabía por experiencia propia que no se calmaría. Tendría que utilizar otros métodos. De momento, encontró inútil seguir interrogándola.

—Fuera. Llévensela de vuelta a su celda —ordenó tranquilamente mientras se reclinaba hacia atrás.

Los pesados sonidos de las botas de los soldados que la custodiaban se hicieron oír de nuevo por el pasillo, como si fueran martillos golpeados contra las losas del suelo de mármol del edificio —por su aspecto, daba la impresión de haber sido construido para las personas más influyentes y ricas del mundo— ubicado en el número 84 de la avenida Foch.

Tras su arresto en aquel apartamento desocupado, la transportaron en un Citroën Traction Avant negro, de los que la Gestapo solía usar en Francia, hasta aquel edificio elegante de cinco plantas rematadas por un tejado alto lleno de buhardillas que habían escogido como cuartel general. En la cuarta planta estaba la oficina del Waffen-SS Sturmbannführer, líder de la unidad de asalto, Otto Kramer, la máxima autoridad del servicio de inteligencia durante la ocupación nazi en Francia. En un piso superior se encontraban el despacho de Steinbrinck, además de una habitación para los centinelas, un lavabo, una habitación con baño y, a ambos lados de un largo pasillo, miniceldas para los prisioneros. A primera vista, debido a su escaso tamaño, aquellos cubículos parecían estar destinados a albergar animales y no a personas. En las demás plantas estaban las centralitas y operadores de radio. En el sótano había salas de tortura y todos los sistemas de telefonía automática y amplificadores imprescindibles para líneas de larga distancia. Los edificios colindantes, los números 82 y 86, estaban ocupados por el servicio de inteligencia, los Sicherheitsdienst des Reichsführers-SS (SD), y también por la Gestapo.

La avenida daba nombre al mariscal de campo francés y comandante en jefe de los ejércitos aliados durante la Primera Guerra Mundial, Ferdinand Foch, que aceptó la rendición alemana en 1918. Vengándose de aquella derrota, Hitler eligió simbólicamente aquellos edificios como cuartel general para la Gestapo. Pronto, a oídos de los parisienses, se convirtió en un lugar infame, pues si una persona era llevada a la avenida Foch significaba su tortura y desaparición.

En su solitario confinamiento en aquella sucia celda, la joven prisionera recordó la anécdota que le contó su padre cuando era niña sobre su pariente lejano el sultán Fateh Ali Tipu, más conocido como el Tigre de Mysore y por su abreviación, Sultán Tipu. Este fue de caza al bosque con un amigo francés. Se adentraron en un lugar lleno de tigres. Después de que los rastreadores avistaran a uno, Tipu se bajó del elefante y caminó solo al frente para mostrar su valentía. Se topó cara a cara con aquel felino salvaje. Su fusil no funcionó y se dio cuenta de que, debido a su nerviosismo, había dejado caer su daga al suelo a pocos metros de donde estaba el tigre. En el momento en que el animal saltó sobre él, de inmediato pegó un brinco, rodó sobre la tierra, alcanzó la daga y la clavó con fiereza una y otra vez en el cuerpo del animal hasta quedar exhausto. Por ello, el sultán tenía la imagen de un tigre en su bandera.

Rezó más que nunca para que su padre y su valeroso antepasado indio le

diesen fuerzas. Por ahora ella creía que solo sabían que se hacía llamar Nora Baker, alias Madeleine, y que nadie conocía que su verdadero nombre era Noor y que era una princesa india descendiente del famoso Sultán Tipu del siglo XVIII. No tardaría mucho en darse cuenta de lo equivocada que estaba.



capítulo 2

Nació en el monasterio Vusoko Petrovsky de Moscú el primer día de enero de 1914. La llamaron Noor-un-Nisa Inayat Khan. Su madre, de nacionalidad estadounidense, se llamaba Ora Ray Baker (sobrina de Mary Baker Eddy, fundadora de la Ciencia Cristiana en Estados Unidos), y su padre, nacido en la India, Inayat Khan.

Inayat Khan era un devoto sufí, fundador del movimiento Sufismo Universal, prédica que deseaba transmitir amor, paz, armonía y libertad espirituales a Occidente y que estaba en contra de que otra religión interfiriese con su mensaje. Él era descendiente del sultán del reino de Mysore, llamado Sultán Tipu, miembro fundador del grupo de los jacobinos en Francia. El reinado de este gobernante acabó tras ser derrotado por los británicos en la India del siglo XVIII, donde convergían los intereses de las economías expansionistas europeas y que era territorio disputado por daneses, holandeses, mogoles, franceses e ingleses. Desde entonces, los supervivientes de la familia real vivieron en el exilio y se asentaron en la región de Guyarat, en el norte de la India, donde nació el padre de Noor.

Desde muy joven, Inayat Khan divulgó la música tradicional folclórica, a la que consideraba el mejor camino para el desarrollo espiritual, e incluso introdujo en ella técnicas tradicionales de meditación. Debido a su influencia de la filosofía vedanta, Inayat Khan creía en la tolerancia religiosa, en buena medida inspirado por la tradición mogola en la que los creyentes, especialmente hindúes y musulmanes, podían vencer sus diferencias en pos de lograr la unidad espiritual.

Siguiendo las directrices de sus maestros, que le aconsejaron combinar los ritmos tradicionales y la filosofía sufí para que hubiera un mejor entendimiento entre el este y el oeste, viajó a Estados Unidos junto a un grupo de familiares músicos que se hicieron llamar los Músicos Reales del

Indostán. Ofrecieron conciertos en la Universidad de Columbia y diversas ciudades del país. Durante su estancia en California, dio conferencias en la escuela Ramakrishna de San Francisco, donde conoció a su futura esposa, una joven rubia llamada Ora Ray Baker. Ambos quedaron cautivados por el amor, aunque sus familias desaprobaron la relación. El grupo de Inayat Khan lo apremió para viajar de vuelta a Europa y, antes de partir con destino a Inglaterra, le hizo saber a su joven prometida que la llevaría con él una vez que se hubiese instalado.

En Inglaterra, los Músicos Reales del Indostán no recibieron una calurosa recepción y, en septiembre de 1912, decidieron viajar a Francia pensando que en ese país la música tradicional india tendría una mejor aceptación. No se equivocaron: fascinados por todo lo oriental, los parisienses pronto dejaron sin respiro a los músicos, quienes dieron conferencias y charlas sobre sufismo y conciertos por toda la ciudad. Incluso la famosa bailarina Mata Hari los contrató como parte de su grupo musical, presentándolos como “*mon orchestre*”. Durante aquella estancia en París, Inayat Khan entabló amistad con numerosos miembros del mundo cultural, como el actor Lucien Guitry, la actriz Sarah Bernhardt, el escultor Auguste Rodin, el escritor y compositor Edmond Bailly, la bailarina Isadora Duncan y el músico Claude Debussy.

Con el paso del tiempo decidió romper con el grupo e ir al encuentro de su prometida. Se reunieron en Inglaterra, donde contrajeron matrimonio civil. En aquellos días, por decisión propia, Ora Ray Baker rompió toda relación con su familia norteamericana, la cual se oponía a aceptar a aquel príncipe indio sin reinado y músico itinerante. Además, se cambió el nombre por Amina Shrada Begum y decidió llevar a partir de entonces ropa tradicional india, haciendo del sari su vestimenta principal.

En Londres, Inayat Khan solía reunirse por las mañanas con gente influyente en la cultura, la política y la vida social, y por las tardes daba conciertos con su instrumento musical de madera llamado veena, uno de los más antiguos de la India y algo más grande que el sitar. Desde Moscú recibió una invitación para tocar música clásica india en un local nocturno llamado Maxim's. Una vez ahí, se sintió cautivado por el mundo cultural de Rusia, país que quedó encantado con sus recitales y sus conferencias sobre sufismo. Hizo amistad con Sergei Tolstoi, hijo del novelista León Tolstoi, quien se convirtió en el representante de la sección musical de la orden sufí en Moscú, donde convivían el lujo sofisticado y la pobreza extrema, tal y como sucedía en la India colonial, llena de extravagantes maharajás. Por mediación de su

amigo Sergei Tolstoi conoció al zar Nicolás II e incluso al místico Rasputín.

Noor nació en el monasterio Vusoko Petrovsky, situado a escasa distancia del Kremlin. Su madre quedó horrorizada cuando vio que la enfermera daba de beber café negro a la recién nacida y la masajeaba con un cepillo de pelo duro. Pero más allá de eso, amigos y conocidos les visitaron ofreciéndoles cantos y música. En cambio, en la calle, el espectáculo no era tan alegre ni festivo. La violenta atmósfera social estaba en ebullición: comunistas y anarquistas alentaban una revolución contra el zar. Debido a su conocida amistad con Nicolás II, viendo que corrían peligro y aconsejados por sus amistades, decidieron viajar a Francia, pero tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, el patriarca decidió que debían mudarse a Inglaterra, donde pasaron los siguientes seis años.

En Londres, al contrario que en Moscú, Inayat Khan se sintió decepcionado porque no encontró ningún local al que acudiera una gran afluencia de público para escucharlo. Los efectos de la Gran Guerra hacían cada vez más difícil el sustento de su familia. Incluso los prejuicios imperantes en la sociedad inglesa por los matrimonios mixtos entre una mujer blanca y un hombre de origen indio con piel cetrina llevaron a la madre de Noor a desprenderse de vez en cuando de su vestimenta india para no llamar la atención en la calle. La familia sobrevivía a diario con una ración de arroz y lentejas, hubo días que tan solo una barra de pan era la única comida que había encima de la mesa.

Aun así, Inayat Khan tocó durante una recepción al líder de la independencia de la India, Mahatma Gandhi, a quien, según testigos presenciales de la época, se le derramaron lágrimas por las mejillas al escucharlo tocar la veena con tan profunda devoción. También ofreció numerosos conciertos de caridad a los soldados indios hospitalizados, un gesto que llevó al gobierno británico a sospechar de él y a considerarlo un artista promotor de la independencia y, por tanto, un posible criminal al que había que vigilar. Un día, tras un recital en un hospital ante cientos de soldados de origen indio, llevado por su entusiasmo, empezó a cantar canciones patrióticas de su país ante el júbilo de los enfermos y heridos, lo cual provocó que los británicos le prohibieran celebrar más conciertos en público.

En junio de 1916, nació en Londres el hermano de Noor, a quien llamaron Vilayat. Desde la infancia, estuvieron siempre unidos. Cuando no podían dormir, su padre cantaba y tocaba su instrumento, que pronto les enseñó a

interpretar. Según él, a ninguna persona se le debía despertar de su sueño súbitamente por lo que, pensando en el efecto que la música tiene en la psique y en la salud de las personas en general, Inayat despertaba a sus hijos por las mañanas con suaves cánticos en sánscrito.

La constante situación de angustia, pobreza, muerte y demás efectos que implicaba aquella guerra mundial llevó a Inayat Khan a convertirse en conferenciante. Empezó a dar aliento a los más desfavorecidos y necesitados, se centró en hablar con la gente sobre el significado de la muerte, la meditación y el rezo. Personas que buscaban paz interior y respuestas espirituales que les ayudaran a seguir viviendo durante aquellos días de guerra se convirtieron en su público, que gradualmente fue aumentando en número.

Noor y su hermano vivían en un apartamento abierto de par en par a todo visitante. La casa siempre estaba llena de gente, de estudiantes, músicos, discípulos y curiosos que deseaban aprender sufismo o cualquier filosofía hindú. Noor jugaba en el jardín y los visitantes sonreían al verla hablar con amigas imaginarias; ella les decía que jugaba con sus queridas amigas las hadas. Un día, una niña del vecindario se encaró con ella, argumentando que Santa Claus no existía, que los regalos los ponían los padres y que las hadas eran una mentira, por lo que, para ella, Noor solo pretendía hablar consigo misma. Tras preguntar a su padre sobre la existencia de sus amigas las hadas y de Santa Claus, este frunció levemente el ceño y permaneció inmóvil, pensativo. Sintió por su hija una suerte de lejana compasión y se dijo para sí: “¡Qué cosas tiene esta criatura!”. Finalmente exclamó:

—Cuando existe algo en la imaginación de cualquier persona, ten por seguro que hay un lugar donde su existencia es real.

Aunque aún era muy joven para comprender el significado de tales palabras, Noor sabía que su padre le había pregonado una sabia sentencia que debía ser positiva y se marchaba tan feliz como satisfecha, porque él le había asegurado que las hadas de verdad sí existían y estaban ahí, con ella.



Sentada en el suelo junto a la pared de la húmeda celda del edificio número 84 de la avenida Foch, sonreía amargamente al recordar la figura de su padre, fallecido cuando ella apenas era una adolescente.

Recordó a sus compañeros de la Resistencia, que habían sido detenidos y posteriormente habían desaparecido, quizá muertos después de intensas torturas o enviados a campos de trabajo forzado. Pensó en sus familias, martirizadas por la angustia y el dolor de no saber dónde estaban o qué trabajo realizaban, y que nunca sabrían cómo murieron, tal vez en el más completo anonimato y con nombres clave, lejos de casa, de los suyos.

Se prometió que su sacrificio no sería en vano.

No colaboraría con la Gestapo.

Arrellanándose en la gélida pared, cerró los ojos y comenzó a musitar un canto védico como herramienta de meditación. El poder del sonido resonaba en todo su cuerpo, fortaleciendo su habilidad física, mental y emocional.



capítulo 3

Karl-Maria Steinbrinck nació en Suiza, en el seno de una familia humilde. Sus padres eran inmigrantes procedentes de Hannover. Cuando cumplió trece años se mudaron a Berlín. Su padre regentaba una panadería y el joven Steinbrinck trabajó desde su adolescencia como mensajero. Para financiarse sus estudios, hizo de camarero horas extras en una popular cervecería. Después de estudiar medicina, su familia vio con espanto que se convirtiera en policía, algo poco habitual entre los jóvenes universitarios de entonces, pero él sabía que tenía talento, tal y como comprobaron en el departamento de investigación criminal de la policía de Berlín.

Al comienzo de la guerra, un impulso lo llevó a alistarse en el ejército y, por su experiencia policial, fue reclutado para realizar contraespionaje militar. Desde 1940 fue auxiliar civil, traductor e intérprete para la Gestapo: hablaba inglés con fluidez; alemán, español, italiano y francés a la perfección. De este modo, le encomendaron interrogar a los prisioneros en la avenida Foch. Al principio sentía un orgullo inmenso por su trabajo, ya que pensaba que ayudaba a su país, pero pronto sintió asco y repugnancia cuando vio a su jefe, Otto Kramer, torturar despiadadamente, una y otra vez, a hombres, mujeres, adolescentes e incluso ancianos que poco, o más bien nada, sabían sobre la Resistencia y que solo le servían como instrumentos de desahogo para satisfacer su mente enferma.

De entradas pronunciadas, llevaba el pelo castaño aplastado contra el cráneo y tenía las mejillas marcadas por cicatrices de acné. La boca era pequeña y mantenía los labios muy apretados, tensos. Evitaba siempre recurrir a la violencia. Sabía que las personas se encontraban muertas de miedo por el simple hecho de estar detenidas por la Gestapo en aquella dirección infame. Si tenía que alzar la voz, lo hacía frente a algún obstinado prisionero que pretendía ser agresivo, pero nunca, ni con las personas más

reacias a hablar, recurría a la tortura física.

Era un hombre discreto en la avenida Foch, aunque decidido. Disfrutaba de su posición porque le permitía mirar a los demás por encima del hombro, tanto a los parisinos como a sus propios compatriotas. No le gustaban ni las sorpresas ni las decisiones tomadas a la ligera; más bien analizaba, estudiaba y entonces actuaba. Prefería persuadir a las personas antes de que su jefe las hiciese llamar y las llevaran al sótano, donde el despiadado sargento Hermann Grimminger literalmente las machacaba en la habitación destinada a las torturas. Muchas veces Steinbrinck había tenido éxito, sobre todo cuando los prisioneros habían ‘cantado’ información trascendental, y por este motivo había sido felicitado, ascendido en la Gestapo y hasta condecorado por el mismísimo Himmler. En cambio, en otras ocasiones, los miembros de la Resistencia mejor entrenados no le revelaron nada y, a su pesar, fueron llevados de inmediato al sádico Kramer, quien hacía desaparecer los cuerpos poco después.

Steinbrinck era uno de los no pocos alemanes que pensaba que el Führer había cometido una gran estupidez en Stalingrado, cuando el ejército sufrió una de sus mayores derrotas y donde hubo cientos de miles de muertos y unos noventa mil prisioneros alemanes, incluyendo numerosos generales.

En alguna ocasión cometió la imprudencia de expresarle a su amante francesa en privado, tras una noche llena de alcohol y de frenesí sexual sin límites, algo al respecto.

—No deja de meter la pata una y otra vez. Que él siga vivo es un problema para Alemania. Podríamos haber ganado esta maldita guerra en el 40, en Dunquerque, aplastando a los aliados durante su llamada Operación Dinamo. Pero no, con sus malas decisiones el Führer no dio su permiso para que los Panzers rodaran por la playa. Allí hubiésemos humillado a las tropas aliadas. Hitler no deja de resbalar una vez tras otra.

—Te entiendo, *mon chéri*... —dijo su amante apoyada en la cabecera de la cama, desnuda de cintura para arriba, con una mano sosteniendo un cigarrillo y con la otra una copa de champán—. *Bien sûr*, cualquier persona con sentido común lo comprendería.

El primer día de su llegada a la avenida Foch, el Sturmbannführer Otto Kramer le soltó la siguiente arenga en su despacho:

—¿Usted sabe cuál es nuestro cometido en este edificio y lo que las SS esperan de su trabajo? Aquí estamos porque el Reichsführer Heinrich Himmler nos ha encomendado esta misión. No consideramos a los

prisioneros de este edificio hombres como nosotros. Ellos son una raza inferior, de segunda clase, son cerdos, animales, y no es nuestro cometido tratarlos de modo humano. Desde el Tratado de Versalles hemos aguantado su criminal naturaleza, pero ahora nosotros tenemos el poder. Tenga en cuenta que si esos cerdos de la Resistencia y agentes británicos operando aquí en Francia nos hubiesen sometido, nos habrían cortado a todos la cabeza, no le quepa duda. Por ello no debemos tener miramientos. Ellos son terroristas, que no se le olvide. Ellos no hacen prisioneros: atrapan a un francés que colabora con nosotros y lo ejecutan sin miramientos. Repito, son terroristas sin escrúpulos que han elegido vivir en constante peligro. Y si usted es incapaz de infligir un castigo corporal a una persona y piensa que le puede sonsacar información sin la utilización de una buena golpiza, allá usted; yo quiero resultados. Si no consigue obtener ninguna información relevante, me los envía abajo de inmediato. Cuantos más de esos perros matemos, menos tendremos que alimentar en este edificio.

Una vez, ante la cruel tortura que el ayudante de su jefe, el sargento Grimminger, aplicaba a un prisionero que no era más que un adolescente detenido por participar en un sabotaje contra un cuartel militar alemán, no pudo evitar intervenir.

—¡Herr Kramer! —gritó desesperado al no soportar un segundo más los espantosos gritos del chico—. Debo protestar. No tenemos pruebas acusatorias contra este niño.

—¡Póngase firme cuando hable conmigo! —le ordenó.

Steinbrinck hizo lo que se le ordenaba y por sus venas volvió a borbotear la exigente disciplina de hierro de las SS.

—Usted hizo un juramento al unirse a las SS y juró obediencia a Himmler y a quienes fueran nombrados para mandarle. No me equivoco, ¿verdad?

—*Jawohl*, herr Sturmbannführer.

—Muy bien —dijo Kramer muy enfadado y moviendo ligeramente la cabeza de arriba abajo—. Me gusta que no se haya olvidado. Que no se lo tenga que volver a recordar porque las consecuencias podrían ser desastrosas.

Tras hacer en el aire un gesto con el índice hacia el sargento Grimminger, este dejó caer la porra con tanta fuerza sobre la cabeza del joven que lo mató al instante.



capítulo 4

Noor tuvo un sueño: hablaba con un hombre armado que pertenecía a la odiada milicia francesa, aliada de los nazis. El hombre la paraba en la calle y le preguntaba por sus documentos de identidad. Ella se mostraba amigable y le enseñaba sus papeles, pendiente de no cometer errores que pudieran delatarla. El miliciano no dejaba de hablar; ella, temblando, contestaba una a una a sus preguntas: qué llevaba dentro de la maleta, cuál era el motivo de su viaje a París, cuál era la dirección de sus familiares, si era judía... De repente, se dio cuenta de que se expresaba en inglés, de que había contestado a todas sus preguntas en ese idioma y no en francés, por lo que esperaba que la detuviera en cualquier momento. No sabía si echar a correr. El miliciano sonrió con aspecto macabro y tocó un silbato para llamar la atención de sus compañeros. Todos la apuntaron con sus fusiles. De pronto se vio junto a una enorme pared de ladrillos. Frente a ella se encontraba una columna de fusilamiento que le apuntaba, dispuesta a dispararle.

Se despertó súbitamente tras abrirse la pesada puerta de su celda. Los guardias la llevaron de vuelta al despacho de Steinbrinck.

Noor se fijó en los bellos muebles de la oficina y en la espectacular lámpara chandelier que colgaba del alto techo. Las cortinas estaban recogidas y en la habitación entraba una abundante luz resplandeciente. Sentía una sensación de placer al pisar la alfombra de hilo fino, probablemente proveniente de algún país musulmán, quizá de Persia. Recordó que cuando era niña habían tenido una alfombra parecida en la casa familiar. Respiró y cerró los ojos intentando recordar el olor y el aire puro de los parques de París, el sonido de las hojas secas al pisarlas y el canturreo de los pájaros. Hizo memoria de cómo sonaba el arpa cuando la tocaba acompañando a su profesora, Henriette Rénie, en recitales públicos en aquellos parques. Recordó a su hermano y sus largas caminatas por el zoológico de Londres,

durante las cuales hablaban sobre lo que harían en el futuro, cuando la guerra hubiese terminado; ella expresó su deseo de tener hijos y formar una familia. ¿Sería posible ahora? ¿Moriría asesinada de la forma más cruel? ¿Volvería a Inglaterra, donde su madre vivía sola en un apartamento? Ni su hermano, ni su madre, ni sus amigos ni sus conocidos sabían su paradero y menos aún que era agente británica del Special Operations Executive, mejor conocido por sus siglas como SOE.

A Steinbrinck se le veían grandes bolsas oscuras bajo los ojos. Durante los últimos días no había dormido bien debido al incesante arresto de los numerosos miembros de la Resistencia francesa asociados al circuito Prosper. Su cerebro metódico no lo había dotado con la capacidad necesaria para apuntar y apretar el gatillo de una pistola al rostro de una persona, menos aún golpearla con un garrote. Por este motivo, Steinbrinck era consciente de que, durante el interrogatorio a un prisionero, la Gestapo requería una persona con su experiencia para distinguir la diferencia entre la desinformación y la verdad. Tenía que obtener de Noor información relevante y para eso debía actuar diligentemente, pasar la arena por el cedazo hasta encontrar las pepitas de oro.

La experiencia le había enseñado a leer las emociones de los demás. Vio caminar a muchas mujeres hermosas prisioneras en la avenida Foch, pero muy pocas con la gracia y el estilo de aquella joven de piel color miel, marrón o morena, no sabría decirlo, que parecía cambiar de tono según la intensidad de la luz. Sus ojos negros tenían reflejos dorados que parecían brillar. ¿Quizás habría llorado en la celda? Reclinado detrás de su mesa, percibía su hedionda vestimenta, su respiración y el ritmo irregular de su corazón. Consciente de sus sentimientos, la hizo volver a la realidad.

—No sea tan obstinada. Como le dije, sabemos que su nombre oficial es Nora Baker, alias Madeleine —dijo el alemán mirándola fijamente—. Desconozco su procedencia. Su acento francés es excepcional y, como he podido darme cuenta, también su alemán. Quizá provenga usted de alguna colonia inglesa, ya lo sabremos. De momento quiero que me diga sus contactos con la Resistencia aquí, en París. Quiero saber quién proporciona los apartamentos desocupados desde donde transmitía a Inglaterra. — Steinbrinck mantenía el cuerpo de perfil, como un luchador de esgrima mirando a su oponente por encima del hombro. Levantó el brazo y apuntando el índice como un florete, continuó—: No es necesario que nos pongamos nerviosos, pero es la segunda vez que se lo pregunto. Usted sabe

perfectamente que la Gestapo tiene medios más persuasivos para hacerle hablar y quiero evitarle esa amarga experiencia.

Noor cerró los ojos, tenía que aguzar su ingenio para sortear el interrogatorio. A veces, el propio temor da osadía, pero dudar y pensar demasiado era peligroso en su situación porque el miedo podía llegar a paralizarla. Sabía que el antídoto contra eso era la acción. “Tengo que evitar la compasión”, pensó. No podía controlar el ligero temblor de la mandíbula. El miedo le causaba una perturbación angustiosa. “No le des el placer de ver tu miedo, Noor. No seas estúpida. ¡Maldita sea, deja de temblar!”. Abrió los ojos.

—Necesito ir al baño —balbuceó, temblando al hablar por temor a lo que le pudiese ocurrir de un momento a otro.

Los dos soldados que la custodiaban se miraron. Uno de ellos alzó las cejas, dando a entender que aquella persona era un caso perdido, mientras que el otro hizo una mueca y un ademán e inclinó levemente la cabeza, pensando que ya habían sido bastante pacientes con la prisionera y que era hora de utilizar medios más eficaces.

—Quiero, quiero... quiero lavarme —volvió a decir con síntomas de nerviosismo.

Steinbrinck estaba sorprendido con las reacciones de la joven. Le resultaba un caso singular. Nunca había sentido tanta paciencia con un prisionero y mucho menos con una mujer. Anteriormente nadie, absolutamente nadie, le había pedido lavarse, porque estaban más preocupados por conservar la vida —debido al pánico que les causaba saber que iban a ser torturados— que por asear el cuerpo o sentirse sucios por haberse orinado en la ropa.

—De acuerdo —sentenció Steinbrinck con un aire de suspicacia. Su boca pequeña esbozó una sonrisa fría. Era obvio que el alemán disfrutaba con el azoramiento de su prisionera—. Oler menos no cambiará en nada su destino.

Acto seguido, ordenó a los guardias en alemán que la llevaran al aseo situado en el pasillo.

Los soldados la empujaron hacia dentro. Había un lavabo, una ducha pequeña y, en lo alto, una ventana.

—No, no... ¡Quiero estar sola! —dijo alzando la voz—. No puedo lavarme el cuerpo si ustedes están aquí de pie, mirándome.

Uno de los soldados la tomó del pelo con una mano, mientras que con la otra la asió por el cuello y la empujó contra la pared. En previsión de lo que

estaba seguro de que iba a suceder, ya que los soldados siempre estaban sedientos de sexo, Steinbrinck apareció de repente y cruzó la puerta pacientemente.

—Bien, déjela sola —dijo chasqueando los dedos hacia los guardias para que saliesen del baño. Tras ellos cerró la puerta.

Noor se sentó en el suelo, cerró los ojos para evitar que se le derramaran las lágrimas, respiró profundamente, movió despacio el cuello, en semicírculos, y miró hacia la ventana. Se puso de pie, abrió el grifo, dejó correr el agua y, agarrándose a la alcachofa de la ducha, se aupó hacia la estrecha ventana, abrió el cristal y, aunque rasgó la ropa que llevaba puesta, consiguió salir fuera. Frente a ella se encontró con una pendiente; observó y calculó con fría objetividad los pasos que debía seguir. La brisa le golpeó la cara con toda su frescura. Si conseguía seguir adelante, con cuidado y sin caer al vacío, podría escapar saltando a la azotea de un edificio colindante, forzar alguna ventana y huir por la calle.

Con el corazón palpitante y los músculos en tensión, comenzó a arrastrarse por el tejado. La sangre le fluía por el cerebro como agua en ebullición.

Cuando estaba a mitad del tejado, oyó con sorpresa que Steinbrinck la llamaba desde la ventana de una buhardilla, justo detrás de ella. Había estado observándola mientras se fumaba un cigarrillo y esperaba a que la prisionera decidiese entre continuar o volver otra vez al cuarto de baño, ya que su plan de huida era una locura sin ninguna posibilidad de éxito, ni siquiera para el prisionero mejor preparado físicamente.

—No sea estúpida, no puede salir con vida si persiste en escapar. Con facilidad uno de mis soldados la puede abatir con su rifle, y eso si llega hasta aquel ático —dijo señalando sobre lo alto—. Porque tiene muchas posibilidades de caerse al vacío y morir aplastada en la calle como un perro.

Noor se quedó inmobilizada en la pendiente cuando comprobó que un soldado la apuntaba con un rifle. Presa del pánico, miró hacia abajo, hacia las amplias escalinatas que conducían al edificio, y divisó aquel exclusivo bulevar de la avenida Foch. Los coches circulaban entre señoriales mansiones. A lo lejos caminaban personas por el pavimento, seguramente pertenecientes a la Milicia, la odiada policía de seguridad francesa que hacía el trabajo sucio del régimen con su ropa distintiva de estilo militar: boina, camisa azul de algodón, corbata azul oscuro y pantalones negros con los bajos metidos en botas altas. Podía ver el Arco del Triunfo, el Bosque de

Boulogne y las hileras de jardines ornamentales. Se giró, miró a Steinbrinck y este adivinó de inmediato lo que pasaba por la mente de la joven: saltar y suicidarse.

—Madeleine escúcheme, venga aquí conmigo —le dijo con cierto tono de autoridad—. Si quiere ver a su madre una vez más, no se le ocurra saltar, venga y tome mi mano.

Estaba aterrada, no sabía qué hacer, pero la imagen de su madre pudo más. Claro que quería volver a verla. Pero ¿cómo sabía sobre su existencia y el lazo tan fuerte entre ambas para que la mencionase como método de disuasión? Retrocedió, subió en cuclillas por la pendiente y se agarró a la mano de Steinbrinck, que la levantó y la asió por la cintura para, finalmente, empujarla dentro de la habitación.

De vuelta en la sucia celda, después de que los soldados la aventaran contra el suelo y cerraran la puerta con un portazo parecido al estampido de un cañón, Noor comenzó a llorar y a maldecirse por no haber saltado. Pero deseaba vivir porque amaba la vida. Un sentimiento interior le decía que no fuera fatalista. Quería hacer muchas cosas después de la guerra: tener hijos, escribir libros para niños, seguir tocando instrumentos musicales como el arpa y la veena, aprender a tocar la guitarra española, pasear con su madre... Era consciente de que quizá no viviera para verlo, pero si iba a morir lo haría con dignidad, en silencio, sin revelar ninguna información sobre el SOE ni delatar a miembros de la Resistencia francesa. Que hicieran con su cuerpo lo que quisieran, porque su mente no conseguirían corromperla.

Se sentó, con la espalda erguida y las piernas cruzadas en forma de flor de loto, y se dispuso a meditar, tal y como su padre le había enseñado a hacer siendo niña.



capítulo 5

Después de que el poeta y premio Nobel Rabindranath Tagore devolviese su título de *sir* al gobierno británico, un gesto denodado de apoyo a la iniciativa independentista de la India, y tras la masacre de Jallianwala Bagh, el sentimiento nacionalista indio en el extranjero fue creciendo y ganando adeptos para la causa.

Amigo del poeta bengalí, el padre de Noor también había ofrecido un concierto en honor al Mahatma Gandhi durante su estancia en Londres, así como un recital ante el líder nacionalista Sarojini Naidu. De este modo, cuando un grupo de amigos musulmanes le pidió participar en una colecta a favor de soldados indios hospitalizados, la policía británica pensó que era un elemento peligroso: extremaron más la vigilancia hacia Inayat Khan y mantuvieron el apartamento familiar bajo constante vigilancia.

Ante el seguimiento continuo y las prohibiciones incesantes para hablar y recitar en lugares públicos, lo cual lo privaba de ganarse la vida, numerosos discípulos hicieron una colecta para costearle a él y a su familia unos billetes a Francia. Era la primavera de 1920. Se asentaron en una casa a las afueras de un pueblo llamado Tremblaye, al norte de París. No tenían calefacción y la comida era muy escasa; vivían prácticamente de la caridad de los vecinos. El patriarca consiguió dar recitales en la población vecina, pero sin ningún éxito. Abrumado por las necesidades que pasaba su familia, decidió viajar solo a Génova para recibir las colectas que, con generosidad, sus discípulos querían ofrecerle. Tan pronto como regresó, trasladó a toda la familia a otro pequeño pueblo al sur de París, pero esta vez a un lugar ideal para la meditación y el estudio, un sitio en el que había un puñado de edificios arracimados al borde de la carretera, unas cuantas granjas, una panadería que abastecía a los pocos habitantes y unas casitas de agricultores alrededor.

A Inayat Khan le encantaba el clima benigno de Francia, los paisajes

verdes fuera de París, su literatura y su pintura, pero también la cultura que tenían sus habitantes. Sus discípulos, conscientes de su precariedad económica, lo instaron a crear centros sufís en ciudades europeas donde residían sus estudiantes y a continuar viajando. Así, junto con sus hermanos, antiguos miembros del grupo musical familiar, comenzó a realizar cursos de verano para sus numerosos seguidores, provenientes de diversos países, y los instruyó en música india, en meditación y en filosofía.

Una millonaria viuda danesa llamada madame Egeling, seguidora suya, le ofreció comprarle una residencia donde pudiera vivir con su familia y que además fuera el centro de su enseñanza filosófica. Mientras practicaban senderismo a las afueras de París, vieron una enorme propiedad detrás de una colina rodeada por frondosos árboles y decidieron instalarse en ella. Llamaron a la casa Fazal Manzil, la Casa de las Bendiciones. A distancia, desde las ventanas del último piso, se podía apreciar la catedral de Notre Dame e incluso la Torre Eiffel.

Invitaron a la anciana danesa y discípula sufí a vivir con ellos y a hacerse cargo de la educación de los niños. La mujer aceptó y se convirtió en un miembro más de la familia hasta su fallecimiento, pocos años después. Decoraron la casa con muebles y artículos de toda procedencia pero, en conjunto, se cuidó que el diseño fuera más bien exótico, con alfombras del norte de África, espejos con marcos tallados de madera de mango de la India y lámparas del Medio Oriente, entre otros objetos y muebles que donaron los seguidores de Inayat Khan. En el salón celebraban —sentados en el suelo, rodeados de velas y envueltos en el olor a incienso que se propagaba por el aire— sesiones de meditación que llamaban ‘adoración universal’. El padre de Noor creía que todas las religiones eran en realidad una sola, aunque las personas las denominaban de diferente modo, ya que los diversos cultos practicados por ellas tenían el fin último de acercarse a un único Dios. Aquella idea de tolerancia religiosa influyó en la educación de la joven Noor y fue la causa de que en el futuro tomara ciertas decisiones que tenían que ver con este tema.

Como la madre era norteamericana y además habían pasado los primeros años en Inglaterra, los niños se comunicaban entre sí en inglés, pero como el padre hablaba con sus familiares indios en hindi y en urdu, pronto aprendieron ambos idiomas.

Todos los sábados, Inayat Khan se subía a la terraza de la casa a meditar con la intención de alcanzar el estado de trance. Noor y su hermano subían

sigilosamente y lloraban en silencio al verlo sumido en aquel estado, con los ojos traspuestos. Incluso muchos días, durante el verano, Noor se despertaba antes del amanecer escuchando el rítmico e hipnótico murmullo de las oraciones desde la ventana de su habitación.

Como eran muy traviosos, Inayat Khan les aplicaba una disciplina peculiar: organizaba juicios en las escaleras de la casa y tras hacerles comprender a sus hijos por qué sus acciones no habían estado bien, les dejaba elegir su castigo. Los hermanos decidían cuál era la ‘pena’ que merecían, desde dar diez vueltas corriendo alrededor de la casa hasta saltar en cuclillas de un lado a otro del jardín, sentarse en un rincón sin moverse o guardar silencio durante unas horas. El padre pronunciaba la sentencia en voz alta y golpeaba el suelo con un martillo. Acto seguido, el pequeño Vilayat bajaba las escaleras seguido por su hermana.

Noor todavía no se había formado una opinión sobre la religión, pero se daba cuenta de que no creía en un Dios de reglas vacías y castigos vengativos, y esto era precisamente lo que su padre pretendía inculcar en sus hijos. Los niños crecieron en aquella casa comprendiendo que compartían el amor de su padre con el mundo entero. Inayat Khan era un hombre joven — no tendría más de cuarenta años—, pero con su larga barba y su camisón como vestimenta tradicional de gurú indio tenía el aspecto de alguien mucho mayor.

Desde muy pequeña, Noor acompañaba a su padre cuando este dictaba conferencias sobre filosofía sufí en universidades y museos, como el Guimet de París. Se sentaba entre el auditorio como una más y escuchaba las intervenciones del público que comentaba la charla de su padre. En casa, él mismo le enseñaba cómo sentarse en la postura adecuada para meditar —con las piernas cruzadas y la espalda recta—, pero también cómo cantar ragas y tocar la veena con paciencia y dedicación.

Cuando Noor cumplió ocho años, su madre insistió en que era el momento adecuado para que fuese al colegio cercano y entablase amistad con niños de su edad. En el Collège Moderne de Filles, situado en la región de Suresnes, Noor tuvo problemas de adaptación debido, principalmente, al idioma.

A pesar de vivir en Francia desde hacía tiempo, había estado aislada, como en un oasis, en un mundo imaginario cuyo eje era su padre. Aunque comprendía el francés, no lo hablaba con fluidez y mucho menos podía escribirlo. Tampoco sabía cómo comportarse con las chicas de su edad. Otro problema, y que fue la causa de que la ignorasen durante los primeros días,

fue que los niños de entonces no estaban acostumbrados a relacionarse con extranjeros, por lo que cualquier persona con piel cetrina o mínimamente morena era clasificada de inmediato como proveniente de las lejanas colonias francesas de África o Asia y se le impedía integrarse con facilidad en la clase. Pero gracias a su coraje, a su persistencia en seguir yendo al colegio todos los días con el fin de superar estos obstáculos, la pequeña Noor se fue adaptando poco a poco.

Tras entablar amistad con niños de su edad y comunicarse con sus profesores, estos se dieron cuenta de lo madura que era, a diferencia del resto de sus compañeros —sobre todo en el momento de tomar decisiones—, de su carácter disciplinado y de su forma de analizar y dialogar sobre temas sociales y religiosos.

Entabló una profunda amistad con una niña llamada Raymonde Prénat, de padre francés y madre española. En los cumpleaños de su compañera, Noor le escribía poemas y cartas de felicitación como regalo, en las que también incluía ilustraciones que dibujaba con mucho cuidado. La madre de su amiga preparaba pasteles especialmente cocinados para Noor, ya que la apreciaba por el lazo tan sincero que la unía a su hija, por su gran determinación y su personalidad fuerte e inusual, a pesar de su corta edad.

Desde muy joven, Noor siempre sintió el deber de ayudar a los menos favorecidos y por este motivo, los días en que sus compañeros del colegio cumplían años, les escribía poemas de amistad ilustrados como regalo. Al acercarse el día de Navidad, Noor escribió esto en su carta dirigida a Santa Claus:

Ven, trae rayos de sol brillantes
para regocijar nuestro hogar feliz.
Da a cada niño sus más dulces sueños.
Entonces, yendo entre las ambulantes dulces hadas,
ves a los pobres de las chabolas;
para alegrar cada corazón cansado,
donde todo el mundo está hambriento,
pon en la mesa un pastelillo de mermelada.

Cuando cumplió doce años, Noor se enamoró por primera vez. El chico, Gustav van Baron van Pallandt, tenía diecisiete años y era hijo de un

discípulo danés de su padre. Inayat Khan notaba que su hija bajaba corriendo las escaleras cada vez que la familia danesa los visitaba y se quedaba en la puerta conversando con el chico.

La familia de Noor, conservadora en este sentido, desaprobó la relación.

Cansado por la forma de actuar de su hija, que consideraba muy inmadura, y desde el rellano de las escaleras, Inayat Khan intentó hacerle comprender que, entre otros motivos, los padres de Gustav querían que su hijo fuese sacerdote católico, por lo que ella tenía tajantemente prohibido bajar corriendo a abrirle como si fuesen dos enamorados. El joven, que en aquel momento esperaba detrás de la puerta, escuchó la regañina de Inayat Khan hacia su hija. A pesar de que sabía que el maestro indio nunca aprobaría su relación, el chico seguía visitando la casa con la excusa de aprender la filosofía sufí. Cuando Noor le dijo que su familia desaprobaba su relación, Gustav la amenazó con suicidarse.

El hermano de Noor consideraba que el joven danés era inmaduro e inestable. Una vez más, la familia sintió que Noor debía terminar la relación con él, a pesar de que dar ese paso supusiera perder a importantes discípulos de gran poder económico, como eran sus padres, y a influyentes amistades de Alemania.

Noor comprendía el amor enrarecido de Gustav hacia ella y sabía que era capaz de suicidarse, por eso sintió que para ayudarlo debía mantener su amistad con él.

El padre de Noor había escrito recientemente un estudio sobre la India islámica, en el que mantenía la tesis de que el subcontinente indio sufrió la humillación y la destrucción por parte del islam, tal y como la sufrió África. Según comentaba, el imperio islámico diezmó las grandiosas civilizaciones hindú y budista con la masacre de miles de personas y el envío de mujeres y niños a los mercados de esclavos de Arabia. En cambio, las hijas de las familias hindúes nobles altamente culturizadas y civilizadas fueron vendidas a los iletrados y bárbaros afganos. Dejó a un lado las descripciones engoladas de las bellas arquitecturas musulmanas y escribió sobre la destrucción de la civilización india clásica durante la Antigüedad y el nacimiento de la era medieval, del oscurantismo islámico en la India, de la manera en la que, en el siglo XI, el sultán asesino y saqueador Mahmud Ghaznavi arruinó totalmente la grandiosa civilización india y despojó de sus bienes a la mayoría. Desveló que su intención no era convertir a nadie al islam, sino arruinar templos hindúes. Describió cómo los nuevos instrumentos militares del califa

islámico, los turcos y los mongoles, diezmaron la capturada ciudad de Delhi y convirtieron la totalidad de la India en un enorme campo de esclavos al aire libre. Pero en sus escritos daba justo crédito al emperador mongol —agnóstico, humanista y de mente secular— Akbar el Grande, quien potenció la tolerancia entre religiones e intentó reconciliar las diferencias. Aunque el emperador era analfabeto, Inayat Khan quiso resaltar que Akbar supo rodearse de sabios, además de hacer énfasis en que era amante del conocimiento, mecenas de talentos literarios y patrocinador del arte. Incluso describió cómo invitó a sacerdotes jesuitas cristianos de Goa para que viajaran a su palacio, entablaran discusiones ideológicas e intercambiaran puntos de vista.

Pero a pesar de tener una mente abierta en el ámbito cultural, Inayat Khan no estaba de acuerdo con que su hija Noor hiciera amistad con jóvenes extranjeros y quiso terminar de una vez por todas con la relación que seguía manteniendo con el chico danés. Una tarde, los dos jóvenes se encontraban sentados en el jardín. Con su cortaplumas, él inscribía su nombre y el de Noor en el tronco de un árbol.

—Nosotros dos nos casaremos —dijo Gustav, cogiéndola de la mano—. Porque he decidido no ser sacerdote. No iré más al seminario de Roma.

—Me dejas asombrada. ¿Lo dices en serio?

—Seré abogado y así podré mantenerte con toda clase de lujos.

—¡Pero tú estás loco! —replicó Noor—. ¿Y qué dirá tu padre? ¿Lo aprobará?

—Mira, yo no tengo vocación. Además, he visto las porquerías que hay en los seminarios. Al principio me dio asco todo lo que vi. Hay mucha gente que está ahí sin saber por qué o simplemente porque quieren vivir una existencia cómoda. Leyendo he aprendido lo que es la vida. He leído libros que me han hecho pensar, sufrir, y ya no creo ni en Jesucristo ni en la Santísima Virgen.

—Mi padre me comentó un día que el tuyo está muy decidido a que, en el futuro, obtengas un alto cargo en el Vaticano.

—Porque mi familia tiene amistad con mucha gente influyente del Vaticano y también con personajes de la política. Quieren que tenga un doctorado, que predique, que sea canónigo, obispo y un día papa. Mira, no es que los sacerdotes católicos sean malos, es que la religión es mala ya de por sí. De verdad. Para mí fue como una bofetada cuando lo descubrí. Te lo digo en serio, Noor, mi decisión es inquebrantable. Después del verano no volveré al seminario.

—Pero sin la aprobación de tus padres, ¿cómo vas a vivir?

—El mundo es grande, ¿no es así? —agregó encogiéndose de hombros cándidamente.

—Despierta, Gustav. Todo eso que dices no son más que niñerías.

En aquel momento, Inayat Khan, que había estado observando desde la ventana de su despacho a los jóvenes tomándose de la mano, salió fuera y desde las escaleras llamó a su hija. Una vez a su lado, le ordenó que entrase dentro de la residencia. Inayat Khan se dirigió hacia donde estaba el joven danés. De manera tajante, le prohibió volver otra vez a aquel lugar y le pidió que se lo comunicara a su padre. Le dolía tomar esa decisión, porque lo apreciaba y sentía gran estima por él, sobre todo por el interés personal que mostraba en aprender literatura hinduista y filosofía vedanta. Noor no volvió a verlo nunca más.



Se oyó el sonoro crujido de los cerrojos de la sólida puerta de hierro retumbando dentro de la celda. Noor levantó la cabeza y miró hacia fuera. Erguido militarmente, el centinela se situó frente a ella mientras mantenía abierta la gruesa puerta. Desde el pasillo se oían los pasos de dos personas que se aproximaban.

—Tiene usted un compañero de celda, Nora Baker —dijo el flemático Steinbrinck.

Un hombre rubio, de pelo liso y peinado hacia un lado, uniforme negro de las SS, con la Cruz de Hierro de primera clase colgando de la solapa izquierda de su chaqueta, entró a la celda y se quedó de pie observándola con incredulidad.

Se observaron mutuamente. Noor presentía que lo conocía. Lo había visto con anterioridad pero ¿dónde? Se levantó del suelo para verlo más de cerca. Él le mostraba una sonrisa que le resultaba familiar. Aun así, a ella le costaba reconocerlo.

—Cuánto tiempo... —susurró de forma casi inaudible el extraño visitante, al mismo tiempo que Steinbrinck, que se hallaba en el pasillo, hacía un gesto

al centinela para que cerrase la puerta. Los dos se quedaron en la penumbra.

Ese rostro, esa voz le eran familiares....

—¿Eres tú..., Gustav? —preguntó Noor asombrada.



capítulo 6

Los matrimonios de conveniencia eran muy comunes entre las familias de origen indio. Sin pensárselo dos veces y después de la ruptura de aquel amorío juvenil, Inayat Khan comenzó a buscar un posible candidato para Noor. Decidió que el prometido debía ser el hijo de una rica familia arraigada en la India con la que tuvieran mucha amistad. Una vez concertada la unión, convenció a su hija para que le escribiese a su futuro esposo. La correspondencia, según la costumbre tradicional, a pesar de estar dirigida al joven novio, debía enviarse directamente a sus padres, quienes después de leerla y de no encontrar nada objetable, aprobaban su contenido y se la daban al hijo. Al pasar el tiempo, Noor asumió su compromiso de matrimonio con aquel indio llamado Alladutt Khan. El principal motivo de aquella alianza era que la familia del novio era millonaria, por tanto, el interés del padre de Noor en esa unión era el beneficio económico que obtendría su organización sufista y la independencia de los donadores y devotos europeos.

Para entonces, Inayat Khan había estado viajando extensamente y ganado discípulos en Alemania, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza, Estados Unidos y Escandinavia. Durante su último viaje a Inglaterra, a finales de 1925, cayó seriamente enfermo debido a su actividad frenética sin descanso y a los numerosos viajes. Sintió que su fin estaba cerca, presentía su muerte, y decidió que su último deseo en la vida terrenal era volver a la India para morir ahí. Como un sadhu hindú, decidió romper no solo con todo lo material, sino con cualquier lazo emocional que le causara un debilitamiento espiritual. Por eso, a pesar del dolor causado a su esposa e hijos, se despidió para siempre de toda su familia. Conscientes de que nunca regresaría, se quedaron con el corazón destrozado viéndole partir.

La joven Noor tuvo un sueño premonitorio: el panadero local que hacía la entrega en su casa se marchaba volando en una avioneta. Noor interpretó que

esa persona del sueño que dejaba el pan y se iba para nunca volver, era su padre. Días después de su llegada a la India, Inayat Khan perdió el conocimiento y falleció poco después. La premonición de Noor se había cumplido.

La esposa de Inayat Khan quedó tan afectada psicológicamente que no pudo realizar ninguna actividad física, por lo cual el mantenimiento de la casa recayó en Noor, que entonces tenía trece años. Al cabo de cuatro meses, viajaron a la India para visitar la tumba de Inayat Khan. Fue el primer viaje de la joven adolescente a aquel país exótico que conocía por sus lecturas y por lo que había escuchado de su padre y sus tíos. Aquella experiencia tan intensa fortaleció su ascendencia real; tenía el título de princesa, según la dinastía del Sultán Tipu. Descendientes y parientes lejanos que custodiaban las propiedades la trataron con profundo afecto: le mostraron la vasta biblioteca y demás inmuebles ancestrales que todavía conservaban. En la ciudad de Baroda, fue presentada a su prometido indio, el aún adolescente Alladutt Khan, con quien su padre anhelaba que contrajese matrimonio. Ambos jóvenes entablaron amistad enseguida, sobre todo por el gusto en común de la música clásica india.

Aquel viaje tomó un cariz amargo cuando un familiar propuso que los jóvenes contrajeran matrimonio tan pronto como terminasen los estudios en un colegio de prestigio en Katmandú. La madre de Noor se horrorizó y se angustió al saber que la forzaban a desprenderse para siempre de su hija. Los familiares intentaron convencerla de que no era solo un deber familiar y el deseo de su difunto esposo, sino también el acatamiento del destino, por lo que debía renunciar para siempre a la adolescente Noor y asumir que nunca más volvería a Europa. Su hija era su único sustento para continuar viviendo después de la pérdida de su marido. Temiendo que se la arrebatasen de un día para otro o que la raptasen en la India —país en el que ella no se sentía cómoda para vivir ni en el que tampoco quería ver a su hija instalada para siempre, con una familia de costumbres arcaicas y ancestrales, alejada del mundo occidental y civilizado—, decidió regresar a Francia, dando por terminado el compromiso matrimonial de Noor con el joven Alladutt Khan y los lazos familiares con la India.

De vuelta en casa, toda la responsabilidad de los deberes diarios siguió recayendo en Noor: el jardín y el cuidado de las plantas, la limpieza, la lavandería, las comidas y la atención y cariños a su madre, quien aún no estaba repuesta de la pérdida de su marido. Mientras tanto, los hermanos de

Inayat Khan, instalados en una de las plantas de la residencia, instruían al joven primogénito Vilayat y seguían difundiendo las enseñanzas del difunto maestro realizando cursos sobre filosofía sufí a lo largo del año. Por motivos administrativos, tuvieron que pedir un certificado de defunción a la administración francesa, ya que el gobierno británico en la India les demoraba innecesariamente el documento debido a sus anteriores relaciones con el movimiento independentista indio. Cuando al fin lo recibieron, el nombre del patriarca familiar, Inayat Khan, estaba escrito de forma errónea: decía Vilayat Khan, que era el nombre de su hijo. Los funcionarios franceses pensaron que si seguían las costumbres indias, entonces tanto el padre como el hijo llevarían el mismo nombre. Así pues acreditaron al difunto y como enmendar el error hubiera supuesto más gastos y tiempo, decidieron dejarlo tal cual.

Los devotos visitantes se quedaban admirados al ver a la joven hija de su gurú trabajando con tanta dedicación en el mantenimiento de la residencia. Por sugerencia de la anciana madame Egeling, Noor debía continuar sus estudios superiores en el Lycée de Jeunes Filles Saint-Cloud. Su asignatura favorita era literatura inglesa y francesa. También comenzó a estudiar con mucho entusiasmo nuevos idiomas, como español y alemán, además de destacar en ejercicios físicos. Un día, tras volver de la escuela, Noor notó que el albaricoquero que plantó su padre, y bajo cuya sombra solía sentarse a leer, estaba seco, muerto. Tanto ella como su hermano aceptaron el hecho como causa de su repentino fallecimiento.

Su madre, por su parte, se sentía profundamente dolida por haber sido abandonada y lo repetía una y otra vez, preguntándose a ella misma y a los demás por qué su marido la había dejado para ir a morir a la India, por qué había cortado de tajo la relación con sus seres queridos, por qué había optado por morir en soledad en un país tan lejano. Ora Ray Baker había renunciado a su familia de Estados Unidos para marcharse a Inglaterra y casarse con él por amor. Se había cambiado de nombre e interrumpido la comunicación con su propia familia por devoción a su marido, quien finalmente la había abandonado. Pronto evitó todo lazo con el mundo exterior, incluso salir de su habitación. Noor la consolaba leyendo en voz alta historias breves que escribía para la escuela y, una y otra vez, intentaba hacerle comprender que su padre los protegía y estaba con ellos, y que su deber fue marcharse a la India y morir en paz espiritual, como había sido su deseo. A pesar de que días después la madre consintió en andar fuera del dormitorio, no lo hizo fuera de

la casa, y convirtió el interior de la residencia en su mundo. Rehusó salir al exterior, ni siquiera para ir al colegio de Noor y hablar con las profesoras sobre sus estudios o asistir a las celebraciones, entre ellas a la entrega de un premio por uno de sus trabajos literarios.

Noor era una lectora voraz gracias a la extensa biblioteca que poseía su padre. En los poemas e historias que escribía para la asignatura de literatura, incluía como personajes a pequeñas criaturas siniestras que convivían con mariposas, flores, hadas, bosques y mundos imaginarios. Muy pronto, a los dieciséis años, dio un paso vital en su formación: comenzó a leer libros de filosofía e historia, además de devorar biografías y novelas de aventuras. Su personaje histórico favorito era Juana de Arco.

A los diecisiete años, Noor terminó su formación en el Liceo. Apasionada de la música, habló con su madre sobre su deseo de matricularse en la École Normale de Musique de París, entre cuyo profesorado destacaba la famosa Nadia Boulanger. Era 1931. En los siguientes seis años estuvo estudiando solfeo y diversos instrumentos —como piano y arpa, que le entusiasmaban sobremanera— y asistía a clases particulares impartidas por una profesora llamada Henriette Rénie, de quien aprendió durante un periodo de dos años y a quien, con su arpa, acompañó en recitales públicos en diversos parques de París.

Los hermanos del padre de Noor consideraron que los estudios de la joven eran una cosa secundaria y no les prestaron atención por el hecho de ser mujer ya que, según la tradición, ella debía casarse y unirse a otra familia. Así pues, la atención y cuidado sobre la educación académica recaía solo en su hermano, Vilayat.

Además de estudiar música, la joven sintió inquietud por un curso de psicología infantil y juvenil que se impartía en la Universidad de la Sorbona. Siempre se interesó por los niños y quiso profundizar en el conocimiento de las fases del desarrollo psicológico de los más pequeños. Sentía curiosidad por saber cómo identificar problemas de conducta que sucedían en la vida cotidiana y cómo resolverlos; cómo gestionar y aplicar las técnicas necesarias en casos de ansiedad, depresión, retraso mental, trastornos de alimentación y otros problemas mayores. Con el paso del tiempo, presintió que los familiares de su difunto padre no contaban con ella como futura heredera de su legado sufí, pero su carácter se fortalecía cada vez más, así como su personalidad independiente y su decisión de seguir estudiando y obteniendo conocimientos.

En la École Normale de Musique se enamoró de nuevo. El chico, llamado Jakob Pardo, era un joven judío de origen turco. Al igual que Noor, no tenía padre y vivía solo con su madre, que trabajaba en una lavandería. Casi diez años mayor que Noor, el joven era bastante tranquilo. De pelo negro tizón y piel morena tostada por el sol, siempre tenía una ligera sonrisa en los labios que agradaba a la gente y un aire de confianza en sí mismo que ella admiraba. Sus medios económicos eran tan escasos que a Jakob le costaba mucho pagar a tiempo las matrículas de la escuela. Realizaba con asiduidad viajes esporádicos que duraban un máximo de tres semanas para costearse sus estudios: a principios de verano viajaba a España para recoger almendras; a finales de agosto, durante la vendimia, trabajaba al norte del valle del Ródano, en Francia, recolectando uvas en el viñedo de la Borgoña; y en invierno volvía a España para la recolección de la oliva en los campos de señoríos andaluces y en las tierras de Murcia.

Noor lo invitó un día a su casa y Jakob, con la intención de conocer más sobre la filosofía del sufismo, se interesó por la meditación y las charlas que ahí se llevaban a cabo. Le dieron incluso el nombre indio de Huzoor Nawaz durante aquellos días de iniciación, pero uno de los hermanos del patriarca fallecido, cuya mente era muy cerrada, viendo que la relación con su sobrina iba en serio y se prolongaba, concluyó que Noor nunca contraería matrimonio con alguien que estuviese por debajo de su linaje real y menos aún con un judío.

Los familiares de Noor determinaron que el joven Jakob jamás sería admitido en la familia, no solo por su religión, que era muy distinta a la de ellos, sino porque ella provenía de un linaje indio de monarcas mientras que él descendía de una familia itinerante de origen judío otomano. La mayoría de los discípulos que vivían temporalmente en aquella casa y asistían a los cursos procedían de familias ricas y aristocráticas, pero aquel chico provenía de la más absoluta precariedad. Cuestionada al respecto, su madre también dijo que desaprobaba la relación y argumentó que no era amor lo que Noor sentía por el joven, sino simpatía debido a su pobreza.

A Raymonde Prénat, su amiga de la infancia, le comentó que Jakob era una persona única entre miles y que su familia ni si quiera sabía apreciar que el joven tocase tan brillantemente el piano. No obstante, su amiga sintió que Noor era todavía muy joven para tomarse una relación tan en serio y le dijo que, por su procedencia de un país como Turquía —el cual le daba la impresión, nada más de oír su nombre, de ser tan misterioso como

incivilizado—, el joven no le convenía:

—Y es que, además, es judío —añadió su amiga.

Noor hacía grandes progresos en sus estudios de música. Cuando visitantes sufís de todas partes del mundo asistían a los cursos de verano en la casa, tanto ella como su hermano organizaban recitales con arpa, piano, violín o incluso chelo. Como estudiante de música y discípula de Nadia Boulanger, recibía entradas gratuitas para asistir a conciertos. Acompañada de Jakob, acudía a numerosas representaciones musicales de jazz y de música clásica. Tuvo la suerte de conversar con el virtuoso violinista Joseph Szigetti y conocer al grupo de origen húngaro Léner String Quartet. Además, Noor componía muchas partituras como práctica, la mayoría inspiradas en obras de clásicos famosos a las que daba un toque personal y contemporáneo.

Su presentación en el mundo cultural supuso un cambio en su físico, sobre todo en el vestir. Queriendo mostrarse moderna, según las costumbres de la época, y ya que había cumplido los veinte años, comenzó a maquillarse ligeramente cuando asistía a la escuela. La imagen que daba era la de una joven elegante, con carácter y de personalidad fuerte, la cual también se manifestaba en su manera de andar y de comunicarse abiertamente con la gente. Pronto, los hermanos de su padre desaprobaron el vestir de Noor y le llamaron la atención por ir sola a clase y volver tarde de los conciertos de música. Ella, aunque respetuosa con los mayores, supo evitar que la manejaran o la influyesen en el desempeño de sus actividades diarias.

Aparte de la música, tenía especial interés por la literatura y muchos días invitaba a su casa a los hijos de los vecinos para leerles en voz alta historias fantásticas inspiradas en libros épicos, como el *Ramayana*, el *Mahabharata* y el *Jataka*. Los niños nunca faltaban, les encantaban aquellas historias que para ellos resultaban exóticas, llenas de aventuras y de misterio, con personajes increíbles en un mundo muy lejano.

La relación con su madre se estrechó a medida que pasaba el tiempo. Noor era la fuente de su existencia, se había convertido en su sostén diario. También le leía a ella las historias para niños que escribía en su cuaderno y le dedicaba poemas. Iba mejorando mucho y saliendo de la depresión que le causó la muerte de su marido. Ahora se cambiaba diariamente de ropa y se aseaba sin ayuda de su hija, incluso empezó a vestir al modo occidental y se

hizo llamar oficialmente con su nombre anterior, Ora Ray Baker, cambiando sus documentos de identidad.

Madame Egeling, quien en su día había financiado la residencia, le daba a Noor tres mil francos mensuales para cubrir los gastos del mantenimiento. Toda la responsabilidad en la administración del lugar recaía sobre Noor, que debía ajustar el presupuesto para pagar los servicios de fontanería, arreglar el jardín, comprar la comida, la lavandería y para la ropa de las camas, que cada día se tendía muy temprano por la mañana. Pero además de la presión por mantener en orden la vida doméstica, Noor tenía que lidiar con la insistencia de la familia para que acabara su relación con Jakob Pardo. Su hermano Vilayat le indicó que debía terminar con aquella amistad y dejar de invitar a Jakob a las conferencias y recitales de música que se llevaban a cabo en la residencia. Además, le reiteró que Jakob nunca sería admitido por ser judío.

Finalmente, el noviazgo terminó drásticamente y no por decisión de Noor o de sus familiares, sino porque Jakob y su madre tuvieron que dejar Francia para reunirse en Italia con unos familiares alemanes que habían huido de Berlín, después de que se vieran obligados a cerrar sus tiendas de comestibles por las represalias que estaban sufriendo. La llama de la persecución política y económica a la población judía había sido encendida. Poco a poco se iría propagando hasta culminar aquella serie de pogromos y ataques combinados en la llamada Kristallnacht —la Noche de los Cristales Rotos—, el paso previo al inicio de la Solución Final y del Holocausto.



capítulo 7

Está en contra de la normativa encerrar en una celda a un hombre con una mujer, pero esta vez haremos una excepción —dijo Steinbrinck desde la mirilla, para añadir con un tono complaciente—: Hasta que encontremos un lugar mejor abajo en el sótano para este traidor extranjero que actuaba como agente doble.

Tras quedarse solos en la semioscuridad de la celda, Noor no pudo contener las lágrimas y se abrazó a Gustav. Él pasó el brazo sobre ella, le dio unas palmaditas en el hombro y dejó que ocultara el rostro en su abrigo mientras le daba pequeños besos en la cabeza.

—Vamos, vamos, Noor... —dijo Gustav con un ligero temblor en la voz—. Entereza. Ahora más que nunca tienes que ser fuerte.

—Nunca dudé de tu bondad y cariño, Gustav, aunque nunca pensé que llegarías tan lejos como para convertirte en un agente doble —susurró Noor con lágrimas en las mejillas—. Estoy muy orgullosa de ti.

El hombre volvió la cabeza y la miró a la cara.

—¡Por el amor de Dios! Yo sí que estoy sorprendido al conocer que tú eres una agente británica. Nada menos que operadora de radio. ¿No nos habíamos visto por última vez en aquella casa de tu padre, cerca de París?

—Sí, pero ¿cómo sabes que trabajo para los británicos?

—Me lo ha dicho ese asqueroso oficial de Steinbrinck, que me ponía en una celda junto a una famosa agente británica llamada Nora Baker, cuyo nombre en clave es Madeleine. Nada más verte te he reconocido. No has cambiado nada. Excepto en que estás hecha una mujer —agregó Gustav, quien la observó de arriba abajo con detenimiento. Y agregó—: Y muy atractiva, por cierto.

—Tú sí has cambiado. Has ganado mucho peso. Me acuerdo de que antes estabas muy delgado —comentó Noor, que se incorporó y se sentó frente a él

en el suelo—. Dime, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Llevo operando como agente doble para los británicos desde noviembre del 42. Mi mascarada ha sido perfecta hasta hace unos días, cuando un miembro de la Resistencia polaca dio mi nombre durante un interrogatorio. Ataron cabos sueltos sobre mi incorporación a las SS, cómo había llegado hasta ahí... Y me arrestaron.

—¿Qué van a hacer con nosotros?

—Te seré muy sincero, Noor: a ti te torturarán hasta conocer lo que ellos quieren saber y a mí me fusilarán mañana mismo, dentro de unas horas o quizás en unos minutos.

—¡No! —exclamó ella. Se abalanzó sobre él y lo volvió a abrazar.

—Sí, Noor. Yo soy un espía que trabaja para los aliados y llevo un uniforme del bando enemigo, lo cual es ya una traición. Estoy sentenciado a muerte. En cuanto a ti... —añadió con voz quejumbrosa, mirando hacia un lado—, te han arrestado con esta ropa de civil y si cooperas con ellos serás trasladada a un campo de concentración en Alemania. Si no lo haces, temo que tendrás que sufrir las infames torturas por las que son tan famosos los miembros de la Gestapo en este edificio.

—No diré nada aunque me torturen —sentenció enfurruñada, mirando fijamente a Gustav.

—Este lugar tiene muy mala fama. He oído cosas horripilantes, sobre todo acerca de mujeres de la Resistencia que han estado arrestadas aquí. No quiero que fueren este cuerpo y lo destruyan salvajemente con palos y electrochoques, Noor.

—Abandonaré mi cuerpo. Físicamente estaré muerta, en trance. Nunca sentiré nada y moriré sin dolor.

—¡No digas tonterías! Este no es el momento de predicación sufí, misticismo tantra o de meditación sadhu hindú —dijo Gustav agarrándola de los brazos y mirándola a la cara con seriedad—. No tienes ni la menor idea de lo que pueden hacer contigo. Tienen barrotes con los que, de un solo golpe, te rompen los huesos, suficiente dolor como para hacerte despertar de ese ridículo estado de meditación que dices. Hasta golpean en el pubis a las mujeres, rompen todos sus huesos y las dejan sangrando como animales en un matadero. ¡Olvídalo! A la mínima provocación te aporrearán tanto la cara que tu rostro será irreconocible.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Darme golpes en la cabeza contra la pared hasta que tenga una hemorragia y consiga suicidarme?

—¿Y por qué no lo hiciste antes, Noor? —preguntó Gustav mirando hacia otro lado—. Si todos los agentes británicos tienen píldoras letales, ¿por qué dejaste que te arrestaran con vida?

—Porque no la tenía en el bolsillo, donde debería haberla tenido, sino en un cajón junto a mi pistola. Cuando entraron en mi apartamento me había duchado, cambiado de ropa y había estado transmitiendo a Londres mensajes por radio. Tenía tiempo de salir de aquel piso desocupado para no ser detectada por los radares de los alemanes. Me traicionó alguien que tenía relación con la Resistencia. Quizá tras las torturas debió de hablar, dando direcciones y nombres, y supongo que estuve bajo vigilancia en aquel apartamento. Cuando vi a los alemanes entrar, fui directamente al cajón, porque lo primero que pensé fue morir matando.

—¿Morir matando? ¿Es esto lo que te enseñó el pacifista de tu padre? Pudiste haber tomado la píldora y elegiste ir por la pistola. ¿Has matado alguna vez a alguien, Noor?

—No, nunca —dijo ella con seriedad—. Pero no dudaría en hacerlo. Estoy muy bien entrenada.

—Yo sí, así que sé de lo que hablo. La primera vez te impacta, pero después de hacerlo siete o nueve veces, qué importa ya el número... —dijo Gustav intentando hacerla entrar en razón para continuar con voz más imperativa—: Noor, ahora tienes una segunda y última oportunidad. No decirle nada a la Gestapo significará mucho dolor y sufrimiento, será interminable... Suplicarás que te maten. La única opción que tienes para seguir con vida es decirles lo que sabes y puede que te manden a una fábrica en Alemania a trabajar hasta que esta bestial guerra termine. De otro modo, te pueden meter en un vagón para ganado y enviarte a un campo de exterminio. Quién sabe...

—¿Me estás diciendo que traicione a mis compañeros, a...?

—¿De qué compañeros hablas? —la interrumpió Gustav—. Todos están muertos o arrestados en otras celdas, revelando lo que saben tras horas de intensas torturas. Los que han tenido más suerte estarán ahora de camino a campos de concentración. Lo sé yo, que he estado enviando información privilegiada. He estado pasando informes para el M16 y hasta para el SOE, y manejando documentos de la Gestapo en Prinz Albrecht Straße en Berlín, nada menos. Hace unos días me enteré de la detención del grupo Prosper al que pertenecías, el mayor y más importante grupo de la Resistencia que ha operado en Francia desde la ocupación.

—Si les revelo los nombres y direcciones de los miembros locales que han dado apoyo a la Resistencia los matarán, y no puedo hacer eso. No me lo pidas.

—Noor, no seas ingenua, ¡por Dios! Ellos ya lo saben todo porque obtuvieron toda esa información de tus compañeros británicos que operaban en París. Tú lo has dicho, que alguien de la Resistencia confesó dónde podrías transmitir por radio y ya te tenían vigilada. Tienes que decirles todo lo que sabes para que ellos corroboren la información que ya consiguieron previamente y, en vez de torturarte, te envíen a una fábrica a trabajar junto con otras mujeres hasta el final de la guerra. Te pido solamente que no permanezcas callada, que no guardes silencio, que hables. Además, no todos los franceses son simpatizantes de la Resistencia. No falta quien se encuentre a favor del ideario nazi. Con decirle a la Gestapo nombres clave y direcciones no vas a mandar a ningún francés a la muerte, solo les confirmarás lo que ellos ya conocen. Tampoco pienses que estás colaborando con la Gestapo, solo estás hablando, comunicando lo que sabes para no sufrir y salir de esta celda inmundada de mierda. Trabajando en una fábrica tendrás la compañía de otras mujeres, al menos comerás algo que te pueda mantener con vida.

Noor meneó lentamente la cabeza de un lado a otro. Gustav miró con apremio su reloj de muñeca e hizo un gesto de desaprobación.

—Me queda poco tiempo de vida antes de ser fusilado, quizás unos minutos. Te pido una vez más que les digas los nombres clave de las personas que les proporcionaban los apartamentos desocupados, con qué otros circuitos estaban en contacto, dónde operaban y toda la información que tengas. La Gestapo sabrá que dices la verdad porque ya tiene esa información y tu declaración será mera burocracia. Tras escucharte corroborar sus datos, te mandarán fuera de este infame edificio.

—Gustav, estoy convencida de que la mayoría de los franceses esperan una invasión de los aliados en el frente occidental. Están cansados de vivir bajo la bota nazi.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Dónde has oído hablar de una invasión? —preguntó, frunciendo el ceño ligeramente.

—He estado mandando mensajes por radio a Londres de la Resistencia francesa y de otros circuitos británicos que operan activamente en el sur de Francia para dar apoyo.

—Dile toda esa información a la Gestapo —dijo Gustav de manera ansiosa—. No pierdes nada. No seas tonta. Todos esos informes han sido tan

solo contraseñas; “invasión” puede ser el nombre en clave de un aterrizaje para enviar dinero en efectivo o pistolas... Confiesa a la Gestapo lo que has estado transmitiendo. De hecho, no va a haber nunca ninguna invasión aliada. Ten en cuenta que hoy en día, aunque parezca que se los ha tragado la tierra, sobre todo después de haber quedado desilusionados porque los Panzers no aparecieron por Buckingham, en Londres sobra gente convencida de que Hitler ofrece el gobierno fuerte y renovador que necesita Europa, como Oswald Mosley y sus seguidores. Hay muchos individuos antisemitas que son miembros de la aristocracia, personas que simpatizan con el fascismo y que admiran al Führer. En este sentido, he obtenido la información privilegiada de la Abwehr, la inteligencia alemana, de que el mismo Himmler está ampliando las legiones extranjeras con reclutas de otras nacionalidades; franceses, españoles y prisioneros de guerra indios han pertenecido al ejército británico y los han destacado en el norte de África. Hasta existe una legión americana llamada la Legión George Washington, e incluso hay británicos llamados Britisches Freikorps, en cuyo uniforme portan la Union Jack y tres leopardos en el cuello en lugar de las runas de las SS. Mira en el Vaticano, ¡hasta el papa da su apoyo a los nazis!

—No, Gustav, no diré nada —contestó Noor no sin aprensión, confusa y analizando el tono de las palabras precipitadas de Gustav. Se volvió a sentar en el suelo junto a la pared—. No puedo revelarles nada...

—No seas estúpida, piensa en tu madre. ¿Quieres que la Gestapo la arreste, la traiga aquí y la torture? —exclamó Gustav, quien con un semblante diferente, con voz pausada y tono apesadumbrado, añadió—: Siento mucho la muerte de tu hermano. No se me ocurre en estos momentos decir otra cosa que el habitualmente inadecuado “lo siento”. La verdad es que lo recuerdo como un chico muy agradable, aunque no tuviese una opinión muy favorable de mí. Me ordenó que no siguiese yendo a tu casa y que rompiese mi amistad contigo, pero en aquellos momentos solo era un joven que sentía el deber de proteger a su hermana. Y de verdad siento no haber pasado más tiempo con él, de otro modo se hubiese llevado una opinión más positiva de mí. No querrás dejar a tu madre sola en este mundo...

Noor dio un respingo, se levantó y, de pie frente a Gustav, le dijo:

—Si trabajabas para el M16 y pasabas información al SOE, organización con la que he estado operando como agente, no deberías haber cometido este grave error —y le gritó—: ¡Tú trabajas con los alemanes! Mi madre está a salvo en un apartamento en Inglaterra y en lo que concierne a mi hermano,

presuntamente fallecido como tú dices con tal convicción, te informo de que actualmente pertenece a la Armada británica. Has estado en Fazal Manzil tras la toma de París por los alemanes, ¿no es así?

Noor lo miró fijamente y en esos momentos comprendió su súbita aparición en la celda y el propósito de su insistencia para convencerla de colaborar con la Gestapo. Noor añadió:

—Ese documento de defunción era de mi padre, pero los funcionarios franceses se equivocaron al escribir su nombre. Dejamos ese y otros papeles en el despacho de la casa. Has estado allí, con los nazis, y me has estado engatusando. Me has contado solo mentiras —agregó. Después se puso frente a él y, con lágrimas corriéndole por las mejillas, continuó—: La mejor mentira es aquella que se ajusta todo lo posible a la verdad, ¿no es así? Pues acabas de meter la pata y casi me engañas. Tú no eres más que un sucio traidor, Gustav. Eres un cerdo. Todo esto no ha sido sino un juego para convencerme de delatar a miembros de la Resistencia. Eres uno de ellos. Eres un nazi asqueroso.

Gustav se encogió de hombros y lanzó un bufido de repulsa al darse por perdido.

—Tendrá que ser por las malas —comentó.

Noor se adelantó con fiereza y empezó a golpearlo. Él la agarró y la tiró con fuerza al suelo. Ella cayó en un rincón y volcó un cuenco con agua que le dejó la ropa empapada.



El padre de Gustav estaba obsesionado con las filosofías hindúes y todo lo asociaba a prácticas esotéricas, místicas y leyendas de tiempos oscuros. También le apasionaban las costumbres, ritos, fetichismos, reliquias cristianas católicas, ropajes y colores de vestimentas según la jerarquía, así como la arquitectura romana, el arte de los clásicos, escultores y pintores; la guardia suiza, la Capilla Sixtina, la historia de la Edad Media, la masonería y cualquier parafernalia dentro del Vaticano; sus misteriosas congregaciones y sociedades secretas y el gran poder que estas ostentaban sobre millones de personas; el mundo satánico, las conspiraciones internas, la cantidad de oro

que sus miembros poseían en las arcas; sus manejos políticos, la historia de la Inquisición española con sus crueles métodos de torturas... Todo, en conjunto, suscitó en él el deseo de que su hijo tuviese un día un cargo importante en el Vaticano, que fuese partícipe de la red secreta que consideraba parte del funcionamiento del poder eclesiástico. Pero el destino tenía otros planes para su vástago.

Después de la prohibición que Inayat Khan les impuso, y tras negarse Gustav a seguir internado en Roma, viajaron a Berlín, donde el chico estudió Derecho. En la Alemania de los años treinta los tiempos eran duros, pero su familia, mitad danesa, mitad alemana, era inmensamente rica. Cuando las SS comenzaron a reclutar jóvenes cualificados recién salidos de la universidad para cubrir los escalafones de los mandos superiores, Gustav no se lo pensó dos veces. Su padre era muy amigo de Reinhard Heydrich y debido a su recomendación personal, además de ser rubio, de ojos azules y tener una complexión más o menos atlética, Gustav fue declarado de raza aria pura por la comisión racial de las SS. Asimismo, tras un metódico y exhaustivo estudio de su árbol genealógico para cerciorarse de que no había ningún antepasado judío en su familia, fue seleccionado para el Sicherheitsdienst, el servicio de seguridad de las SS, la corporación encargada de recabar información organizando una red de agentes e informantes a lo largo del Reich, así como en los países ocupados por los nazis.

El joven admiraba profundamente a Adolf Hitler y se consideraba a sí mismo un verdadero nazi. Ahora era mayor general de la policía y Brigadeführer de las SS. El día anterior, Gustav había recibido la orden de reunirse con el Reichsführer Heinrich Himmler en Wewelsburg, el extravagante castillo que el dirigente se hizo construir —influido por su obsesión hacia el ocultismo, por el rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda—, con un coste impresionante de millones de marcos.



—¡Eres una estúpida, Noor! Sí, estuve en tu casa de Fazal Manzil tras la toma de París. Odié a tu padre por la forma en la que me habló y cómo me trató en tu casa. Yo estaba inmensamente enamorado de ti, estaba loco de

amor y él me humilló. “No eres digno de mi hija. No quiero que vuelvas a pisar esta casa, ni te acerques siquiera. Te prohíbo que la vuelvas a ver”, me dijo ese día en el jardín, cuando te comuniqué que no iba a volver como interno al seminario de Roma. Aquella fue la última vez que nos vimos, ¿te acuerdas? A mí siempre me habían atemorizado las chicas hermosas y tú lo eras, mucho, con ese bronceado, el pelo negrísimo y fino como la seda. Me costó ser capaz de charlar correctamente contigo; los primeros días sudaba, tartamudeaba... Al principio me deslumbrabas tanto que tenía miedo de hablarte y mirar de cerca tu hermosa cara. Por eso tardaba en entrar en tu casa y esperaba a que tú me abrieras la puerta. Yo era un niño inmaduro, como la mayoría de los jóvenes a esa edad, pero tu padre me hizo sentir como un insignificante y desgraciado ser vivo. No solo a mí, también a mi padre, que se sintió humillado al conocer el trato que recibí. ¡Yo, proviniendo de una familia de la aristocracia! Pero, como dice el refrán, “A cada cerdo le llega su San Martín”, y me alegré cuando supe que os había abandonado para marcharse a la India. Valiente imbécil. Tanto amor universal y demás patrañas de filosofía sufí y abandona a su mujer e hijos.

»Después de que tu padre me humillara, me fui. Terminé mis estudios de Derecho y me uní al partido nazi. Gracias a los miembros influyentes de mi familia —entre ellos mi tío, que es dueño de una fábrica de armamento en Alemania—, obtuve un cargo de alta responsabilidad en las SS —relató Gustav. Después de un silencio, durante el cual se miraron fijamente a la cara, continuó—: No les revelaré quién eres tú de verdad: Noor Inayat Khan, princesa de la India. Steinbrinck sabe, por tu cuaderno incautado en el apartamento, el aprecio y el amor que tienes hacia tu madre, ya que dentro contenía el inicio de una carta que habías estado escribiendo. Cuando me cuestiona mi superior, herr Ernst Kaltenbrunner, sobre la parada que he hecho en París, diré que creía que era un prisionero con información privilegiada sobre el frente de África.

—Eres un cerdo, Gustav —le espetó Noor, quien se puso de pie visiblemente enfadada—. Me da igual lo que les digas y preferiría que no hicieras nada por mí. Eres una persona llena de rencor y de odio, y esto será tu perdición.

—Bueno, he terminado mi cometido, Noor —sentenció Gustav pasándose un dedo por el cuello de la camisa y quedándose pensativo—. Soy un miembro muy importante en las SS y me dirigía hacia una reunión de suma importancia en el castillo de Himmler en Westfalia, en la pequeña ciudad de

Wewelsburg, cuando me notificaron tu arresto. Al ver la fotografía de la prisionera Nora Baker, no tuve duda de que eras tú. Aquella joven murió hace tiempo y ya no puedo hacer nada por ella, así que te dejo aquí. Por cierto, se me olvidaba: a dos de tus tíos los fusiló una patrulla móvil antes de que yo llegase a Fazal Manzil. La guerra saca lo que la gente lleva dentro: los psicópatas se convierten en soldados de primera, los sádicos en torturadores, las putas no dan abasto en Italia y en Francia, los inteligentes como yo saben lo que les conviene y las víctimas como tú, personas en el más completo anonimato, quieren convertirse en heroínas. —Tras arreglarse las mangas de su uniforme, dio un sonoro golpe con su puño derecho en la puerta metálica. El centinela, después de abrir y cerrar la mirilla, la abrió de golpe. En el umbral de la puerta, añadió en voz baja, casi como en un susurro—: Buena suerte, Noor, o mejor dicho Nora Baker, alias Madeleine...

—¡Te pudrirás en el infierno! —gritó Noor cuando Gustav salió de la celda y el centinela cerró de golpe la puerta.

—No, estás confundida —contestó él con tono siniestro y casi inaudible desde la mirilla rectangular—: Bienvenida tú al infierno.



capítulo 8

El principal cometido del Waffen-SS Sturmbannführer Otto Kramer, jefe de la inteligencia de la Gestapo en la avenida Foch, era lo que se denominaba *Funkspiel*: cuando un operador de radio británico era detenido, se le proponía una alternativa para seguir con vida, que consistía en colaborar y continuar sus transmisiones utilizando sus códigos secretos para no alertar a los ingleses y enviar mensajes dictados por los alemanes. Rechazar tal proposición era sentenciarse a una muerte lenta y bajo tortura. Él fue quien reclutó al infame británico Harold Cole para trabajar como agente doble, traicionando a ciento cincuenta miembros de la Resistencia francesa, de los cuales cincuenta fueron ejecutados por la Gestapo. Por este motivo, Scotland Yard le denominó “el más sucio traidor de la guerra”.

Kramer era de mediana estatura, delgado, de pelo liso, cejas pobladas y oscuras y rasgos muy pronunciados. Tenía unos cuarenta años pero aparentaba muchos más. Si estaba en la calle, sin uniforme y sin sus insignias de las SS, parecía un hombre de la clase obrera o un vendedor ambulante de frutas o verduras. No tenía aspecto distinguido ni de poseer estilo o clase, y aun así vivía con todo tipo de lujos en un hermoso apartamento parisino junto a su esposa, con quien tenía dos hijos, aunque esto no era motivo para privarse de seducir a otras mujeres. Según él, las francesas eran lo más bello del país, junto con los bulevares, los muebles y la pintura. De Francia también le gustaban la comida, el vino, el champán, las *baguettes* y los *croissants* calientes.

Noor caminaba a paso rápido por el pasillo, custodiada por los centinelas. Al frente iba Steinbrinck, quien se encontró en el vestíbulo con Karl Von Grönhagen, el hasta entonces ayudante de su jefe, un individuo de inteligencia privilegiada y fría que le inspiraba respeto. Aquel día se marchaba de París después de ser transferido a un puesto de mayor

responsabilidad en Berlín. Grönhagen observó de arriba abajo a la prisionera, escrutándola con la mirada. Steinbrinck sabía que estudiaba aquel cuerpo y calculaba el tiempo que duraría ante los sádicos métodos de tortura, por mínimos que fueran, por los que herr Kramer se había labrado el apodo de ‘el ángel del diablo’ entre el cuerpo de élite de las SS.

Steinbrinck entró en el despacho. El mobiliario era de apariencia más humilde que el suyo —no tenía gusto— y se reducía a unas cuantas sillas y a un enorme escritorio de madera sólida.

—*Heil Hitler!* —exclamó alzando el brazo tras hacer entrechocar los talones—. Herr Sturmbannführer, la prisionera está aquí.

En la pared había un retrato bastante pequeño de Adolf Hitler y encima del escritorio una foto familiar con unos niños pequeños. Steinbrinck se dio cuenta de que su superior llevaba la pistola y que su intención era dar a entender a los presentes que, aunque tenía un despacho con cierto aire de pretendida modestia, se tomaba muy en serio su trabajo. “Seguro que el muy imbécil no sabe ni utilizarla. Apuesto a que no daría a ningún blanco movable”, pensó para sus adentros.

—Dígale que entre, Steinbrinck —le contestó Kramer sin alzar la mirada, pero sí haciendo un ademán en alto, atento a unos documentos que estaba estudiando—. Deseo conocerla cuanto antes.

Otto Kramer era un hombre habituado a recibir a los visitantes sin moverse de su asiento.

Steinbrinck sabía que el ascenso de su superior en la Gestapo era debido a su lealtad a Hitler, a su entusiasmo por el nacionalsocialismo y a sus orígenes familiares más que por su inteligencia y profesionalidad. Además, pensaba que los altos cargos de la Gestapo conspiraban para reservarse los mejores puestos y mantener alejados de ellos a personas talentosas como él pero que no procedían de familias ricas alemanas. A Steinbrinck le molestaba que Kramer tuviese un cargo con el poder de influir en la vida de las personas y que fuese una nulidad en inteligencia. Él, en cambio, provenía de una familia alemana trabajadora, a quienes no les habían regalado nada en la vida, ni heredado títulos ni patrimonio alguno. Se afilió al partido después de terminar exitosamente sus estudios de medicina y haber trabajado en la Policía, además de alistarse en el ejército alegando ya una experiencia profesional. Consideraba a su jefe un bruto inútil y amargado que tomaba la rápida decisión de mandar a un prisionero a la sala de torturas por su incapacidad intelectual y psicológica de soportar que una persona lo

contrariara, mucho menos si ese individuo era un ser inferior por cuyas venas no corría sangre aria.

En cuanto Noor estuvo frente a su escritorio, Kramer percibió el sobresalto de miedo inicial que experimentaban los prisioneros nada más estar de pie frente a él. Esto lo satisfizo. Los agentes británicos infiltrados en Francia ayudaban a la Resistencia a atentar contra centrales eléctricas, descarrilar trenes, destruir fábricas de armamento alemán, cortar líneas telefónicas e incluso enviaban a los niños a echar grava dentro de los contenedores y depósitos de aceite de los vehículos e inutilizar así tanques y camiones. Pero cuando estaban frente a él, esa valentía se esfumaba y temblaban como escolares al ser reprendidos por una travesura; tartamudeaban, lloraban e imploraban por su vida. Muchos de ellos hablaban, sobre todo tras un breve inicio de lo que él llamaba “el método”.

Vio que el vestido que cubría su cuerpo menudo, pero de buenas proporciones, parecía un abrigo, y le produjo un rebosante sentimiento inusual de atracción sexual hacia la prisionera. Acto seguido, percibió con sorpresa que ese rostro exquisito de Noor adoptaba una expresión desafiante. Steinbrinck ya le había informado sobre el carácter agresivo de la mujer. Asimismo, le llamó la atención que un cargo tan importante en las SS, de camino a reunirse nada menos que con Himmler, se hubiese tomado la molestia de cambiar su itinerario y visitar la celda de la prisionera. El Brigadeführer de las SS, Gustav van Baron van Pallandt, le había dado la orden de mantener con vida a la mujer y no infligirle daño físico. Al ser un oficial de alto rango, conocido por ser muy cercano al comandante en jefe de las SS, Heinrich Himmler, no lo cuestionó y ni se molestó en preguntar el motivo. Pero esto, pensó, no quería decir que no pudiese utilizar otras formas coercitivas para hacerla hablar.

—Parece usted una mujer obstinada, madame Nora, Madeleine, Noor-un-Nisa... o como diablos quiera llamarse —dijo con los ojos cerrados mientras se apretaba el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Su tono de voz era cortés y se percibía en él una calma anormal, como la de un empleado de una casa de pompas fúnebres que ayuda a un cliente lloroso a seleccionar el ataúd para un familiar fallecido. Tras una pausa, levantó la cabeza y la escrutó con la mirada—. Sé que el SOE instruye a sus agentes durante sus entrenamientos para que hablen, pero para que lo hagan, digamos, con respuestas muy difíciles de comprobar. Aunque usted parece que no tiene imaginación: no nos quiere decir ni una mentira piadosa. Insiste en no hablar, ¿no es así?

—No les revelaré ningún código —contestó muy segura de sí misma, lanzando una mirada desafiante.

—Ja, ja, ja. ¡Código! ¿Ha oído, Steinbrinck? ¿De qué código habla esta joven? —preguntó riéndose entre dientes, al mismo tiempo que se levantaba. Situándose frente a Noor, la escrutó de manera amenazadora. Observó cómo ella mantenía su postura de pie, sin intención de retroceder, lo que le indicó que la prisionera era testaruda y no sería fácil sonsacarle información sin infligirle dolor. Sonrió, dio la vuelta, volvió a sentarse y se reclinó en el asiento con un aspecto repentinamente agradable—. Usted ya está transmitiendo a Londres. De hecho, esta mañana les ha pedido bastantes cantidades de pistolas Colt y municiones, además de metralletas Sten, cigarrillos y otras cosas que ya no son de su incumbencia. Pero le informo que la próxima semana su oficina de Londres nos arrojará en paracaídas cientos de toneladas más de armas y muchos explosivos. Conocemos sus indicativos de seguridad. Sabemos descifrar sus códigos, preguntas y las respuestas clave.

Noor lo miró asombrada, intentando entender sus palabras.

Kramer apretó un interruptor. Su secretaria, y sustituta de Karl Von Grönghagen, Erika Schneider, apareció al instante con diligencia majestuosa. Llevaba un delicado perfume francés floral cuyas emanaciones flotaban a su alrededor. Tenía cuarenta y cuatro años y era viuda de guerra. La blusa blanca y la falda negra, que le cubría hasta las rodillas, le daban una imagen de mujer atractiva y sensual.

—Tráigame a Starr —ordenó, sonriendo ante la perplejidad de Noor.

Aquella sonrisa suya, tan sádica y nociva, le aceleraba los latidos del corazón a Erika, lo cual era un motivo más por el que sostenían una relación íntima desde que Kramer tomara su cargo en París.

Steinbrinck sintió la atracción que su jefe causaba en la secretaria y se imaginó cómo se elevaría la fragancia de su piel cálida mientras aquel monstruo sanguinario le quitaba la falda, la blusa y la ropa interior. No, no podía ser, su jefe era como él; ambos habían visto suficiente en la sala de torturas como para poder seguir haciéndole el amor a una mujer como personas normales. No, ellos eran monstruos y como tales se comportaban ante una mujer desnuda: la penetraban de forma brusca, la violaban o eran sádicos con ella.

A los pocos segundos entró el teniente británico Bob Starr, capturado por la Gestapo a principios de 1943, y que desde entonces colaboraba con los

nazis como operador de radio en la avenida Foch. Gracias a sus mensajes falsos, Kramer había recibido innumerables cantidades de dinero en efectivo, municiones, ropa y cigarrillos que los ingleses lanzaban en avión. Los británicos continuaban creyendo que agentes que habían sido arrestados, asesinados o desaparecidos, seguían con vida transmitiendo desde Francia y pedían soporte para la Resistencia. No solo la Gestapo obtuvo muchos productos y dinero, sino que detuvieron a numerosos agentes nada más haber aterrizado en territorios ocupados. Starr conocía los códigos de los operadores, sus contraseñas secretas, y en la libreta de anotaciones de Noor encontró una inmensa información.

—¡Traidor! ¡Hijo de puta! —le espetó Noor.

Con un ligero movimiento de cabeza, Kramer llamó la atención al soldado que la custodiaba y este le pegó un bofetón tan fuerte que la tumbó en el suelo.

—Es suficiente. Levántela —exclamó haciendo un chasquido con los dedos, como si estuviese mandando una orden a un perro entrenado—. Y usted, Starr, ya puede irse y resumir su trabajo.

—Nora Baker, es mejor que colabores —susurró Starr a Noor mientras la agarraba con fuerza de un brazo—. No seas obstinada, tienes todo en tu contra. Conoces los códigos Bletchley de la A a la Z. He leído tu cuaderno. Eres la mejor radioperadora que el SOE ha tenido hasta ahora en suelo francés. Puedes trabajar aquí cómodamente y seguir viva.

Los códigos Bletchley a los que se refería Starr eran el nombre de la ciudad localizada en Buckinghamshire, en Inglaterra. Allí, en una mansión victoriana a las afueras llamada Bletchley Park, se descifraban códigos alemanes en secreto. La primera computadora Colossus, diseñada y construida en ese lugar, permitió interpretar los códigos de la máquina alemana Enigma. Matemáticos y criptógrafos británicos (entre ellos Alan Turing), jugadores de ajedrez, de bridge y fanáticos de los crucigramas se enfrentaron a los problemas presentados por las muchas variaciones de Enigma. Tal fue el secreto alrededor de los desciframientos de códigos alemanes que realizaban en aquella mansión que sus informes se llevaban directamente a Winston Churchill en una caja cerrada, de la que solo el primer ministro tenía la llave.

—Vete a la mierda —le contestó Noor. Acto seguido, le escupió con fuerza en la cara y añadió—: ¡Sucio traidor!

—Gracias Starr, por su interés en querer reclutarla, pero ahora mismo

tengo otros planes para esta jovencita —dijo Kramer con parsimoniosa actitud, disfrutando de las reacciones de Noor antes de que el teniente británico saliese del despacho limpiándose la cara con un pañuelo—. Lleven abajo a la prisionera. Quiero mostrarle algo a madame Nora Baker. Hoy es día de visita en el zoológico de la avenida Foch. —rio sonoramente de su ocurrencia, que realmente le pareció ingeniosa.

Noor caminó por los siguientes pisos del edificio y vio los vestíbulos llenos de filas de centralitas y empleados con auriculares puestos. Había un sinfín de cables que reptaban, esparcidos por el suelo de mármol, como cuerdas desenrolladas sobre la cubierta de un barco. “No dejes los cables enroscados en el suelo y desordenados como si fueran jalebis, ese dulce frito y redondo tan popular en la India”, le había comentado su jefe durante el entrenamiento en Inglaterra como operadora de radio.

Mientras bajaba las escaleras, cruzaba diversas habitaciones y recorría varios pasillos, se percató de que algunas ventanas estaban tapiadas, sin duda una medida de precaución por una posible ofensiva o ataques aéreos de la Resistencia. Los aliados tenían los pesados cuatrimotores Lancaster, pero eran poco precisos; sin embargo, la última generación de cazabombarderos, los Thunderbolt y los Lightning, podían atacar en pleno día y reducir aquel edificio a un montón de escombros. Aun así, había varias ventanas que tenían las gruesas cortinas descorridas. Noor pensó que, al igual que ella, algunas mujeres alemanas que atendían las centralitas debían de resistirse a trabajar con luz artificial.

Steinbrinck observaba la arrogancia de su superior andando delante de él, con su porte militar tan característico, como si se esmerara en dar una impresión de eficiencia y determinación, pero sabía que esa imagen era falsa. Otto Kramer no era como él porque no tenía inteligencia. “Cómo lo odio. Le metería un bala en la nuca”, pensaba mientras esbozaba una sonrisa siniestra.

Al llegar al sótano, atravesaron una pesada puerta de acero. A ambos lados del largo pasillo había habitaciones con puertas que ostentaban pulcros rótulos en alemán. A diferencia de las plantas superiores, ahí los propios alemanes llevaban a cabo la limpieza y el personal francés, por tanto, tenía el acceso tajantemente prohibido. Las dependencias tenían techos bajos, suelos de piedra y paredes desnudas. Había guardias de las SS aquí y allá y oficiales saliendo y entrando de diversas estancias con abultados expedientes y ficheros o, simplemente, un solo documento en alguna de las manos.

Cruzaron un laboratorio fotográfico. Más adelante, a ambos lados del

pasillo, había celdas con pequeñas mirillas en sus puertas. “Aquí, otra sala de radio para captar señales de la Resistencia”, dedujo Noor cuando distinguió un cuarto atestado de equipos de radio y una serie de operadores. Siguieron avanzando por el pasillo interminable de paredes de cemento y apenas iluminado. De vez en cuando se percibía una ráfaga de aire frío. Los ventiladores eléctricos producían un leve zumbido. Al llegar a la última sala del pasillo, Noor leyó en un letrero: “Centro de interrogatorios”.

Tras un fuerte golpe, el centinela se esforzó por empujar la pesada puerta con los talones. Cuando se abrió, Kramer, Steinbrinck y los dos soldados que escoltaban a Noor entraron. Dentro de la habitación había un agente sudando, en camiseta de tirantes y con los pantalones subidos hasta las rodillas, que limpiaba el suelo con una fregona junto a un cubo lleno de agua roja.

La luz apenas iluminaba una mesa de madera, un par de sillas baratas y un paraguero con porras de madera, barras de acero y palos de distinto tamaño y grosor. A un lado había una larga mesa similar a la de un quirófano, con abrazadera para inmovilizar a la víctima, así como correas para atar muñecas y tobillos. En el lado izquierdo se encontraba un estante empotrado, en cuyas repisas había jarras y botes de distinto tamaño que contenían productos médicos como jeringuillas y, probablemente, drogas. Al pie de este se hallaba un aparato mecánico destartado que, sin duda, utilizaban para aplicar electrochoques. En medio de la estancia había colocado verticalmente un poste rectangular de madera sólida, todavía con manchas de sangre frescas, y sobre él dos gruesos cinturones de cuero con prominentes hebillas que colgaban del techo.

Noor sintió escalofríos y se le hundió el corazón al pensar lo que podían hacer con ella. Steinbrinck intuyó el miedo que sentía. De hecho, en un principio, él pensó que aquellas torturas eran necesarias para sonsacar información que ayudaría a salvar vidas de soldados y oficiales alemanes, quienes podrían volver con sus familias en lugar de morir en atentados perpetrados por la Resistencia o de ser acribillados en plena calle mientras tomaban un café. Pero qué confundido estaba... Aquella sala no era más que una excusa para satisfacer personalmente la enfermiza psique de su jefe.

Noor oyó de pronto el golpe sonoro de una puerta que se cerraba en el fondo del pasillo. Después de escuchar durante varios segundos los pasos pesados de alguien que se aproximaba, se giró rápidamente hacia la entrada. Cuando vio aquella figura, retrocedió hasta que los soldados que la custodiaban la sujetaron con fuerza por los brazos para mantenerla quieta.

Como estaba aterrada, palideció.

—¡Dios santo! —exclamó.

Por el umbral entró el sádico grandullón Hermann Grimminger, de casi dos metros de estatura y de unos ciento treinta kilos de peso. Su medio rostro destrozado hacía que su presencia resultara mucho más escalofriante. Su físico era el de un luchador, con la nariz aplastada de un boxeador. Tenía el pelo rubio pajizo y unos ojos de color verde esmeralda que siniestramente hablaban por él y que se hallaban en constante movimiento: en aquel instante le decían a Noor que estaba ansioso por empezar su trabajo. Detrás había otra persona que arrastraba una cadena, pero ella no pudo verlo desde donde se encontraba situada, ya que la luz del pasillo lo iluminaba por la espalda.

Ante la presencia de Kramer y Steinbrinck, Grimminger hizo un gesto y entrechocó los talones. Cuando la figura que tenía detrás salió de las sombras, Noor la reconoció horrorizada: se trataba de Pierre, el enlace local que la había recogido nada más aterrizar en Francia hacía un mes. Fue él quien le dio una bicicleta y la acompañó hasta el vecino pueblo para tomar el tren y reunirse con su grupo en París. Pierre Armand era un hombre afable y mofletudo de unos cincuenta años, panadero de profesión y miembro de la Resistencia francesa. Había sido apresado el día anterior, tras ser delatado por un compañero. El miedo cubría el rostro de aquel hombre.

—Te presento a herr Grimminger —comentó afable Kramer, con las manos entrelazadas tras su espalda—. Su profesión, antes de la guerra, era la de carnicero, y muy bueno, por cierto. Su carnicería era muy frecuentada por familiares de importantes miembros del partido. —dijo. Se colocó frente a Noor y añadió—: Es un bruto, no piensa, ese es su defecto, a veces hay que decirle las cosas dos veces. Aun así, es muy efectivo en su trabajo dentro de esta coqueta habitación. Herr Grimminger no tiene parangón alguno en cuanto a infligir castigos, por eso tiene la distinción de sargento.

Después de que Kramer chasqueara los dedos, ataron al hombre francés al poste. Pierre miró fugazmente a Noor y la reconoció; su acción no pasó desapercibida ni para Kramer ni para Steinbrinck.

—Por otro lado, quiero presentarle a monsieur Armand —dijo, inclinando la cabeza de forma irónica—. En el momento de su detención se le incautaron cargas de explosivos y detonadores, además de pistolas y metralletas. ¿Qué hace un panadero con todo eso? Sin duda ayudando a la Resistencia a matar alemanes. ¿No es este el propósito? Pero lo que más nos sorprendió fueron los numerosos rifles Lee-Enfield No. 4 Mark I, “canadienses”, como los

llama la gente dedicada al contrabando. Uno de mis cometidos aquí es limitar a la Resistencia, cuyo propósito es dañar nuestras comunicaciones. De su parte y sin romperle ni un solo dedo, ya hemos obtenido una larga historia llena de detalles precisos. Parece que monsieur Armand es un gran aficionado a los libros de Victor Hugo; si se dedicara a la escritura, quizás esa imaginación que tiene le daría más éxito profesional, en lugar de estar horneando *baguettes*. Nos ha dicho muchas cosas, pero no podemos dejarlo libre porque conoce nuestras instalaciones y cometidos aquí, en la avenida Foch, así que tenemos que hacerlo desaparecer, como hemos hecho con tantos otros. Pero antes, madame Nora, quiero que conozca lo que vamos a hacer con usted si no colabora, como el teniente Starr diligentemente le ha propuesto hace unos minutos.

Noor estaba conmocionada.

Decidido a mantener la calma, Steinbrinck no pudo reprimir una mueca de repugnancia y volvió a recordar que su jefe era un perro despreciable y peligroso. Aun así, tenía que ser precavido e inmisericorde. Siempre que se encontraba en la sala de tortura y presenciaba lo que sucedía, hacía lo posible para no exteriorizar sus sentimientos de asco ante aquellas acciones que desaprobaba. Hacía un esfuerzo para que no le afectase emocionalmente el sufrimiento físico y mental que estaba a punto de infligir Grimminger a aquel ser humano. Se decía a sí mismo: “Lo único importante son los resultados”. Por eso, como de costumbre, empezó a expresar una indiferencia tan fría como la misma muerte.

Adivinando la sensación de angustia que corría por el cuerpo del prisionero, Kramer rompió a reír de forma tan diabólica que hizo estremecer aún más al francés, así como a Noor, que presenciaba desde un rincón, entre Steinbrinck y los dos centinelas que la custodiaban, aquel horror.

—Sargento, desnude al prisionero —ordenó.

Después de ver al forzado Grimminger quitarle la ropa con ayuda de una daga extremadamente afilada, dijo con voz suave y señalando el paraguero:

—Ahora, toma el garrote más grueso.

Pierre Armand estaba pálido; destilaba miedo por todos los poros de su piel. Kramer se acercó al prisionero, que respiraba con profundidad, y señaló su rodilla izquierda.

—¡Aquí! —dijo apuntando con el índice—. Dele con todas sus fuerzas.

El sargento, con evidente satisfacción, blandiendo aquel garrote semejante a dos bates de béisbol americano juntos, le dio tan fuerte que el grito que

soltó el francés fue ensordecedor.

—Armand es demasiado viejo para soportar una auténtica sesión de tortura, por eso nos ha dicho muchas cosas. Ha hablado mucho —continuó diciendo Kramer con las manos en la espalda mientras se paseaba por la habitación como un profesor impartiendo clases a sus alumnos—, aunque ha cometido un error. Nos ha tomado por imbéciles. Los miembros de la Resistencia usan nombres en clave. Una mujer puede hacerse llamar Tigresa, Ratón o Relámpago cuando está con otros compañeros, pero Armand los conoce y sabe que aquel que se hace llamar Campeón es el camarero del bar de monsieur Gastón, quien se acuesta con la mujer del electricista de la Rue des Rosiers —Armand lo miró alelado, el dolor que sentía se había extendido por todo el cuerpo—. Quiero que sepa, Nora Baker, que lo que le vaya a ocurrir aquí es responsabilidad suya. Tiene usted elección, al contrario que este ser miserable. Puede decidir entre su sentencia de muerte o seguir viva. Sargento, propine otro golpe.

El sargento alzó el garrote y, con una fuerza tremenda, lo descargó sobre la cabeza del francés, produciendo un fuerte sonido al impactar contra los huesos del cráneo. Pierre Armand dio un grito horripilante.

Esposada y sin poder cubrirse la cara, Noor intentaba girarse en vano, pero uno de los soldados la mantenía firme para que presenciase la tortura.

—Usted me va a decir nombres auténticos y sus claves —dijo. Después agarró enfadado la porra que el sargento llevaba en la mano y lo reprendió—. ¡Estúpido, animal! Cuando tengamos aquí a la madame Nora Baker, no le propine un golpe tan brutal en la cabeza porque puede incapacitarla y no hablará si le rompe la mandíbula. Aunque con este ya no nos preocupa —añadió. Enojado, tiró el garrote a un rincón de la habitación y, señalando con el índice, agregó—: Coja aquella barra de hierro y concéntrese en romperle los dedos, las costillas, los tobillos, los codos..., pero evite los órganos vitales.

Grimminger asintió satisfecho. Kramer continuó mirando a Noor con complacencia.

—Uno tiene que pensar, por lo menos, con varias jugadas de antelación. Esto es como el ajedrez —dijo abriendo los brazos sin perder la sonrisa—. Aquí, el *monsieur* se inventó ayer una historia llena de mentiras cuando Steinbrinck amablemente lo interrogó. Creo que subestimó la amabilidad con la que Steinbrinck tiene acostumbrado a tratar a los prisioneros y al *monsieur* le dio por echar a volar la imaginación. Y eso que es panadero, ¡pero qué

imaginación! Por suerte habíamos torturado aquí por la mañana a un miembro más joven de la Resistencia y nos contó todo cuanto queríamos.

La brillante luz que emitía la bombilla desnuda colgada del techo permitía distinguir las salpicaduras de sangre en el uniforme del sargento Grimminger. Muchos prisioneros, ante los restos de una brutal paliza, se desmoronaban de puro pánico al ver lo que les podía ocurrir. Noor se percató de que un chorro de sangre se extendía por el suelo marcando un surco. Sintió ganas de vomitar pero cerró los ojos un instante y se concentró en dominar su miedo, en tomar fuerzas: “La mente, la mente es lo importante, no el cuerpo. Concéntrate, Noor. Domina la negatividad que hay a tu alrededor”, pensó.

—¡No le diré nada! —gritó Noor con frialdad, moviendo la cabeza.

Steinbrinck, de pie al lado de ella, percibió que Noor estaba muy asustada, pero notó que aún conservaba el coraje de la primera vez, cuando la vio de pie en su despacho.

Kramer hizo caso omiso, como si nadie hubiese dicho nada, pero se dio cuenta de que la prisionera no parecía dispuesta a rendirse. Hizo un gesto al aire, indicando al sargento que procediese. Este, jadeando y empapado de sudor, siguió dando un golpe tras otro. Armand ya no podía abrir los ojos y quizá ya no lo hiciera nunca, porque tenía la cara tan hinchada que el morado de las contusiones había sustituido el color natural de aquella piel curtida por el trabajo físico. Las gruesas cuerdas de cuero con las que estaba atado su cuerpo y los grilletes en las muñecas lo mantenían en pie. La sangre le brotaba desde la cabeza y le cubría el pecho y el vello del pubis. El sargento le tiró un cubo de agua fría y Pierre Armand se despertó del desmayo.

—Sargento —dijo Kramer alzando el brazo—. ¿Qué le dije ayer? Que cada golpe es como una conmoción imprevista, como un terrible *shock*. Por eso debe dejar una pausa entre un golpe y otro, así la espera del prisionero a recibir el siguiente será más angustiosa para él —añadió riéndose. Después se dirigió a Noor—. La espera se transforma en agonía, madame Nora Baker.

—*Ça suffit!* —farfulló Armand de una forma casi inaudible, escupiendo sangre por la boca a la vez que seguía implorando en el paroxismo de terror y dolor—: *S’il vous plaît... s’il vous plaît... À Dieu...!*

Kramer hizo como si no lo hubiese oído.

—Ya sé que usted, Steinbrinck, desaprueba mis métodos.

Steinbrinck lo miró fríamente. Kramer continuó con aspecto encantador:

—Pero no nos dejan otra alternativa. Tenga en cuenta que el Führer lleva sobre sus hombros la responsabilidad de esta guerra y nosotros tenemos el

deber de aligerarle ese peso en todo lo posible.

—*Jawohl, herr Sturmbannführer* —contestó Steinbrinck con total firmeza, después de hacer un sonoro chasquido al golpear los talones de sus botas.

Kramer sonrió y la marca de la cicatriz en una de sus mejillas, reliquia de sus años de estudiante al batirse en un duelo, se pronunció todavía más y aumentó la imagen despiadada de su naturaleza.

—Espero que aquí la prisionera nos complazca en decirnos todo lo que sabe sobre otros circuitos de la Resistencia —dijo Kramer mientras caminaba de un lado a otro de la sala, ignorando los fuertes sollozos y gemidos de Armand—. En mi dilatada experiencia, madame Nora Baker, he llegado a saber que es una buena idea golpear al prisionero por segunda vez en el hueso roto. El dolor es terrible... —hizo teatralmente un chasquido con la boca, como de rechazo—. ¡Sargento! —añadió mientras sacaba otra porra del paragüero—. Tome este otro mazo, que parece muy adecuado —prosiguió. Inclinandose frente al cuerpo colgado de Armand, mostró su dedo en la espinilla de la pierna ya dislocada—. Justo aquí. Apunte cuidadosamente.

El sargento Grimminger le asestó un golpe tan fuerte que toda la pierna se balanceó tras un tremendo y audible crujido de huesos. Armand soltó un alarido de auténtico dolor. Acto seguido, perdió el conocimiento. Le volvieron a echar otro cubo de agua fría; después de recobrar el sentido, volvió a gritar, pero sus alaridos fueron debilitándose hasta convertirse en meros gemidos estremecedores.

—Madame Nora, ¿sabe por qué el sargento golpea utilizando la mano derecha? Las personas zurdas lo son porque tienen más corazón que el diestro, aunque los diestros, como aquí el antiguo carnicero, gustan corregir porque no toleran que otros tengan más corazón que ellos. A su lado tiene a herr Steinbrinck, zurdo de nacimiento —su mirada, flotante por toda la lúgubre estancia, se concentró súbitamente sobre Steinbrinck—. Una sesión de tortura es cuestión de fuerza y no de corazón, por eso se debe emplear la mano derecha, como diligentemente hace herr Grimminger.

Noor lloraba a lágrima viva. No entendía lo que decía ni le prestaba atención alguna.

Kramer estaba exultante tras haber conseguido infligir pánico y horror. “Ahora la prisionera sabe lo que le espera aquí dentro, en el sótano, pero no cuándo”, pensó con satisfacción.

—Porque la espera, la espera... La espera de no saber cuándo la sacaremos

de su celda para traerla aquí y sufrir tortura... Esa espera acabará debilitándola psicológicamente —dijo en voz baja. Acto seguido, alzando la voz, añadió mientras sacaba su pistola del cinto—: Sargento, ponga una venda en los ojos del prisionero. No hay nada como vendar al prisionero para aumentar su angustia, ya que no sabrá por dónde vendrá el dolor.

Primero le disparó en el hombro izquierdo y, después de una pausa, en el derecho. Luego le metió una bala en la pierna de la que asomaba el extremo astillado del hueso entre la carne. El francés tan solo tenía fuerzas para soltar leves gemidos tras los impactos de bala en su cuerpo completamente roto.

—*Bâtard! Va te faire enculer*—dijo Armand en tono casi inaudible mientras forzaba una sonrisa en la boca entre tantas contusiones recibidas en la cara.

—¿Qué ha dicho? ¿Quiere decirnos algo, monsieur Armand? —preguntó de manera sarcástica Kramer mientras se inclinaba frente al prisionero.

—*Va te faire foutre!* —contestó Armand. Aunque apenas levantó la voz, esta vez se oyó perfectamente. En ese momento, soltó un escupitajo en dirección a Kramer quien, a pesar de echarse hacia atrás rápidamente, no pudo evitar que el coágulo de sangre cayese en su inmaculada bota negra.

—¡Maldita sea! —prorrumpió enfadado, con una prominente vena hinchada en la frente. Apretó los dientes y añadió con autoridad—: Sargento, manténgale la cabeza en alto.

Grimminger agarró del pelo a Pierre Armand, que no perdía la sonrisa, y mantuvo alzada su cabeza. Kramer le puso el cañón de su pistola Luger en la sien y disparó, haciendo saltar un trozo de carne al mismo tiempo que la sangre comenzó a brotar como agua de un grifo abierto. Parte de la masa encefálica fue a parar a la chaqueta de uno de los soldados que mantenía de pie a Noor. Ella, con los ojos arrasados en lágrimas debido al impacto ensordecedor del disparo y el espectáculo de aquella imagen brutal, se desmayó.

—Steinbrinck, llévese de aquí a la prisionera —ordenó sonriendo de placer mientras observaba con detenimiento el agujero que había provocado en la cabeza del prisionero.

Kramer bostezó. Parecía un cirujano que se había pasado horas y horas en el quirófano solo para conseguir un resultado dudoso.

—Sargento, quiero que le corte la cabeza, vaya a la panadería que regentaba este miserable y la meta dentro de uno de esos hornos. Procure que los miembros de su familia lo presencien.

—*Jawohl!*—contestó Grimminger con visible satisfacción.

En cuanto Noor volvió a ser encerrada en su celda, cayó en un profundo sueño.



capítulo 9

Noor se sintió triste después de la marcha de Jakob. Cuando su hermano Vilayat la vio llorando en su habitación quiso ayudarla y le propuso un viaje en un coche deportivo que un amigo le había prestado.

Viajaron a la bella ciudad de Barcelona, donde asistieron a un recital de Pau Casals, considerado uno de los mejores violonchelistas de todos los tiempos. A mediados de los años treinta, el músico español había rechazado una invitación para actuar en Alemania a causa de la llegada al poder de Adolf Hitler, cuya doctrina detestaba. Pese a haber sido amenazado por los nazis con quemarle las manos si no interpretaba su instrumento para ellos, el español volvió a manifestar su intención de no tocar en aquel país hasta que no hubiese un cambio de régimen político.

Noor y su hermano viajaron por el norte de Italia y en Milán presenciaron *La Bohème*, de Giacomo Puccini. En mitad de la representación, alguien del público reconoció la figura de Benito Mussolini en uno de los palcos principales y gritó, con apasionada y enfermiza admiración, a todo pulmón: “*Il Duce è qui con noi!*”, lo que produjo una inesperada situación surrealista con los actores parando la representación, los músicos dejando de tocar y el público enardecido gritando proclamas fascistas.

A Noor aquel rostro le resultaba conocido por haber visto su fotografía en los periódicos franceses muy de vez en cuando. Aun así, consideraba al carismático italiano como un mero líder popular. Mussolini tenía una expresión sombría de forma permanente y se mantenía enérgicamente erguido ante el público. Los hermanos habían presenciado los primeros brotes del fascismo.

Aquel viaje fue el momento más feliz que Noor y Vilayat pasaron juntos. Durante el trayecto de una ciudad a otra, paraban y comían en el campo o simplemente se tumbaban en la hierba y durante horas veían las nubes pasar

mientras compartían sus planes para el futuro.

De vuelta a París, Noor decidió mejorar la lengua hindi y se matriculó en la École des Langues Orientales de la Universidad de París, donde también se preparó para aprobar los exámenes de psicología infantil. Tras licenciarse y acabar los estudios superiores, descartó dedicarse a la enseñanza, la música ni la psicología: ella quería escribir.

Durante las siguientes vacaciones de verano, visitantes extranjeros llegaron a su casa para participar en cursos intensivos de sufismo. Estudiantes y devotos de todas partes del mundo se instalaron en toda la residencia e incluso acamparon en el jardín. Una baronesa de Holanda, discípula sufi desde hacía muchos años, le propuso seleccionar, según su parecer, los mejores relatos del libro épico *Jataka*, un compendio de quinientas fábulas breves basadas en historias tradicionales de la India que fomentan valores como el coraje, la bondad, la humildad, el perdón, la compasión, la honestidad y la paciencia.

Después de su selección, le propuso a Noor que, si las traducía al inglés, ella se encargaría de ofrecerlas a posibles editoriales interesadas. Tras seleccionar veinte, se dedicó por entero a la traducción. Se impuso un horario de trabajo de seis de la mañana a nueve de la noche. A veces dejaba de trabajar para continuar con las labores de la casa y atender a su madre; después proseguía con las traducciones, que daban un significado a su propia vida.

Cuando finalmente adaptó las fábulas a un lenguaje contemporáneo y las entregó a la baronesa, quiso continuar con el perfeccionamiento del hindi y la escritura devanagari, ya que pensó que estas lenguas le ayudarían a mejorar el sánscrito.

El compendio de cuentos clásicos que hablaban de sacrificio, lealtad y valentía fue publicado. Debido a este éxito, y por recomendación de la baronesa, mandó un breve relato original que vio la luz en la sección infantil del *Sunday Figaro*, periódico que la convirtió en colaboradora habitual.

En todas sus historias, dirigidas a los más pequeños, hablaba sobre el disfrute de la vida, la exploración del mundo y personajes con caracteres positivos; enaltecía al lector a la aventura y al cariño por las personas con las que convivía a diario, al familiar, al vecino o al amigo. Era una escritora prolífica, llenaba páginas y páginas con sus breves relatos. Escribía hasta altas horas de la noche y se evadía con historias fantásticas y de ficción de los problemas de su casa. Su madre, Ora Ray Baker, cada vez se encontraba

mejor y ayudaba en lo posible en las tareas domésticas.

Por aquellos días, Vilayat le presentó a un joven acaudalado, aristócrata danés y discípulo sufi, llamado Peter Yohannes Eekhout Jonheer, que trabaja en el servicio diplomático y que había mostrado interés por conocer a Noor, ya que un día la escuchó tocar en un recital de música. Sin embargo, poco después de entablar amistad, el joven diplomático —que mostró sus buenas intenciones al proponerle matrimonio— fue destinado a Calcuta.

Después de consultárselo a su hermano, Noor le dio una oportunidad a esta nueva relación y decidió reunirse con Peter en la India, pero no tenía dinero suficiente para viajar y, además, hacerse cargo de sus gastos diarios. Por ello, se reunió con madame Egeling y le dijo que tenía intención de irse a la India para contraer matrimonio con Peter. La anciana la felicitó y le dio una breve charla sobre el matrimonio; le predijo un futuro próspero, lleno de hijos sanos y preciosos, pero ella no se percató de que en realidad Noor le quería pedir ayuda económica para emprender el viaje. Sintiendo vergüenza por el solo hecho de pensar en plantearle tal pregunta a una persona tan mayor, Noor descartó viajar a la India. Desde luego, de haberlo hecho, el rumbo de su vida hubiese cambiado radicalmente. Las neblinas del amor romántico se habían desvanecido por tercera vez en su vida.

Noor siguió escribiendo cuentos breves, esta vez basados en temas mitológicos de la India y en leyendas griegas. Las historias no solo se publicaban con asiduidad y tenían gran éxito entre los lectores de *Le Figaro*, también eran retransmitidas por radio en el programa *Heure des enfants*, de Radio París. Había conseguido un grupo de fieles lectores y radioyentes. En el periódico y en la radio le comunicaban la gran aceptación que tenían sus historias, tan creativas como atractivas para el público joven. Además, le hacían llegar las críticas positivas que recibían, lo cual la llenaba de entusiasmo y ánimo para continuar escribiendo.

Debido a su inesperado éxito, decidió dedicarse profesionalmente a la escritura. Devoción, amor, cariño y sacrificio seguían siendo los ejes de sus narraciones. Asimismo, tradujo al francés historias folclóricas noruegas, cuyas tramas, a su vez, adaptó al mundo contemporáneo; incluso introdujo personajes, como el emperador Akbar o Carlomagno, y a dioses mitológicos hindúes, mezclando así elementos históricos con mitos y leyendas. Cuando se estaba estableciendo como escritora profesional, Alemania invadió Checoslovaquia.

Fue el 15 de marzo de 1939. En mayo, Alemania e Italia anunciaron su

alianza. Durante aquel verano, el libro de cuentos indios en el que Noor había trabajado —y que fue traducido al inglés y adaptado al mundo contemporáneo para un público juvenil—, fue publicado en Inglaterra con ilustraciones de Henriette Willebeek Le Mair. Por mediación del editor de *Le Figaro*, contactó con un conocido periodista del diario *Paris Soir*, llamado Alexis Danan, con la idea de presentarle un proyecto para fundar un periódico exclusivo infantil que quería titular *Bel Age* (La Edad Bella), con ilustraciones de jóvenes artistas. Alexis se quedó entusiasmado con la idea y los cuentos orientales de Noor. Sin embargo, hubo que posponer la publicación, ya que Alemania había invadido Polonia, y Gran Bretaña, Francia, Australia y Nueva Zelanda acababan de declarar la guerra al régimen nazi.

A Noor y a su familia, así como al resto de los discípulos sufistas, la nueva situación los pilló por sorpresa. Noor estaba tan enfrascada en su mundo literario y su hermano con los estudios de sufismo y en la propagación de las enseñanzas de su padre que no vieron venir el peligro que los acechaba. Ellos no habían seguido los acontecimientos políticos por los periódicos y se habían enterado de los últimos incidentes por terceras personas sin prestar ninguna atención ni preocuparse por lo que se avecinaba. Ni siquiera tuvieron interés ni tiempo en escuchar los boletines por la radio. “Son problemas que suceden en Alemania. Cosas de políticos”, decía su madre antes de apagar la radio después de la retransmisión de uno de los cuentos de Noor.

Cada vez eran más las noticias sobre los judíos y el avance nazi en los medios de comunicación. Noor leyó que el barco *MS St. Louis* había vuelto a Europa y se preguntó qué habría sido de Jakob y de su madre, dónde estarían. El caso de aquel barco fue una premonición respecto a la apatía internacional hacia los judíos. Muchos de ellos vieron desaparecer sus derechos civiles como ciudadanos en sus propios países de origen y decidieron emigrar a Estados Unidos, a Inglaterra y, en menor medida, a China e India. Por aquel entonces, el buque *MS St. Louis*, de la compañía Hamburg America Line, que operaba desde el puerto de Hamburgo, llevaba a bordo a unos novecientos cincuenta refugiados judíos. Tras serle denegado el acceso a Cuba el 4 de junio de 1939, el barco navegó rumbo a Florida, donde el presidente Roosevelt también les prohibió la entrada. El capitán, desesperado por los intentos de suicidio, el amotinamiento entre los pasajeros y la escasez de alimentos a bordo, decidió ir a Canadá, donde una vez más les denegaron

asilo. Finalmente, el barco tuvo que volver a Europa, donde la mayoría de los pasajeros acabaron pereciendo en campos de concentración.

El periodista Alexis, entusiasmado en un principio con la idea de crear un periódico para niños con innovadoras ilustraciones por jóvenes artistas, con viñetas y con las historias tan maravillosas de Noor, tuvo que desestimar indefinidamente el proyecto.

Noor vio cómo los periódicos dejaron de publicar sus historias juveniles y la radio dejó de retransmitir sus poemas y cuentos. De un día para otro, debido a lo que los medios de comunicación consideraban como asuntos prioritarios, también cesaron las publicaciones de sus narraciones breves por “falta de espacio”.

Los días pasaban y los numerosos residentes de Fazal Manzil discutían cada vez más y con menos paciencia acerca de “aquellos alemanes”. A la preocupación por la inestable situación política y social, se sumó el trágico fallecimiento de la anciana madame Egeling, a quien enterraron detrás de la residencia, como era su deseo.

Noor sentía una repulsa absoluta hacia el régimen nazi y su ideología. A ella, aunque había nacido en una familia de origen musulmán, nunca le impusieron o adoctrinaron en tal religión. Había amado sin ninguna consideración religiosa a un hombre judío, sin ver ningún problema en ello. Todo lo que empezó a oír sobre los nazis era totalmente lo contrario a los principios que su padre le había enseñado en cuanto a la armonía y el respeto entre individuos diversos y sus prácticas religiosas, y sintió que era su deber colaborar en la lucha contra los nazis ayudando como enfermera. Se matriculó en un cursillo de enfermería y primeros auxilios de la Cruz Roja francesa y aprendió deprisa el manual básico de auxilio.

El 4 de junio de 1940, los cañones alemanes apuntaban hacia Francia y el hospital donde Noor trabajaba fue evacuado. En el salón de la casa se reunió toda la familia. Tenían que tomar una decisión importante y rápida ante la inminente ocupación alemana.

Habían crecido como discípulos sufís, con el principio e ideología firme de la no violencia tal y como Inayat Khan, el jerarca de la familia, les había inculcado, con Gandhi y su lucha pacífica por la independencia como ejemplo. De este modo, los pocos discípulos holandeses, italianos y de origen indio que se quedaron durante aquellos días en la residencia, así como algunos familiares, acordaron crear un movimiento pacífico para hacer frente a los alemanes. Noor y su hermano Vilayat les argumentaron que estaban

totalmente confundidos. Ellos conocían bien a los parisinos, tenían amigos franceses y durante los últimos días habían intervenido en discusiones en los cafés bohemios de jóvenes artistas, donde se comentaba no solo el inevitable avance alemán, sino también sus políticas de invasión, su ideología, las barbaridades y los crímenes que habían estado cometiendo a su paso. El hacerles frente, aun pacíficamente, era un suicidio y pronto así todos lo comprendieron.

—Si un soldado nazi entra aquí en la casa y toma como rehenes a diez personas y amenaza con exterminarlas porque para él no son una raza superior —proclamaba Noor en el salón lleno de gente, circulando por sus venas el espíritu de lucha de su antepasado, el Sultán Tipu—, ¿serían ustedes sus cómplices y le dejarían hacer lo que quisiera sin intervenir porque ustedes creen en la no violencia? O si tuvieran la oportunidad, ¿lo inmovilizarían en el suelo con toda su fuerza? E incluso si se diera el caso extremo, ¿lo matarían para evitar el derramamiento de sangre entre las personas que ustedes quieren? ¿Cómo vamos a mejorar espiritualmente este mundo sin participar en prevenir acciones como el derramamiento de sangre inocente? ¿Cómo vamos a quedarnos quietos y dejar hacer a los nazis lo quieran con gente inocente? Tenemos que comprometernos, no podemos permanecer impasibles.

Los hermanos llegaron a la conclusión de que no se quedarían indiferentes ante la tiranía nazi y viajaron a Inglaterra: Vilayat se alistaría en el servicio militar y Noor trabajaría como enfermera.

Comunicaron su decisión a los miembros de la familia, así como la intención de llevarse consigo a su madre. Dos tíos decidieron quedarse en la residencia, argumentando que los alemanes no les harían nada, a pesar de las advertencias recibidas.

—Deben aprender ustedes, jóvenes de hoy en día, que puede haber más honor en la sumisión y en la obediencia que en una imprudente y no menos precipitada actitud de lucha o rebelión —argumentó uno de ellos a los jóvenes hermanos—. Quizás incluso los nazis quieran conocer el sufismo o la cultura india. De tal modo, nosotros podemos prestarles ayuda en este sentido, sobre todo ayuda espiritual. Sí, es esto lo que quizá necesiten.

Otro tío, que estaba casado y era más escéptico, decidió viajar al sur de Francia con su familia en cuanto las carreteras estuvieron despejadas, tras el súbito aluvión de gente que abandonó la ciudad de París. Los demás, devotos estudiantes extranjeros, optaron por ir al País Vasco, en España.

El 5 de junio de 1940, después de hacer el equipaje con lo indispensable y antes de subirse en el coche, miraron por última vez la casa que Inayat Khan había soñado convertir en el centro sufí en Europa. Noor echó una mirada al lugar donde estaba el melocotonero bajo el cual su padre solía sentarse a leer y a meditar. Ya solo quedaba un palo clavado como recuerdo. No pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Su hermano Vilayat la abrazó y ambos ayudaron a Ora Ray Baker a entrar con apremio en el vehículo. Atrás dejaron para siempre Fazal Mandil, la Casa de las Bendiciones.



capítulo 10

Tan pronto como se encontraron en la carretera, se unieron a la enorme caravana de coches, camiones, bicicletas y carros: todos huían del avance alemán surcando los bellos y pintorescos campos franceses. Cuando los alemanes llegaron a París, se encontraron con una población de unos ochocientos mil habitantes de los tres millones que había anteriormente.

Vilayat conducía con lentitud detrás de un carromato lleno de niños, subidos encima de bultos atados con cuerdas de un lado al otro del vehículo. Una madre que amamantaba a su bebé, mantenía al pequeño contra su cuerpo ante el continuo balanceo del carruaje de grandes ruedas de madera. Detrás del coche, en la serpentina fila, había un camión cargado de gente con sus enseres. Los vehículos circulaban despacio entre el enorme tráfico de personas y animales que componían aquel enorme convoy. Había grupos que avanzaban empujando las riendas de caballos que portaban todas sus pertenencias. Mulas, burros, vacas... Todo tipo de animales eran utilizados para la carga.

Vilayat se quedó mirando a una niña que caminaba junto a toda su familia; sujetaba en sus brazos a un conejo blanco, al cual no dejaba de susurrar en la oreja. Las caras de los ancianos transmitían ansiedad. Noor agarró del brazo a su madre y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

Pero lo peor estaba por llegar... Desde arriba se empezó a oír un sonido que pronto les resultaría familiar: el ruido de los aviones alemanes con sus metralletas. Los niños, ingenuos, vitorearon y saludaron con una sonrisa; los adultos se quedaron quietos, petrificados. Los aviones comenzaron a lanzar bombas indiscriminadamente contra los convoyes de la gente y el pánico se adueñó de todos. El espectáculo era dantesco: neumáticos quemados, coches ardiendo y personas desangrándose, mutilados y tirados en las cunetas.

Vilayat vio cómo la niña del carro que tenía enfrente cayó y salió del

coche para ayudarla, pero la pequeña había sido alcanzada por la metralla. Su madre lloraba encolerizada junto al cuerpo inerte de su hija, que agarraba con ansia, mientras que el joven padre, de rodillas junto a ellas, las observaba entre lágrimas. Vilayat, junto a ellos, se quedó atónito; nunca había visto nada igual. Ora Ray Baker se abrazaba a Noor, que se hallaba en un profundo estado de agitación y pedía que no saliese del coche y no la dejase sola.

—Juro que me uniré a la RAF —dijo Vilayat, con lágrimas en los ojos, nada más entrar en el coche y golpear el volante con violencia—. Os juro que daré a los nazis su merecido.

A través de su ventanilla, Noor vio con horror el cuerpo mutilado de la niña que había estado sujetando el conejo blanco y, a pocos metros, los cuerpos acribillados de sus familiares. No pudo soportarlo y vomitó.

—¿Qué hacen ahí adentro?—les gritó un señor vestido con un magullado uniforme de gendarme y visiblemente nervioso—. ¡Salgan del vehículo y corran!

—¡Tenemos que llegar a Burdeos! —le contestó Vilayat, asomando la cabeza por la ventana y haciéndose oír entre los tremendos gritos y chillidos de la gente que corría entre los vehículos y los bultos de equipaje abandonados.

—¡No podrán seguir por la carretera debido al bombardeo! —agregó el hombre. Antes de salir corriendo y perderse entre el gentío, añadió gritando —: ¡Los aviones van a volver!

—Tiene razón, es inútil seguir con el coche —dijo Noor—. Cojamos lo indispensable, lo que podamos cargar, y marchémonos enseguida.

El sonido de los aviones volvió a oírse con fuerza en el aire y corrieron por campo abierto hacia el bosque más cercano junto a un grupo numeroso de gente. Los aviones alemanes viraron, bajaron del cielo y ametrallaron al convoy, matando a los más rezagados y dejando más dolor y destrucción. Noor observó cómo el hombre que les había advertido del peligro que corrían, caía ametrallado y muerto después de intentar ayudar a una familia a cobijarse entre los árboles vecinos.

—No es solo un hombre valiente, sino un héroe anónimo —dijo Noor en un arrebato de furia.

Tan pronto como llegaron a la siguiente estación, se subieron con gran dificultad al concurrido vagón del tren con destino a Burdeos. El tren estaba tan lleno que cuando paraba en los andenes, algunos pasajeros se caían al suelo, empujados desde dentro por otros viajeros que cerraban las puertas con

violencia o les echaban a patadas. La familia tenía la intención de abordar un barco hacia Inglaterra, pero cuando llegaron al puerto se encontraron con que la demanda para ir allí era más alta de lo que esperaban, pues el gobierno británico estaba organizando la evacuación de sus ciudadanos residentes en Francia. Había demasiada aglomeración de refugiados, pero gracias a que la madre era norteamericana, Vilayat había nacido en Inglaterra y tanto él como Noor hablaban perfectamente inglés, los tres consiguieron permisos oficiales para viajar en un barco que salía en dos días.

Alquilaron una habitación en un edificio cercano al puerto para pasar el tiempo de espera. Deshaciendo una de las maletas, Noor se dio cuenta de que habían dejado valiosos documentos personales, como las actas de nacimiento y los certificados de estudios, entre ellos el de enfermería, que había cursado en la Cruz Roja, y la carta de recomendación del hospital de París donde había estado trabajando antes de que lo evacuaran.

—Olvídalo, ya no merece la pena —le dijo Vilayat—. Además, en aquel fichero está mi documento de defunción; por lo menos, si los nazis entran en nuestra casa creerán que he fallecido.

—Soy una descuidada —añadió Noor, caminando con nerviosismo por la habitación—. Esos papeles son muy útiles. Más aún, necesito mi certificado de enfermera para trabajar en Inglaterra.

—Olvídalo, hermana —insistió Vilayat, mirándola fijamente a la cara y tomándola con fuerza por los codos—. En dos días estaremos fuera de este caos. Allá lo arreglaremos. A partir de ahora tenemos que ser más cuidadosos con nuestros documentos de identidad y certificados, son nuestros salvoconductos, ¿de acuerdo?

Sin pensárselo dos veces, Noor se zafó de los brazos de su hermano, salió del apartamento y corrió escaleras abajo. Se quedó un momento quieta en medio de la calle, justo en el mismo instante que un joven aparcó su moto en la cuneta para entrar en una tienda. Había dejado las llaves puestas. Acto seguido y ante la sorpresa de Vilayat, que gritaba su nombre con desesperación desde la ventana, Noor se subió y arrancó la moto para desaparecer del lugar a gran velocidad.

Fuera de la ciudad, recorriendo en dirección contraria una carretera llena de gente, vio a un grupo de la Cruz Roja que le informó de que no siguiese adelante, pues había disparos en las cercanías de París y los jets alemanes no dejaban de atacar las carreteras con sus metralletas. Le aconsejaron regresar a Burdeos, donde muchos empleados de la organización estaban siendo

evacuados; ellos podrían darle documentos que la acreditaran como enfermera. Dio la vuelta y se adentró otra vez en la ciudad.

Un grupo de policías la paró y le pidió su documentación. Al leer que había nacido en Moscú y haberla detenido conduciendo una moto sin papeles, los agentes pensaron que se trataba de una espía enemiga y, a punta de pistola, la metieron en el calabozo de la comisaría más próxima.

Durante las siguientes horas les suplicó y explicó, lo más convincentemente que pudo, que era enfermera y necesitaba un documento acreditativo para trabajar en Inglaterra, que pertenecía a la Cruz Roja, que había dejado su identificación en su casa, a las afueras de París... Al día siguiente, sus súplicas acabaron en llantos tan desconsolados que los agentes se apiadaron de la joven.

Los gendarmes la acompañaron al puerto, donde se encontraron con los empleados de la Cruz Roja que salían en barco con destino a Portsmouth justo en ese momento. Entre el gentío, Noor identificó a su superiora en el hospital de París y tras su rocambolesca explicación de lo que había sucedido, esta escribió, sobre unos fardos de carga amontonados en la calle, una carta de recomendación más una tarjeta de presentación sellada y firmada.

Vilayat intentaba ocultar el pánico que le causaba dejar a su hermana en tierra, pero también sentía temor de que su madre, que no estaba capacitada para viajar sola —si es que decidía que embarcara ella sola mientras él esperaba a Noor para coger el siguiente barco—, pudiera sobrevivir en Inglaterra si él se alistaba en la RAF. Llevaban esperando a Noor cuatro horas sentados sobre sus bultos de equipaje en el portal del edificio cuando Vilayat decidió ir al puerto y embarcar según lo previsto.

En los muelles había alquilado un mensajero que tenía un carro de ruedas para cargar todo el equipaje. Al cruzar la calle, escuchó que alguien gritaba su nombre. Noor, con un fichero en la mano, portando el símbolo de la Cruz Roja, bajó corriendo de una moto de policía. Dio las gracias a los gendarmes franceses, gritando hacia atrás, y al llegar abrazó con fuerza a su hermano y besó con pasión a su angustiada madre.

El pequeño ferri belga autorizado para llevarlos hasta Inglaterra se llamaba Kasongo. Una vez a bordo, salieron del puerto en silencio, viendo cómo se distanciaban de la costa francesa y de aquel concurrido muelle que poco a poco se iba empequeñeciendo.

—Volveré pronto —dijo Noor, decidida a regresar algún día al país que

tanto amaba.

El 14 de junio de 1940, los alemanes se encontraron vacías las calles de París, las tiendas cerradas y las casas desocupadas. La esvástica nazi reemplazó a la bandera tricolor francesa y tanques y soldados uniformados con botas de cuero marcharon por los bulevares.

El 16 de junio, el primer ministro francés renunció a su cargo y fue sustituido por el héroe de Verdún durante la Primera Guerra Mundial, Marshal Henri Pétain. Al día siguiente, desde Burdeos, Pétain retransmitió por radio que pretendía ofrecer a Hitler un armisticio. La franja sur del Loira acabó denominándose la Zona Libre, administrada por aquel régimen de Vichy simpatizante de los nazis.



capítulo 11

Llegaron al puerto de Falmouth después de un incómodo viaje por mar en aquel bote sucio infestado de cucarachas.

Tras desembarcar, fueron directamente a Southampton, donde vivía un antiguo amigo de Inayat Khan llamado Basil Mitchell. Su familia fue sorprendida por la mañana y sin previo aviso por la esposa y los hijos del maestro sufí, que tocaban el timbre de su portal.

La ciudad de Southampton no estaba fuera de peligro por los bombardeos, así que decidieron que Noor y su madre fuesen a Oxford a la residencia de un antiguo estudiante sufí, mientras que Vilayat iba a Londres con el propósito de alistarse en la RAF.

En agosto de 1940, la batalla de Inglaterra había comenzado. La población civil podía ver la guerra en el aire entre la Luftwaffe alemana y los Spitfires británicos. La actividad era tal que un piloto rescatado del mar se volvía a unir al combate al día siguiente con otro avión.

Noor experimentó una vez más el horror de los bombardeos, las explosiones y la ansiedad visible en los rostros de la gente. Los edificios quedaban ardiendo hasta derrumbarse del todo. Se distribuían las cartas de racionamiento entre la población civil y había carteles donde se publicitaba la necesidad de que las mujeres ayudaran en la causa como enfermeras o en otras organizaciones: “Alístate en el ATS”, “Ven y ayuda con la Victoria Harvest”, “Apúntate a la WAAF”.

Durante la segunda semana del mes de agosto, los ataques aéreos eran de una continuidad nunca experimentada hasta entonces. Los principales se centraban en las estaciones de radares, los aeródromos del sur de Inglaterra y los puertos de Southampton y Portsmouth, mientras que Portland, Poole, Deal, Dover, Kent, Detling, Eastchurch y otras ciudades costeras eran bombardeadas violentamente por la Luftwaffe. En general, puertos,

aeródromos y centros industriales eran los blancos de los alemanes.

A Noor le satisfizo saber que De Gaulle había escapado de Francia y ahora retransmitía por radio desde Londres, instalado en sus oficinas de Duke Street.

Ella y su madre viajaron a Oxford acompañadas de la señora Mitchel. De camino, se despidieron en Londres de Vilayat, quien les prometió mandar pronto noticias suyas.

Noor sentía el deber de hacer algo por Francia, de luchar contra los nazis y parar su expansión por el mundo, de realizar un trabajo que conllevara gran responsabilidad. Aun así, no sabía cómo ni dónde dirigirse. Finalmente, se puso el emblema de Francia Libre en la solapa del abrigo y consiguió trabajo en un hospital de maternidad cercano. Al menos ganaba algo de dinero para poder subsistir, ya que el que habían traído consigo estaba menguando cada día que pasaba.

Una mañana, tras comunicárselo a su madre y ante el desagrado de esta, se alistó como voluntaria en la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina, más conocida por sus siglas como la WAAF (Women's Auxiliary Air Force).

Al comienzo de la guerra, las mujeres no eran alistadas en el Ejército sino que trabajaban mediante contrato, por lo que no tenían categoría militar. Aunque las primeras en unirse fueron voluntarias, en 1939 se creó el Servicio Auxiliar Territorial (Auxiliary Territorial Service o ATS) y la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina (Women's Auxiliary Air Force o WAAF), ambas contratadas por el Estado y sujetas a un código disciplinario similar al militar. Sin embargo, a partir de 1941, tras el decreto que establecía que las mujeres podían ser reclutadas, las integrantes del ATS y de la WAAF comenzaron a ser alistadas y alcanzaron un estatus militar, con la posibilidad de llegar a ser oficiales. Solo las mujeres al servicio de la Armada mantuvieron su carácter de voluntarias.

Las mujeres integrantes de la WAAF trabajaban en las instalaciones militares y fueron expuestas a los mismos peligros que cualquiera en el frente interno a pesar de que no participaron en el combate activo. Colaboraron en el embalaje de paracaídas y en el cuidado de los globos cautivos, también llamados globos de barrera, que no solo eran usados en ciudades, sino que también se desplegaban sobre los aeródromos, los puertos y las cabezas de playa. Esos globos servían como defensas antiaéreas, ya que al colocarlos en

una zona, se evitaba que los aviones enemigos pudiesen pasar por ahí; si lo intentaban, se enredaban con los cables de acero enganchados a tierra que sujetaban los globos y acababan estrellados o, al menos, dañados por el impacto. Además, la WAAF realizaba labores de *catering*, meteorología, radar, mantenimiento de aeronaves, transporte y comunicación, con inclusión de telefonía inalámbrica y operación telegráfica. Trabajaban con los códigos y sistemas de cifrado, fotografías de reconocimiento y cartografía (localizando las posiciones de las aeronaves enemigas), entre otros sistemas.

Después de recibir y leer la carta de contestación, Noor se enfureció: la habían rechazado por el mero hecho de haber nacido en Moscú. Se dirigió a las oficinas del ministerio y estuvo a punto de zarandear al oficial de turno, a quien tomó por las solapas de su uniforme. Le espetó que, como persona acogida en Inglaterra y poseedora de una tarjeta de identificación británica, tenía todo el derecho a ser admitida para ayudar a Inglaterra y liberar a los países ocupados por los nazis.

Días más tarde, recibió una carta en la que le daban la cordial bienvenida. El 19 de noviembre de 1940, Noor se alistó en la WAAF, con el número 424598 ACW2 (Aircraftswoman 2nd Class). En el formulario que tenía que rellenar con sus datos personales cambió su nombre por el de Nora Inayat Khan, pensando que Nora se parecía mucho a Noor en la pronunciación. En el apartado de religión del aspirante escribió “Iglesia de Inglaterra”, y como ocupación civil, “Escritora”.

Fue enviada, junto con cuarenta nuevas reclutas, a un cursillo que la capacitaría como operadora de radio. Les dieron un uniforme y marchaban en grupo para los estudios, las comidas y los ejercicios físicos. Aunque no estaba acostumbrada a ese régimen de vida, todo lo hacía con entusiasmo, su carácter era ejemplar y siempre estaba dispuesta a cooperar con sus compañeras. Dormía en colchones de paja y a pesar del frío que hacía y la incomodidad de la estancia, estaba determinada a seguir adelante.

Tras recibir buenas críticas de sus superiores, a tan solo un mes de su incorporación en la WAAF, Noor fue destinada a Edimburgo, donde recibió entrenamiento como telegrafista durante seis meses. Una vez más, sus superiores escribieron comentarios favorables hacia ella y la calificaron con las notas más altas.

Desde el principio, Noor dejó claro que necesitaba a su madre cerca y la llevó consigo a Edimburgo, donde la instaló en un diminuto apartamento próximo al centro de entrenamiento. Estaba impaciente por ayudar a derrotar,

en la medida de lo posible, al régimen nazi y liberar a Francia de su yugo. Aprendía extremadamente rápido y memorizaba el código morse con tanta facilidad que asombraba a sus profesores. Pronto entabló amistad con sus compañeras. Aprendían durante su entrenamiento bailes escoceses como método de relajación, entretenimiento y camaradería. En ocasiones, Noor introducía algún movimiento de baile indio en aquellas coreografías, lo cual dejaba a sus compañeras fascinadas por su alegría y desenvoltura al interpretar aquellos bailes ancestrales, como el Kathak. Eran breves momentos de gran alegría y humor.

En junio de 1941, Noor fue promovida como Aircraftswoman 1st Class y destinada a la comandancia de bombardeo de la RAF, en la ciudad de Abingdon. Su cometido era aprender y colaborar con el personal masculino que recibía y transmitía mensajes por radio a los pilotos. Pronto pudo asimilar todo lo que observaba con total facilidad, como el criptoanálisis avanzado y el método de cifrado. Trabajaba como nunca lo había hecho un aprendiz anteriormente y se ganó el aprecio de todo el personal militar. También un apodo: cuando colaboraba con sus colegas operadores radiotelegrafiando con el código morse, Noor apretaba el dedo de una forma peculiar al transmitir, dejando un espacio entre letras que hacía sonar un leve chasquido perceptible al receptor. Sus compañeros le hacían bromas cada vez que se sentaba delante de la radio y empezaron a llamarla “Bang Lulú Bang”, debido a aquel singular sonido que producía.

Ella se presentaba como Nora y ocultaba su pasado ancestral como princesa, así como la fe sufí de su padre y su relación con la India. De sus rasgos y el color de su piel —era más morena que sus compañeras— decía, sin más detalle, que su padre era de origen indio y que su madre era estadounidense, motivo por el cual su acento inglés sonaba distinto, ya que tenía una pronunciación algo extraña aunque tan singular como clara y agradable al oído. Ella argumentaba que nunca había estado en la colonia asiática, a pesar de haber aprendido las costumbres y tradiciones indias por parte de la familia de su padre, mintiendo que este vivía en Francia, dedicado a su negocio: una imprenta de libros en el sur de París. Incluso asistía con sus compañeros a la iglesia anglicana cercana a la localidad para acallar posibles rumores.

Encontró un trabajo para su madre como enfermera en un hospital de maternidad que además era un orfanato, así la mantenía ocupada y fuera del nuevo apartamento en la que la había instalado. En cuanto tenía libre una

tarde o un día, se escapaba en bicicleta para ir a verla.

En el trabajo se desprecupaba por completo de sí misma y estaba más pendiente de ayudar a los demás y hacer algo útil. El horario laboral se dividía en dos turnos; el primero desde las 4:30 de la tarde a 8:00 de la mañana, y el segundo desde las 8:00 de la mañana a las 4:30 de la tarde. Noor operaba con tal destreza que llegó a suplantar al personal más veterano horas después de haber acabado su turno, acortando así sus horas de descanso.

A su hermano Vilayat, por el contrario, después de las arduas pruebas para entrar en la Royal Air Force —conocida por sus siglas como RAF—, le comunicaron que el resultado oftalmológico había sido negativo: tenía problemas en la vista y por tanto quedaba excluido. Por recomendación de un instructor, se presentó en la Armada, pero para entrar tenía que pasar los exámenes, por lo que se dedicó a prepararlos con ahínco.

Cuando podía, Noor pedía algunos días de permiso y se marchaba a Londres para estar con su hermano y darle ánimos. Ella dormía en su cama, él en el balcón debido al calor del verano. Noor le limpiaba la habitación, le hacía la comida y le lavaba y ordenaba toda su ropa, tal y como lo había hecho anteriormente en Francia durante años. Ambos hermanos siempre estuvieron unidos por la motivación común de echar a los nazis fuera de Francia y así poder volver con su madre a la casa de Fazal Manzil. Visitaban el zoológico con frecuencia para ver, sobre todo, a los tigres y a los leones.

—Sultán Tipu era un tigre, nuestro padre un león, yo una gárgola y tú... un ciervo — dijo con sorna Vilayat a su hermana en cierta ocasión.

El dinero que tenían era más bien escaso. Limitaban al extremo cualquier gasto innecesario. Sin embargo, en el día de su cumpleaños, Noor le regaló a su hermano la autobiografía del político Jawaharlal Nehru, hijo de un rico abogado.

Gracias a su padre, Nehru cursó estudios en Inglaterra, a la edad de quince años, en la prestigiosa escuela Harrow, para después decantarse por las Ciencias Naturales en el Trinity College. Más tarde, el joven y futuro estadista indio siguió sus estudios en Cambridge y finalmente realizó prácticas de abogacía en el Middle Temple de Londres. Atraído por el gusto al arte y la cultura europea, tuvo una vida social activa en Inglaterra, donde frecuentaba museos, teatros y participaba en actividades políticas estudiantiles motivado por ideas socialistas y por el liberalismo. A su vuelta a la India, se unió al Partido del Congreso liderado por Gandhi. Su carácter carismático y radical, pronto lo catapultaría a la presidencia del partido.

Estando en Londres, ambos hermanos se relacionaron con muchos indios y eran conscientes de la turbulenta situación que estaba sucediendo en la India con el movimiento de independencia en alza. The India League, que operaba en Londres, era una organización formada por el llamativo y extravagante Krishna Menon, que movilizaba a los indios en el extranjero a favor de la lucha de su país y organizaba reuniones y discusiones con destacadas personalidades, indiófilos y anticolonialistas. Crearon un periódico para que la gente en toda Gran Bretaña estuviera continuamente informada del movimiento independentista; incluso muchos estudiantes de Derecho y de la London School of Economics se unieron a ellos.



capítulo 12

La entrada de la India británica en la Segunda Guerra Mundial tenía dividida a la población, porque la decisión de arrastrar consigo a los habitantes de la colonia no había sido consultada con los representantes elegidos por los indios, es decir, los gobiernos provinciales. Varios eran de la opinión de ayudar a Gran Bretaña, porque así podía lograrse la independencia después de la guerra; otros, como los maharajás, que no querían perder sus lujosos privilegios, pensaban que si les daban su apoyo a los ingleses obtendrían de ellos concesiones al concluir la contienda en Europa, como hicieron tras la Primera Guerra Mundial; algunos alienados por el desprecio de los británicos hacia los derechos de la población india no simpatizaban en absoluto con la participación en la guerra; y otros líderes, como Subhas Chandra Bose, estaban a favor de una alianza con Alemania de cara a hacer desaparecer el imperialismo británico en el subcontinente.

Noor estaba en desacuerdo con las ideas de Bose. No compartía que, en la situación en que se hallaba inmersa Inglaterra, con una guerra de tal envergadura como la que sucedía en Europa y la sombra nazi sobre tantos países causando tantas barbaridades y horrores, fuera el momento apropiado para incitar a la independencia o pedir concesiones para luchar por la libertad. Ella opinaba que eran momentos difíciles no solo para Inglaterra, sino también para el resto del mundo civilizado, por lo que lo mejor que podían hacer los políticos en la India era apoyar, cooperar, luchar juntos y no dividir, tal y como defendía Sri Pandit Jawaharlal Nehru.

Su entrenamiento y estancia en la ciudad de Abingdon, situada en el valle del Támesis, en el sur de Inglaterra, la hizo dudar, ya que pensaba que estaba lejos de toda acción y ella creía que podía hacer mucho más por la libertad a Francia y afrontar trabajos de mayor responsabilidad. Así, pidió ser transferida a un curso avanzado de radiotelegrafista. Durante siete semanas

estudió geometría y trigonometría, además de varios libros teóricos sobre radio y telegrafismo. Su madre, mientras tanto, se mantenía ocupada trabajando en hospitales de maternidad y en orfanatos, aunque estas labores eran extremadamente agotadoras para una mujer que, aunque intentaba lograr su cometido lo mejor posible, no acababa de adaptarse a las circunstancias, ni su físico lo resistía. Por ello, mientras sus compañeras pasaban los ratos libres con sus novios o en salones de baile, Noor visitaba a su madre, a quien le daba casi todo el salario que obtenía de la WAAF.

Era muy común que las mujeres se olvidaran del novio, amigo o marido que tenían en el frente luchando y se enamoraran de los militares de paso. Los establecimientos estaban abiertos toda la noche, se bebía y, en general, prevalecía una atmósfera de pura indulgencia, ya que la mayoría de los jóvenes que reían, cantaban, besaban o tocaban al otro sexo embarcaban al día siguiente por la mañana en misiones de las que posiblemente no volverían con vida.

Después de hacer el curso avanzado, pidió que la comisionaran a un departamento en el que tuviera más responsabilidad. La oficina de reclutamiento para la guerra la llamó para entrevistarla el día 29 de agosto de 1942. Como no tenía dinero para cosméticos le pidió ayuda a su hermano, pues ella no podía permitirse siquiera comprarse un lápiz para los ojos y, en esta ocasión, aplicarse un ligero maquillaje en el rostro le daría cierto aire de elegancia al uniforme que vestía.

La habían citado en un colegio para niños de primaria. Los alumnos habían sido evacuados y trasladados a un edificio más seguro en el campo. Noor sonrió con alegría al leer, en el letrero de la entrada, Fairyland School. [3] Sabía que era un augurio y que estaba yendo por el buen camino. Anhelaba hacer algo que tuviera un valor inmediato para el esfuerzo bélico y no estar sentada frente a un aparato de radio en Inglaterra o ser meramente parte de un eslabón burocrático. Todo aquel trabajo de rutina con horario establecido la hacía sentirse frustrada. Un funcionario acompañó a Noor hasta la sala del comité. Por los pasillos, el aire olía a desinfectante. Las reuniones en aquella escuela se celebraban en el aula de literatura e, independientemente de su graduación, todo el mundo por igual tomaba asiento en los duros pupitres de madera de los escolares.

—En su ficha menciona que usted practica la religión anglicana, pero su apellido es Khan. Más que hinduista creo que es musulmán, ¿no es así? —le preguntó un hombre bajo, de pelo blanco y gafas con montura de acero que,

junto a una voz profunda de fumador empedernido, le daban una imagen de carácter recio.

—Preferiría contestar que creo en el amor universal. No me defino como musulmana ni tampoco soy hinduista. Me criaron en los principios de la filosofía sufí, que está totalmente desvinculada del islam.

—¿Podría explicarse brevemente? Lo encuentro algo confuso.

—Verá usted —dijo Noor, perdiendo el miedo a hablar delante de aquel comité completamente masculino—, en el suelo de la India las fisuras son infinitas. El hinduismo, como las demás religiones indias, da la impresión de ser muy firme y fuerte, pero en realidad todas ellas están divididas en sectas y formas de espiritualismo que se bifurcan y se unen como mitológicos ríos sagrados que cambian de nombre según el aspecto desde donde se les examine. Mi padre indio era de origen musulmán, de ahí que lleve su apellido, Khan. Él era sufista, pero en el sufismo hay diferentes métodos de enseñanza, de prácticas y de especializaciones. Aun así, yo no soy sufista ni devota, ni estudiosa o seguidora de tal filosofía. A mí me criaron enseñándome a respetar la diversidad y la pluralidad de las religiones y creencias, porque todas ellas apuntan hacia lo mismo: el deseo de amor y compasión, de paz y generosidad.

—¿Cuál es su opinión sobre el movimiento de independencia en la India? —preguntó un caballero de unos setenta años con rango de brigadier, tal y como mostraba el uniforme que llevaba.

—Mire usted, hasta el siglo XVI, época en la que los diferentes colonialismos comenzaron a poner pie en el subcontinente, la India era un país avanzado y desarrollado, culturalmente al nivel de las sociedades europeas de la época, aunque inferior, eso sí, en el campo militar. Cuatro siglos después, sus riquezas han sido explotadas y dilapidadas por los conquistadores y su rica producción agrícola ha quedado poco a poco destrizada.

—No quiero que me dé una lección de historia, jovencita. Le pregunto qué piensa usted de la actual situación política en la India —volvió a decir el brigadier.

—Pues, verá usted —Noor se inclinó hacia adelante, agarrándose las rodillas con las manos con cierto atrevimiento—, que el dominio extranjero es considerado como políticamente inaceptable, moralmente inocuo y económicamente destructivo. Actualmente, la India se encuentra más pobre y atrasada que nunca.

—Quiere usted decir: primero, que no practica la religión anglicana como viene escrito en su ficha y que usted misma ha escrito al rellenar el formulario para su inscripción en la WAAF. Segundo, que apoya el independentismo indio... —se giró para sostener una taza de té que un policía militar de servicio estaba ofreciendo a todos los miembros del comité.

—Aquí tiene, coronel —dijo el oficial.

—Gracias, cabo.

—Explíquese, señorita —dijo otra persona de figura de barril y cara mofletuda, removiendo con deleite la pequeña cucharilla dentro de su taza.

—Miren, la religión no se encuentra en el Corán o en la Biblia, está en nuestros corazones, en nuestras acciones, en nuestra práctica. La religión no se halla en una iglesia anglicana, en una mezquita musulmana, en un templo hindú o una sinagoga judía, sino en la forma de relacionarnos con otros seres humanos, con los animales, con los bosques, con los pobres y oprimidos, con la gente necesitada, con los ancianos, los enfermos y moribundos. Curar al herido, compartir con otros, escuchar a los demás, ser amables, abiertos y humildes son expresiones inmediatas y prácticas de la verdadera religión. Yo no creo en la Iglesia ni en lugares de culto, tampoco en el destino, la intervención divina, la vida en el más allá o en la fortuna que predicaban gurús o gitanas. Creo que las personas controlan el curso de sus vidas, de la misma manera que los engranajes de un reloj de pared controlan el movimiento de su péndulo y el de sus manecillas. En mi opinión, uno debería ser libre de practicar la religión que le plazca, pero sin el peso de la responsabilidad, de la arrogancia y la exclusividad, que es lo que fomenta, entre otras cosas, el colonialismo. ¡Porque no va a decir usted que en la India predomina la democracia!

—¿Qué papel piensa que debe interpretar la India en este conflicto? —preguntó otra persona al mismo tiempo que acercaba con lentitud la taza de té a sus labios.

—Personalmente opino que a los indios los deberían dejar armarse creando, como en Inglaterra, un Home Guard, para defenderse en caso de ataque por parte de los japoneses.

—¡Jesús, qué barbaridad! ¿No se da cuenta? Después se alzarían armados contra nosotros —dijo un hombre de constitución pesada, cuya gran papada se movía al hablar—. Jovencita, después de pasar por la academia de Sandhurst obtuve mi nombramiento de oficial en el ejército de la India y sé de lo que hablo: eso no se debe de permitir. Me da la impresión de que usted

está haciendo correr el carro detrás del caballo.

—Bueno, es una respuesta sincera. Pero dígame, ¿cuál sería su propuesta para evitar la situación actual de conflicto bélico? —intervino otro oficial.

—Alguien dijo que entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz, por eso creo que se deben sustituir las religiones por la espiritualidad. Comenzando en casa, enseñando a los niños que hay una inteligencia superior y creadora y que todos somos sus hijos. Que desapareciesen las religiones y se practicase el humanismo. Enseñar que no importan las diferencias de color, pensamiento, estado económico, raza, opinión, etcétera. Porque debajo de las diferencias todos aspiramos a una vida buena. Es cuestión de educar no tanto en la tolerancia sino en el respeto a las creencias, maneras de vivir y de ser de los demás.

—¡Joven! No todos aspiramos a lo mismo —dijo un examinador de rostro nudoso, lo que indicaba que tenía la costumbre de darse a la bebida, y que había permanecido en silencio hasta ahora—. Lo que yo entiendo por una vida buena difiere mucho de la postura que los nazis están tomando. ¿Cuál es su opinión acerca del nazismo?

—Mi forma de pensar en relación a esta ideología es plenamente negativa debido a la locura y discriminación de quien la promueve, sin mencionar el desorden psicológico que una persona debe de tener para ser partidario. Están motivados por el odio y la desesperación e impulsados por la codicia, los patrimonios y el querer imponer, dominar a Europa entera tomando a los judíos, en un principio, como chivo expiatorio.

—¿Cuál es su opinión sobre el fascismo, joven? —preguntó un hombre larguirucho, de expresión hosca y bigote erizado.

—Que siempre culpa de los problemas a una falsa causa, a las personas de otras razas.

—¿Por qué cree que hay que luchar contra el nazismo? —cuestionó otro señor de mediana edad, de aspecto malhumorado y bigote poblado mal cuidado que no le ayudaba en nada a mejorar su taciturno aspecto.

—Para liberar a Francia de su tiranía y parar el expansionismo nazi al resto del mundo.

—¿Qué es lo que cree que puede aportar usted para ayudar a Gran Bretaña a ganar la guerra contra Hitler? —inquirió otro.

—Yo he vivido en Francia, concretamente cerca de París. Conozco el país, sus costumbres, su gente y, sobre todo, soy bilingüe, hablo perfectamente el idioma. Pienso, y este es el motivo por el cual estoy aquí,

que puedo trabajar ahí como agente, como operadora de radio.

—Se dice que los radioyentes de los servicios de inteligencia de ambos bandos pueden saber qué unidad del enemigo está transmitiendo en morse por la cadencia y los espacios del operador, aun sin entender el idioma materno de cada uno, y que así llegan a saber determinadas informaciones. Tiene usted todas las aptitudes que se necesitan para tal puesto de importancia.

—¿Tiene usted miedo de ser torturada? —preguntó un hombre con cara de bonachón mientras pasaba a su compañero de al lado una bandeja de galletas que circulaba entre los comisionados.

Aunque era consciente de que los examinadores desaprobaban sus ideas sobre la situación en el subcontinente indio, ella se expresó sin tapujos. Habló con determinación y muy segura de sí misma, a veces poniendo una mano en la cadera y otras con el cuerpo inclinado en la silla mientras blandía el índice admonitorio, como si estuviese dando apoyo a sus argumentos.

La situación en la India británica durante aquellos días era especialmente volátil con el movimiento Bharat Chhodo Andolan (Abandonen la India), que Gandhi impulsaba como la acción más organizada y definitiva para lograr la independencia a través de la desobediencia civil. Las protestas se multiplicaron por todo el subcontinente asiático y casi todos los trabajadores se declararon en huelga. Sin embargo, no todas las manifestaciones fueron pacíficas: varias bombas estallaron, algunos edificios del gobierno fueron incendiados, la electricidad fue cortada y el transporte fue prácticamente paralizado. Los británicos respondieron rápidamente con detenciones en masa: más de cien mil personas fueron apresadas y diversos manifestantes fueron apaleados en público. A estas tensiones se sumaba que Japón amenazaba con una invasión por el este. Churchill prometió concesiones después de la guerra a los líderes del Congreso si apoyaban al máximo en la contienda, pero Gandhi rechazó la oferta argumentando que era un cheque sin fondo, pues las demandas del líder británico era una orden de “hazlo o muere” que debía obedecerse. Aun así, a pesar de no recibir apoyo por parte de los líderes del Congreso, cientos de miles de indios eran reclutados en masa y destinados a luchar a tierras lejanas, como la jungla de Burma, África e Italia.

Noor era consciente de las noticias al respecto, ya que leía diariamente los periódicos ingleses, pero también los que imprimían las organizaciones indias

en Inglaterra para difundir los hechos sucedidos en la vasta colonia del sureste asiático. Durante aquellos días, líderes políticos indios que insuflaban el nacionalismo estaban bajo la atenta vigilancia del M15, del Secret Intelligence Service (SIS) y de la Indian Political Intelligence. Incluso una sección del M15 trabajaba en Delhi bajo las órdenes del extravagante Peter Fleming, hermano del creador de James Bond, Ian Fleming. Su trabajo consistía en crear una red de colaboradores y contactar con posibles agentes dobles en suelo indio. Otro papel que desempeñaba era tener vigilado al líder indio simpatizante de Hitler, Subhas Chandra Bose, quien, tras escaparse de su arresto domiciliario, marchó a Alemania buscando apoyo para la expulsión de los ingleses de la India.

Tras salir del aula, Noor pensó en las consecuencias de haberse expresado tan francamente como lo había hecho sobre sus opiniones políticas. Había hablado la voz de la descendiente del Sultán Tipu, con la verborrea de un líder enardecido. Pensó que lo había echado todo a perder por dejarse llevar emocionalmente, como si estuviese arengando a un pueblo indio para rebelarse. Se había extralimitado, pensó. Pero, por otro lado, pensó que había dicho la verdad, que no había mentido. Estaba convencida de que, por el hecho de hablar tan clara y directamente, sería considerada para ser telegrafista, un puesto superior y de responsabilidad. “Saben que Inglaterra me necesita”, se dijo.



capítulo 13

En la fría celda le vino a la memoria aquella pregunta pronunciada en el aula de Fairyland School: “¿Teme usted ser torturada?”. Ahora había visto lo que realmente era una tortura infligida por los nazis y sí, tenía miedo, mucho miedo. Lo acontecido en aquella entrevista le parecía que había ocurrido ayer mismo; todo lo recordaba con detalle. Hizo memoria del tacto de la madera sólida y rayada de los pupitres en la escuela infantil, al mismo tiempo que repetía mentalmente “Sol, sol, sol, mi bemol”, sin saber por qué.

De repente se quedó paralizada, se puso de pie y escuchó con atención esos cuatro golpecitos que desde hacía unos veinte minutos no cesaban de sonar. Prestó atención y se dio cuenta de que alguien estaba intentando ponerse en contacto con algún prisionero utilizando el código morse. Aquel sonido —¡pon, pon, pon, pooooon!— equivalía a punto, punto, punto, raya, lo que significaba ‘V’, de Victoria. “Maldita sea. ¡Voy a agarrar al destino por el cuello!”, dijo Noor en voz baja, sorprendida y con la piel de gallina al recordar la frase que pronunció Beethoven tras componer su *Sinfonía n.º 5*, también denominada *La llamada del destino*. La *Sinfonía n.º 5 en do menor, opus 67*, comienza con cuatro notas: las tres primeras ‘cortas’ y la última ‘larga’. Noor sabía que esas cuatro notas eran utilizadas por la BBC británica para introducir sus boletines europeos y no solo hacían alusión a la ‘V’ de ‘Victoria’, porque también podían traducirse como “¡Así el destino toca a la puerta!”.

Tomó el pequeño cuenco metálico en el que servían la sopa aguada, se pegó junto a la pared y lo golpeó pausadamente, produciendo el mismo sonido. A continuación Noor guardó silencio. Acto seguido, entabló una conversación en código morse.

—¿Nombre? —preguntó el desconocido.

—Madeleine.

—Buckthorn muerto. Soy Hawkbit.

Noor sintió un escalofrío. Buckthorn era el nombre en clave del agente clandestino del que esperaba un mensaje muy importante para transmitir a Londres, motivo por el cual se quedó más tiempo en París enviando información de miembros de la Resistencia local francesa. Cuando todos los componentes de su circuito que operaban en Francia fueron detenidos, desde la base de Londres en Baker Street le ordenaron volver a Inglaterra, pero Noor se negó a irse sin antes mandar tan importante mensaje de Buckthorn.

“¿Y si es una trampa? ¿Y si me están engañando? Esta gente es muy astuta. Gustav actuó como un perfecto actor, su modo de expresarse era perfecto y le creí. Puede que estén utilizando este método para que les proporcione información”, pensó Noor. El nombre clave de Hawkbit no le decía nada, nunca lo había oído. Los golpes de metal decían en código morse “Soy Hawkbit. Responde” y siguió escuchándolos durante los siguientes veinte minutos, hasta que cesaron de sonar.

Las celdas estaban dentro del edificio, por lo que la Gestapo tenía que guardar un mínimo de higiene para evitar epidemias y enfermedades entre los prisioneros. Los presos tenían que lavar todos los días sus utensilios de la comida y en una pila ancha llena de agua y jabón, los que usaban para hacer sus necesidades.

A la mañana siguiente, con las dos manos sujetando el cazo de sopa caliente, Noor percibió un símbolo levemente rayado. Se acercó a la puerta desde donde entraba luz por un lado de la mirilla y se dio cuenta de que era la Cruz de Lorena, símbolo de la Francia Libre contra la ocupación alemana. Desde el fondo de la pila había cogido aquel cazo que procedía de otro prisionero; sin duda era el de aquel misterioso Hawkbit.

Noor se pegó a la pared y transmitió en código morse: “Madeleine. Francia Libre”. Acto seguido, recibió otros sonidos como respuesta: “Hawkbit. Francia Libre”. Noor no quiso comunicarse más por precaución, pero pensó que si realmente era un prisionero, tendría que leer un mensaje suyo grabado en el cuenco. De lo contrario, podría ser algún alemán o el mismo Starr haciendo los sonidos desde una de las celdas próximas con el propósito de sonsacarle alguna información. Se apresuró en buscar algo punzante para rayar la superficie metálica y escribir unas palabras. En el borde de la ventana fortalecida con barrotes vio que sobresalía un trozo de cemento, lo golpeó y presionó con el cazo de la sopa hasta romper una pequeña esquina punzante. Escribió utilizando símbolos, como si estuviese

mandando un mensaje codificado a base puntos y rayas: “Nora Baker. Operadora radio. Escapar. Londres. Urgente”. Cuando la sacaron al pasillo para limpiar sus cuencos, dejó en el fondo su cuenco rayado en aquella pila de agua espesa y tomó otro.

Al día siguiente, en el pasillo, había un tumulto de prisioneros franceses asustados. Aquellas pequeñas celdas construidas en el ático del edificio estaban llenas. Escuchó a Steinbrinck hablar en alemán; ordenaba a un grupo de soldados que trasladasen a cuatro de ellos al sótano. Noor se estremeció al pensar qué sería de esas personas ante la violencia del sargento y los métodos del sádico Otto Kramer. Probablemente su cuenco con el mensaje codificado habría caído en manos de algún otro prisionero, pasando totalmente inadvertido.

Al mediodía, oyó que arrastraban y soltaban de golpe algo pesado en el pasillo.

—La aspiradora no funciona —dijo en voz alta una empleada de la limpieza—. Tendrán que ayudarme a llevar la alfombra hasta la azotea.

Friedrich, un joven soldado que hacía guardia, dio un bufido de protesta. Era un joven veinteañero alto y muy delgado. Había sido reclutado por la fuerza y nunca quiso alistarse. Como no tenía nada mejor que hacer en su pueblo, decidió ir a ver mundo y tener una profesión. Soñaba con ser un alto mando en el ejército y volver a su casa con la pechera condecorada.

—Lo mejor que pueden hacer es reparar la aspiradora—exclamó Wermer desde el otro lado del pasillo—. Esa alfombra pesa una barbaridad, señora. Será mejor que llame a sus compañeras para que la ayuden.

Wermer, aunque tenía la misma edad y era del mismo pueblo que Friedrich, era todo lo contrario de él, muy gordo y un vago. De rostro rubicundo, tenía fama de oler siempre a salchichas y a sudor, y consideraba su estancia en el ejército una pérdida de tiempo. A Friedrich y Wermer no les importaba apelar al engaño o mentir descaradamente para evadir una orden o tarea. Siempre juntos, se les designaba como centinelas porque en aquel edificio, ocupado por la Gestapo en la avenida Foch, pronto los encontraron prescindibles.

—¡Yo soy técnico reparador de productos eléctricos! —gritó un prisionero desde su celda—. Seguro que es una aspiradora marca Bissel, ¿no es así?

—Pues sí, *monsieur* —dijo la empleada de la limpieza dirigiéndose hacia donde procedía esa voz.

—¡Usted se calla! —prorrumpió Wermer a la señora francesa—. No se

permite hablar con los prisioneros —prosiguió. Después golpeó la puerta de la celda con la culata de su fusil y exclamó—: Tú, ¿sabes cómo reparar una aspiradora?

—¡Sí, claro! —contestó con entusiasmo el prisionero tras de la puerta—. Seguro que tiene un problema en el tubo conectado al depósito de la bolsa. Lo único que necesito es una caja de herramientas con utensilios para desenroscar los tornillos. Eso es todo.

Los centinelas se miraron uno al otro.

—No podemos sacarte de la celda sin autorización y tú lo sabes —murmuró Friedrich.

—Pues yo no subo hasta la azotea con esta alfombra cargada sobre los hombros —dijo Wermer.

—La caja de herramientas de monsieur Marcel está en la planta de abajo, puedo traerla hasta aquí en menos de cinco minutos —interrumpió la señora francesa.

—¿Y por qué no llama a monsieur Marcel para que la ayude a subir esta maldita alfombra? —preguntó malhumorado el soldado Wermer, con una sonrisa forzada que dejó a la vista una dentadura a la que le faltaban unas cuantas piezas.

—Monsieur Marcel está reparando la lámpara de mesa de monsieur Kramer.

Los soldados no podían interrumpir un trabajo que había sido ordenado por y para su superior.

—¡Traiga la caja de herramientas lo antes posible! —le ordenó Friedrich.

El prisionero vestido con ropa de civil estaba arrodillado en medio del suelo del pasillo frente a la aspiradora. Wermer se hallaba de pie a su lado, apuntándole con el fusil. La señora de la limpieza apareció al fondo del pasillo cargada con una caja metálica rectangular de color azul oscuro. Conforme se acercaba, observó el rostro del prisionero: se miraron y entendieron que los unía un propósito común.

—¡Aquí esta! —exclamó con dureza la señora. De un golpe, puso en el suelo la pesada caja de herramientas y le dijo al prisionero—: Si usted puede repararla, me haría un gran favor.

Wermer la agarró del brazo y le dijo mordiendo las palabras:

—¡Cállese, le digo! No hable con él. Mientras tanto póngase a limpiar este pasillo. Coja aquella escoba.

El prisionero comenzó a abrir la caja de herramientas y pensó para sus

adentros cómo podía pretender realizar tal reparación. Después de dudar qué destornillador escoger, hizo un gesto rápido, tomó toda la caja y volcó todo su contenido en el suelo.

—¿Pero qué hace? —prorrumpió Wermer, que cayó de bruces al intentar darle una patada en el costado al prisionero. Este aprovechó el momento para meterse un destornillador entre la ropa, tal y como había pretendido desde el principio. Su acción solo fue vista por la señora de la limpieza, que corrió en su ayuda inclinándose con diligencia a recoger todos los tornillos, clavos, tuercas y llaves de todo tamaño esparcidos por el mármol.

—No puedo meter la mano dentro de la caja y removerla hasta dar con el destornillador correcto —se justificó el prisionero. Señaló un instrumento en el suelo y dijo con rapidez—: Esta llave es la correcta. Sí, es esta —y comenzó a desenroscar la bolsa de la aspiradora, como si nada hubiera pasado.

La señora de la limpieza lo miró con complicidad y mientras se levantaba del suelo, simuló tropezarse para después apoyarse en el hombro del prisionero, momento en el cual deslizó un cincel dentro de su camisa. Viendo el alboroto, Friedrich se acercó corriendo desde el otro lado del pasillo, donde estaba apostado, y apuntó con su fusil a la francesa haciendo un gesto de desaprobación a su compañero.

—Un gesto sospechoso más, señora —le dijo el alemán con fiereza—, y le meto una bala en la cabeza. Largo de aquí. Coja la escoba, como le ha dicho mi compañero, y siga limpiando.

Con pretendida agilidad, el prisionero fingió que sabía lo que hacía. Desenroscó una tuerca, sopló dentro de un tubo y lo volvió a colocar para más tarde enroscar de nuevo otra tuerca. El tiempo pasaba. Separó la bolsa hinchada de polvo y suciedad, desenroscó el tubo que unía a la cabecera y se quedó inmóvil, pensando en qué seguir haciendo y cómo acabar con esa farsa sin ganarse un severo castigo por no haberla reparado. La señora, que había barrido todo el pasillo de un lado al otro y estaba situada en una esquina sin suciedad alguna, lo miró de reojo, presintiendo la preocupación del prisionero.

—¡Ay! —gimió la mujer con las manos en el pecho tras dejar caer de golpe la escoba en el suelo—. ¡Aire! Necesito aire —dijo mientras se acercaba al prisionero con rapidez y con una mano en el cuello, fingiendo tener un ataque de asma.

Antes de que el centinela Wermer la parase, haciendo barrera con su fusil,

la señora se dejó caer de golpe encima de la bolsa de la aspiradora y, de sopetón, salió, como si hubiese explotado un globo, una cantidad enorme de porquería que los ensució a todos.

—¡Imbécil! —gritó enfurecido el orondo soldado Wermer, quien movió las manos con aspavientos sacudiéndose con prisa el uniforme.

—Mete al prisionero de vuelta en su celda inmediatamente antes de que nos abran expediente —ordenó Friedrich a su compañero, que corrió de nuevo hacia ellos. Después se dirigió a la señora francesa y le dijo—: Señora, suba la maldita alfombra al ático usted sola.

La mujer fingió toser, se inclinó y agarró con las dos manos la alfombra enrollada, que empezó a arrastrar hasta el final del pasillo. Cuando llegó a las escaleras que subían al ático, estaba exhausta y sin aliento.

—¡Arriba! ¡No se detenga! —le ordenó Wermer—. Lo está haciendo muy bien. ¿Ve como no necesitaba ninguna ayuda? Ahora la extiende ahí arriba en el tejado y la sacude con la escoba. Nada de aspiradora.

La señora, peldaño a peldaño, empujó la pesada alfombra. En algunos momentos no podía más y caía sentada hacia atrás en un escalón, pero Wermer seguía increpándola y forzándola a continuar. Cuando llegó al último escalón, abrió la puerta de un empujón con la espalda y cayó por fin en el suelo del ático.

—¡Siga! No se pare —continuó increpando el centinela—. Quite la alfombra de las escaleras.

Con apremio, la mujer siguió empujando la alfombra hasta tenerla dentro del ático al aire libre. Nubes grises cubrían el cielo y comenzó a chispear. La mujer, ya exhausta, se proponía extender la alfombra en el suelo.

—No en el suelo, aquí, en el tejado, extiéndala aquí —ordenó Wermer, señalando el muro adyacente al tejado que tenía un metro de altura—, y dese prisa, que está lloviendo.

Había transcurrido casi una hora desde que empezara a llevar la pesada alfombra por el pasillo hasta donde ahora se encontraba. Cuando tenía parte de la alfombra extendida sobre el tejado y de pie sobre el muro, la señora francesa se tropezó y cayó rodando sobre las tejas, que resbalaban por la lluvia. Su cuerpo dio con el pequeño techo de una buhardilla. Varias tejas cayeron al vacío y de inmediato se escucharon improperios desde abajo. Con dificultad, hizo ademán de ponerse de pie. Inclínada, hizo un gesto para deslizarse por la ventana abierta de la buhardilla.

—¡Friedrich! ¡Friedrich! —gritó Wermer con nerviosismo.

Su compañero llegó al ático después de correr a gran velocidad por las escaleras.

—¡Dispara, imbécil! —le dijo Friedrich sin pensar lo que decía tras asomarse por el muro y ver a la francesa intentando mantener el equilibrio, como si estuviese huyendo.

Wermer apuntó con su fusil de repetición Mauser Kar 98k y, de un disparo, hizo que la mujer se desplomase. Mientras su cuerpo rodaba profería gritos, que dejaron de oírse cuando desapareció de la vista tras caer al vacío. Desde abajo se oyó un tremendo impacto de cristales rotos y gritos de horror de los transeúntes. El cuerpo de la señora había caído sobre un coche aparcado en la acera y el techo metálico se había hundido por el golpe. Un grupo de soldados de élite llegaron corriendo por el pasillo, apuntando a todas partes.

—¿Quién ha sido el listo? —preguntó Steinbrinck cuando llegó tras los soldados. Llevaba una pistola en la mano y alzaba la mirada para ver todo el ático, el tejado y la alfombra, estudiando con minuciosidad lo que verdaderamente había sucedido.

—La señora quiso huir —alegó Friedrich en posición de firmes y mirando al frente.

—¡Tú eres idiota! ¿De qué iba a huir, si trabajaba en el servicio de la limpieza?

—Yo la vi corriendo escaleras arriba, la seguí y, tras hacer gestos con la mano, escaló el muro y bajó por el tejado... Me dio la impresión de que hacía señales a alguien —contestó Wermer.

—Sí, fue eso, quiso dar apoyo a los prisioneros —argumentó con firmeza Friedrich, que interrumpió a su compañero—. Nos hizo ver que la aspiradora estaba estropeada pero al ver que no conseguía sus propósitos le entró pánico y quiso salir del edificio por el tejado.

—Seguramente pretendía avisar al enemigo dejando la alfombra extendida en el ático como señal para avisar a los aviones de la RAF y así bombardear el edificio —añadió Wermer, quien siguió con la mirada al frente y con el pecho hinchado.

—Esa mierda de explicación tiene algo más de sentido, pero no me la creo —dijo Steinbrinck señalando a los dos centinelas con el índice—. Os las ingeniáis bien para dar explicaciones. La próxima vez que suceda algo así en este edificio, os mandaré al frente ruso. ¡Imbéciles!

Esa misma tarde, Noor oyó los sonidos en código morse del enigmático y

audaz prisionero: “Mañana noche. Escapar. Utensilio lavabo. Barrotes. Ventana”.

Ella había escuchado todo cuanto había sucedido y se imaginó el porqué de las intrépidas actuaciones del prisionero y la señora de la limpieza; quizás ella también pertenecía a la Resistencia. Noor estaba intrigada y no se sentía segura. Si la veían escapando dispararían, como había pasado con la mujer francesa. Quería comprobar que todo aquello no era un juego ideado por Steinbrinck. Armándose de valor, le preguntó cuál era su verdadero nombre. El prisionero, al traducir los sonidos de Noor, respondió: “No tengas miedo. Soy amigo”.



capítulo 14

Tras el ataque de Italia y Alemania a Yugoslavia se creó el Estado Independiente de Croacia, que no era más que un Estado a merced del nazismo que dirigía la Ustacha, una organización nacionalista, fascista y de fuerte ideología católica que renegaba de la religión ortodoxa que practicaban los serbios. La Ustacha, cuya política se basaba en la distinción racial y en el predominio étnico de los croatas, declaraba, además, su total animadversión por los serbios, cuya religión, la ortodoxa, constituía para ellos una maldición que debía ser exterminada.

Durante los primeros meses que escasearon operadores de radio en Yugoslavia, los agentes británicos eran lanzados por el país en paracaídas y, tras moverse con documentos de identidad falsos, contactaban con miembros de la Resistencia. El hombre con el nombre clave Hawkbit trabajaba en uno de esos circuitos como agente infiltrado. Tenía como misión recabar información sobre lo que sucedía entre la Ustacha y los nazis, además de dar apoyo logístico a los partisanos, a quienes les entregaba órdenes e información de las fuerzas aliadas y tomaba notas de sus quejas, respuestas y necesidades de armas y municiones. Su jefe, Buckthorn, llevaba documentos muy importantes para dar a conocer a Londres las atrocidades que se estaban cometiendo en el campo de exterminio de Jasenovac con judíos, serbios, musulmanes bosnios, gitanos, comunistas y partisanos.

Los primeros informes sobre los asesinatos en masa de judíos ya habían comenzado a llegar a oídos de todo el mundo debido a que los soviéticos estaban alertando a los aliados de las crueldades cometidas por las fuerzas alemanas conforme avanzaban en territorio polaco. Ocultar el mayor asesinato masivo de la historia no era una empresa baladí y el hedor de los cuerpos se extendía en un radio de varios kilómetros. La Solución Final, el secreto mejor guardado de los nazis, se desvelaba al mundo exterior. Ni el

intento de quemar los cadáveres con lanzallamas, ni el uso de la cremación como método más efectivo, ni las enormes hogueras al aire libre para hacer desaparecer los cuerpos de miles de personas de golpe evitaban que la fetidez de los campos de concentración y de las fosas comunes se oliese desde una gran distancia. Incluso los acuíferos que abastecían de agua a las unidades alemanas acantonadas en aquellos territorios estaban contaminados por las filtraciones de las fosas.

Sin embargo, poco o absolutamente nada de lo que estaba sucediendo en territorio yugoslavo era conocido en el mundo exterior. Los agentes Buckthorn y Hawkbit tenían, además, informes fotográficos sobre las masacres ocurridas cerca del río Sava y en los bosques de Krapje, donde la Ustacha había ejecutado a cientos de miles de civiles.

Los agentes británicos se encontraban en la playa junto con un grupo de partisanos, poniendo señales luminosas para ser recogidos por una lancha motora y llevados a un barco de pesca en alta mar que debía trasladarlos a la costa francesa. De ahí viajarían a París para comunicar la información obtenida a la agente Madeleine, quien la transmitiría por radio con carácter urgente al SOE de Londres, y finalmente volverían a Inglaterra. Tan pronto como llegaron a la orilla, un foco de luz los deslumbró: habían caído en una emboscada y los soldados de la Ustacha los acorralaban. A pesar de los disparos, la lancha consiguió huir en alta mar y desapareció en la oscuridad.

Esa misma noche, el arzobispo católico de Zagreb, Aloysius Viktor Stepinac, fue informado por su asistente de que un grupo británico había sido arrestado con importante documentación en la que se mencionaba su nombre. En esos informes se detallaba que el religioso había realizado conversiones forzosas de serbios ortodoxos al catolicismo a punta de pistola. Además, había documentos esclarecedores sobre su apoyo incondicional a la actividad genocida de la Ustacha.

El arzobispo era un hombre alto, de rostro delgado a pesar de la barriga ligeramente curvada que le estaba creciendo por la buena vida que se daba. Tenía la piel clara y la nariz larga; en conjunto tenía la apariencia de un dóberman. Obsesionado con la higiene hasta rozar la compulsión, siempre iba muy bien acicalado: utilizaba perfume francés y en su cabello negro, peinado con gomina, siempre podía verse una raya cuidadosamente trazada hacia un lado. Su sotana estaba hecha a la medida y portaba en su dedo el brillante anillo pastoral de oro, muestra no solo de su fe católica sino también, y principalmente, de que velaba a Cristo como único esposo. Al pecho llevaba

una cruz adornada con piedras preciosas, testimonio de la riqueza y la influencia que poseía. Se sentía identificado con el personaje histórico del siglo XVII conocido como *la eminencia roja*, el cardenal Richelieu, que utilizaba su poder de forma despiadada y se lanzaba de manera directa a la yugular de un adversario para conseguir sus necesidades y propósitos. A él le daba absolutamente igual lo que algunos pocos miembros de la curia romana pensarán sobre él, porque sabía que tenía el apoyo del papa y de sus más allegados. Si fuese necesario, sería capaz de enfrentarse por sí solo a aquellos cardenales de Roma con un látigo y una silla, sometiéndolos a su voluntad. Era muy poderoso y en su mano tenía atrapadas a personas muy influyentes en el mundo de la política y en el Vaticano, debido a la cantidad de oro que mandaba a Roma. Seguía los dictados de Maquiavelo cuando aconsejaba que es mejor para un príncipe ser temido que amado.

Se encontraba en su enorme mesa fumando mientras hablaba con su interlocutor; antes de acabar un cigarrillo, encendía otro con la colilla del anterior. El ancho cenicero de nácar estaba rebosante de ceniza y de pitillos aplastados a medio fumar. Fuera, el viento aullaba como uno de esos malditos espectros de la literatura clásica inglesa que anuncian una muerte en la familia.

—Usted sabe muy bien lo que tiene que hacer con los partisanos —dijo el arzobispo, dejando muy clara la orden para el hombre que estaba al otro lado del teléfono. Hablaba con voz tranquila, dando profundas caladas a su cigarro y metiendo el humo dentro de los pulmones para luego expulsarlo, sin delectación alguna, en forma de chorro a través de sus labios fruncidos—. Pero en lo que concierne a esos dos agentes extranjeros me gustaría conocerlos personalmente —agregó después de una pausa—: Sí, sí, claro, con las medidas oportunas correspondientes, no quiero que nadie sepa que me entrevisto con prisioneros extranjeros —y añadió, tras escuchar a su interlocutor unos segundos—: Señor primer ministro, Ante Pavelic... —tras ser interrumpido, prosiguió—: Efectivamente, querido Pavelic, quería decir, canciller, disculpe, pero dejemos esto por ahora, lo que venía diciendo es que mi último informe enviado al Vaticano ha sido muy favorable a su política nacional. Sin embargo, me han informado de que los agentes extranjeros pretendían llevar a Londres documentos secretos donde se menciona mi nombre y tenían pruebas y testigos en el campamento de Jasenovac de que las monjas católicas utilizan bicarbonato tóxico en niños para ahorrar balas. Le pido que sea más prudente y que el personal no emplee uniformes que puedan

delatar su pertenencia a la Iglesia católica —otra vez fue interrumpido—. Claro que no debe quedar rastro. Tanto mi amigo, el padre Petar Brzica, como mi estimado Filipović-Majstorović se están extralimitando y dejando pruebas sobre sus actividades. Hay que reprenderles, querido Pavelic. Tienen que utilizar métodos que no llamen la atención, como han estado haciendo para que Inglaterra mande a sus agentes a investigar lo que hacemos con judíos, serbios y demás inmundicia que debe ser barrida de la Tierra cuanto antes. Tenemos que ser precavidos, querido Pavelic. Tan solo le pido, escúcheme... Tan solo le pido que tome medidas cautelares, querido Pavelic. Por ejemplo, le sugiero que los franciscanos lleven uniformes militares y no religiosos, así evitaremos problemas... —después de una pausa de breves segundos escuchando con atención a su interlocutor, siguió—. Querido Pavelic, le digo una vez más que el oro está bien custodiado en Roma, en los sótanos del Colegio de San Girolamo degli Illirici. Si no tenemos cuidado, el padre Krunoslav Draganović no tendrá más remedio que transferirlo todo en camiones a las arcas del Vaticano a través de la Cruz Roja, y tanto usted como yo nos quedaremos sin un gramo después de la guerra —otra vez interrumpido, aun mostrando cara de enfurecimiento y aguantando su enfado, prosiguió—. Querido Pavelic, estoy cansado de repetirle que contamos con la protección personal de Pío XII, solo tiene usted que evitar que lo que está sucediendo en el campo de exterminio de Jasenovac salga a la luz. La Iglesia es la verdad en sí misma. Como la encarnación de Cristo en la Tierra, no puede estar nunca equivocada, ni sus decisiones cuestionadas. Lo que sucede ahí dentro debe quedar a puertas cerradas.

»Como está usted enterado por sus fuentes de inteligencia, los alemanes no soportarán todo el peso de esta guerra. Los aliados ya están abriendo muchos frentes en Europa y en el norte de África. Si hay evidencias claras, como testimonios de testigos o pruebas fotográficas, los aliados pueden presionar al pontífice en nuestra contra y él, aunque nos pese, no tendría más remedio que ceder por los intereses de la Iglesia. Tanto usted como yo tendremos que dar explicaciones, sin dinero y exiliados en España o en algún país de Sudamérica tras obtener un visado gracias a un pasaporte falso proporcionado por la Cruz Roja. ¿He sido claro? —escuchó con una sonrisa forzada—: Bueno, eso no creo que le convenga, querido amigo. El pleitear suscitaría una gran cantidad de preguntas muy inconvenientes sobre el origen de todo ese dinero. Por supuesto, como se puede imaginar, si usted iniciase un litigio de esas características sería un incordio no solo para mí sino para

todas las partes, sobre todo para el santo pontífice. —Guardó un breve silencio escuchando la aprobación de su interlocutor—. Bien, pues ahora quiero que me mande a los agentes extranjeros y su documentación incautada cuanto antes a mi residencia. A los que les han dado cobertura local no tengo que decirle lo que puede hacer con ellos, ya lo sabe usted muy bien, y yo no le voy a dar ideas. La Ustacha tiene mucha experiencia en tratar a los partisanos.



Cinco soldados ustachis fuertemente armados hicieron entrar a los prisioneros. Buckthorn, de pelo rubio, era el más alto y corpulento de los dos; tenía un aspecto relajado. Parecía más un boxeador de los pesos pesados. Tenía una cicatriz muy pronunciada encima de la ceja, un poblado bigote marrón y vestía un traje gabardina de color oscuro que no le sentaba muy bien. Su compañero Hawkbit, por el contrario, respiraba profundamente. Llevaba una chaqueta oscura y un gastado y embarrado pantalón de pana de los que usaban los campesinos locales. Era más pequeño de estatura y de piel más morena, de rostro angular y labios carnosos, ojos azules y cabello negro como el carbón y sucio de arena; su aspecto era decididamente ansioso y tenía un ojo hinchado debido a la resistencia que había opuesto en la playa al ser arrestado.

—¡Bienvenidos! —dijo en voz alta el arzobispo, que se encontraba sentado en su sillón y con las manos entrelazadas debajo de la barbilla—. Precisamente estaba estudiando los documentos que les han sido incautados y que pretendían llevar a Francia, y desde ahí, a través de un correo... —se ajustó las finas gafas de montura metálica y, doblando unas hojas, prosiguió —: ¡Aquí esta! A través de una agente británica, que era su enlace en París, llamada Madeleine. Bonito nombre. Por lo poco que llevo leído de su extenso informe estoy más que sorprendido. Vamos a ver...

El arzobispo se dispuso a leer: “El 28 de abril, una banda de ustachis atacó seis aldeas del distrito de Bjelovar y detuvo a 250 hombres, incluidos un maestro de escuela y un sacerdote ortodoxo. Las víctimas fueron obligadas a cavar una zanja y después fueron atadas con alambres y enterradas vivas.

Pocos días más tarde, en un lugar llamado Otocac, los ustachis hicieron prisioneros a 331 serbios, entre los que se encontraba el sacerdote ortodoxo del pueblo y su hijo. Las víctimas fueron obligadas a cavar sus propias fosas antes de ser despedazadas con hachas. Los asaltantes dejaron al sacerdote y a su hijo para el final. Aquel fue obligado a rezar las oraciones por los moribundos mientras troceaban a su hijo. Luego lo torturaron, arrancándole el pelo y la barba y reventándole los ojos. Finalmente, lo despellejaron vivo.

»Sacerdotes, siempre franciscanos, participan activamente en las masacres. Muchos de ellos se pasean armados y llevan a cabo con extraordinario celo sus acciones asesinas. Un cierto padre Bozidar Bralo, conocido por la metralleta que le acompaña permanentemente, bailó de júbilo en torno a los cuerpos de 180 serbios masacrados en Alipasin-Most. Otros franciscanos no solo matan, sino que prenden fuego a casas, saquean pueblos y arrasan los campos bosnios a la cabeza de bandas ustachis. En septiembre de 1941, hay constancia, con testigos locales y el testimonio de un periodista italiano, de que al sur de Banja Luka un franciscano había arengado a una banda de ustachis con su crucifijo para que cometieran crímenes.

»La incapacidad de los obispos, y en especial del arzobispo de Zagreb, Aloysius Viktor Stepinac, para distanciarse del régimen fascista aliado de los alemanes, para denunciar los crímenes y excomulgar al cabecilla de los ustachis y a sus cómplices, se debe al deseo de aprovechar la limpieza étnica en Yugoslavia para construir una potente base católica en los Balcanes bajo respaldo y apoyo del Vaticano...

»Varios miles de familias han sido deportadas a islas desiertas de la costa dálmata o encarceladas en campos de concentración... Todos los varones judíos han sido enviados a campos de trabajo, donde se les ha destinado a labores de drenaje y limpieza, y donde han perecido en gran número. Al mismo tiempo, sus mujeres e hijos fueron enviados a otro campo donde también están sufriendo horrendas privaciones.

»Según evaluaciones alemanas, hasta el momento, más de cien mil serbios han desaparecido... En un solo campo de concentración hay hasta veinte mil serbios.

»El arzobispo de Zagreb, Aloysius Viktor Stepinac, es un ferviente defensor de los ustachis, cuyas crueldades son extremas: mujeres con los pechos cortados, ojos reventados, genitales mutilados... Las milicias ustachis utilizan instrumentos de carnicerías locales, como cuchillos, hachas y ganchos de colgar carne...”.

De pie y visiblemente magullado por los soldados al haberse resistido en el momento de ser arrestado, Hawkbit guardaba silencio escrutando la figura de aquella persona tan diabólica. Buckthorn, por el contrario, tenía la mirada perdida: sabía lo que les esperaba y solo aguardaba el trágico momento.

La enorme habitación tenía el techo abovedado y el suelo enlosado de tal forma que daba la apariencia de una sacristía en un convento de frailes de siglos pasados. Había muebles de roble de color oscuro y tapices en las paredes. Sobre la mesa de madera sólida del arzobispo, aparte de montones de documentos, destacaba la foto del papa Pío XII, excelentemente enmarcada en alpaca. Detrás, a un lado de la pared, había colgado un enorme crucifijo.

El arzobispo Stepinac estaba enojado. Miró al techo como si buscara inspiración divina, se levantó de su asiento con agilidad y recorrió la habitación con síntomas de agitación. Se detuvo de pronto y, con premura, como si se hubiese acordado de algo, salió de la habitación cerrando la puerta de un golpe: iba a comunicarse con alguien particularmente cercano del Vaticano. Transcurridos diez minutos, volvió a entrar con una ligera sonrisa en los labios. Consciente de que todas las miradas estaban puestas en él, andaba elegantemente, como si de un actor de cine se tratase. Cruzó la habitación vistiendo su inmaculada sotana de color negro, fajín morado y prominentes botones carmesíes, hasta que tomó asiento de nuevo detrás del escritorio, se cruzó de piernas y extendió con la punta de los dedos el tejido de su larga vestimenta, colocándola ligeramente sobre la pierna para que no se produjese ninguna arruga. Formó una pirámide con los dedos índices y los apoyó contra los labios, bajó las manos y miró al techo durante un tiempo, como si estuviese preparándose para una lectura del Nuevo Testamento. Recuperando la compostura antes de hablar, encendió un cigarrillo.

Los soldados ustachis lo miraban con miedo, como si realmente fuera la encarnación del mismísimo diablo, mientras que ambos prisioneros lo escrutaban con odio.

—No quedo bien parado, ¿verdad? —dijo con viveza después de unos segundos de profundo silencio. Tras encender el cigarrillo, se ajustó las gafas y sacó, de la cartera de cuero que le habían incautado a Buckthorn en el momento de su arresto, un puñado de fotografías en las que se veían fosas comunes llenas de cadáveres y cuerpos mutilados, y en otras, sacerdotes católicos junto con los ustachis, dando a entender la simpatía entre ambos por los crímenes que se estaban cometiendo—. Buena calidad fotográfica.

Mmm... Vaya con el descubrimiento que han obtenido ustedes. Mi admiración, caballeros —continuó mientras observaba con detalle una por una las fotografías en blanco y negro.

Después de un largo silencio, dejó las imágenes sobre la mesa con enfado, se quitó las gafas y miró los cristales en busca de alguna partícula de polvo inexistente para, acto seguido, dejarlas a un lado del escritorio. Se echó hacia atrás, se volvió a cruzar de piernas y tras exhalar profundamente el humo de su cigarrillo, con los brazos apoyados en el reposabrazos de su sillón, levantó la vista hacia los dos hombres, a quienes les dijo pausadamente:

—¿Qué voy a hacer con ustedes, eh? Solo les ha faltado mencionar con todo detalle que a veces suelo llevar puesto un cilicio atado a los muslos, regalo de un cardenal del Vaticano —comenzó a tablear su mesa de roble con el dedo—. Caballeros, resulta extraordinario observar cómo los acontecimientos surgidos de la nada son capaces de cambiar las cosas. Me encontraba cenando con mis amigos cuando mi secretario interrumpió una agradable conversación y mi exultante ánimo anunciándome una importante llamada a última hora. A veces resulta tan extraña la convicción que sentimos de estar a punto de recibir malas noticias que ni siquiera necesitamos que nos las comuniquen. ¿Tienen ustedes la misma sensación en este mismo momento sobre el futuro que les espera, señores?

Los dos de pie, en medio de aquella sala con decoración medieval, tenían la mirada fija en el arzobispo y seguían guardando silencio. En la repisa de la chimenea había un precioso reloj de bronce que produjo un agradable sonido al anunciar la hora.

—Siguen obstinados en no querer hablar conmigo, ¿no es así? ¿No quieren decirme algo? ¿Quiénes son? ¿Cuáles son sus nombres verdaderos? ¿Qué motivo los trajo aquí, a Yugoslavia, querer descubrir lo que se hace dentro del campo de Jasenovac o difamarme? ¿De dónde son? Lo que son, ya lo sé yo. Ustedes son hombres muy duros que siempre querrán estar actuando y, por ese motivo, no se les debe dejar andar libremente por la calle. Ustedes no solo serían capaces de eliminar al mismísimo papa en el Vaticano, sino de volarme a mí por los aires nada más sentarme dentro de mi vehículo si creyeran que eso ayudaría a la causa de los aliados, ¿no es así?

Pasó otro instante de silencio absoluto. El arzobispo sintió insolencia en la mirada fija de Buckthorn. Le dio a entender que era un hombre muy inteligente, tranquilo y muy decidido. Todo lo contrario al otro, cuyo aspecto de agricultor con rostro moreno daba la impresión de estar curtido por la

exposición a la intemperie al realizar trabajos físicos.

—Está bien. Esto no es una sala de torturas ni un interrogatorio —dijo finalmente. Hizo un ademán con la cabeza a los ustachis que estaban de pie a su izquierda y señaló con el índice a Buckthorn—. Dos de ustedes tomen a ese prisionero y llévenlo de paseo por detrás de la tapia del jardín. Ya saben lo que tienen que hacer con él.

En el momento que fue agarrado por los brazos, Buckthorn se quedó paralizado mirando a su compañero a los ojos intensamente. Al final cedió y fue sacado con prisa de la habitación. Complacido, el arzobispo sintió dentro de su vestimenta que los finos pelos de sus antebrazos se erizaban; sonrió al notar esa mirada de complicidad llena de amor y cariño entre dos amigos que nunca jamás se volverían a ver. Disfrutaba teniendo el poder de decidir sobre la vida y la muerte de un ser humano.

—Sal de este mundo, alma cristiana —pronunció el arzobispo con los ojos cerrados—, en nombre de Dios Padre Todopoderoso, que te creó; en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que padeció por ti; en nombre del Espíritu Santo, que en ti se infundió; en nombre de la Gloriosa y Santa Virgen María, Madre de Dios; en nombre del bienaventurado José, ínclito esposo de la misma Virgen; en nombre de los Ángeles y Arcángeles; en nombre de los Tronos y Dominaciones; en nombre de los Principados y Potestades; en el de los Querubines y Serafines; en el de los Patriarcas y Profetas; en el de los santos Apóstoles y Evangelistas; en el de los santos Mártires y Confesores; en el de los santos Monjes y Ermitaños; en nombre de las santas Vírgenes y de todos los Santos y Santas de Dios —y abriendo los ojos en dirección a Hawkbit, sentenció—: Sea hoy en paz tu descanso y tu habitación en la Jerusalén celestial. *Per signum Sanctae Crucis, de inimicis nostris, libera nos, Domine Deus noster. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.*

Desde fuera se escuchó la detonación de un fusil; a los pocos segundos la de una pistola. En la habitación Hawkbit, de pie como una estatua, y el arzobispo, sentado en su sillón detrás de su enorme mesa, se miraron fijamente.

—Y ¿qué piensa que voy a hacer con usted, eh? Tengo que admitir que lo admiro, es usted también muy fuerte psicológicamente, pero su compañero era mucho mejor, parecía más realista. Me da la sensación de que usted es un soñador, ve la vida como un juego, como una diversión, como una aventura. Pero no puedo mandar de paseo al jardín a dos. Tengo que complacer a los alemanes. La política, hijo mío, como muy bien dicen, hace que a veces

tengas extraños compañeros de cama —dijo mientras se encendía un nuevo cigarrillo—. Pero si por mí fuera, lo mandaría a usted directamente al infierno.

—Con mucho gusto iría —contestó Hawkbit con una sonrisa—, pero permitiéndole a usted ir delante.

—Vaya con el prisionero, si tiene sentido del humor.

El teléfono sonó. El arzobispo levantó el aparato sin esperar a que sonase una segunda vez.

—De acuerdo..., así me gusta... Bendito Pío XII. Sí, claro que soy consciente de su intranquilidad..., desde luego el Santo Padre tiene el corazón de maíz, monseñor. Como siempre, usted tan acertado con sus sugerencias, lo felicito. Pronto nos veremos en Roma —comentó el arzobispo antes de colgar el auricular y, dirigiéndose al prisionero, añadió sonriendo de forma macabra—: ¿Qué le parece un bonito viaje a Francia?

Transcurrió un interminable momento de silencio mientras ambos hombres se escrutaban con la mirada, como si fuese un duelo psicológico para ver quién aguantaba más sin pestañear. Hawkbit le guiñó el ojo, juntó los labios y realizó un sonoro ruido.

—Bésemelo el culo.

—Alabado sea el Señor —dijo el arzobispo en tono reprobatorio—. Es usted un auténtico ordinario. Debería tomar ejemplo de su compañero y guardar silencio, ya que denota la poca educación que ha recibido —agregó Aloysius Viktor Stepinac quien rompiendo el cigarrillo a medio fumar dentro del cenicero, aplastando la colilla con insistencia hasta que dejó de salir humo—. Permítame informarle de que ha sido usted invitado por la Gestapo a visitar la avenida Foch. Ahí se va a reír usted mucho con las SS —dirigiéndose al soldado ustachi que lo custodiaba, le ordenó—: Llévase de mi vista a esta porquería.

En cuanto se quedó solo, alzó el índice con el pulgar unido en dirección a la puerta y sentenció:

—Ángel de Dios, que eres mi custodio: puesto que la soberana Piedad me ha encomendado a ti, alúmbrame, guárdame, rígame y gobiérname. Amén —se puso de pie, tiró un cojín de terciopelo color granate al suelo y se arrodilló frente al crucifijo colgado sobre la pared. Mientras se santiguaba, añadió—: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in saecula saeculorum. Amen.*



capítulo 15

A la mañana siguiente, Noor metió su cubo metálico en la pila de agua espesa llena de suciedad. Con apremio, se puso a buscar el utensilio del que el desconocido Hawkbit le había informado hasta que, justo después de manotear con nerviosismo, dio con algo punzante y alargado.

—Fuera —le dijo rudamente Wermer.

En el momento en que la agarraba del brazo, se metió el destornillador entre la manga empapada de la camisa, por detrás de la muñeca.

—¡Vamos! —ladró el soldado.

En su celda, tan pronto como sintió que el sonido de las pesadas botas del centinela se alejaba, se acercó a la ventana.

Aquellas celdas estaban construidas de cemento y ladrillo, de manera rápida y espontánea, en aquella última planta de un edificio que originalmente era residencial y no concebido para albergar una prisión en su interior.

Clavando el destornillador alrededor de los barrotes de hierro, el cemento saltaba con facilidad.

Era media tarde cuando comenzó. Lo sabía por la luz del sol que se estaba volviendo cada vez menos diáfana. En cuanto oyó los pasos del centinela acercarse con el plato de sopa, limpió con apremio los trozos rotos y se sentó en el suelo.

—¡El cuenco! —gritó Friedrich desde la mirilla. Cuando le llenó el cuenco con aquella sopa aguada, volvió a cerrarla.

Noor notó que el soldado seguía de pie tras la puerta, se sentó y simuló beberse la sopa.

—Así está bien, —dijo tras abrir y cerrar de golpe la mirilla—. Me gusta saber que los prisioneros se toman la sopa.

Después de oír alejarse al soldado y abrir con violencia la mirilla de otras

celdas, continuó raspando el cemento.

Ya era de noche cuando consiguió tener un barrote suelto. Calculó que terminaría su trabajo antes de medianoche, quizá a las diez o las once. Lo movió con fuerza de arriba abajo y logró sacarlo. Se quedó un momento quieta, pensando que debía continuar con el plan de huida, ya que no habría forma de arreglar aquel barrote. Si la veían huyendo fuera de la celda, dispararían contra ella. Se pegó junto a la pared y emitió un mensaje al prisionero desconocido: “Dos horas más. Fuera. Confirmado”. Acto seguido, este respondió “Okey”.

Había pasado el tiempo cuando sonó por todo el edificio una sirena de alarma por ataque aéreo. Escuchó a Friedrich y Wermer llamándose a voces el uno al otro, corriendo con prisa hacia el fondo del pasillo y cerrando la puerta de acceso de un golpe. Desde lejos se oía el retumbar de los cañones antiaéreos fuera de París, como si fueran lejanos truenos.

Tras conseguir finalmente sacar dos barrotes más, Noor vio que podía caber por el espacio de la ventana. De repente, oyó abrirse la puerta del pasillo e inmediatamente después pasos. Parecían pesados. Se quedó quieta escuchando el sonido producido por las botas acercándose por el corredor. Con la palma de la mano limpió la gravilla de cemento, la echó fuera de la ventana y colocó de vuelta y a toda prisa los barrotes en su sitio. Se tumbó en el suelo y se hizo la dormida. Le llamó la atención el movimiento inusual de las botas, que producían un ruido extraño, como si el centinela estuviese arrastrándose, y presintió que algo no marchaba bien. Esos pasos no eran del soldado alto y delgado que le servía la sopa, pero tampoco eran de su compañero gordinflón. Escuchó un golpe en la puerta, como si alguien se apoyara en ella después de haber tropezado, y esta se abrió dejando entrar la luz del pasillo en la celda. En el rectángulo iluminado apareció la sombra gigante y recortada del sargento Hermann Grimminger, que se balanceaba y sostenía en una mano una botella de Jägermeister. Despedía una peste a alcohol y a tabaco y el aire que entraba por el pasillo se inundó de ella e invadió la estancia.

Noor se levantó y se echó hacia atrás.

Grimminger entró corriendo y perdió el equilibrio al intentar agarrarla, por lo que se sujetó a la pared con el brazo izquierdo y la botella se le cayó de las manos.

—Vamos a ver, querida —balbuceó el alemán, intentando ponerse erguido. Se desabrochó el cinturón, sacó la camisa fuera del pantalón y dijo

con voz cavernosa—: Sé buena chica.

De espaldas a la pared, Noor tenía al grandullón enfrente, desafiante y con ojos encendidos. Hizo ademán de esquivarlo y salir corriendo por la puerta de la celda, pero Grimminger la agarró con agilidad por la cintura, la empujó hacia sí, deslizó el brazo para inmovilizarla y, con la otra mano, comenzó a manosear sus pechos violentamente mientras la mantenía de espaldas pegada a su cuerpo. Noor gimió intentando soltarse, puso toda su fuerza en la pierna derecha y, con el talón, le asestó un golpe seco en la espinilla. El alemán lanzó un gruñido. Noor se dio la vuelta con rapidez y le propinó una patada en la entrepierna con tal fuerza que el hombre, de un metro noventa y ocho de estatura, se inclinó hacia adelante. En el momento en el que lanzaba su musculoso y largo brazo para asirla del cuello, Noor se agachó, cogió la botella de licor y, con todas sus fuerzas, la rompió sobre su cabeza. El sargento se desplomó como un saco lleno de patatas.

Se asomó al pasillo y se percató de que nadie estaba de guardia. Pensó que se habrían marchado al refugio del sótano. Se oyeron voces de prisioneros alertados por el ruido del vidrio roto. Uno de ellos, con acento polaco, preguntaba en francés qué estaba sucediendo. Noor quitó las llaves de la puerta, volvió a entrar en su celda y cerró desde dentro.

Con rapidez quitó los barrotes y los arrojó al cuerpo tendido del sargento. Se aupó con esfuerzo y apoyó la rodilla derecha para deslizarse por la ventana, pero tan solo consiguió sacar la cabeza fuera. La noche era estrellada y había luna llena. De repente, la sombra de una persona apareció frente a ella.

—No hables —le susurró con una sonrisa el misterioso prisionero, arrodillado a un lado del tejado y con el índice en los labios. Al asomar la cabeza en el interior de la celda vio el cuerpo tumbado de Grimminger—. ¿Y eso qué es?

—Ah, nada, uno que quería propasarse conmigo —contestó Noor mientras le tendía la mano.

—Lo tendré en cuenta —dijo sonriendo.

La asió con fuerza del cuello del abrigo, empujándola hacia fuera. Noor seguía con medio cuerpo dentro de la celda, atrapada a la altura de la cadera. Miraba con curiosidad el rostro de aquel desconocido, buscando rasgos parecidos a alguien que tal vez conociera, mientras él, sentado de cuclillas en el tejado y sin perder la sonrisa la tomaba con fuerza por las axilas y la levantaba.

—Sí que has crecido, Noor —le murmuró al oído mientras conseguía sacarla por completo de la celda.

Estando encima del prisionero, Noor lo miró fijamente.

—¡Por el amor de Dios! —susurró—. Si eres Jakob Prado.

—Alias Hawkbit —le dijo agarrándola del pelo y empujando su cabeza con ambas manos hacia atrás mientras le sonreía observando su rostro—. Sí, soy yo, princesita. Yo no he tardado en reconocerte. Venga, vámonos.

Había dos centinelas de élite de las SS a la vista en el ático: eran Friedrich y Wermer. Ninguno estaba observando el tejado, como tampoco habían acudido al sótano cuando sonó la sirena de alarma, sino que se encontraban sentados sobre unas cajas de madera jugando a las cartas y fumando. Sus voces se oían desde donde Noor y Jakob habían comenzado a deslizarse con sigilo. Él la llevaba cogida con fuerza de la mano.

—Noor —le dijo en voz baja mientras se agachaba de cuclillas—, recuerda lo que te digo: si yo caigo prisionero o herido, tú tienes que continuar. No debes quedarte conmigo. Yo te serviré como escudo si la ocasión lo requiere y tú debes seguir pase lo que pase, ¿lo entiendes?

—Sí, pero lo mismo debo hacer contigo.

—No, Noor —dijo con enfado Jakob—. Tú debes conseguir llegar a Londres e informar sobre la caída de tu circuito y de Buckthorn. Londres no deja de recibir mensajes por parte de los alemanes haciéndose pasar por agentes británicos. La Abwehr, la inteligencia militar alemana, lleva emitiendo desde hace ya tiempo a la central del SOE como si fuesen auténticos resistentes yugoslavos y agentes británicos. Los alemanes no dejan de recibir paquetes con toneladas de explosivos, miles de pistolas, subfusiles Sten, fusiles Bren, granadas, miles de cartuchos y aparatos de radio, además del cuadro de mando de la Resistencia en Yugoslavia y Francia.

—Sí, lo sé —contestó Noor—. Kramer me lo dijo y he conocido aquí al teniente británico Bob Starr.

—Dios mío, con la información que tienes es un milagro que sigas viva. Te habrán mantenido estos días con vida para deportarte a Alemania —Jakob miró abajo, a la calle.

Ya habían salido de los refugios antiaéreos y desde la distancia se veía a cuatro soldados de élite patrullando por la explanada y otros dos junto a la puerta principal del edificio.

—Tenemos suerte de que Kramer se encuentre ahora en Italia por lo que oí a uno de los centinelas, y la seguridad parece estar más relajada.

Escúchame, Noor —le dijo sujetando su cara entre las manos y mirándola fijamente—. Tienes que informar a Londres de que el arzobispo Stepinac está implicado en el genocidio de judíos, serbios y demás inocentes civiles que el gobierno títere de los nazis, los Ustacha, están cometiendo en Yugoslavia bajo el mando de Ante Pavelic, y que él fue quien ordenó la ejecución del agente Buckthorn. Que lo que sucede allí no tiene comparación con lo que hemos oído que sucede en Auschwitz-Birkenau. Tienes que informarles de que el campo de Jasenovac debe ser bombardeado cuanto antes, que tanto las actividades de Stepinac como las de Pavelic son conocidas por Pío XII y que el arzobispado ha estado trasladando una cantidad enorme de oro yugoslavo a Roma. ¿Lo has entendido, Noor?

—Sí, sí que lo he entendido —contestó seriamente—. Ahora, ¿podemos largarnos de aquí? Gracias. No podremos salir con vida si amanece.

—Sígueme —le dijo Jakob con actitud decidida mientras caminaban agachados en cuclillas y cabizbajos por el tejado—. Sé cómo bajar por la parte de atrás del edificio.

Llegaron hasta la parte posterior y, rápidamente, se tumbaron sobre las tejas para no ser vistos con la luz de los focos que surcaban las fachadas y los edificios.

—Ahora llega lo más peligroso —dijo Jakob—. Tenemos que descender agarrándonos por los tubos de las cañerías. ¿Estás lista?

—Sí.

—No mires abajo y préstame atención: al mismo tiempo que voy descendiendo por la tubería con las palmas de mis manos, muevo las piernas. Todo movimiento conjunto —dijo mientras hacía gestos con las manos en el aire—: manos, pies, manos, pies, manos, pies. Una mano abajo, un pie abajo, una mano abajo, un pie abajo. Fíjate cómo agarro la tubería y pongo mis pies en la pared.

Jakob se deslizó por el borde del tejado, se asió a la tubería y, apoyando los pies en la pared, descendió poco a poco. Después de hacerle un gesto con la mano para que le siguiese, Noor hizo lo mismo. Muy lentamente, iban bajando agarrados por la gruesa tubería del desagüe. Noor había aprendido aquella forma de descender —por una pared plana mediante gruesas cuerdas con las cuales los reclutas debían subir y bajar— durante su intenso entrenamiento físico en Inglaterra. Al día siguiente, muchas reclutas tenían los dedos de las manos llenos de callos y en las palmas, arañazos y quemaduras.

Cuando Jakob estaba a cinco metros del suelo, oyó los pasos de un soldado que, después de doblar la esquina, pasaba justo por debajo de él. Al pegarse con rapidez a la cañería, el cincel que se había guardado tras quitar los barrotes de su celda se desprendió de su bolsillo, cayó al suelo y produjo un sonoro ruido metálico en la calle. Antes de que el soldado pudiese disparar hacia arriba, Jakob había saltado sobre él y lo había inmovilizado en el suelo.

Los focos de luz alumbraron justo a la pared del edificio donde se encontraba Noor.

—¡Salta, Noor! —le gritó Jakob.

Noor descendió a más velocidad y cuando ya estaba a pocos metros, saltó al suelo. Jakob recogió el subfusil automático y le dio a ella la pistola Luger del soldado. Ambos salieron corriendo por la calle desierta y oscura. Se oyeron silbatos y una sirena.

Desde el ático, los centinelas Friedrich y Wermer abrieron fuego. Noor y Jakob se pegaron a la acera mientras corrían sin detenerse. Desde la calle de enfrente apareció un grupo de soldados que, después de tomar posiciones detrás de un coche aparcado, comenzó a dispararles. Jakob les respondió con gran habilidad y les hizo retroceder hasta la esquina para ponerse a cubierto.

—¡Pero qué maravilla es esta arma, la MP 34 Steir-Solothurn! —gritó sonriendo. Señaló a Noor un vehículo estacionado en la calle de enfrente—. Corre y métete en aquel coche. ¡Ya!

Cruzar la carretera hubiera sido exponerse como blanco a los soldados apostados en el ático, pero cuando Noor comenzó a correr, Jakob la cubrió disparando con destreza hacia arriba, lo que hizo retroceder el ataque continuo de los soldados. Cuando llegó al coche, Noor rompió el cristal con la culata de la pistola, se sentó rápidamente en el asiento del conductor y se dispuso a unir los cables de contacto. Tras unos segundos, consiguió arrancar el vehículo.

En el momento en que Jakob cruzaba la calle, al mismo tiempo que disparaba hacia la esquina donde los soldados se habían puesto a cubierto, una ráfaga disparada desde el ático le alcanzó la pierna y cayó de bruces contra el suelo. Noor salió corriendo, apuntó cuidadosamente y descargó su Luger cuatro veces hacia arriba, en dirección al edificio, para después girarse y, con una rodilla en el suelo, en postura reglamentaria, apuntar a la esquina en la que se encontraban parapetados los soldados. Tras disparar contra los alemanes de la esquina, se guardó la Luger en el cinto, tomó el subfusil alemán que yacía en el suelo, lo aculató en el hombro, enfiló su mirada por el

cañón, guiñó un ojo y apuntó hacia el ático del edificio. Su brusco tableteo moviendo el arma de un lado para otro no solo hizo que se agachasen los alemanes, sino que a ella misma la ensordeció y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Vamos, Jakob! ¡Levántate! ¡Maldita sea!

Él intentó incorporarse, pero se derrumbó.

Faltarían pocos minutos para que aparecieran refuerzos, el tiroteo arreciara y pusiera fin a aquel intento de huida.

—¡Lárgate de aquí, estúpida! —le ordenó Jakob gritando con todas sus fuerzas.

—¡Y un cuerno!

No le quedaba otra solución que matarlo. Si lo abandonaba ahí, acabaría otra vez como prisionero, lo someterían a un interrogatorio y lo torturarían, como había visto que hacían en el sótano. Sin pensárselo dos veces, disparó hacia la esquina e hizo retroceder a los soldados cuando las balas impactadas hicieron saltar fragmentos de piedra en el rostro de más de uno. De inmediato, lo agarró por los muslos y se lo cargó a la espalda. Otra bala alcanzó el cuerpo de Jakob y el impacto hizo que Noor se tambalease, pero se irguió y comenzó a balancearse en dirección al vehículo haciendo eses.

Steinbrinck, que había salido del edificio y presenciado aquella acción, gritó en alemán hacia los soldados que estaban en el ático que no disparasen a la mujer. Viendo la valentía de Noor, no le cabía duda de que representaba una auténtica amenaza. Puede que escasamente midiera un metro sesenta, pero podía dejar boquiabierto a cualquiera que la viera actuar en situaciones de peligro, manejando tan profesionalmente un arma como si lo hubiese hecho toda la vida. Al mismo tiempo, resultaba enormemente seductora. “Es dura, con genio, pero toda una mujer”, se dijo. Tragó saliva y se preguntó cómo sería deslizar la mano por las curvas de su cuerpo, rodearla con los brazos... No se parecía en nada a ningún otro prisionero que hubiera tratado anteriormente. Los criminales a quienes había perseguido durante su etapa policial, antes de trabajar para la Gestapo, eran delincuentes estúpidos, brutales y cobardes. Esta mujer, una agente británica, era una combatiente inteligente y audaz que merecía su respeto. Si hubiera sido alemana, se habría sentido orgulloso de ella e incluso, posiblemente, se habría enamorado. Volvió a gritar a los soldados apostados en la esquina que dejasen de disparar. Pensó que aunque pudiese llegar al coche con el peso de aquel hombre, Noor no sería capaz de conducir por sí sola con un herido. Era cuestión de segundos que los refuerzos llegasen y cerrasen las calles

colindantes, atrapándolos así con vida.

Noor avanzó lo más rápido que pudo hasta el vehículo y consiguió ponerse fuera de tiro. Jakob se deslizó en el asiento como un pelele. Los soldados alemanes empezaron a llegar y comenzaron a cercar la calle para que no pudiesen salir del barrio. Un grupo se puso a cubierto tras un coche aparcado en la acera mientras otros se arrojaron al suelo apuntando sus fusiles.

Steinbrinck, al ver que Noor había conseguido llegar al vehículo cargando con el cuerpo del prisionero herido, sintió admiración por ella. Solo una persona bien adiestrada podría haber mantenido la sangre fría en semejante tiroteo.

—¡Rápido Noor, rápido, acelera por Dios! —gritó de dolor Jakob, tapándose las heridas de la pierna derecha.

Después de poner la primera marcha, luego la segunda, apretar el acelerador a fondo y meter tercera con aquel viejo Renault rugiendo y recibiendo numerosos impactos de bala en toda la carrocería metálica, Noor y Jakob salieron precipitadamente en la oscuridad de la calle, tan negra como una tumba.

Steinbrinck, consternado y colérico, gritó a los soldados que siguiesen al coche de inmediato. La rabia lo consumía. Subió corriendo a su oficina y telefoneó a las patrullas de París para que cerrasen las carreteras de salida. Se sentía humillado por una mujer.

—Sigue adelante. Tan pronto como veas un callejón, para...—le dijo Jakob, balanceándose en el asiento por la velocidad del vehículo—. ¡Aquí! ¡Frena, Noor!

Tras doblar en una calle oscura, quedaron aparcados entre una furgoneta y otro Renault.

—Esperemos cinco minutos —dijo Jakob jadeando. Sangraba profusamente—. Se creerán que hemos seguido conduciendo para salir de la ciudad y escondernos en el campo. En este momento habrán informado a los puntos de revisión en las afueras y habrán puesto barricadas.

—Te estás desangrando —dijo Noor.

De inmediato rompió el pantalón y estudió las heridas de bala en la pierna. Buscó en el coche algún utensilio que le sirviera: abrió la guantera y rastreó de prisa en el interior, pero solo sacó papeles. Se agachó buscando a tientas con las manos algo de utilidad debajo del asiento y encontró un destornillador de entre más papeles y tubos de plástico. El interior del coche estaba muy

sucio, quizás había sido abandonado por sus dueños. Consiguió realizar un torniquete.

—No tienes ningún hueso roto, solo tienes dañados los músculos. Por suerte has resultado herido las dos veces en la misma pierna.

—Pues qué suerte la mía —dijo gimiendo Jakob mientras Noor presionaba con fuerza la tela sobre el muslo.

—¡Shhh! Cállate —dijo Noor—. Los vecinos podrían delatarnos.

Dos camiones alemanes pasaron por la calle paralela a alta velocidad.

—Tenemos que salir de aquí. Conozco este barrio —continuó Noor—. Tenemos un enlace local en caso de extrema emergencia bajo el nombre de Zouzou...

—¿Zouzou? ¡Ja, ja, ja, ja! Pero qué nombre en clave más ridículo. ¿Y por qué no Princesse Tam Tam? ¡Ja, ja, ja!

—Cállate, no seas tonto.

—Seguro que Joséphine Baker nos espera ahí con su famoso traje con plátanos ¡ja, ja, ja! —siguió Jakob.

—¡Por el amor de Dios, cállate!

Noor salió del coche y observó la calle principal. Una luz se encendió en una ventana del edificio de enfrente. Miró hacia arriba y vio que una silueta la estaba observando. Quizá no llamaría a la policía, pero nunca nadie era de fiar. Se asomó con rapidez por la esquina de la calle. Estaba todo en silencio excepto por las sirenas y ruidos de motores de motocicletas a lo lejos.

—Tenemos que movernos —dijo Noor, volviendo a sentarse en el coche. Vio que el hueco del copiloto estaba ensangrentado—. Tenemos que llegar al apartamento vacío de emergencia y desde ahí nos comunicaremos con el enlace local y conseguiremos un vuelo de Londres.

—Noor, déjame —le suplicó Jakob seriamente—. Sigue tú, por favor.

—Ni hablar. ¿No sabes que soy una luchadora incansable de la India exótica? —dijo sonriendo.

—Sí, ya, descendiente de aquel loco maharajá... —respondió Jakob con una leve sonrisa, recostado sobre el asiento y empapado de sudor—. El tigre de no sé qué...

—El Tigre de Mysore —apostilló Noor, volviendo a tapar con fuerza la herida para evitar que dejase un surco de sangre allá por donde fuesen—. Además, no voy a dar a los nazis el placer de que te torturen para que les ruegues y supliques después de arrancarte las uñas, ponerte electrodos en tus atractivos labios o encender cerillas debajo de las plantas de tus sensibles

pies...—se dio cuenta de que la estaba observando y dijo—. ¿Qué estás mirando?

Jakob se rio y contestó:

—A ti, naturalmente. Te pones muy guapa cuando estás en acción.

—Bueno, menudo lugar y momento para ponerse romántico.

Salió del coche, dio la vuelta al vehículo y, tras abrir la puerta del copiloto, sacó a Jakob y lo puso sobre su espalda. Él se limitó a gruñir. Noor miró hacia arriba y observó que habían apagado la luz de la ventana. Aunque balanceándose, cruzaron la calle rápidamente. Noor se apoyó en la pared para descansar un momento. Abrió la puerta de un patio trasero y entraron en el edificio por la parte posterior.

—Quédate aquí —le dijo Noor—. Voy a dejar el coche en otro sitio. Cuando amanezca y lo hayan encontrado, no nos buscarán en este barrio.

Condujo el coche por una serie de calles en la semioscuridad. Al menor ruido o presentimiento de que un vehículo fuese por la carretera, paraba en una esquina, apagaba el motor y se quedaba expectante para reanudar de nuevo la marcha.

El coche dejó de funcionar de súbito tras emitir el motor una especie de ladrido ahogado cuyos ecos sonaron por toda la calle. Sin duda, el carburador o el motor habían sido alcanzados durante el tiroteo. Lo dejó deliberadamente con las puertas abiertas y corrió con dos trozos de tela ensangrentados, atravesó una calle, después otra, subió cuesta arriba por una pendiente, cruzó una ancha avenida y tiró al suelo uno de los trozos de tela. Siguió adelante y transcurridos veinte minutos, tiró el otro trozo.

Las calles estaban desiertas y los apartamentos silenciosos y oscuros. Noor se sentía como si se encontrara en un lugar donde hubiera ocurrido algo espantoso, como una explosión o un apocalipsis, y ella fuera la única persona que hubiese quedado con vida. Para volver con Jakob decidió trazar un círculo. Caminaba con prisa en la oscuridad pegada a la pared. Sabía dónde se encontraba y conocía París como nadie. Cuando veía un coche con los faros alumbrando la calle, se inclinaba en un portal o se pegaba a los muros de los edificios: si se topaba con alguien podrían reconocerla y tendría que huir o cometer algún crimen para escapar.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó Noor a Jakob al hallarlo semiinconsciente en el suelo. Lo cogió de la mano para tomarle el pulso.

—Bastante mareado.

—El apartamento desocupado está a dos manzanas de aquí, así que debes

hacer un esfuerzo más, por favor. ¡Arriba! —dijo Noor. Lo agarró del muslo, lo ayudó a levantarse y se lo puso sobre los hombros. Jakob soltó un gemido agudo—. Cállate y no seas quejicoso.

Era un edificio alto y estrecho con un patio interior situado en un barrio elegante de inmuebles del siglo XVIII. No utilizaron el ascensor por precaución y para no llamar la atención de los vecinos. Noor aguantaba el peso de Jakob apoyándose en el pasamanos de la elegante escalera. Tras media hora subiendo despacio los peldaños, consiguieron llegar al piso superior. Noor estaba sin aliento y dejó a Jakob tumbado en el descansillo. De rodillas, tanteó por el suelo en busca de una losa de mármol suelta, pero no logró dar con nada. Se puso de pie y pasó la mano por el tabique; tampoco.

—¿Dónde guardaría yo la llave si fuese la tal Zouzou? —dijo Noor mirando de frente la puerta del apartamento y haciendo esfuerzos por concentrarse.

Tocó suavemente el borde del interruptor de la luz y este se movió. Lo fue doblando poco a poco, con cuidado para que no se rompiese. Lo sacó de la pared y, con una sonrisa, vio que la llave estaba ahí dentro, entre los cables. Volvió a poner correctamente el interruptor en su sitio y al fin abrió la puerta. Con el brazo sobre sus hombros, manteniendo el equilibrio, Jakob entró cojeando.

Era un estudio para una persona que disponía de un cuarto de baño y una salita con su cocina. Había una ventana amplia en el techo inclinado, desde donde se podía ver, a lo lejos, la Torre Eiffel. Lo más importante era que no había vecinos al lado y que el suelo estaba doblemente alfombrado para evitar el ruido de pisadas y ser detectados por los residentes del edificio. La puerta, también de un grosor inusual, igualmente podría amortiguar el sonido y, en caso de un intento de asalto, parecía poder aguantar incluso el impacto de las balas.

Jakob se dejó caer sobre el sofá raído de terciopelo. Noor se apresuró a cortar el pantalón con sumo cuidado, le puso dos cojines bajo la cabeza y corrió al cuarto de baño. Mojó una toalla y se la colocó en la frente para refrescarlo y limpiarle el sudor. Tocó su cara y sus mejillas estaban ardiendo. Su aliento era caliente.

—¡Vivos! —le dijo sonriendo a Jakob, que no dejaba de sudar—. Me gustaría ver la cara de espanto del diabólico Kramer cuando le den la noticia. Al menos unas horas en libertad sientan bien, ¿verdad? —al mirarle de

nuevo, tendido boca arriba, notó la gravedad y el peligro en que se encontraba si no era tratado a tiempo—. Seguro que hay un equipo médico por algún sitio.

—No me pongas esa cara, que me recuerdas al rabino que celebró mi Bar Mitzvah —dijo bromeando—. No sabes que el cuerpo de este judío, además de velludo, es inmune a las balas.

Sin prestarle atención, Noor abrió con rapidez los cajones de la cocina, recogiendo lo que consideraba necesario. Después corrió otra vez hacia el cuarto de baño y se dirigió a un armario, donde encontró el equipo médico de emergencia. Dejó en el suelo, frente al sofá, todo lo que necesitaba, volvió a la cocina, encendió el gas y puso agua a hervir. Tenía todo listo.

—¡Ah! Mira lo que he encontrado —le dijo a Jakob, queriendo darle ánimos—. Una botella de Dewar's White Label.

—Vaya, pues sí que necesito un trago —comentó quejica.

—Toma —le dijo Noor, dándole un vaso lleno hasta la mitad—. Te ayudará.

—Bueno, espero que sepas lo que haces, ¿no? —comentó Jakob con rostro pálido, pero sonriendo al ver los preparativos que Noor había dispuesto al pie del sofá.

—Vaya, es la segunda vez en una noche que cuestionas mis habilidades —dijo Noor haciendo una mueca irónica—. Discúlpeme, lord Jakob, pero he realizado cursos de enfermería y primeros auxilios, y además he estado trabajando en el hospital de París.

—Eso me alivia... mi princesita india —agregó Jakob, cuyo cabello oscuro le caía sobre la frente empapada—. Dame otro trago, por favor.

—No, es suficiente, después te daré todo el whisky que quieras —le dijo Noor, ofreciéndole un cojín—. ¡Toma! Muerde esto, te ayudará.

Primero extendió sobre el sofá toallas y trozos de tela que había cortado de las sábanas de la cama para absorber la sangre que fluiría en abundancia de los orificios hechos por las balas. Se lavó las manos y comenzó a curar la primera herida.

Jakob evitó gritar de dolor hundiendo con fuerza su rostro en el cojín. Después de seguir hurgando en la herida, Noor consiguió sacar la primera bala; la sangre salió a borbotones. Esperó unos segundos y empezó con la siguiente herida. Cuando sacó la segunda bala, esperó a que cesara la hemorragia y aplicó un apósito.

—Has sido un chico valiente —dijo Noor sonriéndole y llenando de

nuevo el vaso de whisky hasta la mitad—. Toma, lo prometido es deuda.

Jakob se incorporó y se puso de costado, observando cómo limpiaba Noor la sangre de los utensilios con delicadeza.

—Dime, ¿cómo has llegado a ser una agente del SOE?

A la luz de la lámpara, Noor observó su pelo, tan negro como siempre, su piel olivácea y sus mejillas hundidas debido a los últimos acontecimientos. Seguía siendo el hombre más atractivo que había conocido. Su voz era tal cual la recordaba, ronca e insinuante, y su mirada le hacía sentir que no había otra mujer en el mundo excepto ella.

—Digamos que fueron seis honrados servidores quienes me enseñaron cuanto sé: cómo, cuándo, dónde, qué, quién y por qué.

—¡Eh! —dijo Jakob con una ligera sonrisa irónica y una mirada llena de diversión en sus vívidos ojos azules, mientras sostenía en alto el vaso a modo de brindis y asentía con satisfacción—. Muy lista, mi princesita india... No seré yo quien se oponga a que quieras ganar tú solita la guerra invocando el espíritu de tu antepasado —y añadió entre sarcástico y cariñoso— Quién lo hubiera dicho. Ya cuando te conocí eras independiente hasta la médula. Si sobrevivimos a esto, voy a besarte cada día durante el resto de mi existencia terrenal.

—Vaya, me siento muy complacida.

—¿De veras? —preguntó alegremente.

—Sí, es muy agradable oírlo, pero ahora cierra los ojos.

Noor le puso la palma de la mano sobre la cara suavemente y, de inmediato, Jakob cayó en un sueño febril. Respiraba normalmente, aunque su aliento estaba caliente en la mano de Noor.

El fuego de las baterías antiaéreas comenzó de nuevo a retumbar como una tormenta desde las afueras de la ciudad. Noor salió fuera del apartamento y, con unas toallas mojadas, limpió la sangre de las escaleras y el pasamanos. En la entrada había utensilios de pintura y volcó uno de ellos en el suelo. De este modo, si los residentes veían al día siguiente manchas secas en el suelo, pensarían que eran gotas de pintura derramada.



capítulo 16

Su hermano Vilayat finalmente pasó los exámenes, después de haber estudiado día y noche concienzudamente, y fue asignado al HMS Collingwood. Tras comunicarle la noticia a su hermana, Noor viajó hasta Londres y le ayudó a preparar la ropa del equipaje, que previamente lavó a mano y planchó con mucho cariño.

Tras despedirse de su hermano, Noor sintió que una parte de ella se había ido y se sintió sola. Volvió con su madre y siguió trabajando en su puesto de ayudante de radio mientras esperaba noticias sobre el resultado de su petición de traslado como agente operativo en Francia. Ella lo desconocía, pero sus adelantos habían sido seguidos por las autoridades encargadas de la inteligencia militar durante aquellos días. Su conocimiento del código morse era excepcional.

En octubre de 1942 el SOE envió a Noor una notificación a través de un memorándum interno con el nombre de la WAAF como tapadera, en el que se mencionaban día y hora para una entrevista —10 de noviembre a las 16:00 horas— con el capitán Selwyn Jepson en la habitación número 238 del Hotel Victoria, en la avenida Northumberland.

El hecho de que Noor fuese bilingüe —porque hablaba a la perfección inglés y francés—, además de haber sobresalido tanto por su carácter fuerte e independiente como por su dedicación, sus resultados en el trabajo y su predisposición, había llamado positivamente la atención. A pesar de haberse mostrado en desacuerdo con la política de Churchill con respecto a la independencia de la India durante sus elocuentes respuestas ante el comité, los oficiales que la evaluaron habían visto algo tan diferente en ella que la propia oficina que el primer ministro había creado exclusivamente para reclutar agentes que lucharan contra el fascismo se mostró interesada en alistarla.

El día señalado Noor se presentó en el Hotel Victoria. El ambiente del vestíbulo era limpio y elegante, lo cual chocaba con la situación precaria por la que pasaba ella. Como complemento a su uniforme llevaba unos pendientes de plástico, muy de moda por entonces, y un ligero toque de lápiz labial. Normalmente era ahí donde recibía un oficial del SOE a los posibles candidatos y les explicaba la misión y el objetivo de la organización. El recluta contaba con varios días para meditarlo y, en caso de negativa, estaba obligado a guardar silencio. Fueron legión los jóvenes que aceptaron durante la contienda, tantos que se creó un departamento del SOE por cada nacionalidad, con sus centros individuales y especiales de instrucción.

La habitación tenía un fuerte olor a desinfectante y a crema de afeitarse. Los muebles se hallaban desprovistos de personalidad. Había una mesa de cocina, dos sillas y una lámpara con una bombilla de intensidad baja colgando del techo. Las ventanas daban a la calle, pero las gruesas cortinas siempre se mantenían echadas, así que el interior de la recámara estaba oscuro. Una de las paredes estaba cubierta con mapas de países europeos. En la pared opuesta había un enorme mapa de Francia y otro de París. El resto estaban desnudas, sin ningún elemento decorativo, ni cuadros ni espejos.

Quien se encargaba de entrevistar a los reclutas para la sección F —así se denominaba la sección encargada de las operaciones en Francia— era el capitán Selwyn Jepson, que había participado en la Primera Guerra Mundial y, además, era autor de muchos libros de misterio y espionaje.

Selwyn era un hombre de mediana edad, bajo de estatura y delgado, con la boca pequeña y los dientes desiguales. Las canas en las sienes le daban un toque de madurez sin envejecerlo. Hablaba inglés con un curioso acento, acortando tanto las palabras que, al pronunciarlas, daba la impresión de que su voz sonaba como si tuviera algo dentro de la boca. Tenía una especial habilidad para detectar a primera vista si un candidato era adecuado para el trabajo. Su tiempo récord en saberlo era de medio minuto durante la primera reunión. Normalmente, como parte de la burocracia interna, realizaba tres entrevistas al recluta durante días consecutivos para poder elaborar un informe completo del candidato. Él mismo fue entrevistado por el primer ministro antes de obtener su puesto como jefe de reclutamiento.



Una bomba había dañado la parte de atrás del número 10 de Downing Street, por lo que Winston Churchill estaba instalado en un edificio anexo, encima de las salas del Gabinete de Guerra. El oficial sentado a la entrada del despacho del primer ministro se llamaba Joyce Grainger. Tenía casi sesenta años y debía haber estado jubilado a aquellas alturas, disfrutando de una pensión modesta de profesor de Oxford y viviendo en su casa de retiro cerca de Brighton. Sin embargo, en lugar de eso y gracias a su relación con Adolf Hitler desde la infancia, estaba empleado como persona de confianza de Churchill.

—El viejo lo espera y está de muy mal humor esta mañana. Ándese con cuidado —le advirtió Grainger a Selwyn tras haberle anunciado.

Había días en los que el primer ministro era encantador, con una alegre sonrisa y un suave destello en sus ojos azules, pero había otros en los que parecía estar sumido en la melancolía. Ahora estaba impaciente y nervioso. Selwyn sintió un escalofrío por todo el cuerpo al pensar en el motivo por el cual había sido citado ante la presencia del hombre que, se suponía, debía de estar muy ocupado dirigiendo al país en aquellos momentos de gran dificultad y peligro. Llamó discretamente a la puerta del despacho. Una voz profunda, que se oyó desde el otro lado, lo invitó a entrar. Había observado de lejos y en contadas ocasiones al primer ministro y siempre había tenido un aspecto elegante, pero ahora lo veía con un rostro cansado y apático.

—Según mis informes, escribe usted novelas de detectives. No solo eso, sino que tiene una buena hoja de servicio en el ejército —dijo Churchill, que se hallaba sentado en su enorme sillón exhalando el humo de su puro—leído un par de libros suyos y tiene usted buen ojo para la creación de personajes.

—Así es —le contestó Selwyn—. Muchas gracias.

El primer ministro se levantó y se preparó un whisky de malta.

—Bueno, ¿y qué le parecería un puesto en una nueva organización como encargado para estudiar la viabilidad de posibles candidatos? —le preguntó, volviendo a sentarse detrás de su escritorio ancho y alargado.

—Con el debido respeto...

—Con el debido respeto... ¡un cuerno! —le espetó Churchill sin más preámbulos y haciendo un ademán a un oficial sentado en una silla justo al lado de la puerta. Mientras volvía su atención sobre un puñado de papeles que se encontraban encima de su mesa, hizo un gesto en el aire con la mano y

añadió—: Sargento Taylor, ¡lléveselo al Racket en Baker Street! —alzó la mirada y se dirigió a él nuevamente—. Antes de que se marche de mi vista dígame, ¿qué opinión le merece el papel de las mujeres en el ejército?

—Bueno, pues considero que son mejores en el trabajo que los hombres...

—Vaya, ¿y eso? —cuestionó Churchill, quien se reclinó en su sillón, se metió un dedo en el oído y lo sacudió como si hubiera agua en él—. No me vendrá a decir que una mujer serviría mejor al país si estuviese al frente de este gobierno, ¿no es así?

—No, quería decir...

—Usted quería decir que debo llamar a mi mujer y sentarla aquí, detrás de esta mesa, para dirigir al país y hacer frente a esta guerra, mientras yo estoy con un delantal en la cocina horneando pasteles o bordando manteles de ganchillo y tomando el té con las vecinas, ¿no es eso?

—No, señor...

—¡Explíquese, hombre, que no tengo más tiempo que perder con usted!

—Considero que las mujeres tienen más capacidad de mantener la calma en momentos de peligro que los hombres. Además, están psíquicamente mejor preparadas para vivir sobre el terreno los días en soledad. El hombre en el ejército requiere a una mujer con la que satisfacer sus necesidades sexuales y le gusta convivir entre compañeros y camaradas. La mujer, sin embargo, domina más sus instintos y es, con diferencia, más organizada y disciplinada.

—Buena suerte, Selwyn —sentenció Churchill, volviendo su atención a los documentos—. Ya puede usted retirarse.



El SOE fue creado durante la batalla de Inglaterra, durante los días que la RAF luchaba en el aire contra la Luftwaffe alemana. Churchill redactó la orden de creación de esta organización el 19 de julio de 1940. Hitler y su Tercer Reich habían invadido Austria, Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y finalmente, en junio de 1940, Francia. Un mes después, el 16 de julio de 1940, Hitler firmó la orden número 16 Unternehmen Seelöwe —Operación León Marino— para invadir Inglaterra.

Durante aquellos días, Churchill decidió crear un grupo de servicio secreto

para sabotear a los alemanes en suelo francés, servir de apoyo a la Resistencia local y ayudar al mando militar británico con informaciones sobre el terreno para ganar la guerra contra Hitler. Resumió el objetivo de la organización con la expresión “¡Prender fuego a Europa!”. Tan solo un año después, a mediados de 1942, se permitió oficialmente la incorporación de mujeres como agentes del SOE. El argumento que se sostuvo fue que ellas podrían infiltrarse con mayor facilidad en los países bajo dominación nazi, ya que era más factible que pasaran desapercibidas (en las tiendas, en las estaciones de tren o en los mercados) y sin llamar la atención que un agente atlético y fortachón vestido de campesino.

Al principio, en la sección F del SOE se presentó un problema inesperado: la mayoría de los candidatos franceses que se hallaban en Inglaterra estaban siendo reclutados por la organización política y militar Francia Libre, ubicada en Londres y cuyo líder era De Gaulle. De este modo, ante la escasez de ciudadanos franceses, tuvieron que limitarse a contratar candidatos de nacionalidad británica que hablaran fluidamente el francés y que no llamaran la atención por sus rasgos físicos.

Durante los inicios de la organización, la base de operaciones del SOE fue un edificio ubicado en el 62-64 de Baker Street. Las diferentes secciones, distribuidas de acuerdo con la nacionalidad de los miembros, se hallaban emplazadas a lo largo de aquella calle, como la sección Noruega, localizada en el edificio Chilterns Court, mientras que otros servicios del SOE fueron instalados en siniestras construcciones colindantes. Francia tenía su sede en las oficinas de los conocidos almacenes Marks & Spencer. Sin embargo, las entrevistas con los candidatos se realizaban en habitaciones de hoteles discretos, como en el número 238 del Hotel Victoria de la avenida Northumberland.

El papel de Selwyn era primordial, sobre todo en el momento de decidir si la vida de la recluta merecía ser arriesgada, si es que ella estaba dispuesta a correr tal peligro. Noor sería la primera mujer del SOE en ser enviada a Francia como radioperadora.

—Siéntese —le dijo Selwyn, que llevaba unas gafas ridículamente suspendidas sobre el puente de la nariz—. Dígame, ¿cuál cree que es su mejor cualidad como persona?

—La paciencia —contestó Noor sin dudarle un instante y mirando

fijamente a su entrevistador. Se dio cuenta de que el oficial tenía un fuerte acento inglés, por lo que tuvo que aguzar el oído para entender lo que decía.

Cuando escuchó esa palabra, Selwyn supo que se encontraba ante una futura recluta. “Ella tendrá toda la paciencia del mundo hasta conseguir su cometido”, pensó mientras la observaba y se ajustaba las gafas de gruesa montura negra, que no estaban graduadas y que simplemente le servían para ocultar al entrevistado su escrutadora mirada, pero también para analizar meticulosamente los movimientos corporales y faciales y la mirada que, según él, lo decían todo de una persona.

—Es un trabajo muy arriesgado en el que no hay compensaciones económicas, nada de recompensas extras; tan solo se mantendrá su paga básica, aunque exenta de impuestos, y en caso de que no vuelva con vida, que es lo más probable, será transferida a un familiar o a alguien próximo que usted designe.

Noor lo escuchaba con tranquilidad absoluta, entendiendo la implicación que tenían las palabras del oficial.

—Estoy totalmente de acuerdo, dispuesta y capacitada para correr tal riesgo.

—Dispuesta, de acuerdo, pero capacitada... Eso lo decido yo, señorita —dijo Selwyn con un aire de altanería, pretendiendo intimidarla—. Usted ha estudiado psicología infantil y es escritora, porque, según he sabido, ha escrito numerosas historias para niños —agregó. En ese instante percibió que Noor dio un leve respingo y supo que había dado en un lado débil de la joven. El otro punto con el que podría desequilibrarla era su madre, pero de momento se abstuvo de mencionarlo—. Algunas de ellas han sido incluso retransmitidas por radio en Francia. ¿No cree usted que sería más útil aquí, en Inglaterra, con los niños que han sufrido secuelas por los bombardeos? ¿No cree que su capacidad de entender a los más pequeños le haría ser una persona valiosa en institutos de rehabilitación y de ayuda infantil?

—Mire, estoy aquí con el único propósito de que la Oficina de Guerra pueda ofrecerme un trabajo con mucha responsabilidad y acabar de una vez por todas con el régimen nazi en Francia. Quiero luchar contra el poder destructivo de la inocencia y de los inocentes. Lo demás son rodeos.

Percibió otro punto clave para su elección: Noor era impulsiva, pero también prudente y precavida. Hablaba muy poco, pero con honestidad. Su voz, desde luego, era melodiosa. “Tiene agallas”, pensó Selwyn.

—Si la selecciono no tendrá ningún día libre, no tendrá vacaciones, tendrá

que mentir a sus familiares, ya que tiene que guardar el secreto de su cometido. Durante meses, o quizá durante un año entero, tendrá que ir a diversas escuelas de entrenamiento. Se acabarán los domingos y los días de asueto en su vida.

—Muy bien, lo acepto.

—Hay posibilidades de que caiga prisionera y sea interrogada por la Gestapo. Por este motivo, los agentes en el extranjero llevan píldoras de cianuro para...

—Estoy dispuesta a llegar a tal extremo, señor Selwyn —lo interrumpió Noor.

—Pues sería una imbécil supina y me causaría una decepción haberla reclutado, señorita. Lo que tiene que hacer es evitar que suceda, de ahí depende su habilidad como operadora. No me va a decir que quiere ser agente operadora en Francia por puro patriotismo, ¿no es así?

—No.

—Entonces, ¿por qué quiere ser agente operadora arriesgando la vida, señorita? ¿O es que le da igual que su madre no vuelva a verla nunca jamás?

Noor no pudo evitar incomodarse y se movió ligeramente en la silla.

—Le he dicho que estoy dispuesta a afrontar cualquier riesgo.

—¿Sabe lo que es el SOE y cuál es su finalidad?

—No —contestó Noor con una expresión curiosamente intensa en su rostro—, pero entiendo que necesitan operadores de radio en Francia, ¿no es así?

—¿Quiere un té? —preguntó Selwyn. Observó que, por educación, Noor dudaba entre aceptar el ofrecimiento o no hacerlo, porque era consciente de que el té y la leche eran de calidad y, por esa misma razón, productos escasos—. Bien, prepararé dos. Este es mi sexto té del día.

La cocina no era más que un mueble, en el que no había más que una pequeña bombona de gas de butano y una estantería de dos puertas.

—El primer ministro es un adepto de las guerras irregulares porque, de alguna u otra forma, ha participado en dos de ellas: en la guerra de los Bóeres y en Irlanda —comenzó a explicarle mientras vertía el agua hirviendo en dos tazas—. De este modo, el SOE ha sido creado tomando como ejemplo la lucha ortodoxa de las guerrillas españolas que echaron a Napoleón, de las guerrillas chinas que lucharon contra los japoneses y del Sinn Féin en Irlanda —se puso de puntillas, abrió el armario y sacó una caja de metal llena de galletas. Puso cuatro en el plato de Noor y volvió a sentarse poniendo las

tazas sobre la mesa—. Las siglas SOE significan Special Operation Executive y tiene como misión el sabotaje industrial y militar nazi en los países ocupados. Las misiones son altamente peligrosas y los agentes tienen muchas posibilidades de no volver vivos a Inglaterra.

—Muy bien —dijo Noor reajustando sus ideas y opiniones a la luz de aquella nueva información—. Mi única satisfacción personal, señor Selwyn —añadió removiendo la cucharilla en su taza—, es tener un cometido de responsabilidad como agente para ayudar a que Francia sea liberada. Conozco el país, las costumbres, hablo perfectamente francés y estoy dispuesta a asumir este reto. Ojalá que mi cometido, aunque solo fuese de una manera muy humilde, pudiera servir para que se terminen de una vez por todas estos bombardeos, destrucción y muertes que están causando los nazis.

—¿Qué le parece el té? —preguntó sonriendo el oficial inglés—. Precisamente es de la India.

—Excelente, aunque demasiado azucarado...

—Dígame —señaló Selwyn, quitándose sus gafas, doblándolas y guardándolas en el bolsillo de su pechera—, quiero escuchar uno de sus cuentos, ¿podría ser tan amable de contarme uno?

—No me haga reír, por favor...

—Lo digo en serio. Quiero escuchar uno. Mire —agregó Selwyn cruzándose de piernas y sosteniendo el plato con una mano mientras que con la otra mantenía en alto su taza—, se lo pongo más fácil: tan solo tiene que seleccionar uno que piense que me vaya a gustar y ya está. Soy todo oídos.

Después de veinte minutos, durante los cuales el inglés notó que la mirada franca de la joven brillaba en inteligencia, sacó un documento de un maletín de cuero que tenía a sus pies y lo puso frente a Noor.

—Noor, si usted acepta entrar en el SOE —dijo, dándole una estilográfica—, debe firmar este Official Secret Act, teniéndome a mí como testigo, y de inmediato podrá ingresar en el centro de adiestramiento.

Noor firmó los papeles oficiales como Nora Baker, evitando el apellido indio Khan de su padre para no tener que dar explicaciones sobre su pasado. Selwyn aprobó la decisión haciendo un ligero movimiento de cabeza.



capítulo 17

En el cuartel general del SOE ubicado en Baker Street no había nada que mostrara que en aquella dirección se hallaba un edificio perteneciente al gobierno británico, aunque sí había una placa de latón, en Norgeby House, en la que podía leerse ‘Inter-Service Research Bureau’. Como habían firmado el Official Secret Act, a cada uno de los miembros del SOE se les impedía mencionar el nombre de la organización a la cual pertenecían, de ahí que se refirieran a él con el nombre clave de ‘The Racket’.

Como los agentes del SOE necesitaban informantes que los mantuvieran al tanto de lo que sucedía en París durante la ocupación nazi, recurrieron a los servicios de personas que vivían en los lugares aledaños a la capital. Carteros o granjeros podían dar reportes fidedignos sin que los agentes que operaban en suelo francés perdieran un tiempo valioso en recabar datos que debían enviarse a Londres. Sin embargo, además de informantes seguros, los agentes del SOE necesitaban documentación y radios para llevar a buen término su labor. Al frente de este servicio técnico —cuyo cometido era proporcionar el equipo para los agentes— se hallaban el teniente coronel Elder Wills, un arquitecto y decorador de teatro, excombatiente de la Gran Guerra, y el profesor Dudley Maurice Newitt, director del Scientific Research Service.

Asimismo, este servicio abrió una imprenta en la que se elaboraban sellos, billetes de banco, cartas de trabajo de diferentes países y pasaportes, entre otros documentos que el agente del SOE en cuestión pudiera utilizar en alguno de los países ocupados.

El coronel Wills, además, encargó a un sastre judío vienés que vivía en la capital inglesa la elaboración de vestimenta propia de los lugares donde los agentes serían enviados, como París o Praga, incluso recorría las sinagogas de Londres y solicitaba las etiquetas de sus ropas a las personas que provenían de otros países europeos con el propósito de imitarlas, de elaborar otras

idénticas para coserlas después en las ropas que él mismo había confeccionado. Asimismo, los agentes que iban a viajar se dirigían al Museo de Ciencias de Londres para ir por las prendas que vestirían en los países adonde se les había destinado.

En un laboratorio se elaboraban armas con materiales dispares e inofensivos, pero que en el momento de activarse resultaban muy efectivos y hasta mortales. El ingenio de los miembros del SOE les permitió utilizar desde botellas, pan o fragmentos de carbón para fabricar explosivos, que podían activarse y estallar en cualquier lugar en el que se les colocara, hasta explosivos con forma de tornillos. Se elaboraron miles de cigarrillos que podían utilizarse para iniciar incendios en almacenes, depósitos de armamento o de combustible del ejército enemigo. También fabricaron estilográficas ‘lanza gas’ y otros artefactos mortales.

El SOE afrontó serios problemas para proveer de dinero a las redes y a los agentes que actuaban en los territorios ocupados por los nazis ya que Inglaterra tenía un número limitado de billetes de los distintos países de Europa. De este modo, como si fuese un guion de una película cómica, los empleados del SOE se convirtieron en falsificadores de monedas gracias a la ayuda de técnicos que se hallaban presos en las cárceles británicas.

Tan pronto como la organización fue establecida, se ganó las antipatías del SIS —Secret Intelligence Service—, más conocido como M16. Según la dirección del SIS, la misión del SOE de llevar a cabo actos de sabotaje y terrorismo volando puentes y destruyendo fábricas o almacenes atraería más la atención de los alemanes, por lo que era más efectivo realizar operaciones que no despertasen su atención y que se llevaran a cabo con la ayuda de personas oriundas de los países bajo la dominación nazi adscritas al SOE. Según los miembros del SIS, al SOE pertenecían individuos sin experiencia alguna que habían sido designados a dedo.

Durante el comienzo de las operaciones llevadas a cabo por el SOE, este seguía teniendo tan mala opinión que incluso los pilotos de avión encargados de lanzar agentes a líneas enemigas les negaban aparatos a los miembros que los solicitaban. Sin embargo, la RAF puso a disposición del SOE dos pequeños Lysanders de tres plazas que recibieron el refuerzo, poco tiempo después, de un bombardero Whitley. Aunque la situación de aquella pequeña flota aérea no funcionó bien al principio, durante el transcurso de la guerra, y sobre todo tras la Operación Barbarroja, las distintas organizaciones involucradas aumentaron rápidamente su ayuda debido a la situación de

necesidad en que se hallaba la Resistencia, distribuida desde los Balcanes hasta la Bretaña francesa. Era necesario luchar unidos contra el adversario que amenazaba los intereses comunes.

De esta forma, la RAF suministró un nuevo Lysander, ocho Whitley, un Maryland y dos Halifax, aviones desde los cuales se lanzó la primera escuadrilla de paracaidistas, a la que se le designó con el nombre de ‘Moon’ porque sus operativos se realizaban con luna llena. Estos agentes del SOE se encontraban en el pueblo de Tempsford, al este de Inglaterra. La escuadrilla, cuyo número oficial era el 138, fue reforzada posteriormente con la 161, la cual se especializó en los aterrizajes con Lysander en territorio ocupado, una de las operaciones de mayor riesgo durante la Segunda Guerra Mundial.

Durante esos primeros meses de funcionamiento del SOE hubo un problema sobre el terreno: una confusión en los mensajes por radio transmitidos por operadores SIS y por agentes clandestinos del SOE destacados en Europa. Las radioperadoras que recibieron los mensajes en Inglaterra no sabían de qué organización procedían los enviados por unos y por otros. Por ello, en 1942, se decidió que el SOE debía trabajar de forma individual y con una red de operadores exclusiva. Pronto se establecieron oficinas del SOE por todo el mundo: desde Delhi se enviaron agentes a Burma para luchar contra los japoneses; a El Cairo para armar a los grupos de la Resistencia; al norte de África y al sur de Italia; a los Balcanes para cubrir Yugoslavia, Polonia y Rumanía; al oeste de Europa para encargarse de Francia, los Países Bajos y Bélgica; y al norte de Italia y España. Incluso en Kandy, Ceilán, tenían una base operativa.

Promovieron a Noor como oficial con el propósito de protegerla en caso de que cayera prisionera de los alemanes, ya que pensaban, ingenuamente, que teniendo un rango superior al de un soldado tendría menos posibilidades de ser fusilada por los nazis. Le dieron de alta en la organización en la que estaba empleada, la WAAF, y la inscribieron en la FANY —First Aid and Nursing Yeomanry—, con el objetivo despistar a familiares, amigos y conocidos. Absolutamente nadie debía tener conocimiento de su trabajo en el SOE.

El cuartel general para la instrucción se encontraba en Norgeby House, cuyo dirigente era el coronel J. S. Wilson, que había servido como policía en la India y en el M16. Las escuelas de entrenamiento —denominadas STS (Special Training School)— se asemejaban más a un campamento de *boy scouts* que a un cuartel militar. Mujeres voluntarias se hacían cargo de la

limpieza, la cocina y el lavado de la ropa, por lo que el aspirante a ser agente podía concentrarse completamente en su preparación.

La STS estaba dividida en las Preliminary Schools —escuelas de iniciación—, de las cuales una se encontraba en la región de los Midlands y otra en el sur de Inglaterra; las Roughning Schools —escuelas de endurecimiento—, instaladas en el norte de Escocia —ahí se adiestraba también a los integrantes del SAS (Special Air Service)—, cerca del aeródromo del centro de tropas aerotransportadas y del lago Rostherne, en donde los aspirantes a agentes del SOE realizaban siete saltos acuáticos, que no siempre eran voluntarios, desde globos cautivos o desde aviones; y la Special Finishing School —escuela de especialidades—, situada al sur de Inglaterra.

En las Preliminary Schools, los futuros agentes se distribuían de acuerdo con su lugar de origen. Asimismo, en cada una de estas secciones divididas por países había una escuela, en la que se hablaba la lengua de los reclutas. Durante el curso, de un mes de duración, se examinaba la personalidad, la competencia física y las aptitudes de los candidatos. Aunque distintos oficiales estaban a cargo de su instrucción, un oficial de mayor rango era quien supervisaba todo el entrenamiento; él era quien observaba a los aspirantes, anotaba sus características, los animaba y recibía sus confidencias. Finalmente, orientaba al jefe de cada sección —Country Section se le llamaba— para aceptar o negar la inclusión del agente examinado. Tras pasar todas las pruebas satisfactoriamente, Noor fue trasladada a la segunda escuela.

En Escocia, la Roughning School se hallaba próxima a Loch Ailort, en Arisaig House. A diferencia de las Preliminary Schools, los aspirantes de distintos países podían convivir entre ellos. A los reclutas se les entrenaba para realizar operativos en comandos y se les instruía en tiro y en el manejo de armas blancas. Disponían de una gran variedad de armas ligeras —las cuales podían conseguirse en cualquier mercado—, cuyo uso tenía el fin de entrenar a los agentes para repeler un ataque si el enemigo utilizaba esas armas. Además de realizar un intenso ejercicio físico diario, también aprendían la lucha cuerpo a cuerpo y sin armas y el manejo de explosivos.

Esta experiencia fue exultante para la joven Noor, no solo porque despertaba en su interior la adrenalina, sino también porque respiraba la lluvia y la tierra húmeda, olores que asociaba a una peculiar sensación de libertad.

El adiestramiento con tiro se llevaba a cabo en una casa abandonada que

fue acondicionada con señales luminosas y maniquíes. El agente trasponía la entrada principal, atravesaba un corredor oscuro en el que se hallaba una escalera y algunas puertas, desfundaba su pistola y disparaba al enemigo hipotético. Si no le bastaban las balas, disponía de un cargador adicional. Como el entrenamiento debía asemejarse a un combate real, los oficiales a cargo del simulacro disparaban balas auténticas cerca de los oídos del agente, con el propósito de que se acostumbrara a las detonaciones en el caso de que hubiera enfrentamientos con los nazis.

Los simulacros de combates se efectuaban casi siempre durante la noche. Se realizaban ejercicios de orientación, se analizaban exhaustivamente técnicas para tender celadas, así como formas de acercamiento e infiltración en una línea enemiga. Además, al recluta se le entrenaba en la caza de animales salvajes.

Tras haber finalizado también positivamente el curso de salto y de combate en Escocia, Noor fue transferida a la escuela de especialidades. La Special Finishing School se hallaba en el sur de Inglaterra, en el distrito de New Forrest, cerca de Beaulieu, donde alguna vez navegó el almirante lord Nelson. La escuela tenía una fuerte vigilancia y su existencia se guardaba en el mayor secreto. Noor fue presentada a un oficial que desempeñó la función de tutor personal y su entrenamiento fue completamente individualizado.

Uno de los objetivos de las lecciones era aprender medidas para salvar las trampas de la policía enemiga. Se les enseñaba a establecer comunicación con otros agentes, a dar con refugios seguros, a confundir a un perseguidor en un lugar público, a conservar la tranquilidad cuando hubiera un tiroteo, a usar claves y tintas invisibles y a ocultar documentos por medio de algún camuflaje. También se les adiestraba en las distintas técnicas de ‘buzones’ y para eludir inspecciones de la policía. Asimismo, los preparaban para que se comportaran de cierta forma cuando estuvieran frente a un oficial nazi en un interrogatorio; por eso, el simulacro se efectuaba con oficiales cuyos uniformes pertenecían al ejército alemán, lo cual daba más realismo a las lecciones, sobre todo cuando se sometía al futuro agente a las torturas más imprevisibles.

Además, aprendían a reconocer y usar documentos, así como las distintas cartillas de racionamiento. Igualmente, oficiales experimentados les informaban detalladamente sobre las condiciones de vida y hábitos del lugar donde serían enviados.

A Noor se le adiestró como agente operador de radio, por lo que aprendió

a manejar una radioemisora movable y su particular funcionamiento. El oficial a cargo —a quien también se le designaba ‘pianista’— que ya se encontraba en territorio ocupado, enviaba sus mensajes en días y horas precisos. Los mensajes eran cifrados y debían contener, por seguridad, una pregunta que se respondía de forma ilógica. Los mensajes llegaban a estaciones atendidas por hombres y mujeres del Royal Signal Corps y de la FANY.

La mayoría de las personas que trabajaban en las oficinas del SOE eran mujeres. Cifraban los mensajes, enviaban telegramas y atendían las centrales telefónicas. Como era preciso recibir mensajes de calidad, las estaciones se hallaban situadas lejos de Londres para eludir el estruendo de los bombardeos. Los encargados de recibir los mensajes enviados por oficiales ubicados en países ocupados conocían las claves que los identificaban y sabían en el momento si había un cambio repentino. Las distintas oficinas del SOE se encontraban comunicadas por teléfono y teletipos especiales con los distintos cuarteles generales de la organización. Agentes a bordo de motocicletas llevaban los mensajes cifrados al cuartel general ubicado en Baker Street, donde los expertos los descodificaban.



capítulo 18

En cuanto Noor pasó su última fase de adiestramiento en el aprendizaje de códigos y sus formas de transmisión, fue sometida a un duro entrenamiento de cinco días para ejercitarse en técnicas de sabotaje a instalaciones marítimas, ferroviarias, centrales eléctricas y fábricas de armas, entre otros objetivos. Recibió la preparación en el pueblo de Hatfield, donde existía un centro llamado Station Seventeen (Estación Diecisiete). Allí tuvo que aprender de memoria los métodos de supervivencia urbana.

Una madrugada, sin previo aviso, la metieron en un camión con los ojos vendados, la despojaron de todos sus documentos de identidad y le quitaron el dinero que llevaba consigo. Tras horas de viaje por carretera, la dejaron en medio de un pueblo perdido en el interior de Gales y le ordenaron que fuese a una dirección en Londres, un determinado día y a una hora en concreto. Esta prueba tenía el objetivo de asegurar la destreza y perspicacia del agente, tanto para realizar un viaje sin documentos y sin recursos económicos como para infiltrarse en un lugar. En el caso de que cayera en manos de la policía inglesa, debido a una delación por parte de agentes alemanes que operaban de incógnito en el país, y no lograra evadirse a través de engaños, podía llamar a un teléfono y ser liberada. Esta prueba era decisiva, pues si el candidato no la superaba satisfactoriamente podía ser descartado como aspirante a agente del SOE. Gracias a su astucia, Noor consiguió pasarla sin problema.

Como Noor no era francesa, la enviaron a Welbeck House para visitar a un dentista que le cambió los empastes por amalgamas que los odontólogos del país solían colocar a sus pacientes. Después la llevaron al Science Museum (Museo de Ciencias de Londres), donde escogió la vestimenta que usaría a su llegada a Francia. Al día siguiente se dirigió al 57 de Wimpole Street, donde bebió té en compañía de Vivien Thomas. Su nombre real era Vera Atkins, de unos treinta y tantos años, pero con el aspecto de tener más

edad debido al peinado y el maquillaje que se aplicaba con el propósito de dar una apariencia distinta. De figura atractiva que no podía ocultar, la mujer tenía el porte de una actriz de cine desempeñando el papel de soldado del ejército. De rostro agradable, parecía la hermana mayor favorita de cualquiera, razón por la cual numerosos miembros del SOE le hacían confidencias personales. Ella proporcionó a Noor los informes complementarios de su misión, así como su identidad falsa.

—Noor, tu nombre oficial en el SOE es Nora Baker, pero tu nombre en clave será Madeleine —le dijo.

Transcurrieron varios días antes de que Noor fuera convocada otra vez. Aprovechó la ocasión para pasar más tiempo con su madre, que quedó convencida de que su hija tendría el cargo de radiotelefonista, un puesto primordial en la corporación femenina FANY. Dijo, además, que se marcharía durante dos meses como máximo.

Con el aumento de sueldo al trabajar en el SOE, Noor alquiló un apartamento para Ora Ray Baker en un pueblo de Essex llamado Brentwood. El lugar mostraba todas las señales de ser un sitio en el que vivían personas que carecían de dinero. Las paredes necesitaban una mano de pintura, pero aun así tenía la ventaja de poseer un gran jardín posterior en el que su madre podía pasar los días entretenida cuidando las plantas.

Después de que le informaran sobre la fecha de su salida, volvió al número 57 de Wimpole Street, donde Vivien Thomas le ordenó que se cambiara de ropa y se vistiera con la que usaría en Francia. Además, le dijo que debía dejar todo su dinero, documentación y demás posesiones personales.

La ropa francesa tenía muchas diferencias en relación con la inglesa, pero había una en especial muy reconocible: normalmente, la indumentaria hecha en Francia era unos veinte centímetros más larga que la realizada en Inglaterra. Noor llevaba ropa de algodón: un vestido fino de lana y una gabardina que algunos refugiados judíos procedentes de Francia habían conseguido. Además, llevaría consigo un montoncito de ropa interior con dos mudas de cada prenda; en las etiquetas podía leerse Galerías Lafayette.

El cielo tenía un aspecto negruzco, cubierto por nubes cargadas de lluvia, cuando ambas se sentaron en un potente Jaguar antes del alba para dirigirse a la base aérea de Tempsford, en el este de Inglaterra. Era la base de las escuadrillas Moon del SOE, a unos ochenta kilómetros del norte de Londres y próximo al pueblo de Sandy, en el condado de Bedfordshire. A esa hora, la

fauna de madrugadores ya estaba en movimiento en los suburbios de Londres: conductores de autobús y maquinistas de camino al trabajo, así como carteros y lecheros en pleno reparto. A un lado y a otro de las calles se veían signos de la guerra: una mujer conduciendo un camión de la basura, un cartel dirigido a la población civil para que siguiera un régimen de austeridad, muchas hileras de casitas reducidas a escombros por los bombardeos y muchos letreros en los escaparates de las tiendas. Se fijó en una señora que llevaba a una niña al interior de una iglesia con el techo hundido. Aunque no era especialmente antigua, al igual que el resto de las viviendas colindantes, se notaba que había sido construida durante un periodo álgido de prosperidad victoriana, como la mayoría de las iglesias católicas en Inglaterra, que fueron edificadas después de que se aprobaran los cambios que legitimaron esa rama de la religión cristiana en la jurisdicción inglesa. Por primera vez, Noor sintió una enorme responsabilidad. No solo Francia la necesitaba, sino también Inglaterra y su gente. Esa madre y su hija irían a rezar entre los escombros de aquel templo por algún familiar muerto, desaparecido o destinado a combatir muy lejos de allí. “A pesar de las circunstancias, tienen fe”, pensó Noor. Se cruzó de brazos y sintió una gran tensión que no hizo más que aumentar su deseo de realizar su trabajo lo mejor y lo antes posible.

—Ayer vino mi novio de Irlanda —dijo Vivien, queriendo animar a Noor—. Saltó en paracaídas después de ser atacado por un avión alemán que le rompió un motor. Si un avión de la Luftwaffe cae en suelo irlandés, lo encierran en un depósito, pero si uno de los nuestros, de la RAF, se extravía o se estrella en el mismo lugar, ¿sabes cómo lo tratan normalmente? Le dan una lata de Guinness, un par de huevos fritos, un filete bien gordo y de vuelta a casa. El primer ministro de Irlanda, Éamon de Valera, ha hecho una jugada política muy inteligente manteniendo a su país al margen de esta guerra, pero no es justo, es un auténtico cerdo, debería unirse a nosotros en la lucha contra el nazismo, porque concierne a todos. Aún queda un largo camino, guapa —continuó diciendo Vivien con las manos sobre el volante y la mirada al frente—, debo tomar otra ruta más larga debido a los bombardeos. ¿Por qué no te pones a dormir un rato, eh? Y deja de darle vueltas a la cabeza.

Noor sonrió, se subió el cuello del abrigo y se recostó en su asiento, de cara a la ventana.

Tras detenerse en un puesto de guardia, donde los centinelas aprobaron los pases que llevaban consigo, continuaron camino entre los jirones de niebla. Cruzaron la aldea, la parroquia de Knedworth y el pueblo de Stevenage. El

aire fresco y húmedo le recordó la brisa del campo alrededor de la casa familiar en Francia durante el otoño. Mientras se adentraban en el condado de Hertfordshire, Noor pudo contemplar las casas rurales con sus huertos en la parte delantera, los pubs ingleses con variopintos nombres —en donde se servían cervezas tibias— y los buzones de correos al borde la carretera. Pensó en su madre, quien en esos momentos seguramente estaría atenazada por la angustia, aunque le había mentido acerca del trabajo que desempeñaría. Recordó a las víctimas inocentes acribilladas por los aviones nazis durante su marcha de París y a aquella niña muerta a quien su hermano había abrazado en el suelo. No pudo más que agradecer a Dios que los alemanes no hubiesen llegado hasta aquellos idílicos, bellos y verdes entornos.

De nuevo las pararon ante un puesto de control. Volvieron a comprobar sus documentos antes de poder pasar por una gran puerta metálica de acceso.

Vivien aparcó el coche en un terreno de gravilla y una funcionaria que vestía un uniforme cuidadosamente planchado, con el rostro ligeramente maquillado y los cabellos ordenados debajo de su gorra, salió al encuentro de Noor. Sin decir palabra, se la llevó consigo y Vivien se quedó fumando un cigarrillo mientras charlaba con un oficial.

El agente que había sido escogido para realizar una misión en territorio ocupado era enviado al lugar de donde todos partían: Farewell House, la Casa de la Despedida. Aquella gran casa de campo, una elegante mansión victoriana construida con ladrillo rojo, estaba situada en las cercanías de Tempesford. Mientras esperaba allí la confirmación del momento de su despegue, el agente inspeccionaba todo el material que llevaba consigo y ultimaba pequeños detalles. En la casa había más agentes con distintas misiones. Dependiendo de la encomienda, les eran entregados los artículos necesarios, como dinero, equipos de transmisión, comprimidos de benzedrina para tratar la bronquitis y los procesos gripales, dos cápsulas de cianuro de potasio, la nueva documentación, una pistola o una daga comando, entre otras cosas.

La funcionaria la llevó a una habitación y le dijo que eligiese el tipo de maleta más adecuado, acorde con la apariencia de una viajera de un pueblo que toma el tren con destino a París. Había muchas maletas de distintos tamaños, colores y materiales. Noor eligió una de lo más común en Francia, de fibra sintética. Posteriormente le fue entregado un neceser con un cepillo y pasta de dientes, maquillaje y un peine. También le dieron a escoger entre distintos jabones y demás complementos femeninos, como cintas para el

pelo, diademas y un simple y modesto reloj de pulsera para mujer, todos productos franceses.

—Recuerde —comentó la funcionaria con distintivo de cabo—, no debe llevar nada encima que no sea lo que usted está obteniendo aquí ahora mismo, ¿me entiende? —Noor asintió en silencio—. Su vida depende de ello. Bien, ahora le enseñaré su habitación, donde podrá esperar hasta ser informada de su vuelo. Hay un bar si quiere tomar una copa.

—No, muchas gracias —contestó Noor con aplomo.

—No me las dé, joven —señaló la funcionaria, mirándola de arriba abajo y preguntándose de dónde procedería aquella mujer de extraño atractivo—. No la invito yo, las bebidas son gratis. Cortesía de Baker Street.

Cuando pasaban por el salón principal, se acercó un funcionario que portaba una maleta.

—Cabo, aquí tiene.

La funcionaria se la dio a Noor.

—Podrá inspeccionar todo su contenido arriba. Recuerde, lo que debe llevar a París es su maleta con la radio y su mochila. Esta otra maleta se la entrega a quien la reciba en tierra, ¿me comprende? Es material para la Resistencia.

—Sí —dijo mientras asentía, algo cohibida ante la naturalidad de la funcionaria.

Cruzaron el salón principal de aquella casa con aspecto de mansión campestre de algún antepasado aristócrata. Estaba lleno de humo y de gente vestida con ropas de civil de distinta procedencia: pilotos con sus distintivos, auxiliares y muchos uniformes británicos con diferentes rangos. Celebraban su despedida fumando pipas, cigarrillos y, alguno que otro, puros. Aquel salón se fue transformando en un enorme bar con risas y gente hablando en susurros; mientras unos escribían a última hora cartas de amor a su amante, esposa, hijos o madre, otros se reconocían y se daban abrazos con ademanes exagerados.

Observó que en la barra estaba Vivien con un vaso de whisky en una mano, fumando mientras conversaba distendidamente con un grupo de hombres curtidos, como si los conociese desde hacía años. Uno de ellos, un hombre joven de pequeña estatura, aspecto musculoso y con bigote muy fino y acento escocés, comenzó a contar un chiste sobre Hitler en voz alta ante la desternillante risa de Vivien y de los que los rodeaban.

Mientras, en otro lado, había hombres vestidos como provincianos de

algún remoto lugar europeo. Bebían de sus copas con sus compañeros y en sus rostros serios no podía disimularse la preocupación mientras esperaban el momento de que los llamaran.

—Vamos, vuelvan a sus habitaciones —exclamó un oficial en voz alta a un grupo reunido en una esquina—. Salimos en cinco minutos.

Todas esas personas estaban esperando partir en vuelos clandestinos a distintos lugares de Europa. Noor sintió una punzada en el corazón. Lo que veía en esos instantes, mañana sería el mismo escenario pero con otros rostros. “¿Cuántos morirían en acción y cuántos volverían a reunirse para reír y beber juntos mientras contaban sus hazañas?”, se preguntó Noor. Mientras caminaba por el lugar con la funcionaria, Noor vio una enorme pizarra en una de las paredes donde figuraban nombres en clave y algunos auténticos de los que partían en vuelo esa misma noche a misiones al otro lado del Canal de la Mancha. Noor leyó entre la columna de nombres ‘Madeleine 3:00’. Consultó su reloj: faltaban tres horas.

Se metió en su habitación para esperar y puso en el suelo todo lo que habían dado: una maleta en la que se hallaba la radio con transmisor morse, unos auriculares, antenas y todo el equipo que llevaría consigo; otra maleta de distinto tamaño donde tenía varios artilugios para los agentes que ya operaban en Francia, quienes los utilizarían para llevar a cabo sabotajes u otras misiones encomendadas; y una más con toda la ropa y artículos personales. Fue apuntando en su pequeña libreta personal un inventario de todo lo que se llevaba consigo:

1. Emisor de radio tipo A MK III
2. Auriculares
3. Pistolas: una silenciosa, modelo Welrod, y una Colt automática calibre 45
4. Emisor miniaturizado tipo 51/1
5. Pilas
6. Receptor miniaturizado tipo 53 MK 1 con sus auriculares
7. Hilo de antena
8. Adaptador de corriente
9. Daga y su funda
10. Cámara fotográfica
11. Cámara fotográfica modelo Rege Minox
12. Fulminante a presión
13. Lápices encendedores
14. Encendedor de tracción
15. Estilográfica lanzadora de gas
16. Encendedor de descompresión
17. Tubo para detonadores

18. Linterna de bolsillo a dinamo
19. Dos blusas
20. Tres pares de calcetines

En cuanto terminó de tener todo bien organizado y listo, intentó distraerse mientras esperaba ser llamada. Se tumbó en la cama, pero no tenía ganas de dormir. Observó la habitación; el papel floreado de la pared y las luces de los muros con pantallas de seda sugerían que antes de la guerra había sido ocupada por una mujer, quizás aristócrata. Se levantó y fue a la mesita al lado de la chimenea. Comenzó a ojear de pie un ejemplar de *Parade*: “Día y noche, los bombarderos ingleses junto a los estadounidenses baten carreteras y vías férreas, túneles, estaciones, puentes y centros de clasificación (...) El avance continúa por el sur de Italia (...) Pronto se espera que un contingente de bombarderos alcance las ciudades de París, Berlín...”. Tiró la revista en el lugar donde estaba y se sentó en el suelo, cruzó las piernas en forma de flor de loto y comenzó a realizar meditación.

Como los saltos se planeaban con tiempo, los integrantes de la Resistencia local que recibían a los agentes debían ser informados sobre las particularidades del lugar donde el paracaidista debía descender, pero había unos saltos llamados *blind* —a ciegas— en los que el agente no sabía si alguien lo recibiría o no, aunque tenía una idea aproximada del sitio donde aterrizaría. Esta clase de saltos se realizaban en misiones de sabotajes y atentados y su información se encontraba absolutamente protegida. En esta ocasión, Noor no tenía que saltar en paracaídas, la dejarían en tierra debido a que, al mismo tiempo, debían recoger a otro agente para llevarlo de vuelta a Inglaterra.

—¿Quieres un cigarrillo? —preguntó Vivien entrando de sopetón en la habitación y acercándose a la ventana.

—No, gracias. No fumo —contestó Noor al tiempo que se levantaba pausadamente del suelo y se sentaba en un sofá de terciopelo.

Fuera, el aguanieve se había convertido de nuevo en lluvia. Vivien abrió la ventana y tras escuchar la caída del agua a través de la niebla, volvió a cerrarla poniendo el pestillo.

—Parece que hoy vamos a tener niebla —emitió un suspiro y, girándose hacia Noor, exclamó—: ¡Maldito tiempo! No es precisamente el día más apropiado para tener el corazón lleno de alegría, pero si te sirve de consuelo, el piloto sabrá utilizarla en su favor. Tendrás un viaje muy seguro.

—¿En esta base también trabaja la RAF? —preguntó Noor pensando en su

hermano Vilayat.

—Sí, pero solo para nuestras operaciones —respondió Vivien mientras sacaba un paquete de Players del bolsillo de aquel uniforme que llevaba puesto como tapadera, con la distinción de cabo de FANY. Sacó un cigarrillo de la cajetilla, lo encendió y exhaló con placer el humo hacia el techo, realizando círculos que se hicieron cada vez más grandes hasta que desaparecieron en el aire—. Mira, te voy a contar una cosa. La RAF solicitó la realización de una misión, por parte de agentes del SOE, capaz de dejar fuera de combate a los pilotos alemanes de las escuadrillas de Kampfgeschwader-100, ubicados en sus bases en Francia, aviones que atacaron Coventry salvajemente en aquella operación que la Luftwaffe denominó ‘Sonata de Claro de Luna’ por la cantidad de bombas incendiarias que lanzaron durante la noche.

—Disculpa que te interrumpa pero, según tengo entendido, el centro de inteligencia de Bletchley Park informó al primer ministro de que la Operación Sonata de Claro de Luna estaba en marcha con días de anticipación. Es decir, ¿solo para no divulgar que conocemos los códigos de comunicaciones alemanas, no se advirtió a la población civil?

—Bueno, vamos a ver, Nora Baker —le dijo tranquilamente Vivien, sentándose en el borde de la cama, exhalando otra vez el humo con deleite y cruzándose de piernas—. Aquí no entramos en dilemas morales, por el simple hecho de que estamos en guerra, ¿de acuerdo? ¿Quieres contarles eso a los periodistas del *Daily Express* para que lo publiquen en primera página hundiendo la moral militar y civil? No creo que tal noticia nos pueda ayudar precisamente a ganar esta guerra, ¿no te parece? —frunciendo el ceño y pensando en qué lugar había sido interrumpida para continuar con el hilo de su narración, añadió—: Además, algo parecido hizo Abraham Lincoln al prolongar la guerra civil norteamericana, precisamente para tener más tiempo para abolir la esclavitud a través de su decimotercera enmienda a la Constitución de Estados Unidos. Yo no entro a debatir si se justificaba o no advertir a la población para que tomara las precauciones necesarias, sabiendo que la ciudad sería bombardeada solo para no divulgar que conocíamos los códigos de comunicaciones alemanas. Lo que quería contarte es la siguiente historia —tras dar una profunda calada a su cigarrillo y después de expulsar el humo con pausada delectación, prosiguió—: El general Gubbins tuvo bajo su responsabilidad el castigo que debía aplicarse a los alemanes por tales bombardeos, para lo cual recurrió a los documentos de inteligencia facilitados

por la RAF y la Resistencia local francesa. De acuerdo con ellos, los pilotos alemanes en Vannes subían a un autobús y se dirigían al aeródromo. Lo razonable hubiera sido atrapar a esos pilotos de aviones Kampfgeschwader-100 y dar un duro golpe a la operación. Cuatro franceses estarían a cargo de la misión y operarían de forma encubierta, además de estar provistos de armas de alto poder. Los cuatro oficiales voluntarios —quienes se ofrecieron para ejecutar la misión— pertenecían a la compañía de paracaidistas de la Francia Libre y se les adiestró en el centro del SOE Station Seventeen, sitio que seguramente tú ya conoces. Estos agentes fueron el capitán Bergé, los sargentos primero Forman y Le Tac y el cabo primero Renault. Después de su preparación, el capitán Bergé cuestionó si el general De Gaulle sabía de la misión; el oficial del SOE al que le hizo la pregunta contestó que no, aunque concertaron una cita con él. En el momento en que supo de la misión, De Gaulle demandó que los cuatro enviados llevaran puesto el uniforme francés debajo de las ropas de civil. Cuando el general Arthur Harris, jefe del Mando de Bombardeo, supo que sus pilotos tenían que lanzar en paracaídas a agentes con prendas de civil dijo: “¡Un soldado que monta una emboscada contra otros soldados y se oculta en trajes de civil no es un soldado, es un asesino; jamás la RAF se verá asociada a algo que va en contra de la ética militar!”.

»Por ello, el comando francés se tuvo que cambiar la ropa, vistiendo de uniforme por encima de las ropas civiles. Una vez llegados al lugar de la emboscada, el autobús había cambiado de ruta y tuvieron que regresar a Londres entre grandes dificultades, pero gracias a que muchas de nuestras operaciones han dado grandes resultados en la lucha contra los nazis, nuestra escuadrilla recibió varios aviones, como los cazas nocturnos Havoc y tres B-24 Liberator, para dar apoyo a la Resistencia polaca, incluso tres aviones Lockheed Hudson, bombardero y avión de patrulla marítima. ¿Té o whisky? —preguntó Vivien levantándose de la cama.

—Mejor té, gracias.

El reloj mecánico de péndulo sobre la repisa de la chimenea hizo sonar las campanadas de la media hora, después de las dos de la madrugada.

—Ojalá todos los agentes fueran como tú, tomando solo té —le dijo Vivien mientras ponía agua hirviendo de la tetera en dos tazas—. Muchos sienten angustia y nerviosismo a última hora pensando que quizá nunca volverán y se ponen a beber como cosacos —se apoyó en el marco de la puerta y observó el silencio de Noor sentada sobre el sillón en un rincón de la habitación. Se cruzó de brazos y continuó—: Hace una semana estuve aquí

con un agente y estuvimos bebiendo whisky hasta la orden de despegue de su avión y cuando llegó el momento de su partida estaba en tal estado que casi no se sostenía en pie. Tuvimos que subirlo con mucho esfuerzo a la cabina.

Puso la bandeja sobre una pequeña mesa de café, situada junto al fuego de leña, y sentadas una frente a la otra, Vivien le preguntó:

—¿Cómo consigues guardar la calma? Hasta el mismísimo Abwehr, el servicio alemán de inteligencia militar, se sorprendería en saberlo. ¿Qué estabas haciendo antes de que yo entrase en la habitación?

—Estaba meditando mediante ejercicios de respiración.

—Qué interesante, a ver, explícate —señaló Vivien—. Háblame sobre ello. Tenemos tiempo.

—Pues resulta que cada lado del cerebro tiene funciones diferentes. Por ejemplo, el izquierdo tiene que ver con nuestro pensamiento racional y analítico, en especial con el lenguaje que nos permite comunicarnos y con las funciones matemáticas; es el que nos da nuestra característica racional. El lado derecho rige lo artístico e intuitivo, el izquierdo nos conecta con la realidad interior, con lo trascendente que todos llevamos dentro. Lo ideal es la correcta integración entre lo racional y lo intuitivo.

»Lo que estaba realizando es una técnica de relajación que me enseñó mi padre. Cierro suavemente los ojos y respiro en forma pausada y tranquila por la nariz, notando cómo el aire llena mi cuerpo y al espirar expulso toxinas y malos pensamientos de mi interior. Esta combinación de respiración profunda y relajación, sentada con la espalda recta y las piernas cruzadas, ayuda a calmar la mente y eliminar la tensión del cuerpo. Después de este ejercicio, me pongo a meditar.

»Cuando meditas hay una disminución del consumo de oxígeno, que vuelve a su estado normal una vez que esta ha finalizado. El ritmo cardíaco disminuye, al igual que la cantidad de sangre que fluye por las arterias desde el corazón, que con menos esfuerzo envía más sangre a los músculos. Hay más cambios fisiológicos que hacen que podamos decir que al meditar se entra en un profundo estado de descanso mental. Mi padre me enseñó desde muy niña una meditación budista, de las más antiguas de la India, llamada vipassana. Todo el mundo puede practicarla libremente en cualquier momento y lugar, sin motivos de raza, comunidad o religión a la que la persona pertenezca; es igualmente beneficiosa para todos —concluyó mientras observaba cómo resplandecía a la luz de la leña un broche que llevaba Vivien sobre el pecho de su uniforme—: Qué bonita joya llevas

puesta.

—Ah, sí, pero no es una joya —exclamó Vivien mirándose el broche—. No tiene más valor que el sentimental. Me lo dio mi madre y a ella la suya, es decir...

Un oficial golpeó con fuerza la puerta.

—¡Vivien, en quince minutos la “pianista” abajo! —gritó, y abrió con estrépito la puerta agarrando el picaporte.

—¿Qué tal el tiempo, cabo?

—De demonios. En partes del canal encontrarán vientos de hasta fuerza ocho, pero el piloto es muy bueno y experimentado y se las podrá arreglar sin ningún problema —contestó el cabo, que tendría unos treinta y pocos años y una afable sonrisa que mostraba sus dientes manchados por el tabaco.

—¿Y qué más dice el informe meteorológico de la RAF?

—Se encontrarán algo de niebla espesa al sur nada más despegar; lo normal. Luego, el suelo francés estará despejado. No tendrán ningún problema —dijo el cabo con prisa, cerrando la puerta de golpe.

El aeródromo estaba formado por un conjunto de edificios bajos esparcidos tan solo a un lado de la pista. Noor y Vivien corrieron hacia el Lysander. La niebla era acre y amarillenta, daba la impresión de que entraba al fondo de la garganta y se agarraba con fuerza en la tráquea, como si fuera ácido. Vivien le dio la mano al piloto, quien no era más que una sombra alta recortada por la luz pálida de los reflectores del hangar vecino.

—¡Toma! —le gritó Vivien, después de abrazarla con fuerza y quitarse el broche mientras lo ponía en la mano de Noor—. ¡Ya me lo devolverás! Ahora tienes un motivo más para volver sana y a salvo. Digamos que tiene algún contraste francés, así no te dará ningún problema, y si tuvieses algún momento de apuro económico lo puedes empeñar. No te olvides. ¡Que Dios te proteja!

Tras intercambiar palabras con unos técnicos de mantenimiento, el piloto saltó con agilidad a la cabina y tiró hacia atrás de la cúpula. Vivien se apartó un poco y el Lysander empezó a moverse. Cuando llegó al extremo del campo, el piloto puso el avión de cola al viento y, tras ganar velocidad, el aparato se precipitó hacia el muro oscuro de lluvia, viento y neblina instalado en la pista de despegue.

Todo fue tan rápido que Noor no había tenido tiempo para rechazar el broche y sintió que no se había despedido de Vivien con el debido entusiasmo. Protegiéndose de la lluvia con un paraguas, Vivien contempló el

despegue hasta que el ruido de los motores se desvaneció en el aire.

—Por el amor de Dios —murmuró para sí, dando media vuelta e iniciando el camino de vuelta al hangar, camuflado de tal modo que parecía un cobertizo de agricultores—. ¿Dónde encontrará el SOE a esta clase de mujeres?

Vivien entró en la sala de control y vio al capitán Selwyn Jepson informándose con todo detalle del vuelo de Noor.

—Vaya, no esperaba verlo aquí —dijo ella—. En mi opinión, y ya sé que no me la ha preguntado, la joven que va en ese avión con destino a Francia no es la mejor candidata para el trabajo que se le ha encomendado.

—Mire, según nuestros agentes de inteligencia, los nazis creen a pie juntillas que los aliados realizaremos la invasión de Europa en Calais. Su opinión es válida, de acuerdo, sí, estoy de acuerdo, quizá Noor... —asintió con un leve movimiento de cabeza el oficial de reclutamiento para los agentes del SOE—, pero no tenemos otra alternativa.

—¿Otra alternativa? —dijo alzando la voz—. Usted ha mandado a una joven al matadero; no va a durar ni una semana. Con suerte los nazis estarán esperando este vuelo y la detendrán nada más poner los pies en suelo francés. Ha utilizado a una mujer para mantener la atención ocupada de la Gestapo en París, ¿es eso? ¿Me está diciendo que los demás agentes del circuito Prosper que operan en Francia también han sido destinados para mantener ocupados a los nazis mientras ustedes realizan otros planes?

—Podrá parecerle algo *amateur* y hasta inocente el carácter de Noor, bueno, Nora Baker, alias Madeleine, pero es una excelente operadora de radio y creo que podrá salir adelante. Por nuestra información, sabemos que existe una enorme corrupción en el seno de muchas de las secciones del servicio secreto militar alemán. Además, parte de la Abwehr trabajaba también contra Hitler y necesitamos aprovecharnos de esa debilidad interna para hacerles frente en otros lugares de Europa. Churchill es el primero en tomarse este asunto de contrainteligencia muy en serio.

Vivien gruñó escépticamente. Aunque los presentes en la sala de radio hacían su trabajo callados, escuchaban con sorpresa a aquella mujer de armas tomar hablando tan directamente y sin tapujos a un superior. Vivien era bien conocida entre los funcionarios y soldados porque nunca se mordía la lengua.

—Sí, ya desde hace tiempo me doy cuenta de que es algo muy peculiar de la inteligencia británica su virtuosismo para reclutar y aprovechar a personas no solo sin aparente valor y hasta muy rara, sino que no están calificadas

para misiones de alto riesgo —y añadió empleando un tono de voz aún más grave que el que le era natural—: Usted está aquí no para despedirse de Noor, que no lo ha hecho, sino para esperar al agente que el piloto va a traer de vuelta de Francia una vez la haya dejado a ella, ¿no es así?

—No le diré que no. Aun así, adoro el ensamblaje de una mentira complicada. Hay una estética indudable en una buena mentira —contestó. Después, con las manos en los bolsillos y mirando hacia el techo, añadió—: Hay una belleza en el engaño. ¿No fue Rommel quien dijo que el sudor ahorra sangre, la sangre ahorra vidas y el cerebro las dos cosas?

—Vaya, no solo es usted escritor de novelas sino que también ahora quiere ser poeta recitando frasecitas del enemigo que mata a nuestros compatriotas.

—¡Cuidado con lo que dice a un superior! —dijo alzando la voz y apuntándola con el índice—. Pero bueno, eso tiene que ver con el gusto británico por la sensibilidad hacia la vida que nos rodea, la teatralidad y lo melodramático. Además, confiesa que nos encanta la mentira —añadió esbozando una sonrisa—. La batalla del espionaje es apasionante y está llena de difíciles decisiones morales; lo importante es el fin, no los medios para conseguirlo.

—Capitán —dijo el controlador aéreo—, ya se encuentran sobrevolando el canal y todo sigue según lo previsto.



capítulo 19

Durante las siguientes horas, Jakob estuvo sumergido en un profundo sueño. Se veía en España, en los campos murcianos recolectando almendras y haciendo bromas entre los compañeros sobre las chicas que recogían en otra parcela vecina con sus varas y redes de color verde. A él le gustaba una chica llamada Lucía. “El capataz me ha dicho que no vuelva más a España a trabajar porque no me darán ningún puesto”, le dijo a su madre. “Pero ¿por qué?”, le preguntó ella mientras le hacía la comida en una pequeña cocina. “Me ha dicho que los dueños de las tierras no quieren a judíos trabajando y que lo sentía...”. Inmediatamente surgió una imagen en un lugar de Alemania: judíos estaban siendo apaleados por una multitud enfurecida. Su tío salió a la calle para defenderlos, pero aquella multitud los golpeaba furiosamente mientras les gritaban repetidamente: “¡Judíos asquerosos! ¡Judíos asquerosos!”. Rompieron los escaparates y su tía lloraba. Ahora Jakob se encontraba caminando por la calle entre hogueras de libros que estaban siendo quemados y comenzó a escuchar gritos en alemán: “¡Escoria judía! ¡Muerte a los judíos!”. Le surgió otra imagen de jóvenes chicas judías violadas por individuos de las juventudes fascistas. Luego vio unas figuras ahorcadas colgando de farolas. Jakob se acercó a aquellos cuerpos. Nadie le prestaba atención; al parecer no podían verlo. Gente se reía y hablaba en un dialecto italiano. Apareció la imagen de un hombre con las manos velludas acariciándole el pelo. Ambos estaban caminando, agarrados de la mano, por un pueblo en Turquía. Hacía calor. Miró hacia arriba, pero no conseguía distinguir el rostro de aquel adulto. Se esforzó en verle la cara. Se concentró. La mano olía a tabaco fuerte. Le gustaba ese olor a tabaco turco. “¿Papá? ¿Eres tú, papá? ¿Por qué nos odian, papá? ¿Por qué mamá y yo tenemos que dejar nuestra casa e irnos?”.

Se había despertado con el cuerpo empapado. Noor había permanecido

todo el tiempo a su lado, durmiendo a trompicones en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. La luz de la mañana iluminaba la habitación. Había amanecido con un sol radiante.

—De correo entre los partisanos, la oficina de Londres me ascendió a organizador de sabotajes —dijo Jakob tumbado en el sofá y con la espalda apoyada en un cojín mientras bebía a sorbos una taza de café—. Primero estuve operando aquí, en Francia. Luego me mandaron a Yugoslavia bajo el mando de Buckthorn. El principal problema es que los rebeldes yugoslavos no acatan la disciplina militar y tuvimos que ganarnos la cooperación de los jefes de la Resistencia local mostrando competencia y, desde luego, mucho arrojo y firmeza. Llevábamos trabajando seis meses. Nuestra misión consistía en dar apoyo logístico a los rebeldes y en recabar información comprometedor sobre el arzobispo Stepinac. Ese hombre, si tuviera abuela, sería capaz de vendérsela a los nazis si creyera que con eso ganaría dinero. ¡Qué digo yo! —exclamó alzando las palmas de la mano derecha—. Si el capitalismo hubiese sido una religión, ese bastardo habría sido el líder de una secta extremista. La oficina de Londres opina que una vez que se consiga demostrar la implicación de Stepinac en las masacres que el régimen de los Ustacha, los aliados de Hitler, están cometiendo contra la población civil, podrán presionar aún más a Pío XII para que tome medidas contra los nazis.

Con sumo cuidado, Noor comenzó a limpiarle las heridas y a cambiar el vendaje que le había puesto hacía pocas horas. Moviendo el cuello hacia arriba, en dirección a la ventana, Jakob continuó diciendo:

—¿No crees que es arriesgado tener la ventana abierta con esa tela roja y camisa blanca colgando afuera? Alguien podría verlas desde la calle, ¿no te parece?

—Ese es el propósito —sonrió Noor—. Es una señal de emergencia, para que cuando Zouzou haga su ronda diaria paseando por las afueras de los apartamentos desocupados de seguridad sepa que estamos aquí. Como son colores muy comunes, la gente desde abajo ni se dará cuenta. Ni los vecinos podrán saber que las ropas pertenecen a este apartamento en particular, precisamente por la forma en la que está construida esta parte del tejado. Desde abajo da la sensación de que esta buhardilla pertenece al edificio de al lado. Este tipo de pisos están muy bien estudiados. El color rojo significa que dentro hay un herido, y el blanco que necesitamos ayuda lo antes posible para huir del país. Este es un refugio solo para utilizarlo como último recurso y a la espera para la confirmación de un vuelo a Inglaterra. Dentro de aquellos

armarios y en los agujeros del suelo hay provisiones para algo más de seis meses, desde botes de leche condensada y carne hasta botellas de coñac.

—Todo eso valdría una auténtica fortuna en el mercado negro y hace que este apartamento sea un lugar muy codiciado por la mafia francesa —exclamó, inclinándose levemente y frunciendo el ceño—. ¿Tú conoces a la tal Zouzou?

—No. Pero será cuestión de horas o minutos que aparezca, y entonces planearemos cómo informar a Londres para que nos manden un avión que nos recoja, esta noche o la próxima madrugada. A lo mejor ella tiene un radiotransmisor.

Él la rodeó por la cadera con su brazo y ambos permanecieron así durante un rato, mirándose el uno al otro. Jakob tumbado en el sofá y Noor sentada en el borde. Ella sintió de súbito que se sonrojaba y se llevó la mano al cuello para ocultar sus rubores, pero acto seguido experimentó una repentina sensación de tristeza.

—Siento melancolía por lo que hubo entre nosotros y los nazis nos arrebataron. Si tú no te hubieses marchado, igual... —dijo ella de forma quejumbrosa.

—¿Qué ocurre? ¿A estas horas nos vamos a volver rencorosos? Lo que sucedió ya pasó, ahora miremos hacia delante. Tenemos ocasión de reanudar nuestra relación, volver a estar juntos y libres —viendo que Noor seguía inerte con la mirada puesta en dirección a la ventana, prosiguió—: Disculpa que no lo haya preguntado, ¿tienes a alguien esperándote? ¿Te has casado o tienes un novio?

Noor titubeó.

—No, no es eso —contestó ella.

—¿Entonces...?

Jakob hizo un ademán de besarla, pero Noor se echó hacia atrás y se levantó del sofá.

—Jakob, mi amor, desde que nos separamos he visto de todo y ya no creo en nada —se volvió a sentar en el borde del sofá—. Cuando lleguemos a Londres, yo seguiré mi camino. Tengo que seguir luchando contra los nazis, ayudando a liberar a Francia, así que déjame calentar alguna lata y sigamos esperando a nuestro enlace antes de que pierda la poca cordura que aún me queda.

Jakob hundió el rostro en su vientre, sobre el gastado algodón de su vestido. Noor le acarició el cabello con suavidad.

—Bueno, vamos a animar un poco el ambiente. Veamos si encontramos algo interesante para oír en la radio —se inclinó y encendió el aparato.

Mientras sintonizaba una frecuencia, se oían frases, distorsionadas por las ondas, en francés, alemán e italiano. Escucharon un boletín sobre lo que sucedía en el frente ruso, pero Noor siguió cambiando de frecuencia levemente, hasta que oyó una melodía familiar. Comenzó a sonar, cada vez más audible, la canción *Anything goes*, con la voz de Cole Porter. Noor se puso de pie, sonrió a Jakob y comenzó a bailar frente a él.

Realizando movimientos de foxtrot y sonriendo, empezó a interpretar danzas clásicas indias ante la risa complaciente de Jakob que, tumbado en el sofá, la miraba con una mezcla de admiración y deseo.

...Good authors too who once knew better words

Now only use four-letter words

Writing prose.

Anything goes.

If driving fast cars you like,

If low bars you like,

If old hymns you like,

If bare limbs you like,

If Mae West you like,

Or me undressed you like,

Why, nobody will oppose.

When ev'ry night the set that's smart is in-

Truding and nudists party in

Studios.

Anything goes...



—Mire, monseñor —el arzobispo Stepinac señaló al teléfono con tono mesurado tras su gran mesa de roble. Cruzó las piernas y se quitó una mota invisible del pantalón, gesto que denotaba ansiedad—, los aliados no negociarán la paz. Esto está muy claro: exigen una rendición incondicional y Hitler no les dará ese placer, porque el muy loco seguirá creyendo hasta el

último momento que ganará esta guerra. Muy pronto se comportará como un paciente terminal ocupado en organizar su propio sepelio. Debería de haberse contentado con lo que tenía y haberse privado de meter las narices en Rusia y en Inglaterra. La codicia, la codicia... Ahora los rusos están reculando respecto a los alemanes y ¿qué significa para nosotros? —tras un momento de silencio escuchando a su interlocutor, añadió—: Excelente, muy bien dicho, que nos encontraremos con la soga al cuello —otra pausa escuchando por el aparato mientras exhalaba el humo—. Pues claro que sigo opinando que, de acuerdo con los más altos intereses de Croacia y de la Iglesia católica, esa chusma de judíos y serbios deberían ser aplastados como cucarachas, aunque antes se les pueda dar ocasión de convertirse y de rechazar sus creencias. Además, le recuerdo que el Santo Padre nunca ha dicho nada, ni una sola palabra, en contra del asesinato masivo de los judíos aquí en Yugoslavia o de otra parte de Europa porque su santidad no solo es un hombre muy astuto y muy preparado, sino que también es un hombre de Estado, un diplomático, un táctico y un político de primera. Si condenara públicamente a Hitler, tendría que hacerlo también con las atrocidades que cometen los aliados, la Resistencia y los partisanos. Él quiere una Alemania fuerte y anticomunista en el corazón de Europa, pero la oposición de Pío XII a los judíos no solo se debe a sus simpatías por el fascismo, también es más de carácter teológico que social porque él no los ha tratado viviendo entre las murallas del Vaticano, rodeado de aduladores cardenales de la curia... ¿Cómo dice usted? —volvió a encenderse un nuevo cigarrillo después de aplastar contra el cenicero concienzudamente la colilla del anterior—. Por supuesto, ¡por Jesucristo redentor! Nosotros los croatas no somos de ascendencia eslava sino gótico-alemana. No vamos a ser menos. Es innegable que todos los pueblos desprecian y ridiculizan a los judíos, un pequeño pueblo disperso por el mundo y perseguido por la maldición de Dios. El amor tiene un límite, ¡por Jesucristo nuestro Señor! No debemos consentir que la semilla del mundo judaico secretamente organizado nos enseñe el significado de lo que es la justicia. Dios ama al pueblo croata, cuyos intereses son Dios y los croatas. Dios no ama a los cicateros ni a los mezquinos ni a los avaros ni a los codiciosos ni a los miserables ni a la sordidez de los judíos. Los descendientes de aquellos que odiaron a Jesús, de aquellos que lo condenaron a muerte, que lo crucificaron y que posteriormente persiguieron a sus discípulos, son culpables de excesos mayores que los de sus antepasados. Desde principios de siglo, el pueblo judío ha llevado a Europa y al mundo

entero hasta el desastre, un desastre mundial moral, cultural y económico. La avidez excesiva de poseer riquezas aumentó hasta que solo podían satisfacerse con el mundo entero. Tan pronto como planearon una revolución, acabaron sin piedad con la intelectualidad. Por este motivo y con mucha razón, su santidad Pío XII considera que ellos están recibiendo por nuestra parte y por parte de los alemanes lo que se merecen. Satán los ayudó a inventar el socialismo y el comunismo, y seguidamente dirigieron ese movimiento liberal y mundial de trabajadores. Ellos, los judíos, los hombres más crueles y desalmados, los más terribles capitalistas... Es decir, su santidad disfraza sus posiciones respecto a los judíos en términos teológicos, pero en verdad, incluso me lo ha revelado a mí personalmente, su convicción es que no solo son unos herejes y enemigos de la Iglesia católica, sino que son una auténtica amenaza social y económica.

»Pero vayamos al motivo principal de mi llamada, monseñor, que no hay mucho tiempo. Estará de acuerdo conmigo en que lo que ocurre en el campo de concentración de Jasenovac son rumores, habladurías inventadas por los enemigos de la Iglesia católica, de la cristiandad, los enemigos de Cristo redentor. Todo eso no es más que mera propaganda atea, estalinista, digamos. Mejor dicho, son invenciones judeo-bolcheviques. Como ha sido informado, el prisionero que mandamos bajo su recomendación hace unos días a la avenida Foch se ha escapado —guardó un momento de silencio escuchando al aparato—. ¿Cómo? ¿Qué importancia tiene que los rumores lleguen a los aliados? Vamos a ver... La pregunta, querido monseñor, sería: ¿quién podrá creer que algo así, cometido por la Ustacha con ayuda y aliento de la Iglesia católica en Yugoslavia, es posible? Pero le recuerdo, monseñor, que los rumores son una cosa, pero las pruebas son algo distinto... Monseñor, desde el Vaticano debe usted realizar llamadas de carácter urgente a nuestros amigos de la Gestapo, a esos dignatarios nazis que no dejan de besarle el anillo del pescador siempre que tienen oportunidad, y asegurarse de que el prisionero altamente peligroso que se ha escapado de la avenida Foch no sale de París. Contacte con el embajador alemán en el Vaticano, nuestro amigo el barón Ernst von Weizsäcker.

»Por cierto, debo recordarle que dentro de unos días, según lo acordado con el secretario del santo pontífice, mandaré un contingente con una docena de cajas llenas de oro incautadas a esos miserables ortodoxos serbios. Por el bien de los ustachis, de los croatas y del fascismo universal, que Jesucristo lo absuelva y yo, por su autoridad, lo absuelvo de todo pecado —no había amor

en sus ojos, solo frialdad. Con voz serena, como si estuviese bendiciendo a un muerto, importándole más bien poco si fuese al cielo, al purgatorio o al mismísimo infierno, añadió—: Que la bendición de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo le acompañe en esta tarea, monseñor. *Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen*”.

Se levantó y se acercó a la ventana. La gran cruz que llevaba colgando sobre el pecho resplandecía con la luz del sol, que entraba a través de los cristales. El arzobispo se quedó mirando el jardín. Con una mano a la espalda y con los dedos de la otra tamborileando acompasadamente en un botón reluciente de su sotana, se maldijo por no haber mandado también a aquel prisionero moreno con aire de campesino al otro lado de aquel muro. Se metió la mano en el bolsillo y sacó su fina pitillera de oro. La llama de su encendedor provocó una nube de humo ante el cristal.



—¿Cómo se encuentra? —preguntó Steinbrinck.

—Tiene la cabeza muy dura, sobrevivirá.

Era una pequeña enfermería con todo tipo de material para realizar tratamientos médicos al personal de las SS, incluso operaciones quirúrgicas. El sargento Grimminger, desnudo hasta la cintura, se encontraba sentado en el borde de la camilla con la cabeza vendada. Tenía manchas de sangre seca por todo el pecho velludo.

Steinbrinck le hizo un gesto y el médico, después de asentir, salió de la habitación.

—¡Además de un bestia, es un completo imbécil! —le gritó tras cerrar la puerta y apoyarse en ella.

—Estaba algo borracho y solo quería divertirme un poco...—dijo cabizbajo el sargento y levantando los hombros dos veces seguidas, como si fuese a caballo y sin controlar las riendas.

—No solo eso sino que desobedeció órdenes, debía de estar en el refugio antiaéreo.

Había cólera en el rostro de Steinbrinck. Cruzó la habitación, miró por la ventana y volvió a pasear con actitud inquieta por la enfermería.

—Ya sabía yo que esa mujer tenía muy buenas cualidades, tiene determinación y coraje —dijo tocándose la mejilla—. En cuanto a usted, responderá ante el Sturmbannführer Otto Kramer cuando vuelva de su viaje. Por el momento, lo relevo de su trabajo en el sótano y se unirá al grupo de búsqueda.

Grimminger se puso de pie. Debido a su altura tuvo que inclinarse levemente para verse en el espejo que colgaba en la pared. Tenía un gran moretón en la frente y un ancho corte. Tanteó con los dedos la cabeza vendada y sintió leves punzadas de dolor.

—Cuando vuelva a ver a esa puta inglesa la descuartizaré viva con mi daga —dijo desenvainando de su cinto la hoja de acero de Damasco de veintidós centímetros con el grabado del lema *Meine Ehre Heist Treue* (Mi honor es mi lealtad), regalo personal que le confirió el propio Himmler tras su actuación asesina en la purga de 1934 contra los líderes del Sturmabteilung (SA), una organización paramilitar nazi cuyo líder era el homosexual Ernst Röhm, hasta entonces íntimo colaborador de Adolf Hitler.

—Usted no hará tal cosa —ordenó Steinbrinck sin sentirse intimidado ante la enorme musculatura del sargento y su carácter violento.

—Debo protestar —dijo Grimminger volviéndose hacia él, aún con la daga en la mano.

—¡Póngase firme cuando hable conmigo herr Grimminger! —replicó apresuradamente—. Deme usted un motivo más, sargento, y le hundo la cara en la mierda hasta tal punto que nunca verá la luz del día.

El sargento hizo de inmediato lo que se le ordenaba, como si fuese un perro adiestrado, sin saber el cómo ni el porqué, pero entrenado para obedecer órdenes de comando provenientes de superiores. La disciplina de hierro de las SS se hizo cargo circulando hasta su cerebro, surcando sangre caliente por las venas de aquella bestia gigante.

—Me vuelve usted a contradecir y le mando a la división de infantería de la Wehrmacht en el frente ruso —dijo Steinbrinck con el dedo índice levantado y sin perder los nervios—. Ahora se cambiará el uniforme y se unirá al grupo de búsqueda. Recuerde que quiero viva a la prisionera, con el hombre con quien se ha escapado puede hacer lo que quiera, si es que lo encuentra.

—*Jawohl!*

A primera hora de la mañana, Steinbrinck había recibido una llamada desde el castillo de Wewelsburg, la fortaleza esotérica de Himmler y cuartel

general de las SS, ordenándole la captura inmediata y con vida de la agente británica huida y el asesinato del prisionero, que no debía salir de París. Había estado hablando con el católico romano Ernst Kaltenbrunner, íntimo colaborador del Reichführer. No comprendía ese interés que mostraban altos cargos en ambos prisioneros, pero sí era consciente de que su carrera estaba en juego en el cumplimiento de esas órdenes.



capítulo 20

En la cabina del Lysander, con los oídos ensordecidos por el ruido del motor, un nudo en el estómago, nerviosa e impaciente, Noor miraba fuera y no conseguía divisar absolutamente nada. El Canal de la Mancha había estado cubierto por la niebla durante la mayor parte del trayecto. Siempre y cuando se tratase de misiones clandestinas, había una forma común de pensar tanto en la RAF como en la Luftwaffe, según la cual se recomendaba a los pilotos aproximarse a una costa enemiga por debajo del alcance de radar, sobrevolando el mar. Fue un vuelo bastante monótono, a pesar de afrontar los fuertes vientos cruzados.

Tras haber avanzado en línea recta a lo largo del canal, después de una hora de vuelo en la que el piloto aseguró el curso para no sufrir desplazamientos extremos, llegaron hasta Cap de la Hague, donde viró ligeramente hacia el suroeste para evitar baterías antiaéreas alemanas. Poco después, el avión voló hacia el este para no ser divisados sobre las ciudades y entonces Noor pudo apreciar que estaban a pocos cientos de metros sobre una negra campiña francesa.

—¿Todo bien? —gritó el piloto.

—*Très bien!* —contestó Noor en francés, riéndose y alzando el dedo índice y corazón al estilo Churchill—: *Un magnifique paysage!*

—*¡Vive la France!* —dijo el piloto sonriendo y levantando el dedo pulgar.

Aquel Lysander era un avión biplano lento comparado con otros modelos de la RAF y, por tanto, fácil de abatir por cañones antiaéreos, pero tenía una cualidad innegable: podía despegar y aterrizar con escasa luz. Cariñosamente se referían a estos aviones como ‘Lizzies’, y a sus agentes y pasajeros los llamaban ‘Joes’. Los pilotos debían guardar un estricto secreto acerca de sus verdaderos nombres y en ninguna circunstancia debían indicar al pasajero cómo se llamaba la región o ciudad que sobrevolaban. Las conversaciones

por el intercomunicador de la cabina podían ser captadas fácilmente por los radares alemanes.

El piloto hizo una señal a Noor con el índice para que mirase abajo. En medio de un terreno fantasmagórico había tres luces marcando una L invertida. Con todo el viento en contra, redujo la velocidad y aterrizó rebotando sobre el terreno de aquel campo francés, según estaba previsto.

—¡Fuera, rápido, rápido! —le gritó el piloto sacando una pistola.

En pocos segundos, Noor se quitó el cinturón y el casco y descendió por los escalones adheridos a la cabina. Ahora era una espía en territorio enemigo para dar apoyo a la Resistencia, cuyos actos eran definidos por los nazis como terroristas, y si la capturaban, la torturarían. Tres figuras aparecieron entre la oscuridad, por el lado correcto según la normativa.

—Venga, por aquí, corra, no se pare —dijo uno de los hombres sosteniendo una linterna del tamaño de un paquete de cigarrillos mientras que otra figura saltaba en el lugar de la cabina que previamente ella había ocupado.

Ninguna persona debía estar en la izquierda de la L; si eso ocurría, el piloto debía disparar a cualquier silueta próxima y escapar cuanto antes. Sin tiempo para formalidades ni despedida alguna, el avión rugió girando con el nuevo pasajero, avanzó en sentido inverso hacia una de las luces y, mientras recorría los escasos trescientos metros para despegar con destino a Inglaterra, el piloto divisó que otros miembros de la Resistencia estaban esperando a la ‘pianista’ correctamente, en el lado de la derecha, a bordo de un pequeño camión muy común entre los agricultores. Esa misma noche, los miembros de la Resistencia local habían escuchado por la BBC el siguiente mensaje: “Jasmine toca la flauta”. Era un código secreto que significaba que esa madrugada, antes del alba, llegaría a suelo francés un nuevo agente.

Mientras que arriba en el cielo el avión se convertía en un punto tragado por la noche, Noor, en tierra, corría para ponerse a cubierto, sintiendo el fresco aire del campo francés que tanto asociaba a aquellos años de juventud. El camión arrancó y se perdió por un camino que pocos conocían.

—Tenga, coja esta bicicleta —le dijo un hombre orondo con boina negra y bigote—. Yo me llamo Pierre Armand y este es mi sobrino Claude; el pobre chico es mudo.

Tras intercambiar una sonrisa, Claude ayudó a Noor con su equipaje y lo ató con cuerdas, con gran rapidez y destreza, en el ancho sillín trasero de su bicicleta. La otra maleta con material para la Resistencia la tomó tras

identificarla por un símbolo dibujado en uno de sus lados y la sujetó también. Se pusieron en marcha en dirección opuesta a la que el camión había tomado.

Estaba amaneciendo, cubriéndose el cielo de un color gris, como si fuese una lámina de acero. A lo lejos se oía el tintineo de los cencerros de cabras y el tañido cercano de una campana de iglesia. Noor se sintió como en casa, respirando hondamente al tiempo que pedaleaba entre Pierre y Claude, que permanecían atentos intentando detectar cualquier señal extraña que los pudiese prevenir de un peligro. Conforme subían despacio por la colina, pudieron divisar tenues columnas de humo blanco saliendo de las chimeneas del pueblo. “Qué diversos matices de follaje presentan los árboles; parecen como pinceladas de artistas impresionistas; Millet, Monet, Renoir, Morisot, Pissarro... Cada árbol, según su clase, parece que hasta produce un sonido distinto al ser golpeado por el viento. ¡Qué enorme variedad! Unos altos, valientes y robustos; otros, achaparrados y rechonchos; unos rojizos; otros desnudos de follaje; otros amarillos; y otros verdes”, se decía Noor para sus adentros. En su interior sentía despertar sentimientos de una dulzura infinita que le recordaban a su padre, cuando ambos caminaban por el campo durante horas en contacto con la naturaleza. De pronto, se giró al escuchar el silbido de una locomotora resoplando por las vías; era un tren carbonero. Al instante, vio aparecer una humareda blanca que acabó convirtiéndose en neblina tan pronto como la locomotora cruzó el bosque.

La carretera que llegaba hasta el pueblo estaba cubierta por hojas secas de color amarillo y rojo que crujían levemente al paso de las bicicletas.

—Está cambiando el tiempo —dijo Noor.

Pierre sonrió y le señaló un puente romano. El agua cristalina circulaba murmurando por debajo de aquellas fuertes arcadas antiguas. Los primeros rayos del amanecer golpeaban a las piedras vetustas. La imagen de aquel paisaje parecía una pintura bellísima. Los tres sonrieron, cómplices de aquel espectáculo reservado para los más madrugadores. Mientras continuaban el pausado pedaleo, las ráfagas de aire seguían desprendiendo de las ramas de los árboles las hojas secas que correteaban a su paso por el camino.

Al llegar al interior del pueblo, Pierre hizo un gesto con la mano para que parasen. En silencio, desde una bocacalle, observó la plaza de la iglesia con atención; la experiencia le había dado ese carácter precavido siempre que recogía a un agente. Era consciente de su responsabilidad, pues un error podía tener consecuencias dramáticas. Lo único que se podía oír era el arrullo de las palomas en las concavidades de los muros limítrofes a la plaza.

La pálida luz eléctrica de una farola brillaba en el paredón de piedra de una de las casas antiguas. A lo lejos se escuchó el maullido de un gato, que salió cruzando el empedrado de guijarros. Las primeras luces del amanecer ya estaban alumbrando la fachada de la iglesia y el centro de la plaza, donde había una fuente de piedra musgosa en la que antaño brotaban chorros de agua fresca.

—Claude, a la estación —ordenó Pierre. Acto seguido, lo vieron pedalear con agilidad y desaparecer por la boca de una calle adyacente a la plaza—. Usted tiene que cambiarse de ropa.

—¿Por qué? —preguntó Noor sorprendida—. Es perfecta.

—Sí, es perfecta, pero a los compañeros de Londres se les olvidó un detalle: usted es la primera mujer operadora de radio que han mandado a suelo francés desde el comienzo de la guerra, y hoy es domingo, día de mercado aquí, en este pueblo donde inicia el viaje. Usted viaja en tren a la capital, a París, a visitar a su tía, no aquí a la plaza al mediodía para comprar algo de fruta. La estación está fuertemente vigilada y llamaría usted la atención entre los otros viajeros con esta ropa y este sombrero, más propios de una joven que sale de su casa menos de una hora para comprar verdura que para emprender un viaje largo a la capital. En la estación de París habrá muchos ojos puestos en los pasajeros que lleguen, sobre todo agentes de la Gestapo en ropas de civil. Levantaría usted sospechas. Pensarán que se ha escapado o salido con prisa de su casa por algún motivo y la seguirán hasta dar con el apartamento desocupado.

—Pero el tren sale en menos de veinte minutos.

—Ese es el horario que los ingleses tienen, pero a saber cuándo pasa el tren. Tenemos tiempo, pasará dentro de unos cuarenta y cinco minutos, como mínimo. Hay atentados de la Resistencia, sabotajes de los propios ferroviarios... Todo esto ha desquiciado los horarios.

—¿Y qué hago? Mi equipaje se lo ha llevado Claude.

—Esto ya lo tenemos solucionado. Las cosas se hacen despacio, sin alarmas ni prisas. Escúcheme: dentro de cinco minutos, Claude la estará esperando con su equipaje en el cuarto de baño de señoras situado en el lado izquierdo del andén. No entre al baño por la parte delantera, Claude le ha dejado la puerta trasera abierta. Lo verá enseguida sin ninguna dificultad. Su bicicleta estará apoyada en la pared como señal de que todo está correctamente, pero si estuviese tumbada en el suelo significaría que hay peligro por cualquier motivo; hace caso omiso y espera en el andén hasta que

Claude le haga algún tipo de señal.

—¿Y cómo se lo ha dicho a su sobrino, si apenas lo he visto comunicándose con él?

—Digamos que la experiencia es la madre de nuestro trabajo, joven. Con solo haberla visto así vestida y haber intercambiado entre nosotros una mirada cómplice, supimos lo que había que hacer para protegerla —contestó afablemente Pierre—. Recuerde, su movimiento corporal puede decirlo todo. Hay franceses que si vieran algo extraño en su modo de comportarse, estarían encantados de informar a los alemanes. Otra cosa, en cuanto se cambie espere diez minutos dentro de los baños y entonces salga al andén. No conviene que esté esperando tanto tiempo sola, podría haber ocasión de que alguien le hiciera preguntas innecesarias. Por último —dijo sacándose del bolsillo una barra de pan partida en dos y envuelta en papel de periódico—, la mayoría de los viajeros pasan por mi panadería a comprar algo de pan o bollería porque es muchísimo más barato que en la ciudad. Aunque fue horneado ayer, aún está crujiente. No es precisamente una *baguette*, es un *pain noir* hecho con harina de baja calidad mezclado con salvado; es lo único que los panaderos podemos conseguir hoy en día. Cómaselo delante de otros pasajeros cuando el tren haya salido de la estación. Esto le dará un aire de naturalidad. Yo me despido aquí, mi esposa y mi hermana me esperan en la panadería. Buena suerte y viva Francia.

Antes de que pudiese contestarle con un “¡Viva Francia!”, Pierre le había puesto en la mano el billete de tren, el pan debajo del brazo, le había dado un beso en la mejilla y ya se encontraba pedaleando en mitad de la plaza con la maleta que le había traído Noor desde Inglaterra y que contenía material para realizar sabotajes.

Al entrar, encontró a Claude con una fregona y un cubo limpiando el suelo de los baños de mujeres. Había empantanado innecesariamente el suelo de la entrada para evitar que alguien entrase. Con la punta del palo de la fregona le indicó la puerta del lavabo. En cuanto salió con su ropa cambiada, el sobrino de Pierre ya no estaba.

Se había puesto un abrigo y un sombrero pasado de moda, quizá mucho tiempo antes de que la guerra hubiese comenzado. Aun así, le daba más aspecto de viajera. En el andén había varios pasajeros acompañados de familiares para despedirlos y muchos fardos y equipajes. Dos soldados alemanes patrullaban la estación. De la penumbra de la sala de espera salían varios viajeros. Había gente en la ventanilla comprando los billetes.

Cuando el tren se detuvo en la estación, se formó un control de la Gestapo antes de acceder a los vagones. Había gente vestida de cualquier forma: hombres trajeados, quizás empresarios, otros con aspecto de abogados que irían a la capital para resolver asuntos de negocios de bienes inmobiliarios, un pequeño grupo de gendarmes franceses y algunas mujeres de aquel pueblo o de la comarca elegantemente vestidas. En Francia, por entonces, centenares de personas viajaban de un sitio a otro buscando a familiares desaparecidos, sobre todo a hombres jóvenes, detenidos por los nazis, reclutados por la Resistencia o enviados a campos de trabajo en Alemania.

Noor se estremeció de temor mientras los soldados observaban sus documentos falsificados.

—¿Motivo de su viaje a París? —preguntó uno de los hombres uniformados.

Noor ya tenía preparada la respuesta.

—Voy a visitar a mi tía —dijo como pretexto.

Los soldados le tendieron sus documentos de vuelta sin notar nada sospechoso y la dejaron pasar para continuar con los demás pasajeros que aguardaban en la cola. Una campana anunció la salida del tren; la locomotora avanzó echando bocanadas de humo.

En su compartimento de tercera clase vio cómo una pasajera muy mayor, acompañada por su hija, tenía una maleta exactamente igual a la suya, y girándose levemente observó cómo iban vestidas las señoras. Pierre tenía razón en cuanto a la vestimenta. Tomó el pan que le había dado y comenzó a comérselo como una francesa más. Aun así, se encontraba bastante incómoda, ya que estar en un vagón de tren le hacía pensar que, por cualquier desliz, podía ser atrapada con facilidad; si un policía o miembro de la milicia fuese a por ella, no podría salir corriendo con la radiomaleta.

Mientras que un agente varón podía causar desconfianza simplemente por estar deambulando solo por la calle sin hacer nada y fuera del trabajo, una mujer agente podía desplazarse por el país más con mayor libertad, sin despertar sospechas por el hecho de estar caminando sola por la calle o viajando de un sitio a otro. Las excusas podían ser muchas: limpiar una casa, visitar a unos familiares o amigos, ayudar a una anciana, asistir a un parto, comprar, buscar a un hijo perdido, etcétera. Al hombre, especialmente si era joven, yendo solo por la calle podían pararlo de inmediato y pedirle sus documentos de identidad; a la mínima sospecha, lo acusaban de pertenecer a la Resistencia.

Durante su entrenamiento intensivo, la habían prevenido de los collabos. El colaboracionismo francés era, ciertamente, un fenómeno muy complejo. De hecho, sus primeros integrantes provenían de distintas organizaciones de la izquierda socialista y radical o de las filas comunistas. A todos estos ciudadanos, más de cien mil, y organizaciones que cooperaban con el Tercer Reich se les denominó, de forma despectiva, collabos.

Los pensamientos de Noor volvieron al ataque aéreo que ella, su hermano y su madre vivieron cuando dejaron París. Había sido una escena aterradora: el estruendo de las bombas que caían, el continuo zumbido de los aviones, la destrucción, gente llorando, personas enloquecidas viendo a sus más queridos mutilados, sangrando o muertos. Había sido horrible. Al entrar en un túnel, vio su reflejo en el cristal. Pensó que era una locura lo que estaba haciendo, pero sabía que podía contribuir a impedir que los nazis se adueñaran del mundo. Al salir del túnel, se dio cuenta de cómo el sol se alzaba sobre un mundo que cada vez estaba más dominado por aquellos nazis llenos de odio, de antisemitismo, asesinos y crueles que tanto aborrecía.

Pasaron varios pintorescos pueblos franceses, como trazos dejados por el pincel de un artista. En el andén de una estación se detuvieron tras el aviso de que un convoy de transporte militar debía pasar por la vía principal. Desde lejos, los pasajeros oyeron el sonido de aquel tren aproximándose y cánticos alemanes. El convoy comenzó a cruzar la estación a media velocidad en dirección al frente italiano. Sobre los tanques y la artillería, estaban tumbados jóvenes alemanes sanos y robustos tomando el sol. En los siguientes vagones se pudo oír con estruendo el cántico alemán de los soldados, llenos de entusiasmo y alegría: *Ich hab' mein Herz in Heidelberg verloren...*



capítulo 21

Se oyó el ruido de alguien llamando a la puerta con los nudillos. Noor se sobresaltó, tomó la pistola y se acercó con sigilo a la entrada mientras Jakob agarraba la tetera con agua hirviendo como arma arrojadiza. Noor prestó atención al sonido de los golpes y enseguida intuyó que la persona al otro lado intentaba comunicarse en sistema morse, lo cual la impulsó a abrir ligeramente la puerta mientras hacía un gesto a Jakob con el pulgar, indicándole que no había peligro.

—¿Quién es? —preguntó Noor en voz baja.

—Psss, abra de inmediato —dijo una voz femenina—. No debo ser vista en el pasillo frente a la puerta. Soy Zouzou.

Noor y Jakob se quedaron sorprendidos al ver entrar cojeando ligeramente a una mujer vestida de monja, con su toca y crucifijo colgando del pecho. En el brazo llevaba una cesta cubierta con un manto. Sin decir nada, comenzó a dejar todo lo que llevaba encima de un mueble: jamón, queso, patatas asadas, una botella de vino y pan.

Noor se encogió de hombros mirando a Jakob.

Del fondo de la cesta, la visitante sacó una pequeña caja y fue directamente al sofá.

—Ah, no me tengan temor alguno —dijo sacando una jeringuilla y observando el estado de Jakob—. Mi trabajo es mantenerlos con vida hasta que se marchen.

—Por el amor de Dios —dijo mirándola de arriba abajo con ironía—, y nunca mejor dicho, ¿qué va a hacer usted conmigo, buena señora?

—Ja, ja, ja —contestó riéndose—. Tranquilo. Esto es una nueva medicina que le ayudará. Es un antibiótico que se llama penicilina —sin más preámbulos, con sus pequeñas y gordezuelas manos, nerviosas y sin ningún adorno, limpió con rapidez las heridas y le puso la inyección—. Hay que

evitar a toda costa que sus heridas puedan infectarse antes de abordar el avión la semana que viene.

Noor se sentó en una silla frente a ella.

—¿Cómo que la semana que viene, Zouzou? Debemos irnos hoy por la noche o mañana de madrugada —dijo sorprendida.

—Mire, joven. En primer lugar no me llame con mi nombre en clave, que me parece más que ridículo. Me lo pusieron desde Londres, vete tú a saber lo que estarían pensando en aquellos momentos. Quizá pensaron que todas las francesas somos morenas, vamos con los pechos al aire y vestidas con trajes de plátanos. Por cierto, viéndola a usted, diría que no es inglesa. Bueno, puede llamarme Bernadette —hablaba sin interrupción y sin estarse quieta un momento, a pesar de su evidente cojera. Se dirigió hacia la ventana, donde recogió con rapidez las telas extendidas en el tejado y las guardó dentro de un pequeño baúl con naturalidad, como si lo hubiese hecho otras tantas veces—. Y, en segundo lugar, no hay otro vuelo hasta la semana que viene.

—Yo soy...

—Sí, sí, ya sé quiénes son ustedes, jovencita —dijo Bernadette con los brazos en jarras—. Acaban de escaparse de la avenida Foch. Usted es del circuito Prosper —agregó señalando con el índice a Noor—. Nombre clave, Madeleine. Y usted...

—¿Y yo?

—En cuanto a usted, quiero que sepa que la señora de la limpieza que le ayudó era amiga mía.

—Lo siento mucho, Bernadette. Gracias a ella nos encontramos ahora mismo aquí conversando con usted —dijo Jakob inclinándose del sofá—. Fue muy audaz y muy valiente.

—Bueno, este es el precio que pagamos nosotras por ayudarlos a echar a esos cerdos nazis de nuestra querida Francia.

—Bernadette, escuche —dijo Noor levantándose—. No podemos irnos la semana que viene. Debemos marcharnos de inmediato, no solo porque nos estarán buscando por todo París en este mismo momento y él está herido, sino por la importancia de la información que tenemos que llevar a Londres.

—Los agentes están haciendo circular información sobre una nueva arma que los alemanes quieren utilizar, llamada la V-2 —comentó Bernadette mirando a ambos.

—Sí, la Vergeltungswaffe-2. Ya transmití un mensaje a Londres antes de mi detención.

—Bueno, no solamente eso, sino que hay mucho movimiento también debido a los planes de invasión de Europa que realizarán los aliados dentro de poco —dijo Bernadette en tono confidencial, casi en un susurro.

—Sí, los nazis creen que será en torno al paso de Calais.

—Vaya con la jovencita —comentó la francesa otra vez con los brazos en jarras—. Usted sabe mucho. Ya entiendo por qué ese endiablado de Otto Kramer quería agarrarla del pescuezo.

Bernadette se quitó la toca, señaló a ambos con el índice y añadió:

—Jóvenes, primero a comer. Con el estómago vacío no se puede pensar y obtener conclusiones realistas. Doy por entendido que deben de tener ustedes un hambre canina. En las ciudades escasean los alimentos. En realidad son los campesinos los únicos franceses que no pasan hambre. Ahora mismo voy a preparar café de verdad y no esa achicoria y aguachirle que abunda hoy en día.

Bernadette era una mujer de unos cincuenta años. No era particularmente hermosa, más bien tenía un aspecto etéreo, una apariencia un tanto extraña que la hacía pasar desapercibida en la calle. Cojeaba levemente desde su niñez. Tenía el pelo canoso y unas pronunciadas ojeras debido al insomnio que padecía: nunca podía dormir sin pensar que, de un momento a otro, sería llevada por la Gestapo. Era consciente de que un día acabaría en sus garras. Por este motivo siempre era extremadamente cuidadosa en sus acciones y desde la ocupación nazi se había convertido en toda una experta en disuasión y cambios de aspecto. En la avenida Foch habían oído hablar de ella al torturar a miembros y colaboradores de la Resistencia, y la tenían fichada, pero nunca habían dado con la escurridiza Zouzou. Bernadette siempre estaba alerta, e incluso tenía a sus propios informantes dentro de la Gestapo, que la conocían únicamente por su nombre clave: señoras de la limpieza, basureros, cocineros, fontaneros, mecánicos... Poseía una red de información única y muy valiosa. Por este motivo, Londres le había encomendado cuidar los apartamentos de seguridad parisinos para sus agentes operadores en Francia. Cuidaba incluso de un apartamento utilizado por la Resistencia justo en las narices de la Gestapo, al lado de la residencia de Otto Kramer.

No tenía a nadie en este mundo como para que lazos sentimentales no le permitiesen llevar a cabo misiones de máximo peligro. Su madre murió, consumida por el cáncer, siendo ella apenas una niña, y su padre falleció de un fulminante ataque al corazón al ser zarandeado por soldados alemanes cuando se disponía a ayudar a un anciano judío que estaba siendo humillado

en plena calle. Bernadette salió corriendo de la tienda de comestibles que regentaban mientras, inútilmente, imploraba ayuda con lágrimas en los ojos. Tuvo que arrastrar por sí misma el cuerpo de su padre hasta dentro del establecimiento, ignorada por los viandantes franceses; sus propios compatriotas habían hecho la vista gorda ante lo ocurrido. La impasibilidad de la gente en aquel momento la llenó de rabia y juró que tanto los nazis como los colaboracionistas pagarían por sus acciones y nunca descansaría hasta ver una Francia libre. Tras enterrar a su padre, se puso su boina negra y su viejo impermeable y salió a la calle en busca de los miembros de la Resistencia.

—En primer lugar —dijo Noor—, tenemos que transmitir por radio a Londres para obtener vuelo lo antes posible. No podemos esperar una semana. Tenemos que tener un vuelo que nos recoja esta madrugada, como muy tarde. Necesitamos un radiotransmisor.

—Aunque con dificultades, es posible que pueda conseguírselo en el mercado negro.

—Bien —añadió—. Luego nos ocuparemos de cómo vamos a sacar a Jakob del edificio.

—Y yo que estaba tan bien aquí en el sofá, al cuidado de dos guapas mujeres... —dijo Jakob mostrando una expresión taciturna en su rostro.

—Es usted un joven atractivo y habitualmente los halagos la pueden llevar a una a hacer cualquier cosa... —expresó Bernadette, echándose a reír—. Pero viendo aquí a la joven, apruebo su elección —sonrió alzando las cejas en dirección a Noor—. Tiene usted buen ojo. Ahora comprendo por qué le pusieron el nombre en clave de la planta Hawkbit. Según tengo entendido, los halcones la comen para mejorar su visión.

—Efectivamente, señora —dijo con sorna Jakob alzando las cejas—. Digamos que soy admirador de la sutileza y del buen gusto por las florecillas bellas.

—Terminemos esto ya y pongámonos a trabajar —sentenció Noor, algo enfadada por esos comentarios—. ¿Cuándo podremos conseguir ese transmisor?

—Esta misma mañana tendremos que contactar con la gente de la Resistencia, pero esto nos llevará un tiempo, quizá días —Bernadette, apoyada junto a la pared, se quedó pensativa. Después de unos segundos añadió—: Conozco a un español que atiende un café. Sí, él es la única persona que nos lo puede conseguir enseguida. Lo tiene todo.

—Un momento, ¿las radioperadoras de la FANY en Inglaterra no notarán que transmites desde una radio distinta? Puede que piensen que la persona que manda el mensaje es la Gestapo, porque al teniente Starr no lo han descubierto, no han reconocido que su particular ritmo de teclear es distinto a la verdadera Madeleine y les siguen mandado mercancía. Esto quiere decir que tienes que convencerlos de que eres tú la verdadera Madeleine y no la otra persona.

—Sí, este ha sido un desliz del SOE en Inglaterra, una equivocación que ha costado y sigue costando vidas. Las operadoras en Inglaterra han codificado mi contraseña de seguridad, que conoce la Gestapo, y dan por buenos los mensajes. Ese Starr es un verdadero criminal, pero no conoce todas las preguntas y respuestas de emergencia. Tan pronto como contacte desde una radio distinta, la operadora, recelosa, me hará ciertas preguntas de las cuales solo yo conozco las respuestas.

—Los agentes de la Gestapo que se encuentran en la avenida Foch son unos verdaderos maestros en el arte del camuflaje —comentó Bernadette—. Tengo un conocido que trabaja como electricista y me comentó que pueden imitar perfectamente a cualquier radioperador extranjero, tan fácilmente como imitar la voz de alguien.

—Aun así, debes ser extremadamente cautelosa. Mejor manda dos mensajes: el primero sobre el avión y el segundo sobre Starr, la muerte de Buckthorn, el arzobispo de Zagreb y el Vaticano.

—¿El Vaticano? —comentó Bernadette dando un suspiro—. Ufff, esa gente está metida en intrigas y complots desde hace casi dos mil años. No están haciendo nada para parar a los nazis, al contrario, parece que les dan carta blanca. Ni se preocupan en ayudar a las monjas que están actualmente trabajando en los sitios más duros y depravados de la ciudad, jugándose la vida por salvar a ancianos y niños. ¡Las he visto yo! —dijo dándose un golpe en el pecho—. Al igual que hay párrocos de pueblo que han sido fusilados por ayudar a personas independientemente de que fuesen comunistas, judíos o miembros de apoyo logístico de la Resistencia. ¡Esas personas anónimas son héroes! ¿El Vaticano? —hizo un gesto como escupiendo a un lado—. Esa gente ha pasado del fervor religioso a ser cómplice de los nazis. Están plagados de sociedades secretas y camarillas...

—La verdad es que hay más asesinos que salvadores entre los católicos —dijo Jakob—. No digo que no tenga razón y haya sacerdotes arriesgando sus vidas salvando a personas inocentes, pero lo que sí que es cierto, y nadie

puede negar, es que muchos capellanes católicos dan auxilio espiritual, bendiciones y el sacramento de la comunión a soldados que asesinan a judíos. Sin ir más lejos, en la Francia de Vichy, los sacerdotes católicos están ayudando a detener a los judíos para mandarlos a los campos de concentración en Alemania. Hasta ha habido casos en los que los propios curas han agarrado, con sus propias manos, a ciudadanos franceses de religión judía para detenerlos. En Eslovaquia, el gobierno, que tiene a la cabeza a un sacerdote, ha pagado a los nazis para que se lleven a todos los judíos de su territorio. En Lituania, la Iglesia católica ha prohibido que los sacerdotes intervengan a favor de los judíos. Y sobre lo que sucede en Yugoslavia —que es inimaginablemente cruel—, de donde vengo yo como agente operativo, debo informar personalmente al SOE. Además, tengo también información relevante sobre las coordenadas de un enorme campo de concentración en el que matan a seres humanos de las formas más insospechadas, salvajes y crueles. Hasta los sacerdotes participan en las matanzas, con consentimiento del propio arzobispo y del mismísimo Vaticano, que sabe lo que sucede y que recibe oro expoliado de Yugoslavia —guardó una pausa y sentenció la conversación diciendo—: Por cierto, necesitamos ropa nueva.

Jakob quería cambiar de tema al darse cuenta de lo enfadado que estaba, además de que no iba a ningún lado con aquella conversación. Bastante sabía él sobre el tema. Todo lo que había visto con sus propios ojos aún lo tenía fresco en su memoria, como la muerte de su amigo tan solo hacía unos días, y no quería seguir hurgando en sus recientes experiencias hasta llegar a suelo británico.

—No hay problema.

—¿No despertarás la atención de los vecinos al verte entrar y salir? —preguntó Noor.

—Precisamente por eso voy vestida de monja. En el apartamento de abajo vive una señora muy mayor y las veces que he venido para organizar y abastecer este piso siempre le he hecho una visita. Los vecinos, cuando me ven, piensan que voy a pasar un rato acompañando a la anciana. Entre ellos recelan de cada uno y no se inmiscuyen si ven algo raro por miedo a meterse en complicaciones que les pueden costar la vida o el arresto de la Gestapo. Esto no es problema —miró fijamente a Jakob y lo señaló con el índice—. El problema es cómo sacaremos de aquí al caballero...

—Eso lo decidiremos cuando tengamos la confirmación del vuelo —dijo

Noor con autoridad—. Yo te acompañaré a ese café. Tráeme ropa nueva; nada que llame la atención.

—¿Y dónde retransmitirás por radio? —preguntó Jakob—. Aquí podrán interceptar la señal, y en ese café dudo que te lo permitan.

—Cada cosa a su tiempo —sentenció Noor—. Primero el receptor, luego decidiremos el paso siguiente.

Cruzaron el suelo empedrado de una pequeña plaza y avanzaron entre un laberinto de calles estrechas. Aunque empezaba a refrescar debido al cambio de estación, el tiempo era cálido, las nubes cubrían el cielo y una capa de aire inmóvil envolvía la ciudad como una sábana. Bernadette le había conseguido ropa nueva que, aunque algo holgada, le sentaba bien y le daba un aspecto natural, como una joven parisina más. Saliendo de una callejuela, llegaron a la rue Saint-Jacques, la calle considerada más antigua de París.

—Tenemos que cruzar el Petit Pont —dijo Bernadette con su paso ligero y evidente cojera—, y ahí, al otro lado, cerca de la basílica del Marché des Fleurs, se encuentra la Casa de Pepe, el establecimiento regentado por el español José Antonio Eizmendi.

Durante el día tan solo transitaba por aquel lugar gente maleante y aviesa, y por la noche lo hacían numerosas prostitutas bravías, borrachos e individuos que hacían negocios de contrabando.

—Doy por entendido que los clientes que frecuentan ese café pueden resultar bastante rudos...

—Digamos que la gente más ruin y canalla de los bajos fondos de la ciudad visita ese local —le interrumpió Bernadette—. Allí coinciden gitanos, prófugos españoles republicanos y criminales, pero en el fondo todos tienen en común su odio hacia los nazis.

Noor tocó su bolsillo derecho, donde tenía guardada su pistola. Bernadette le había proporcionado un nuevo cargador para la Luger.

Tras entrar en aquel recóndito barrio y continuar cruzando calles sucias y oscuras, a pesar de ser tan solo mediodía, escucharon una música de guitarra, un tremendo ruido continuo de zapateado sobre tablas y unas castañuelas. Antes de entrar en el local, se escuchó un sonoro “¡Olé!” seguido de estruendosos aplausos y silbidos. La fachada era de un color tan inusual como el mostaza y estaba llena de agujeros, como si hubiese sido ametrallada a balazos.

Era un lugar poco iluminado, lleno de humo denso de tabaco negro. A pesar del aspecto externo tan ruinoso, el local estaba repleto de comensales sentados en sillas o en el suelo, con la espalda apoyada en la pared; había quienes tenían las piernas sobre la mesa, con los brazos cruzados, la cabeza abajo y la barbilla apoyada en el pecho, durmiendo sin que el ruido de alrededor los alterase.

Un gitano apoyado justo en la barra rasgueaba una guitarra española y nada más verlas entrar soltó un profundo gemido, como si fuese a comenzar una canción. De repente, se detuvo a afinar las cuerdas.

Después de bajar las escaleras sin barrer, Bernadette y Noor fueron hacia la barra, cruzando varias mesas donde hombres de piel morena y de aspecto agresivo jugaban al dominó. El suelo de cemento estaba pegajoso a causa de la cerveza derramada y lleno de colillas de cigarrillos, de puros, papeles, trozos de comida, incluso había ratones cruzando por debajo de las mesas y correteando tranquilamente entre las patas de las sillas con total impunidad. En las paredes pintadas de blanco había anuncios con preciosos dibujos de toreros y toros, de corridas en Valencia, en Barcelona y otro, muy prominente, de Madrid. En medio del local y sobre la pared, colgaba una enorme cabeza de toro disecada. La barra del bar, de madera y completamente rayada, había perdido su color natural. Las botellas de licores y de vino y alguna que otra garrafa se alineaban contra un espejo antiguo situado tras ellas.

José Antonio Eizmendi se encontraba de pie, detrás de la barra, jugando a las cartas con un hombre muy moreno y muy delgado, de pelo moteado y facciones argelinas. Mientras esperaba su turno, el español se limpió las uñas con las puntas de un tenedor. Era un señor de quien, a pesar de rondar los casi ciento treinta kilos, se decía que bailaba con una suavidad increíble. Se peinaba estirando los pelos empapados de brillantina y teñidos de negro del lado izquierdo hacia el lado derecho a través de la calva. Las mujeres decían que se le despegaban los pelos y se levantaban de un modo grotesco cuando subía al escenario. Como casi siempre, en la comisura de los labios tenía colgado un palillo.

—Me han dicho que hay corrida en la plaza de Salamanca el próximo domingo —dijo Bernadette sentándose en un taburete.

—¿Quién torea? —preguntó José Antonio sin levantar la mirada, aplicado tan solo en limpiarse la suciedad de las uñas mientras su compañero de juego pensaba pacientemente en la carta que debía echar.

—El venezolano y el Chicuelo II.

—¿Tú sabes cómo se llaman esos toreros, Brahim? —el compañero con el que jugaba a las cartas, sin levantar la mirada, movió la cabeza negando—. Quizá si me dice los nombres, entendería la importancia de esa corrida y pensaría en ir.

—Eh... Juan Montero Navarro se llama uno —dijo pensativa Bernadette haciendo memoria—, y el otro... el otro... César Tomás... César Tomás y algo más que no me acuerdo... Mierda, José Antonio, no me acuerdo...

El argelino, mostrándose ajeno a la conversación pero sonriente, dejó una hilera de cartas encima de la barra, satisfecho de haber realizado una buena jugada.

—Bernadette —dijo el orondo español, dejando el tenedor y cogiendo su puñado de cartas sin perder la vista de ellas—, ¿cuándo de una puta vez te vas a aprender los nombres? El venezolano se llama César Antonio Girón y el Chicuelo II se llama Manuel Jiménez Díaz. Si no te conociese, tu cuerpo ya estaría dentro de un barril hundiéndose en el río Sena. ¿Qué quieres?

Antes de que pudiese decir nada, un niño de aspecto gitano de unos diez años entró corriendo y le dijo algo al oído.

—Parece que por la calle andan buscando a la gitana que te acompaña.

—Oiga, yo no soy gitana —dijo Noor dando un paso al frente. De inmediato notó que un grupo de hombres con aspecto amenazador había dejado sus actividades en la mesa más cercana y, moviendo levemente las sillas en las que estaban sentados, se quedaron mirándola en silencio.

—Bueno, lo que sea —dijo José Antonio levantando la mano en dirección al grupo de gitanos para que mantuviesen la calma—, y por el amor de Dios, no discuta conmigo, especialmente cuando de un momento a otro...

La puerta crujió al abrirse. Todas las miradas se dirigieron hacia ese punto del local. Una patrulla de las SS, con su armamento de asalto, había hecho su aparición. Noor sintió un ramalazo de miedo, pero se obligó a mantener la apariencia de una clienta más del café. Algún jugador apagó su cigarrillo. Otros comensales dejaron el dominó y las cartas. Los que dormitaban se despertaron por inercia, como si hubiesen sido avisados por sus ángeles custodios del peligro que se les avecinaba. El guitarrista gitano dejó de tocar.

En el local se impuso un silencio sobrecogedor, como si la muerte hubiese realizado una aparición. José Antonio levantó la mirada, mientras que Noor percibió que se metía con disimulo un arma dentro del delantal. El español asió una jarra de cerveza y dio la vuelta a la barra en dirección a una mesa,

haciendo ver que servía a un cliente.

—Me sorprende ver a tanta chusma junta en el mismo lugar —dijo el oficial a José Antonio tras bajar las escaleras—. ¡Capitán, registren el local!

—*Zu befehl, herr Oberst!*

El gitano de la guitarra, sin ser visto, salió del establecimiento por una puerta lateral y antes de sentarse sobre una silla en medio de la calle, cerró con llave la puerta tras él y se puso a tocar. Un grupo de chicas, alertadas por lo sucedido, bajaron del edificio de al lado y se pusieron a bailar haciendo mucho ruido y alzando las palmas al aire con castañuelas, moviendo el cuerpo sensualmente. A unos pocos metros, en la acera de enfrente, el niño gitano se metió dentro del camión con sigilo y golpeó al conductor en la nuca con una barra de metal, tan fuerte que lo dejó inconsciente. Se puso tras el volante y lo condujo a un callejón donde se abrió una pared de ladrillos falsa como si fuese una persiana; introdujo el vehículo y el callejón quedó otra vez cerrado.

Tan pronto como los ocho soldados marcharon entre las mesas zarandeando a los clientes, el oficial reconoció a Noor. Antes de que pudiese dar la voz de alarma, ella había sacado la Luger y realizado un disparo. La bala le impactó justo en la frente y el cuerpo cayó hacia atrás, encima de una mesa. José Antonio pateó al capitán en medio de las piernas y se inclinó hacia delante; introdujo su mano dentro del delantal y extrajo una escopeta recortada Lupara, muy utilizada por la mafia rural italiana y cuyo uso original era el defenderse contra los lobos. La colocó en la nuca del alemán y antes de apretar el gatillo, dijo:

—Esto es por Guernica, hijo de puta.

La detonación sonó como un relámpago en todo el establecimiento. Un chorro de sangre y sesos brotó de la coronilla de la cabeza y el cuerpo inerte cayó contra el suelo. Inmediatamente se formó un paraguas de color rojo a su alrededor. En poco más de un minuto, los gitanos se habían lanzado sobre los alemanes blandiendo sus navajas y los habían matado a todos en menos que canta un gallo. En las paredes, los carteles taurinos estaban salpicados de numerosas manchas de sangre en forma de abanico. Tan pronto terminó la matanza, los gitanos registraron los cuerpos sin vida.

—¡Joder! ¿Por qué todo lo malo tiene que tocarle a uno? ¿No había más cafés en todo París? Creo que me voy a ir hoy mismo con mi cuadrilla una temporada a España —dijo tranquilamente José Antonio con el rostro inalterado y mostrando una sonrisa irónica.

El argelino, que había mantenido la serenidad todo el tiempo sentado en su butaca frente a la barra, dio a entender que el juego estaba terminado. Levantó las cartas de José Antonio y dijo tirándolas con enfado:

—¡Uy, mi madre! Jefe, tú has nacido de pie, como yo digo. Yo no sé cómo te las arreglas, que todo te sale a derechas.

El español se quitó el palillo de los labios y se acercó a Bernadette, apoyando todo su peso contra la barra.

—La temporada de las corridas va a comenzar en España y me han dicho que el cartel es muy prometedor —y dijo, señalando a Noor—: Oye, buena puntería tiene tu amiguita morena. Es una agente extranjera, si no me equivoco, ¿verdad?

Pálida, con náuseas y sujetándose a la barra, Noor se giró y vomitó sobre el suelo. Más tarde pensaría en aquel hombre que acababa de matar: la desaparición de un ser humano era un hecho terrible.

—No sé si sería mejor que Dios hiciese sonar las trompetas del Juicio Final y acabase de una vez con todo —contestó Bernadette algo conmovida por el sangriento espectáculo, más propio de un matadero que de un bar. Aunque no era la primera vez que se sentía a un paso de la muerte, y había vivido en constante peligro y sabía dominar su miedo, cada vez que se encontraba cara a cara con los alemanes uniformados sentía que se le helaba el corazón. Miró al español seriamente y dijo—: José Antonio, necesitamos urgentemente una radio para contactar con Londres.

—Eso está hecho, mi niña —dijo el español rascándose la barbilla—. Una radio de esas que se utilizan para mandar mensajitos, ¿eh? Hace dos semanas atacamos a un camión de suministros alemanes en una excelente emboscada que realizamos cerca de Toulouse. Lo sorprendente es que no tenían ningún producto alemán. Nos encontramos un montón de material procedente de Inglaterra, desde cigarrillos hasta armamento de todo tipo. Supongo que estaba destinado a los grupos de la Resistencia, pero los alemanes debieron interceptarlo —señaló a un gitano que estaba arrancando las medallas del uniforme a uno de los soldados después de haberle quitado todo lo de valor que llevaba en los bolsillos—. Pepe, chico, ¿no tenemos en el almacén un par de radios, de esas que el ejército británico está utilizando?

—Sí, payo —dijo el gitano sin alzar la mirada, continuando con apremio el pillaje de muelas postizas, medallas, dinero en efectivo, armas y demás—. Un modelo nuevo y muy bonito en una sola maleta, el Mark IV, modelo veintiocho creo, o quizá sea el número tres.

—Pues tráelo a estas señoritas —se giró y añadió—: ¡El Mark IV! Vete tú a saber de dónde coño se sacan los británicos esos nombrecitos—mirando a Bernadette, empezó a reírse—. Porque Dios santo, llamarte a ti Zouzou, ¡manda cojones! No se le habría ocurrido ni a Flaubert con toda su inteligencia, ni a Zola con todo su apasionamiento, ni al mismísimo Hugo con toda su fuerza literaria. Supongo que es parte del estrafalario carácter inglés.

—A estas alturas aún no te has enterado de que los nombres ingleses ya de por sí no tienen ninguna lógica —sentenció Bernadette.

Una gitana de aspecto ratonil le había dado un vaso de agua a Noor y ahora le decía algunas palabras en español para tranquilizarla.

—Oye tú, morena —dijo José Antonio a Noor señalando el cuerpo del oficial alemán—. Aquel hombre habrá dejado a una mujer en su querida Alemania que ahora estará sola y unos niños que crecerán sin padre, pero lo mismo hubiese ocurrido conmigo o con cualquiera de mis compañeros y estos nazis no se lo hubiesen planteado. Tienes que recordar que ellos no andan por aquí con dilemas morales. Quítate eso de la mente y concéntrate en tu misión. No quiero saber detalles, solo cómo puedo ayudarlos.

Noor asintió en silencio.

—Y por último, morena —continuó el español señalándola con el índice—. Francia tiene un cáncer que se llama nazismo y que se ha extendido por todo el país. Se ha convertido en metástasis y está amenazando la vida del propio organismo que lo alimenta. Es necesario extirparlo. Para esto se necesitan medidas agresivas si se desea salvar al paciente. No lo olvides.



capítulo 22

Las primeras emisoras utilizadas se repartían en dos grandes maletas y pesaban unos veinte kilos. En absoluto eran discretas y su utilización conllevaba muchos riesgos para el agente, ya que eran muy peligrosas de transportar. La miniaturización de los equipos de radio se debió a Pierre Julitte, un ingeniero nacido en Chevannes que trabajó durante algún tiempo en misiones clandestinas y sabía que los nazis poseían una vasta red de localización por radio. Por esta razón, la transmisión era un verdadero drama para los radioperadores, porque no podían enviar información dos veces en un mismo lugar sin exponerse a ser localizados por los radares. Al principio, Julitte sugirió distribuir el equipo en tres partes: alimentación, recepción y emisión. Después de varios estudios y diseños, consiguió crear una radio que llamó Mark III y que fue instalada en una sola maleta. Después se fabricaron nuevos modelos, los cuales resultaron ser progresivamente más ligeros que sus predecesores, de casi diez kilos de peso menos que el modelo Mark III. Se realizaron aproximadamente unas siete mil unidades de radiomaletas. Para que el agente no llamara la atención y no fuera descubierto por llevar en la mano una radio en lugares públicos, la maleta se diseñó cuidadosamente con distintos forros, aunque de acuerdo con el tipo de maleta común que se utilizaba en Francia.

Noor caminaba por la calle con la suya forrada de cuero. La tenía algo subida a la altura del muslo para no dar la impresión de que el contenido era pesado. Bernadette iba unos pasos más adelante con su disfraz de monja y se sentía inquieta. Como Noor pudo notar, su paso era rápido y decidido, sin embargo, se podía saber que estaba lisiada por la ligera irregularidad que mostraba al caminar... Tap-tap, tap-tap.

Antes de cruzar una avenida, Noor sintió que las seguía una pareja vestida de civil —con gabardinas y sombreros— e intuyó que era el motivo del

visible nerviosismo de Bernadette; ella los había visto hacía un buen rato. Al quedarse paradas entre los viandantes, le hizo un gesto alzando las cejas y miró ligeramente a la izquierda para que viese a los dos agentes de la policía alemana. Tan pronto como cruzaron la calle con el grupo de gente, Bernadette se puso a su lado.

—El tamaño de la maleta les ha despertado la curiosidad. No tardarán en agarrarte del brazo y preguntarte qué es lo que llevas dentro. Escúchame, cuando doblemos la esquina me la das, te quitas el gorro, te pones las gafas falsas que llevas en el bolsillo derecho, te quitas el abrigo y te lo pones al revés —miró de reojo a Noor y presintió su estado de terror al pensar que podía ser detenida de nuevo—. El abrigo que tienes es reversible, pasarás desapercibida. Quédate tranquila. No muestres nerviosismo, pase lo que pase. Lo haces sin parar, rápido, mientras caminas hacia ellos, das la vuelta a la manzana y me esperas en la próxima entrada del metro. Suerte.

Tras doblar la esquina, Noor estaba tan nerviosa que ni siquiera notó que le quitaba la maleta de las manos. Hizo lo que Bernadette le había dicho, pero en cuanto se dio la vuelta se olvidó del detalle de las gafas. Al sacarlas del bolsillo se le cayeron al suelo, justo a los pies de uno de los hombres de gabardina. El corazón se le paró en el pecho. El desconocido, sin mirarla, en un gesto mecánico, se inclinó con rapidez, las recogió y se las devolvió, para seguir avanzando a grandes zancadas entre la multitud.

Siguió caminando por la acera, temiendo que en cualquier momento notasen que era ella a quien habían estado siguiendo y le dieran el alto de inmediato. Sin embargo, dio la vuelta a la manzana sin contratiempos. Había sido un momento horrible. Pensó que iba a vomitar, pero consiguió reprimir la reacción. Después de esperar con preocupación unos veinte minutos, de pie junto a la boca del metro, vio aparecer a Bernadette con la maleta en la mano. Tan pronto como estuvo a su altura, le indicó, con un leve movimiento de cabeza, que la siguiese.

—Eres más astuta de lo que pensaba. Estoy más que sorprendida —le dijo Noor a su espalda mientras bajaban por las escaleras de la boca del metro.

—Hija, a estas alturas, tras sortear tanto peligro, yo no dejo de sorprenderme por continuar con vida.



Steinbrinck había recibido una llamada de su jefe, Otto Kramer. Estaba furioso y no había parado de soltar improperios por el auricular. Además, le había puesto al tanto sobre lo mal que estaba la situación en Italia. Steinbrinck le comentó que tenían cercados los posibles terrenos donde pudiera aterrizar un avión para recogerlos, había mandado unidades de élite a los rincones más recónditos de París y pondrían patas arriba el mercado negro por si contactaban con ellos para pedirles ayuda. Hasta le contó que el propio Grimminger se había unido al equipo de búsqueda.

Ahora, de pie en su despacho, mirando por la ventana, Steinbrinck tenía una expresión resignada. Se preguntaba qué sería de Alemania si perdiesen Italia. Sería algo deprimente.

—¡Y encima nos estamos retirando de Arce! —le había dicho Kramer por teléfono, dándole a entender que estaba hecho un manojo de nervios por el avance de los aliados.

“¿Y qué tenía que hacer el energúmeno de Kramer en Italia que no pudiese hacer aquí? El nepotismo y el compadreo causarán la caída de la Gestapo. Y por otro lado, el loco de Himmler, que con sus paranoias y su grupo de aduladores está resquebrajando al Reich. En una organización donde el fanatismo se valora más que la efectividad, ahora o más tarde se desintegra”, pensaba Steinbrinck mientras se fumaba un cigarrillo. Todo iría cayendo como un castillo de naipes. La idea de que Alemania perdiera la guerra era una tragedia. En la Gestapo había quienes afirmaban muy convencidos que personas como Himmler y Rommel, entre otros, rezaban en secreto por la rápida muerte de Hitler, pero el Führer, ególatra, caprichoso y empeinado como siempre desde el comienzo de la guerra, seguía vivo solo para atormentarlos.

“El general Reinhard Gehlen es uno de los pocos hombres que ha tenido las pelotas de decirle a Hitler la verdad sobre la campaña rusa. Menudo desastre, Dios mío. Tal vez se llegue a un acuerdo con los aliados”, seguía pensando mientras encendía un nuevo cigarrillo y, ensimismado, dejaba con parsimonia la cerilla apagada en el cenicero.

Tenía dolor de cabeza. Le había causado curiosidad el motivo por el cual un grupo influyente de la Gestapo, relacionado estrechamente con el Vaticano, le había dado la orden de que diese muerte al prisionero y que, por otro lado, otros miembros de la Gestapo estuviesen interesados en capturar

con vida a Nora Baker, alias Madeleine. Tampoco comprendía qué relación había entre los dos prisioneros como para decidirse a huir juntos. “¡Qué demonios! Lo principal es que el ejército de Rommel consiga arrojar al mar a los invasores y si no habrá que mantener Checoslovaquia y Austria, y devolver Polonia y Francia. No. Francia, no”, se dijo.

No le había comentado nada a Kramer sobre la notificación de la desaparición de una patrulla en los suburbios de París. Sabía que los prisioneros habían contactado con gente de la Resistencia local. Sin embargo, había estudiado las posibilidades que tenían de conseguir un vehículo para salir de la ciudad. Debido al racionamiento de combustible, no podrían llegar lejos. Había marcado con sus ayudantes las posibles zonas donde un avión como el Lysander pudiera aterrizar y calculó el máximo combustible disponible que podrían obtener los prisioneros y la distancia que podrían recorrer desde París hasta un posible terreno de aterrizaje a las afueras. Sabía que no podían abordar un tren; las estaciones estaban bajo constante vigilancia.

Según sus previsiones, por lo ocupados que estarían los aliados y por las heridas de bala en la pierna del prisionero, tardarían como mínimo una semana en conseguir un avión de emergencia para recogerlos, tiempo suficiente para mantener en alerta los destacamentos en las carreteras comarcales y en los campos cercanos a París. Tarde o temprano, se dejarían ver en un control y serían arrestados.



—Bravo por mis chicas —dijo Jakob. Se había despertado con dolor de cabeza, pero la llegada de las mujeres le hizo sentir bien, contento y optimista—. Ahora podremos contactar con Londres.

—Aquí no —contestó Noor abriendo la maleta e inspeccionando el interior para asegurarse de que todo estuviese correctamente—. Contactaré en el apartamento donde me detuvieron. Usaré la frecuencia de emergencia.

—Estará vigilado por soldados —comentó Bernadette mientras se tomaba un trago de whisky y preparaba dos vasos más—, o incluso los propios vecinos estarán en alerta, la Gestapo les habrá ordenado informarles a la

menor sospecha de ver u oír a alguien dentro.

—La seguridad perfecta es una utopía, querida amiga —dijo Jakob—. Lo sé por propia experiencia.

—Hay una entrada que nadie conoce. Es una pequeña puerta escondida en el rellano de la escalera. Necesitaré tiempo, una media hora. Los alemanes no pasarán sus vehículos con los radares por aquel edificio —Noor cogió el vaso que Bernadette le ofrecía y añadió—: Me vestiré de monja.

—Ni hablar, basta ya de monjas por la calle —dijo Bernadette echando un bufido—. Debes ir de civil por la sencilla razón de que una monja joven y guapa llamaría más la atención.

Noor dejó la maleta en el suelo y la abrió. Le gustaban las cosas ordenadas, le gustaba la pulcritud. Como un experto cirujano, estudió que todo estuviese correctamente. El interior estaba dividido en cuatro compartimentos, dos a los lados y dos en el medio. Con detenimiento, comprobó que todo se encontraba en su sitio: el transmisor con las teclas morse, el receptor con la toma para conectar los auriculares y, a la derecha, la batería. A la izquierda había un conjunto de piezas de repuesto duplicadas, además de una antena, un destornillador, tubos extras y fusibles.

—Como habrán cortado la electricidad en el apartamento, utilizaré la batería. Además, así no localizarán la fuente de transmisión si, por casualidad, un vehículo camuflado con radar anduviese circulando por los alrededores. Todo está en orden —sentenció.

—Oye, y... ¿cómo salgo yo de aquí? —preguntó Jakob con una expresión taciturna en su rostro.

—¿Cómo salgo yo de aquí? ¿Cómo salgo yo de aquí? —repitió Noor burlonamente, poniendo cara de mojigata y sentándose al borde del sofá para limpiarle las heridas una vez más.

—Pues sí, este es un problema, pensemos... —dijo Bernadette.

—Ya está pensado. Se vestirá de sacerdote y caminará con muletas.

—Muy bonito, Noor —señaló sonriendo Jakob.

—Es una excelente idea —Bernadette se echó a reír—. Además, le hará algo de bien a su alma.

—Esperemos que no tenga que celebrar misa o escuchar confesiones.

—Oh, vamos Jakob —atajó Noor—, seguro que sabrás representar el papel de sacerdote tan bien como cualquiera.

—Oh, sí, claro. Como dice la Biblia, la discreción es el mejor valor —comentó Jakob alzando el índice al aire.

—Vaya... Estoy convencida de que hubieses sido un magnífico erudito talmúdico.

—Pasaremos por la puerta de la señora de abajo y si nos ve algún vecino no notarán nada extraño, porque la buena mujer tiene ya un pie en el hoyo —explicó Bernadette—. Y si alguien cuestiona las muletas, está muy claro que ha vuelto del frente. A pesar de esto, los parisinos tienen mucha imaginación y dudo que le pregunten. Ellos tan solo entenderán, nada más verlo, que ha sido herido y por lástima ni preguntarán nada ni harán mención alguna. De todos modos intentaré conseguir alguna insignia o medalla que puedas ponerte en el pecho.

—Noor, ¿no sería mejor dejarme aquí y marcharte tú? —preguntó Jakob—. Es lo más realista.

—Tonterías, ya está dicho y no hay vuelta atrás.

—¿Pero estáis locas? Una monja, un cura herido y... ¿una chica joven de asistente? Porque, ¿de qué vas a ir tú, Noor?

—Veamos... —contestó tocándole el cabello—. Sí, yo iré de monaguilla.

—¿De monaguilla dices? Ja, ja, ja... —rio Jakob—. Pero santa hija de Dios, ¿tú has entrado alguna vez en una iglesia católica? Ahí no hay chicas monaguillas, solo chicos.

—Bueno, pues de familiar que lleva a un sacerdote y a una monja a su casa para confesar a su abuelo moribundo, no hay que darle más vueltas. Será de noche y no creo que tengamos problemas.

—¿Y crees que realmente funcionará? —preguntó Bernadette.

—No tenemos otra alternativa. Cualquier cosa funcionará mientras tengamos fe —dijo Noor—. Además, por el momento a ti te ha ido bien ir por la calle disfrazada de monja precisamente por eso, porque es como llevar un uniforme. Lo que se recuerda no es la cara, sino el aspecto. Las monjas y los sacerdotes simbolizan amabilidad y son anónimos en tiempos de guerra.

—Bueno chicas, ¿qué viene ahora? —cuestionó Jakob con una mueca tan burlona como alegre.

—Yo me voy a buscar tu traje de sacerdote.

—Y yo a transmitir por radio.

—Otra vez me dejan solo...

—Tú a reposar, que tu cuerpo necesita reponer fuerzas —interrumpió Noor—. Aquí te dejo la bandeja con pan, queso y un poco de vino. Después de comer cierras los ojos y a dormir. Y procura no hacer ruido.

Si alguien del edificio la cuestionase sobre quién era y a quién visitaba,

Bernadette le indicó que dijese que era familiar de la anciana del cuarto piso. Salieron las dos en intervalos de cinco minutos y en dirección opuesta.



Tras años de penuria viviendo bajo la bota nazi, que una mujer en París vistiera ropa vieja sin conjuntar no llamaba la atención. Sin embargo, podría pensarse que una persona caminando con bultos podría estar huyendo de la ciudad por algún motivo sospechoso o portando material de contrabando. Noor vestía una falda hasta los tobillos, un abrigo viejo, unos zapatos visiblemente gastados, unas gafas de cristal falsas y la cabeza tocada con una raída gorra. Al salir de un túnel subterráneo, dos soldados le dieron el alto.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó uno de ellos en francés macarrónico.

—¿Dónde?

—¿Cómo que dónde? —atajó el segundo soldado—. En la maleta.

Noor estaba decidida a reaccionar como la mayoría de los franceses en parecidas circunstancias, haciendo lo que le pedían, pero al mismo tiempo manteniendo una expresión de fría indiferencia.

—Ah, es un cinematógrafo —dijo Noor de súbito.

—Abra la maleta.

Noor hizo lo que le pidieron. Después de agacharse y abrir la maleta en el suelo, la cara de los alemanes le confirmó que no sabían qué eran realmente todos esos cables y se apresuró a explicarles con ingenio su mentira.

—Es un proyector de cine movible, ya saben, muy corriente en estos días —empezó Noor, muy segura de sí misma—. Ahora mismo me iba al colegio de las Carmelitas para hacer una proyección a los niños. Miren, estos cables de aquí son para conectarlos en esta parte que va a la batería de alimentación y así, una vez que se pone la película de dieciséis milímetros, esta empieza a rodar.

Los alemanes fingían saber lo que les estaba explicando asintiendo con la cabeza. Por la acera de enfrente, caminaba una mujer con falda gris ajustada y un abrigo ligeramente desabrochado que le daba un toque muy sensual, haciendo más visible la redondez de sus pechos. Llevaba unas medias de lana blanca y zapatos de ante con tacón de aguja. La joven, desde luego, era

consciente de que los soldados le clavaban los ojos a pesar de que, a su alrededor, sus propios compatriotas la estarían llamando ‘puta’ mentalmente. Noor se dio cuenta de que los dos alemanes le prestaban más atención a los pechos y al trasero de aquella mujer que a ella.

—Bueno, me están esperando los niños —sin esperar una contestación, cerró la maleta y el alemán más corpulento se apartó ligeramente haciendo un gesto con la mano mientras sus ojos desnudaban a la francesa.

Inmediatamente, un Hispano-Suiza modelo 68-Bis, con el banderín nazi ondeando en el aire, se paró. Un oficial sentado en el asiento trasero hizo un gesto a la joven y esta subió al automóvil, que poco después desapareció por la ancha calle.

—Bastardo —murmuró uno de los soldados, caminando de nuevo y dando la espalda al camino que había tomado Noor.

Su compañero hizo un ruido parecido a un gruñido en dirección al coche, tras lo cual se giró y emprendió otra vez su rondín. Dijo mascullando:

—Dios, qué tipo con suerte.

Ambos se fueron echando pestes.

Excepto un joven soldado caminando arriba y abajo por la calle de enfrente, Noor no vio nada que pudiese delatar un peligro inminente. Entró en el edificio por la parte trasera y accedió al apartamento a través del cubículo secreto construido en el rellano de las escaleras. En el interior del apartamento, el aire era rancio y cálido. Se quedó de pie en el salón, rememorando el momento de su detención. Miró a un lado y a otro. La Gestapo había destrozado toda la casa: el papel de las paredes, los armarios, los cojines... Incluso el colchón estaba en el suelo rasgado por todas partes, como si hubiesen buscado algo en el interior. Habían dejado huellas de botas sucias sobre las sábanas y la colcha. Sin embargo, a diferencia de los gitanos, no habían cometido pillaje y la ropa estaba esparcida por el suelo al igual que los libros y los cuadros, que eran reproducciones baratas de famosos pintores franceses. De un vistazo vio que habían abierto las puertas de la alacena de la cocina de par en par y tirado todo el contenido sobre el suelo.

Colocó la maleta cerca de la ventana, sobre una mesita de estudio. Descorrió ligeramente la cortina y unos pocos centímetros la ventana. Abrió la maleta y se dispuso a conectar los cables correspondientes de la radio. Cuando lo tenía todo listo, pensó que si colocaba los cables de la antena

encima del árbol situado justo debajo de la ventana, quizá podría tener mejor transmisión. Al cruzar la habitación, pisó su antiguo abrigo y notó un bulto. Se agachó y al meter la mano, sacó el broche que en su día Vivien le había regalado. Esbozó una sonrisa y se lo guardó dentro del bolsillo del abrigo.

Se subió al tronco del árbol y se agarró a una de sus ramas. Cuando estaba colocando la antena en lo más alto, oyó a alguien aproximarse.

—¿Puedo ayudarla, *mademoiselle*? —dijo un joven soldado imberbe que sonreía de oreja a oreja.

Por el tono de voz, Noor comprendió que él no sabía lo que verdaderamente estaba haciendo. Sin pensarlo, le contestó:

—Mi madre quiere escuchar la radio, pero a menos que tengamos mejor frecuencia no podremos oír nada sin interrupciones de ruidos.

—Baje de ahí, que yo me encargo —dijo el alemán amablemente con un fuerte acento que evidenciaba que había aprendido francés recientemente con el propósito de agradar a los parisinos recién ocupados.

Sin pensárselo dos veces, bajó, y el joven, poniendo su fusil en la bandolera, escaló con agilidad por el árbol hasta la copa más alta, donde consiguió colocar la antena.

—Ya está, *mademoiselle* —dijo tras pegar un gran salto desde arriba.

Sin duda, era un soldado ingenuo al que habían mandado para vigilar un edificio sin tener ninguna experiencia. Era el tipo de soldado adolescente al que enviaban para que vigilase un puesto, y él, enardecido por cumplir con su deber militar, pensando que ayudaba a Alemania, era capaz incluso de dejarse matar por defenderlo hasta el final, sin saber por qué ni su importancia.

—Se lo agradezco —dijo Noor antes de volver a entrar en el edificio—. Muchas gracias.

—*Au revoir, mademoiselle.*



Bernadette llegó a la rue Raymond-Losserand. Era media tarde y los feligreses salían de la iglesia de Notre Dame du Rosaire, de estilo románico florentino. Abrió la puerta de roble tachonada y entró. Una bocanada de aire gélido, húmedo y con olor a cera le acarició el rostro. Se detuvo delante de la

pila de agua bendita e, instintivamente, introdujo las puntas de los dedos en el agua y se santiguó. Había varios parroquianos rezando en los bancos. Permaneció inmóvil durante un momento, pensando qué hacer, hasta que una feligresa se cruzó con ella.

—Buenas tardes, hermana —dijo sonriendo.

—Buenas tardes —contestó Bernadette con sonrisa dulce mientras apresuraba el paso. Cruzó la nave sin dar motivo a que la retuviese para conversar.

Caminó por el pasillo central y antes de sentarse en un banco, hizo una genuflexión. Desde donde estaba, divisó al sacerdote decorando el altar junto a un joven monaguillo. Esperó sentada, simulando leer un folleto religioso. A los pocos minutos vio que desaparecían por la sacristía y el joven, cambiado con ropa de civil, se marchó por un pasillo lateral y salió a toda prisa de la iglesia. Decidió dirigirse al altar y observar la sacristía. Hacía frío y el ambiente olía a cera e incienso. Todo tenía un aspecto fantasmagórico; no había luces encendidas, sino velas.

Se arrodilló frente al altar, alumbrado por la luz tenue y roja de la lámpara del sagrario, y miró a su derecha. El sacerdote, que se había cambiado de alba, abrió un armario, cogió una biblia y una estola que se colocó alrededor del cuello, salió de la habitación y se sentó dentro de un confesionario. Ella pudo observar que era un hombre de mediana estatura, encorvado y muy mayor al que, de no haber sido por la guerra, seguramente ya habrían jubilado. Sin pensarlo dos veces, se levantó y entró a la sacristía. Cuando se disponía a abrir el armario, alguien llamó su atención.

—Oiga, ¿qué hace usted aquí?

Bernadette se giró y vio al chico que hacía un momento había salido de la iglesia, con un puñado de velas en la mano.

—Soy la hermana Marie Simon —dijo sin pensarlo dos veces—. Me han dicho que tengo que limpiar el suelo y toda la sacristía.

El joven la miró de arriba abajo y entendió que era una de las monjas benedictinas del monasterio de Andorra que habían llegado hacía poco a París para ayudar a los necesitados. Trabajaban en los hospitales, enfermerías, colegios e iglesias, atendiendo los cuidados espirituales de los más necesitados y moribundos. Él sentía lástima por ellas, ya que las veía como mártires de la guerra, consagrando sus propias vidas a ayudar a los parisinos más desdichados. Pudiendo refugiarse en España, habían decidido imponerse ese deber cristiano realizando tareas humildes que nadie quería

desempeñar: haciendo la comida para los ancianos, ayudando a los hijos de las prostitutas en su educación, enseñándoles a leer y a escribir, dando consuelo a las viudas y los mutilados...

—Ah, otra vez el viejo Marius se ausenta... —dijo el joven, dejando las velas sobre una mesa para marcharse de nuevo sin prestar más atención a su presencia—. Menudo vago, la próxima vez me quejaré al padre Dominique de su afición a la bebida. No hay derecho que las hagan trabajar tanto, hermana, cuánto lo siento. Como agarre a Marius, se va a enterar.

En cuanto se hubo ido, Bernadette abrió el armario, cogió una sotana negra colgada en una percha y una estola, sacó una bolsa de entre su ropa y lo metió todo dentro. Miró por la habitación, tomó un cirio con el símbolo de alfa y omega, miró con prisa aquí y allá, abrió el cajón de una enorme y antigua cómoda y extrajo una biblia muy bonita, gruesa y de papel dorado. Se arrodilló de nuevo frente al altar.

—Dios mío, perdóname, pero ya sabes que es por el bien de todos —murmuró.

Hizo una genuflexión frente al sagrario y salió de la iglesia con apremio, sin llamar la atención.



El capitán Selwyn Jepson estaba en la sala de radio de la base aérea de Tempsford cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Vivien con una expresión agitada. Había sido informada de la última comunicación de Noor desde París. Había viajado en su Jaguar desde Londres a la mayor velocidad posible, haciendo sonar el claxon durante todo el trayecto para dispersar a los agricultores y ganaderos, divididos en distintas cuadrillas de peones que regresaban a casa a paso cansino después de un día de intenso trabajo. Reacia a pisar el freno, había conducido como una auténtica piloto de carreras.

—¿Han comprobado que no se trata de una artimaña de la Gestapo? —preguntó Vivien, entrando en la sala de sopetón.

—Demonios, ¿no le han enseñado a llamar a la puerta antes de entrar? —le espetó Selwyn, que levantó la vista con hostilidad mal disimulada—. Sí, lo hemos comprobado, y es ella. Utiliza los mismos golpes que la caracterizan

al teclear en morse y respondió a la operadora positivamente a las preguntas de seguridad. Por lo visto, desde hacía unos días recibíamos mensajes suyos un tanto extraños pidiéndonos material...

—Bueno, las variaciones de ritmo al teclear en morse pueden deberse a que los agentes trabajan bajo presión —lo interrumpió Vivien—, escondidos en habitaciones recónditas, áticos o incluso en cuchitriles de lo más variopinto, con los alemanes detrás de ellos continuamente...

—¿Quiere dejar de hablar, por favor? —dijo Selwyn visiblemente enfadado—. Lo que ha sucedido es que en su último mensaje nos ha comunicado que son los alemanes, desde la avenida Foch, quienes se encuentran transmitiendo en nombre de operadores nuestros ya detenidos, que estarán ahora mismo muertos después de intensas torturas o en campos de concentración, pasando hambre o enfermos, ¡o sabe Dios qué! El traidor del teniente Starr está colaborando con las SS. Ese desgraciado... Ahora las operadoras están descodificando un segundo mensaje más largo que ha mandado por separado.

Una vez recibidos los mensajes desde el extranjero tenían que transcribirlos, descifrarlos y entregárselos al controlador del agente. Antes de responder, el operador debía consultar la respuesta, si la había, con sus superiores. El proceso podía tardar horas.

—Y ustedes, sin comprobarlo, han estado regalando armamento y material a los nazis, es eso, ¿no?

—Deje sus conclusiones para más tarde, ¿quiere? Para las expertas mujeres que tenemos trabajando, cada transmisor suena diferente, pero los mensajes de Noor han sido mandados desde su propia radio, que debió de ser incautada por la Gestapo. El problema es que con tanto interés en fabricar nuevos modelos, haciendo radiomaletas cada vez pequeñas, esto ha conducido a un deterioro de la calidad del sonido. El oído experto de la operadora FANY hoy se ha percatado de eso, cuando Noor utilizó una radio distinta para informarnos de los últimos acontecimientos. El circuito Prosper ha caído en manos de la Gestapo en su totalidad, excepto ella. Ahora lo importante es que Noor llegue a salvo con el otro agente, que por lo visto está herido de bala en una pierna, y nos informen con detalle de todo lo ocurrido. He movido todos los hilos posibles para conseguir un avión de la RAF de inmediato. Los nuestros están en misiones. He tenido que llamar al secretario del primer ministro y le hemos confirmado a Noor el vuelo que la recogerá esta noche. Es un lugar que conoce nuestro enlace en París, una mujer muy

solvente llamada Zouzou, que es quien está con ellos ahora mismo.

—¡Jesús!

Comprendiendo el peligro en que se encontraba Noor con los alemanes detrás de sus talones, Vivien apenas era capaz de pronunciar más palabras. Se quedó mirando por la amplia ventana, desde donde se podía ver la niebla cubriendo la pista. Ahí abajo, en lo que parecía un establo de ganadería, se hallaban los hangares camuflados. A pocos metros, en la pista de despegue, un Westland Lysander estaba siendo puesto a punto para despegar de un momento a otro en una nueva misión.

—Tengo una reunión con un nuevo agente del SOE en mi residencia —comentó Vivien—. Volveré de Londres con tiempo, antes de que lleguen.

Durante el regreso, las carreteras estaban desiertas y aprovechó para ir a toda velocidad. El racionamiento de gasolina era muy estricto. Un conductor podía acabar en la cárcel por realizar viajes que no fuesen estrictamente necesarios. Vivien detrás de un volante nunca pensaba en riesgos. Las últimas noticias acerca de Noor la habían asustado y dejado impaciente por querer volver a verla sana y de vuelta en casa. Al fin y al cabo, había sido ella quien la había acompañado durante sus últimas horas en Inglaterra y, de una forma u otra, se sentía responsable por lo que le pudiese ocurrir. Al entrar en Londres, cruzó como una exhalación las calles bombardeadas.



—¿Cabré en el avión con esta pierna lisiada? —preguntó Jakob.

Noor se encontraba dibujando algo sobre un papel.

—Pues claro —dijo ella mostrándole su dibujo—. Mira, un Westland Lysander a unos diez mil pies de altura puede alcanzar la velocidad máxima de trescientos setenta kilómetros por hora. Completamente cargado, solo necesita unos doscientos veinte metros para despegar y aterrizar. Perfectamente se pueden acomodar tres pasajeros.

—Incluso cuatro —dijo Bernadette.

—Incluso cuatro —reiteró Noor—. Así que déjate de heroicidades diciendo otra vez que te quedas.

—Es el modelo que siempre mandan de Inglaterra para efectuar

operaciones encubiertas —añadió Bernadette—. Es la clase de aparato perfecto para transportar agentes desde ahí y sacarlos de aquí. Se lo digo yo, que llevo ya bastante tiempo operando con la Resistencia francesa y viendo esos aviones de cerca. Inicialmente estaban pintados en negro, pero como con luna llena eran visibles, tuvieron que pintarlos de azul y verde. Son tan magníficos que hasta los he visto aterrizar en campos llenos de barro —levantándose de la silla, dijo—: Voy a coger las lámparas de bicicleta que necesitamos poner en el prado según el manual de aterrizaje. Las tengo guardadas en un almacén. Los recogeré dentro de cuatro horas con mi furgoneta. A pesar de su aspecto destartalado, su motor funciona a las mil maravillas. Es el que utilizaba mi padre para el reparto cuando teníamos la tienda de comestibles. De combustible andamos sobrados, gracias al abastecimiento que me brindan los amigos de José Antonio. Nunca me ha fallado ni dejado tirada en la carretera, pero aun así le haré una última revisión.

Tras salir Bernadette del apartamento otra vez vestida con los atuendos de monja, Noor se dispuso a limpiar las heridas de Jakob y cambiarle los vendajes.

—Sé que no debería —dijo Jakob acariciando su pelo y con una sonrisa burlona—, pero... ¿me puedes dar un beso?

—No te pongas tonto otra vez —respondió Noor con una expresión entre divertida y triste.

—Bueno, pues... ¿te importaría quitarte algo? —preguntó sonriendo de oreja a oreja. Sintió que tenía la boca seca y tuvo que tragar saliva—. Si no tienes a nadie esperándote en Inglaterra, cuando lleguemos nos casaremos. Yo terminaré mis estudios y tú...

Siguió mirándola, se inclinó y la besó en la mejilla dulcemente; ella se giró levemente y se besaron. Noor cerró los ojos sintiendo sus labios cálidos y dulces. Él la atrajo hacia sí e intentó desabrochar su blusa, pero ella lo rechazó y se levantó.

—No, basta, Jakob.

Desde el sofá, se quedó observándola. Aquel cuerpo le pareció en aquellos momentos la cosa más deseable del mundo. “Un cuerpo menudo y armonioso”, pensó.

—Me has hecho recordar el sabor de las aceitunas en tu boca —dijo él sin perder su sonrisa.

—Éramos unos niños cuando nos besamos por primera vez, ¿te acuerdas?

—preguntó Noor riéndose.

—Bueno, yo no tanto, que soy diez años mayor que tú. Pero el hecho de recordarlo me da vergüenza, qué inexperto era... —dijo Jakob—. Qué años tan maravillosos, ¿verdad, Noor?

—Supongo que habrás tenido una docena de amantes desde entonces —comentó, volviéndose a sentar en el borde del sofá.

Él cambió el semblante y ella intuyó que era mejor no profundizar en su pasado. Algo le decía que había sufrido alguna tragedia en una anterior relación.

—Aún no me has comentado cómo acabaste en la avenida Foch —dijo Jakob tras unos momentos de profundo silencio.

—Ufff, parece que fue ayer. Bueno, a decir verdad solo ha pasado una semana. Tenía la radio abierta sobre la cómoda, con las antenas extendidas hacia lo alto de las paredes. Había transmitido a Inglaterra hacía unos minutos. Por lo visto los alemanes habían captado mi señal mientras yo tecleaba en código morse. Se presentaron de golpe, forcejamos y me arrestaron. Eso es todo.

—¿Pero cómo dieron contigo? Si la furgoneta estaba dando vueltas por los alrededores, quiere decir que tenían conocimiento de que transmitirías desde aquella dirección, ¿no es así?



capítulo 23

Durante el recorrido en tren, Noor quedó sumida en sus pensamientos sobre cuestiones de identidad. Ella siempre pensaba que era una persona cosmopolita, que no pertenecía a ningún lugar en concreto, por nacimiento o residencia, sino a todos. Cuanto más pensaba sobre esto, más le surgía el conflicto entre la filosofía sufista que le enseñó su padre, que pregonaba la no violencia, y el camino que había elegido seguir. Lo había meditado anteriormente e incluso hablado con su hermano. Era la lucha por el bien, la lucha por la libertad, la lucha por lo que era correcto, la lucha contra el mal, liberar a Francia de la tiranía nazi, ayudar a los que vivían bajo la bota de la represión... Esta había sido su motivación. Aun habiéndose criado bajo el sufismo, eran la filosofía y la literatura hindú las que le habían enseñado muchos valores para aplicar en la vida. Había estudiado el Bhágavad-guitá y ahora, observando por la ventana los campos franceses, le vino a la memoria el pasaje del texto épico hinduista en el cual Krisná, en el campo de batalla durante los instantes previos al inicio de la guerra de Kurukshetra, habla con el príncipe guerrero Áryuna, que se siente indeciso por luchar contra sus propios primos. Respondiendo a la confusión y el dilema moral de Áryuna, Krisná le explica sus deberes como guerrero y le dice que debe de luchar sin vacilación alguna por los resultados.

Mientras miraba a los pasajeros franceses que se encontraban en el vagón, sumidos en el silencio, quizá pensando dónde estarían sus propios familiares —algunos presos, otros en el exilio—, o incluso si alguno de ellos tal vez sería un colaboracionista que intentaba salvaguardar sus propios intereses y sobrevivir durante aquella sucia guerra, Noor pensó una vez más que su deber era luchar contra las fuerzas de ocupación de Hitler y que tanto su familia como sus creencias filosóficas eran secundarias. Acarició con la mano el bulto de su bolsillo derecho, donde tenía guardada la Colt automática, calibre

Un circuito del SOE que trabajaba clandestinamente en territorio ocupado por los nazis estaba compuesto básicamente por tres personas: el organizador, que era la cabeza del grupo; el correo, que era la persona encargada de pasar los mensajes entre el organizador y los contactos locales; y el operador de radio, que era quien transmitía los mensajes a Inglaterra. Los alemanes tenían como principal cometido la captura de los operadores de radio, ya que poseían valiosa información y les podían dar a conocer otros circuitos de la Resistencia que operaban en territorios ocupados, además de informarles sobre el paradero de sus propios compañeros.

Aunque anteriormente las mujeres desempeñaron el papel de correo, Noor fue la primera del SOE enviada como operadora de radio. El tiempo de vida de un operador en Francia no superaba las seis semanas debido a la constante vigilancia de la Gestapo en las estaciones de metro y en las calles. Todos los meses, Londres entrenaba entre dieciséis y dieciocho operadores varones para mandarlos a distintos lugares de Europa.

Noor había memorizado sus instrucciones, entre las cuales estaba una dirección de un apartamento de emergencia, solo utilizado en caso de extremo peligro y con el fin de salir del país. A este apartamento lo llamaban *cachette* y en él otro miembro clandestino de la Resistencia se pondría en contacto con el agente operativo para su inminente envío de vuelta a Inglaterra. En caso de que no pudiese hacer uso de ese apartamento de seguridad, tendría que viajar a España, donde el consulado británico en Barcelona debía mencionar su nombre en clave y desde ahí lo enviarían a Londres. También había memorizado la pregunta-respuesta de contraseña. Su pregunta era: “¿Puedo ver a Jeanne-Marie, la hija de Carmen?”. La respuesta que debía de recibir por parte de la persona que la recibiese en un apartamento desocupado de la Resistencia debía ser: “¿No se referirá a la familia Martínez de España?”.

Tras llegar a la estación de París, tenía que ir a la rue Erlanger, número 40, donde en el apartamento 16, en el octavo piso, la esperaba Henri Garry, alias Gary Cooper por su parecido con el actor de Hollywood. Noor iba a trabajar bajo el mando del jefe del circuito Prosper, que era el nombre en clave de Francis Suttill. Este había nacido en Lille en 1910, de padre inglés y madre francesa. Había estudiado Derecho en Inglaterra antes de alistarse en el SOE.

Fue enviado a la Francia ocupada en 1942 para establecer un circuito de operadores con el propósito de recaudar información y dar soporte a la Resistencia local. Sus actividades fueron ampliándose cada vez más, así como sus responsabilidades y el peligro al que se exponía. Formó subcircuitos gracias a sus contactos tras el alistamiento de personal local, como las hermanas Tambour, que le presentaron a un gran número de personas dispuestas a unirse a la causa de liberar Francia. Una de ellas, Germaine Tambour, viajaba con él a todas partes, haciéndose pasar por su hermana.

Asimismo, una de las misiones de Prosper consistía en la recaudación de suministros e información de cara a preparar con antelación la invasión aliada en Europa. Henri Garry era el contacto de Noor en París, además de ser el asistente de Sutill en la creación de subcircuitos con diferentes agentes locales, a quienes llamaban con distintos nombres clave, como Phono, Cinema, Privet, Falais, Scientist, Chesnut... Este último estaba formado por conductores de coches de carreras. Entre ellos se encontraba el veterano campeón del mundo durante los años veinte, Robert Benoist, que por entonces era el director de Bugatti en París. Utilizaba su puesto para organizar recepciones con el fin de establecer contactos y, además, transportar material utilizando sus vehículos, que conducía con gran rapidez durante la noche, e incluso escondía armas para la Resistencia en su casa de campo.

Poco tiempo antes de la llegada de Noor, el grupo había realizado uno de sus grandes éxitos: el sabotaje a la planta eléctrica de Chaingy, inmovilizando así líneas eléctricas de muchas poblaciones francesas. Hasta entonces, el circuito Prosper había llevado a cabo un total de sesenta y tres actos de sabotaje, entre los que se encontraba el descarrilamiento de numerosos trenes y la muerte de casi medio centenar de soldados alemanes. Justo en el momento más álgido del circuito, Noor apareció. Pero desde la sombra, en la avenida Foch, el jefe de sección Karl-Maria Steinbrinck estaba orquestando la detención masiva del grupo de la Resistencia más buscado. El alemán se estaba tomando su tiempo. Los quería a todos y pretendía arrestarlos a la vez, sin dejar ocasión para que huyeran fuera del país. Sin sospecha alguna, los miembros de Prosper eran vigilados día y noche.

Tras salir del vagón, fingiendo que realizaba ese viaje a diario y sin detenerse, fue directamente hacia las escaleras del otro lado del andén que llevaban al túnel de acceso a la entrada. Sin embargo, aun cruzándose con la

gente que pasaba a su lado sin contratiempos, tenía la sensación de que todas las miradas procedían de los ojos de la Gestapo y se clavaban en ella, y que los agentes nazis se escondían bajo ropa de civil, como diciendo: “Mírenla. Ella es una agente británica”.

Tras cruzar los arcos neoclásicos y situarse justo en la entrada, un miembro de la Resistencia la reconoció al instante porque Noor no tomó las medidas de precaución básica: pasar desapercibida. Cuando abrió un mapa de la ciudad, este se desplegó y se agrandó debido al viento. Conocía la ciudad, pero solo quería estar segura de la zona y la dirección adonde tenía que ir. Llamó la atención de una patrulla de soldados que se encaminaron hacia ella, pero un hombre elegante intervino.

—¿Pero qué haces? —gritó en voz alta el enfadado desconocido, con un fingido acento francés de pueblo y con maneras teatrales—. Te he dicho muchas veces dónde vive el tío Gaspard. Tira ese mapa del diablo.

Tomó el mapa de las manos de Noor, lo arrugó haciendo una bola y, como si de una pelota de fútbol se tratase, le dio una patada con maestría juvenil.

Los alemanes se pararon, riéndose del manierismo tan gracioso de aquella persona.

—¡Venga, vámonos! —dijo agarrándola del brazo.

Noor se giró ante la estentórea risa de los alemanes y supo del peligro al que se había expuesto, dejándose llevar por el desconocido. Cuando estaban llegando a la próxima boca del metro, aligeraron el paso.

—Por el amor de Dios, Madeleine —dijo el hombre ante el asombro de Noor al escuchar su nombre en clave por primera vez en boca de un desconocido—. Sea más prudente, la inteligencia alemana está al acecho de nuestro circuito. No vuelva a llamar la atención de la manera más tonta. Gary Cooper la espera.

Noor estaba visiblemente nerviosa al divisar a tantos soldados por la calle y por el conocimiento de que habría agentes de la inteligencia alemana vestidos de civil rondando las inmediaciones de la estación.

—Cálmese. Desde lejos se nota que le pasa algo y encima lleva usted una maleta en sus manos —comentó el extraño—. Es su primer día en París, ¿quiere que sea el último de su vida? ¿No? Pues haga lo que le digo. Usted ya ha estado antes aquí. Como ve, nada ha cambiado, excepto la psique del parisiense común. Hay edificios derruidos por bombardeos y muchos nazis. Actúe como si conociese al dedillo la ciudad, con naturalidad. No tema al ver un uniforme alemán ni mire a nadie directamente a los ojos. Recuerde que

existen los milicianos, son un hatajo de camorristas franceses partidarios de los nazis; no se le ocurra acercarse a ellos. Parán a los transeúntes por el simple hecho de que no les gusta una cara y arrestan a cualquiera con cualquier excusa.

Noor lo miró, asintiendo pero sin decir nada. Un grupo de soldados salía de la boca del metro escaleras arriba. El desconocido besó a Noor apasionadamente y, agarrándola de los brazos, le dijo en voz alta antes de desaparecer entre el gentío:

—Te veré pronto, cariño, deja el equipaje en casa de papá, ¿de acuerdo? Yo me voy a tomar un café con Rémy.

Durante el trayecto, Noor sintió una sensación de dolor al ver que el país que amaba había dejado de existir. Sin embargo, ella estaba ahí para cumplir con un deber que, si se cumplía, ayudaría al retorno de la auténtica Francia. Tan pronto llegó al apartamento del edificio número 40 de la rue Erlanger, llamó al timbre.

—Creo que me esperan —dijo tímidamente después de que un hombre elegante, que parecía haber salido de una pantalla de cine, abriera la puerta. Noor pensó que era Gary Cooper.

—Pase, pase usted adentro, señorita —comentó con ademanes educados—. Me llamó Garry y esta es mi prometida, Marguerite.

Marguerite no solo era muy activa en la Resistencia, sino que era la secretaria del ministro de Agricultura y Alimentos, Max Bonnafous, en el gobierno colaboracionista de los nazis de Pétain. De este modo, conseguía salvoconductos para viajar en tren por Francia, cartillas de racionamiento y tarjetas de identidad con mucha facilidad.

Noor saludó cortésmente, aunque sin desprenderse de su equipaje. Por un momento pensó que se había equivocado y había entrado en el apartamento de una joven pareja, pero los desconcertados eran Garry y su prometida, quienes esperaban que la agente dijese la contraseña. Como la contraseña de Garry era la respuesta a la pregunta, él no podía adelantarse para saber si de verdad era la agente esperada o un anzuelo de la Gestapo.

Marguerite tomó la iniciativa.

—Por favor, siéntese. Seguramente estará cansada llevando todo ese equipaje encima.

Noor se sentó sin quitarse el abrigo y se sintió cohibida en dar a conocer la contraseña. Tras hacer una mueca a su prometida para que continuase cortejando a la visitante, Garry se sentó frente a ella.

—¿Quiere usted un té? —preguntó Marguerite.

—Sí, por favor —contestó Noor sonriendo.

—¿Viene de lejos? —prosiguió Garry.

—Sí, acabo de llegar en tren.

—Ah! Y antes de abordar el tren, ¿se subió a un Lizzi? —preguntó él pausadamente, dando a entender a la visitante que si era la agente que había llegado de Inglaterra, según las normas tenía que hacer la pregunta como contraseña.

—Pues sí —contestó secamente Noor ante la decepción de Garry.

—¿Alguien la espera aquí, en París? —preguntó Marguerite mientras ponía las tazas sobre la mesita y echaba una mirada de complicidad a su pareja—. Quiero decir, ¿quiere ver a alguien en particular?

—Sí, ¿puedo ver a Jeanne-Marie, la hija de Carmen? —preguntó de sopetón Noor.

Garry estalló de risa e inmediatamente Marguerite se unió a él.

—¿No se referirá a la familia Martínez de España?

Noor dio un resoplido de alivio.

—Santo Dios, ¿por qué ha tardado tanto en decirme la contraseña? —cuestionó Garry—. Bueno, lo importante es que estamos todos a salvo. Tómese el té. Mi nombre en clave es Gary Cooper —hizo una mueca y posó como el actor de Hollywood, ante la risa de las dos mujeres—. Y esta señorita tan guapa —dijo agarrando de la cintura a su compañera— es mi prometida.

Marguerite preparó la comida mientras Garry explicaba a Noor los pormenores del circuito Prosper. Acto seguido, le presentaron al líder del subcircuito Bricklayer, llamado Antelme, quien comunicó a Londres, a través de su propio operador de radio: “Madeleine ha llegado sana y salva”. Después, la llevaron a un departamento desocupado cercano, donde le presentaron al jefe del grupo Prosper, Francis Sutill, y a su operador de radio, Gilbert Norman, que le dio varios consejos sobre el modo en que debía operar en París.

—Por ningún motivo estés más quince de minutos con el receptor encendido y en el mismo lugar —le dijo Gilbert—. Tan pronto como hayas transmitido, siempre lo más rápido posible, te sugiero que cierres y te vayas inmediatamente de donde estés, antes de que las señales sean captadas por los radares alemanes. La Gestapo dispone de equipos radiogonométricos que rastrean las emisiones. Recuerda, si ves furgonetas o coches rondando por la

zona, pueden ser de la inteligencia alemana, camuflados como vehículos de reparto de panaderos o de trabajadores de una lavandería. En media hora, todo el vecindario puede estar rodeado de soldados que impedirán tu huida. Si ves a personas con gabardinas caminando frente a tu edificio, huye. Mejor ser una persona prevenida. Recuerda, un hombre tocándose la oreja durante mucho tiempo mientras camina puede significar que tiene cables dentro de su manga y que anda enfrente de los portales con la intención de captar, con más precisión que los radares de las furgonetas, nuestras señales de transmisión. Una vez más —añadió apuntándola con el índice—, te repito lo que habrás aprendido durante tu entrenamiento en Inglaterra: mensajes claros, cortos y rápidos. Por último, nunca lleves nada encima, como libretas, agendas o papeles donde estén escritos códigos o nombres. Esto puede ser incriminatorio y conducirte directamente a la tortura o al fusilamiento por espionaje. Y no solo esto, sino que darías a conocer información relevante sobre el circuito.

Después de intercambiar varias palabras sobre la situación de la guerra, Gilbert la llevó al Colegio Nacional de Agricultura de Grignon, donde le presentó al profesor de biología Alfred Balachowsky; a su esposa, Emily Balachowsky; al director del Colegio Nacional, el doctor Eugene Vanderwynckt; y a su mujer e hijas. Tan solo habían pasado dos días desde su llegada y se sentía como una colegiala recién ingresada a la que le presentan a sus nuevos profesores y compañeras. Ya tenía conocimiento de todos los miembros del grupo Prosper, así como sus direcciones.

Desde un vivero de plantas, ubicado en la comuna agraria de Grignon, transmitió por primera vez a Inglaterra, comunicando que ya había realizado contacto con la Resistencia y que necesitaba un cargamento de armas que le había solicitado Antelme para su grupo, que operaba en el sur del país.

De vuelta a su apartamento desocupado de París, Francis Sutill le comentó:

—Noor, cuanto menos te involucres con el personal de la Resistencia, mejor para ti y para nosotros. No mantengas una relación con un hombre. Sentirte atada sentimentalmente hacia una persona puede ser tu perdición y no ayudarías a echar a los nazis fuera de Francia, ¿me oyes? Límitate a transmitir nuestros mensajes a Londres y no te mezcles con nadie. Tu trabajo es muy valioso, ya que los operadores de radio son escasos. Si te detuviesen, no solo tendríamos que cambiar nuestras direcciones, sino que tendríamos que esperar semanas hasta la llegada de otro agente de la Sección F como

radioperador y otra vez a empezar de nuevo.

Los mensajes de Noor eran recibidos en el pueblo de Grendon, en Inglaterra, donde estaban instaladas unas cuatrocientas operadoras que recibían las transmisiones enviadas desde el extranjero. Ella utilizaba hasta siete apartamentos desocupados. Tan pronto como mandaba un mensaje desde uno de ellos, cerraba la maleta y salía del edificio sin llamar la atención entre los vecinos. Cuando podía hacerlo, utilizaba las puertas traseras del servicio y con sigilo se marchaba a otro lugar. Antes de llegar, para prevenir que la estuviesen siguiendo o hubiesen captado su frecuencia en una anterior transmisión, durante tres o cuatro horas daba vueltas por el metro de París, entraba y salía, cruzaba calles, avenidas, entraba en un edificio para salir de inmediato por otra puerta lateral o trasera y más tarde, confiada de que nadie la seguía, iba directamente al apartamento determinado, abría el buzón cuando llegaba y sacaba el correo que le habían dejado. Entonces subía al piso y transmitía el mensaje del circuito o de los subcircuitos de Prosper y pedía dinero o armamento.

Siempre recibía los mensajes a través de los buzones y muy rara vez personalmente. Si tenía que reunirse con algún miembro de un circuito en persona o con cierto colaborador local de la Resistencia, tenía que utilizar contraseñas. Esto ocurría cuando en el buzón le pedían ir a determinado lugar para recoger un mensaje y le comunicaban la contraseña que debía decir.

—Disculpe, ¿tiene algún libro de Anatole France disponible? —preguntó Noor a un librero.

—Pues sí, *mademoiselle*, precisamente tengo dos —le contestó el hombre.

Lo que quería decir que el gerente de la librería tenía dos mensajes que darle por parte de miembros de la Resistencia francesa.

Tenía terminantemente prohibido reunirse con otro agente en público, fuese en túneles o bocas de metro, estaciones de tren o autobús, en un bar o en un cine, pues la inteligencia alemana podía estar siguiendo a alguno de los agentes, lo cual llevaría a la captura de los dos o a dar a conocer a un nuevo agente a los alemanes, que podrían iniciar el inminente seguimiento.

París era muy diferente a como la había conocido. Vio cómo la ocupación había tenido un efecto negativo en la ciudad y en sus habitantes. La comida estaba racionada y existían los cupones para recibir alimentos. Abundaba el mercado negro, donde se vendían productos de diversa procedencia y clase; los cafés siempre se encontraban llenos y el metro funcionaba con puntualidad, excepto en las horas de toque de queda, que por lo regular se

efectuaban durante la noche. Por su parte, las tiendas de ropa de alta costura seguían haciendo sus negocios, teniendo como clientas exclusivas a mujeres alemanas con altos cargos que quedaban deslumbradas por Chanel y Dior. Cuando los immaculados Mercedes circulaban por la carretera ondeando el banderín con la esvástica, recordaban una vez más al parisiense de a pie que aquella era una ciudad ocupada.

Otro aspecto del que Noor se dio cuenta fue que no había judíos. Desde 1942, todos los judíos mayores de seis años debían llevar una estrella amarilla en la pechera de sus ropas como distintivo; poco más tarde serían enviados a campos de concentración ubicados en Polonia y Alemania. Por este motivo hubo muchos apartamentos que enseguida fueron ocupados por franceses por un irrisorio precio, otros quedaron ocupados por los alemanes. Incluso muchos franceses, con el fin de obtener inmuebles, se volvieron colaboracionistas de los nazis. Al final de la guerra, los colaboradores locales habrían denunciado a más de setenta y cinco mil judíos, incluyendo a más de diez mil niños que acabaron en campos de concentración nazis.

El circuito Prosper consiguió crecer tan extensamente por toda Francia, con multitud de subcircuitos, que era inevitable que sucediese un desliz; incluso un agente alemán podía infiltrarse fácilmente. Según las instrucciones a todos los miembros del circuito, los detenidos debían guardar silencio durante las siguientes cuarenta y ocho horas tras una captura. Transcurrido este tiempo, podían decir cuanto les apeteciera. El resto de los compañeros habrían sido avisados y nadie se encontraría en ningún apartamento desocupado; las contraseñas habrían sido cambiadas.

Tras dos semanas trabajando del mismo modo, un día, desde Inglaterra, una operadora anónima de entre cientos que había le contestó a Noor después de recibir su mensaje en morse: “Gracias. Que Dios te proteja”. Esto la puso muy contenta, ya que le hizo pensar que de verdad valoraban su trabajo y que había gente con sentimientos al otro lado y no meras operadoras trabajando mecánicamente sin importarles el valor humano de los agentes destinados en el extranjero. Aquellas mujeres de la FANY, operadoras de radio y especialistas en códigos, escuchaban mensajes procedentes de toda Europa. Eran más de un centenar las que trabajaban con auriculares, libretas y lápices en salas de transmisiones bajo un total silencio, con una gran concentración, sin oírse más que el tecleo del morse.

Aquellas pocas palabras, aquel detalle, le alegró el día y decidió hacer una visita a sus amigos Marguerite y Garry. Al entrar en el salón se encontró con

que tenían compañía, dos parejas de mediana edad. Ella no las conocía, no las había visto anteriormente, de tal forma que debía tomar todas las precauciones posibles. Garry hizo las presentaciones con total naturalidad, comentando que Noor se llamaba Alexandra, una amiga de la infancia de Marguerite que había estudiado música antes de la guerra y ahora era enfermera auxiliar en un hospital cercano. Noor presintió que había tensión en el ambiente, que aquellas personas estaban ahí con el fin de estudiar de cerca a sus amigos y su posible relación con la Resistencia.

Con la intención de agradar, dijo que preparaba el té. Entró en la cocina preguntándose si no se habría mostrado demasiado amable. El exceso de afabilidad podía llegar a despertar sospechas con tanta facilidad como la hostilidad. Tras preparar la bandeja con el azúcar, las tazas y los platos con galletas, Noor se dispuso a servir. Con horror visible en su rostro, Marguerite vio que sus invitados observaban con mucho cuidado las maneras de Noor, sobre todo cuando se percataron de que había vertido la leche en las tazas antes que el té, lo que indicaba que era una costumbre típica inglesa y no francesa. Los habían atrapado.

Mientras se ponía de pie, uno de los varones hizo un gesto extraño, tocándose el lóbulo de la oreja derecha, y comunicó a los presentes que se tenía que ir para hacer una llamada importante a Burdeos. Inesperadamente, el resto sorbió con rapidez de sus tazas y salió del apartamento.

—No le des tanta importancia, querida —dijo Garry—. Son conocidos nuestros desde hace ya varios años, mucho antes de la guerra. No conocen nuestra relación con la Resistencia. No veo nada extraño en que se hayan querido marchar antes de tiempo.

Él no quiso prestar mucha importancia a la preocupación de Marguerite ni tampoco al sentimiento de culpa de Noor por creer que había causado algún agravio o había delatado su pasado inglés. Garry argumentó que también en el sur de Francia ponían la leche antes que el té, ya que era un producto muy escaso, por lo que lo ocurrido era una nimiedad.

Justo al día siguiente Karl-Maria Steinbrinck, desde la avenida Foch, dio luz verde a la detención de los miembros del círculo Prosper por toda Francia. Durante los siguientes días fueron cayendo uno detrás de otro. En el momento de su arresto, Sutil se encontraba en una granja a las afueras de París con un grupo de la Resistencia, falsificando tarjetas de identidad para nuevos agentes que Inglaterra estaba a punto de enviar a Francia con el propósito de preparar sobre el terreno la esperada invasión de los aliados. En

el Colegio Nacional de Agricultura de Grignon el matrimonio Balachowsky fue detenido cuando organizaba una reunión secreta con miembros de un subcircuito en uno de sus viveros. Gilbert Norman fue arrestado en una emboscada cuando se encontraba en el campo, esperando a agentes canadienses junto a su abigarrado grupo de nuevos jóvenes reclutas de la Resistencia, vestidos con ropa vieja y remendada, tocados con gorras raídas y calzado gastado. En cuanto los canadienses pisaron suelo francés dispuestos a esconder sus paracaídas en agujeros cavados en la tierra, fueron apresados. Asimismo, todo el material de armamento que el avión había lanzado dentro de pesadas cajas les fue confiscado.

Por mucho que intentaron resistirse para no delatar a compañeros y amigos, los prisioneros terminaron hablando después de ser sometidos a intensas sesiones de torturas. Hasta el jefe del circuito Prosper, Suttill, acabó cediendo a las atrocidades que le infligió el sargento Grimminger bajo la supervisión de Otto Kramer, quien hizo un trato con ellos: parar a cambio de información detallada que ayudara a los alemanes a lograr más aprehensiones. Finalmente, lograron detener a más de cien personas que habían estado colaborando con la Resistencia o asistiéndola de alguna manera, como granjeros y agricultores que cedieron sus campos para los aterrizajes de aviones o para recibir material aéreo lanzado en paracaídas.

Gracias a la colaboración de Suttill, Steinbrinck confiscó un enorme y variopinto armamento: pistolas, escopetas, metralletas, explosivos plásticos y revólveres, así como granadas cuidadosamente escondidas en establos, habitaciones falsas dentro de cafés y en refugios secretos dentro de apartamentos desocupados. Poco a poco, la inteligencia alemana fue infiltrando a agentes dobles en subcircuitos, con lo cual consiguieron mucha información privilegiada, información que acabó siendo fatal para la Resistencia. La detención de los canadienses, con todo el equipo que transportaban, fue un gran éxito para la Gestapo, ya que se obtuvieron numerosas cartas que traían de Londres destinadas a miembros de la Resistencia francesa, además de documentos para los agentes británicos donde se mencionaban más nombres y direcciones.

Desde Alemania, Himmler llamó a la avenida Foch para felicitar tanto a Otto Kramer como a Steinbrinck. Noor fue avisada mediante mensajes dentro de todos los buzones de correos. Tras enterarse de lo sucedido, por pura inercia, fue doblando esquinas al azar hasta que llegó a una cafetería concurrida, donde se sentó para poner en orden sus pensamientos. ¿Qué iba a

hacer ahora? ¿Adónde iría? ¿Habrían sido absolutamente todos detenidos, como se le informaba en los mensajes de los buzones? Una taza caliente de café aguado, sin duda un sucedáneo con achicoria, la ayudó a recuperarse de la conmoción.

En los días previos, Sutill le había informado de que un agente británico operando en Yugoslavia, con el nombre clave de Buckthorn, se pondría en contacto con ella para transmitir a Inglaterra una información de carácter urgente. Sin embargo, tras la caída del circuito Prosper, recibió un mensaje en el que se le ordenaba huir inmediatamente a España y de ahí a Inglaterra a través del consulado en Barcelona. ¿Estaría el agente Buckthorn en peligro? ¿Podría ser delatado por miembros de Prosper bajo las torturas de la Gestapo?

Noor desestimó la orden y quiso esperar a que el agente británico contactara con ella. Además consideró que, como única operadora en París, era su deber seguir en su puesto transmitiendo los mensajes que le seguían dejando miembros de la Resistencia sobre información industrial alemana, así como apoyo para pedir material a Londres.

Consciente de que tarde o temprano la Gestapo iría a por ella, tomaba extremadas precauciones. Así, evitaba reunirse con miembros de la Resistencia local, como con los miembros de los subcircuitos, incluso rehuía aproximarse a tiendas o establecimientos de simpatizantes con los que ella había contactado anteriormente. Se movía en bicicleta de un sitio a otro, tratando de no subirse al transporte público, ya que la Gestapo reforzó los controles. Evadía a los alemanes no utilizando los apartamentos desocupados donde había estado transmitiendo, aunque sí usaba los de un subcircuito que no pudieran conocer los posibles detenidos del círculo principal del circuito Prosper. También evitaba los restaurantes y cafés, porque era consciente de que la Gestapo —que siempre realizaba inspecciones sorpresa— habría puesto en alerta a informadores locales, tentados siempre por las recompensas económicas.

Noor poseía la especial cualidad de que, en muy poco tiempo, había obtenido un gran conocimiento del mapa callejero de París. Conocía todos los recovecos de la ciudad, podía ir en bicicleta a tal o cual dirección y eludir al máximo las vías públicas de la forma más natural y sin llamar la atención. Había vivido más años en Francia que en Inglaterra, pero de pronto veía como si París perteneciese a un país extranjero. Lo que antes era familiar para ella, como las calles, los parques, los lugares históricos y emblemáticos,

incluso su propia gente, ahora tenía un aire hostil; le parecía que cuando andaba por la ciudad todo el mundo la miraba. En la ciudad tenía amigas y compañeras que había conocido en el colegio, pero no pensó en contactar con ellas por miedo a poner en peligro a más personas.

Transmitía en menos de siete minutos, cerraba la maleta y salía hacia otro apartamento ubicado en la otra punta de la ciudad. Cada dos días cambiaba el forro de la maleta utilizando el tejido de los sofás o confeccionaba faldas, camisas y chaquetas cortando las cortinas de los apartamentos. De este modo pasaba desapercibida. Se teñía el pelo con tanta asiduidad que las raíces, en alguna parte del cuero cabelludo, estaban quemadas, por lo que le picaba horrores la cabeza. Del forro de su mochila sacó un conjunto de documentos falsos con su foto y nombre nuevo, su doble identidad. Como la Gestapo no tenía su fotografía —y aun teniendo su descripción, había cambiado de aspecto—, los soldados alemanes de los puestos de control no podían reconocerla. Todas ellas eran técnicas de supervivencia urbana que había aprendido en las escuelas de entrenamiento del SOE.

Una tarde, Marguerite volvía a su apartamento con una bolsa llena de comestibles conseguidos gracias a su puesto privilegiado en el gobierno de Pétain cuando vio que dos hombres vestidos con traje metían a Garry dentro de un Citroën Traction Avant. De golpe, soltó la bolsa y marchó directamente a la avenida Foch.

Steinbrinck estaba desesperado. De boca de los prisioneros había escuchado numerosas veces el nombre de Madeleine, la operadora principal del circuito Prosper, pero por mucho que la había buscado no había conseguido dar con ella. Era demasiado astuta para dejarse ver por el típico polizone de la Gestapo. Era escurridiza y más lista de lo que creía, pero ahora podía dar con la dirección desde la que transmitiría gracias a Marguerite, quien se la puso en bandeja cuando concedió delatar a Noor a cambio de liberar a Garry y dejar que los dos se marchasen a España.



capítulo 24

Tras sonar las sirenas de alarma, Vivien aparcó su Jaguar en la calle y corrió para buscar refugio. Ahora se encontraba como muchos otros miles de ciudadanos: instalada bajo tierra. Estaba dispuesta a pasar las siguientes horas en una estación de metro, comparativamente más seguro que un refugio militar antiaéreo. Hacía unas horas que había recibido una llamada urgente sobre Noor y se encontraba de camino al aeródromo. Apoyada sobre una fría pared, escuchaba el siniestro zumbido de los pesados aviones como una gran bestia gruñendo hambrienta dentro de las profundidades de su estómago. Eran los bombarderos JU88 que llegaban al cielo inglés procedentes de la base alemana de Chartres. La Luftwaffe continuaba con sus incursiones sobre Londres tras haber mejorado la calidad de sus aviones.

No pudo seguir más tiempo en el refugio; se sentía inquieta. Le causaba desasosiego y angustia no poder hacer nada. Observaba las caras de miedo de los más pequeños, a pesar de las alentadoras palabras de sus familiares. Había un grupo de estudiantes de un colegio de primaria y una joven profesora intentaba atraer la atención de todos contándoles un cuento infantil de los hermanos Grimm.

Decidió salir afuera. En la boca del metro, dos soldados que hacían guardia la saludaron militarmente al ver las insignias en su gorra y sobre sus hombros. Llevaba un uniforme militar de más graduación como señuelo para facilitarle el viaje en coche fuera de la capital y pasar los numerosos controles con mayor rapidez. Salió a la calle y se quedó por un momento mirando las ambulancias y a los bomberos apagando los fuegos con celeridad. Donde antes había grandes almacenes y un cine, ahora veía tan solo escombros, edificios demolidos por las bombas alemanas. Pensó en Noor y en los muchos otros agentes del SOE trabajando sin el conocimiento de la inmensa mayoría de los ciudadanos ingleses, poniendo sus vidas en peligro en

distintos puntos de Europa para que aquella odiada guerra terminase de una vez. Se alzó el cuello de su viejo y gastado impermeable, se tocó la visera y decidió seguir su camino por carretera aunque le costase la vida.



Noor se encontraba en el baño, terminando de cambiarse. Jakob estaba vestido de sacerdote. Colgando del pecho llevaba muy vistosamente una insignia de reconocimiento militar tras haber sido herido en el frente.

—Si me viese mi madre con este atuendo... —dijo Jakob, sosteniendo con la mano la medalla—. Le daría un infarto.

Sentada en el borde del sofá, Bernadette sacó una pequeña caja de su bolsillo.

—Si eso es penicilina o morfina, no llegaré hasta el avión sin dormirme —comentó Jakob.

—No es eso, es algo nuevo, es una droga muy potente, algo así como un estimulante. No solo no notarás dolor alguno en la pierna durante horas sino que te mantendrá con energías. Lo han utilizado los alemanes en el frente ruso para soportar el duro clima.

—Una pregunta, querida Bernadette —dijo Jakob mientras ella le subía la manga de la sotana—, ¿de dónde consigues todo esto? Debe de costar mucho dinero. O eres muy rica o cualquiera diría que robas en un hospital...

—Ja, ja, ja —rió Bernadette—. Digamos que tengo amigos en el mercado negro que harían cualquier cosa para echar a los nazis de Francia. Me proporcionan todo lo que les pido sin cobrarme absolutamente nada porque saben que colaborando conmigo lo hacen con la Resistencia. De este modo contribuyen a acabar cuanto antes con esta maldita guerra. Le comenté a un amigo tu problema sin ninguna explicación innecesaria, y me dio esto, que es una ayuda en lo máximo de sus posibilidades. Pero sí, esta medicina podría costar una fortuna en el mercado negro.

—¿Listos? —preguntó Noor tras haberse cambiado de ropa a algo más propio de una joven recién llegada de un pueblo que visita a un familiar moribundo.

—Aún tenemos algo de tiempo —dijo Bernadette—. Aunque nunca se

sabe qué nos puede deparar el destino.

—Como dijo Shakespeare, mejor tres horas antes que un minuto demasiado tarde —añadió Noor.

—¿Sabéis lo que los españoles suelen decir al torero en el instante en que entra a matar en la plaza y no se sabe si saldrá con vida o morirá? —preguntó Jakob mientras se abrochaba la manga—. Lo llaman ‘el momento de la verdad’.

—Pues ¡olé! Vámonos ya —dijo Bernadette sonriendo tras hacer una cabriola, queriendo imitar a una bailaora de flamenco.

Jakob se sostenía con facilidad sobre una muleta de madera. Tras el primer tratamiento, Noor había conseguido eliminar cualquier fragmento de bala y limpiar la herida de cualquier suciedad después de aplicar desinfectante y cerrar los dos agujeros. Por suerte, los proyectiles no habían tocado huesos ni dañado ningún órgano vital, además de que todos habían alcanzado la misma pierna, de lo contrario la huida hubiese sido mucho más difícil.

Estaba a punto de comenzar el toque de queda, por lo que no se encontraron a nadie entrando ni saliendo del edificio. Sujetándose en el pasamanos de la escalera, Jakob bajó lentamente los gastados peldaños. Noor miró hacia el cielo azul oscuro que anunciaba la noche.

—Si el tiempo se mantiene así de bien —dijo Jakob apoyándose en la muleta—, la luna iluminará la improvisada pista de aterrizaje.

Bernadette se sentó al volante, Noor se situó en el asiento del copiloto y Jakob atrás, con la pierna extendida. Como en Inglaterra, el uso de vehículos en Francia estaba restringido a quienes prestaban algún servicio público, como bomberos y policías. Solo los alemanes podían hacer uso de cuanto quisieran, el resto de los ciudadanos se desplazaban andando o en bicicleta. También el metro se utilizaba, pero tras la deteriorada economía francesa durante la guerra se forzó el cierre de muchas estaciones. Solo se disponía de gasolina, y en este caso limitada, para el transporte de mercancías, aunque era muy frecuente que se transportase comida y productos de primera necesidad en carros tirados por caballos.

Tan pronto como salieron de París les paró una patrulla. El soldado alumbró con su linterna a Bernadette, que dejó ver su prominente crucifijo colgado de su cuello.

—¡Documentación! —ladró el alemán.

—Hemos venido a París a dar la extremaunción a un familiar de esta

señorita, un conocido parroquiano que decidió morir en paz en su casa... — explicó Bernadette sacando papeles de su bolsillo con paciencia, esperando ver la reacción que iba a tener al ver a Jakob tumbado en la parte trasera, ya que sabía por propia experiencia que si actuaban como decían que eran, quizá no iba a necesitar mostrar los documentos de identidad falsos.

Tras ojear a través de los cristales del vehículo, el soldado pegó un respingo al ver la figura tendida de un sacerdote.

—¿Qué hace usted ahí atrás? —preguntó alarmado.

Después de alumbrarlo de cerca y ver el cirio y la gruesa Biblia que tenía sobre su regazo, alumbró la insignia que colgaba de su pecho y sonrió.

—*Padre, Io sono anche italiano* —dijo el soldado parpadeando con sentida emoción y señalándose a sí mismo con la mano, como si fuese la aserción pública de un jugador tras ganar una partida de bingo.

—¿Cómo? —gritó Jakob instintivamente desde dentro, sorprendido al oír hablar en italiano a un soldado alemán.

—¿Como? —preguntó incrédulo el soldado, apuntando otra vez con la linterna hacia su insignia—. *Non capisco, che come?*

Entonces Jakob se dio cuenta de que la medalla que llevaba puesta respondía a algún honor en una batalla sucedida recientemente en el frente de Italia.

—*Como. Sí, Como!* —exclamó Jakob con naturalidad, cerrando los dedos de una mano y moviéndola de arriba abajo con manierismo italiano—. *Di Como, vicino a Milan. Io sono di Como.*

—*Mia madre, un sacerdote di Lombardia!* —gritó el soldado con ademanes más propios de un cómico que de un soldado alemán, alzando los brazos al cielo y mirando a su perplejo compañero, que no comprendía nada—. *Io sono di Roma. Ho unito i tedeschi.*

Tanto Noor como Bernadette se miraban pensando el modo de salir de aquel imprevisto inconveniente.

—Bendícele, padre —dijo Noor con voz suave girándose hacia Jakob.

—*Inginocchiatevi, figlio!* —ordenó Jakob inmediatamente, señalando al soldado con el cirio en una mano y la Biblia en la otra.

El soldado, siguiendo un impulso religioso, hizo lo que le mandaba, se arrodilló frente a la ventana del vehículo. Jakob se inclinó ligeramente para ver dónde se había metido. Desde donde estaba solo podía divisar el casco. Mirando a Noor, se encogió de hombros.

—*Per signum Sanctae Crucis, de inimicis nostris, libera nos, Domine*

Deus noster. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen —dijo forzando cada palabra para darle una apariencia fonética de profunda devoción.

—Amén —dijo el soldado santiguándose mientras se levantaba del suelo —. *Grazie padre, Che Dio ci protegga.*

—*Ciao, caro figlio!* —contestó Jakob en voz alta.

Tras una seña del soldado a su compañero, este último abrió la barrera dando paso al coche conducido por Bernadette. Una vez en marcha, Jakob hizo en el aire el símbolo de la cruz bendiciéndoles.

—¡Ufff! Dios mío —dijo Bernadette soltando un resoplido ya en la carretera desierta—. Menos mal que hablas italiano.

—*Grazie alla mia mamma* —dijo riéndose Jakob—. Cuando era algo más joven mi madre me llevó con ella a Milán. ¿Te acuerdas, Noor?

Noor, sin decir palabra alguna, clavó los ojos con aprensión en el final de la cinta de asfalto.

—Vaya, lo vuestro sí que es un enigma —añadió Bernadette al volante, mirando de reojo a Noor, que guardaba silencio. De nuevo prestó atención a la carretera, aumentando la velocidad—. Ahora me entero de que habéis tenido una relación antes de la guerra... Qué romántico.

Llegaron al campo. Serpentearon varios viñedos. Ascendían y descendían colinas bajas. La carretera, ahora de tierra, era angosta y aguda. Algunas casonas antiguas rodeadas de muros de piedra y setos se asomaban entre los vastos campos de viñedos. Cuando llegaron a las inmediaciones de un amplio prado, Bernadette apagó las luces del coche. Había luna llena. Siguió conduciendo en la oscuridad. Sin duda conocía el terreno como la palma de su mano.

—Ufff, ¿qué es este olor tan fuerte? —preguntó Noor.

—Madre mía, ¡qué peste! —exclamó Jakob riéndose.

—¡Ja, ja, ja! Es que hay una granja donde crían cerdos para sacar el tocino —dijo Bernadette riéndose—. Es de un conocido mío llamado Michel, incluso tiene un rebaño de cabras. Sus animales ganaron muchos premios antes de la guerra. Todo un personaje, Michel.

—¡Dios santo! Me trae recuerdos de Murcia —exclamó Jakob—. Ya podrían cultivar cereales en todas estas hectáreas.

Rodearon un gran campo de viñedos y ya olían a cerdos desde la lejanía. Bernadette aparcó el vehículo frente a un cobertizo y apagó el motor. El silencio del bosque resultaba opresivo.

—Las luces de las bombillas se verán desde muchos kilómetros de distancia —dijo Noor tras bajarse del vehículo y observar el terreno.

—Este es un riesgo que corremos quebrantando las normas sobre encendido de luces —contestó Bernadette mientras abría el capote del coche y sacaba los cables eléctricos de las lámparas de bicicleta—. Este sitio lo he utilizado varias veces para mandar y recibir agentes. Esperad aquí.

Se fue al prado y, con rapidez, colocó las lámparas según el manual. Después volvió al vehículo, abrió el capote y conectó los cables eléctricos a la batería.

—¿Habéis oído algo? —preguntó Noor.

—Sí, estoy seguro de que es el motor del Lysander que está dando vueltas —aseguró Jakob—. Ha debido de llegar antes de tiempo.



Cada casa que se había encontrado por el camino mientras salía del norte de Londres era como un esqueleto negro o una montaña de escombros; los barrios obreros estaban terriblemente castigados. Con pena e impotencia, vio a grupos de mujeres alumbrándose con velas para recoger hortalizas en lugares de lo más insospechados, como patios, aceras e incluso de entre edificios derruidos. Tras salir de la ciudad y con ganas de llegar cuanto antes, Vivien pisó a fondo el acelerador y el vehículo salió despedido como si fuera el corcho de una botella de champán francés entre la campiña inglesa.



Tras conectar los cables eléctricos a la batería, las lámparas en forma de L invertida con el extremo situado donde soplaba el viento se encendieron proyectando los rayos de luces hacia el cielo para indicar el lugar donde el avión debía tomar tierra. Previsora, y de cara a hacerle saber al piloto que no

era una trampa de los alemanes, ya que este podía abortar el aterrizaje ante la mínima sospecha, Bernadette sacó una linterna pequeña pero con el cabezal muy grande. Apuntando hacia el cielo, comenzó a hacer una señal en código morse.

Noor había realizado un cursillo en Escocia, impartido por pilotos que pertenecían al escuadrón 161, para aprender a hacer señales desde tierra. Todo parecía muy lejano, pero tan solo había pasado un mes desde su aterrizaje en Francia. Miró a su alrededor y supo que en aquel campo despoblado, lo mejor hubiera sido emplear fogatas, pero al encontrarse tan cerca de los pueblos habría resultado peligrosamente revelador; la linterna era la mejor opción.

Para los pilotos era tremendamente difícil orientarse a la luz de la luna sobre grandes extensiones de campos de cultivo. Era la destreza individual de cada piloto la que permitía un resultado exitoso o el fracaso de una misión. Pasaron unos segundos hasta que pudieron oír de nuevo el lejano sonido del motor del Lysander. Bernadette volvió a hacer la señal con su linterna. Poco a poco el avión fue aproximándose y el sonido se hizo más evidente.

Rápidamente, Noor ayudó a Jakob a salir del coche. Los tres se quedaron mirando hacia el cielo. Bernadette se giró y miró hacia atrás; algo le había llamado la atención.

—¿Qué sucede? —preguntó Jakob tumbándose en la tierra y con la espalda apoyada en la defensa delantera del vehículo—. ¿Va todo bien?

—No, las cosas no van bien —comentó, y corrió unos pocos metros hacia el camino.

Después de unos segundos en completo silencio, puso la oreja al aire. Volvió del camino a toda prisa, cojeando con insistencia.

—Oh, parece que tenemos problemas, ¿no es así? —preguntó Noor con ansiedad, paseando la mirada por la carretera de tierra y sus alrededores.

—No os preocupéis, que aquí está la vieja Bernadette preparada. Sí, tenemos visita.

Abrió la cajuela y de un falso agujero sacó dos metralletas Sten que se colgó en bandolera.

—Escucha, Noor —susurró Bernadette para que no pudiese oírla Jakob desde la otra parte del vehículo—. Aquí, el hombre, cuando se entere de que yo me quedo haciendo frente a los alemanes querrá actuar como un héroe y como el caballero que verdaderamente es —sacó de otro bolsillo falso de la cajuela una pistola máuser y una bolsa de cuero cargada de plomo con un

lazo para sujetarla a la muñeca—. Deja la Luger que tienes y toma esto, por si las cosas se ponen feas, y esta bolsa es para pegarle a Jakob en la cabeza cuando se obstine y no quiera abordar el avión.

Noor hizo esfuerzos para relajarse y respiró hondo. Sintió una aprensión que dominaba su mente y comenzaba a oprimirle el pecho. Bernadette dio la vuelta al coche, abrió la guantera y se metió al cinto una Walther P38 automática.

—Tenemos que dar a entender al piloto que tiene que aterrizar cuanto antes, que corre peligro el aterrizaje. Por la oscuridad en el camino, él no nos habrá visto —dijo Noor—. Desde arriba podrá ver si son muchos o pocos los alemanes. Por lo menos que hay problemas en tierra...

—¡Pero no tenemos radio! —sentenció Bernadette con enfado, sin dejar de moverse y sin ocultar su nerviosismo.

—Utiliza la linterna para mandarle un mensaje —comentó Jakob

—No, hay que incendiar ese cobertizo. Esto lo alertará de que tiene que hacer el aterrizaje de inmediato —advirtió Noor—. Por lo menos verá si es una emboscada. Si le mando un mensaje con la linterna diciendo que hay alemanes, el piloto no podrá analizar el peligro y quizá tenga miedo de ser derribado y perder el aparato. No debemos demorarnos.

—Tengo un bidón de gasolina, será suficiente —dijo Bernadette sacando de la cajuela un bidón en lugar de la llanta de repuesto.

—¿Pero qué es lo que no tienes guardado en esta furgoneta, Bernadette? —preguntó Noor.

—Lo que no tengo son alas para sacarlos fuera de aquí —contestó—. Id al campo de aterrizaje, ¡ya! Yo me ocuparé de mantenerlos fuera de vuestro alcance. Dirigíos hacia la tercera lámpara, que es donde se detendrá el aparato si desde arriba ve que no podrán abatirlo.

Noor puso su brazo bajo los hombros de Jakob, lo ayudó a levantarse y ambos corrieron con rapidez por el prado. Desde arriba, el piloto vio a lo lejos a un grupo de soldados que se aproximaba a la furgoneta e inmediatamente después, un gran fuego que iluminó todo el campo. Acto seguido vio a los dos pasajeros, un hombre herido y una mujer, ambos fuera del posible alcance de los disparos del enemigo. Hizo descender con apremio el Lysander. El piloto no necesitaba encender las luces de señalización fijas por encima de las ruedas; estaba todo tan iluminado que parecía el mismísimo aeródromo de Inglaterra. El terreno era firme y sin pendiente, era perfecto para un aterrizaje y despegue de gran rapidez. De lo que debía

cuidarse era de no acercarse al borde del prado donde se encontraba la furgoneta estacionada.

Noor se giró y miró en dirección a Bernadette. Después de incendiar el cobertizo, había corrido hacia el vehículo y se había parapetado detrás de una puerta abierta para protegerse.

—No podemos dejarla atrás, Noor —gritó angustiado Jakob—. Este fuego se debe de ver desde París. En pocos minutos estará rodeada. Yo me quedo y tú te largas de aquí.

—Primero te callas, y segundo, espera a que el piloto consiga aterrizar.

Se escuchó el sonido de disparos. Bernadette aún no respondía; esperaba tenerlos al alcance, lo que indicaba que iban a tener tiempo. Sujutando a Jakob, Noor sintió que su cuerpo se ponía rígido.

—Noor, lo siento, no puedo dejarla atrás —dijo sintiendo un repentino fatalismo—. Vete tú. Obedéceme, por lo que más quieras. Corre más allá del campo.

Sin esperar réplica alguna, Jakob saltó sobre la pata coja en dirección a Bernadette, pero tan pronto como le dio la espalda, Noor sacó la bolsa de cuero, le golpeó la cabeza y lo tumbó en el suelo.

—¡Maldita guerra! —gritó Noor.

El Lysander descendió hasta los cuatrocientos metros. Continuó descendiendo hasta que, con suavidad, se deslizó por el prado y aterrizó perfectamente. Desde donde estaba, Noor escuchó más de cerca los disparos de soldados alemanes, después de lo cual sonó una ráfaga tremenda, como un relámpago, sin duda procedente de la metralleta de Bernadette.

El piloto giró y se dirigió donde estaba Noor.

—¡Rápido, mujer! —dijo el piloto tras saltar de la cabina—. No hay tiempo que perder.

El piloto no detuvo el motor. Debía permanecer en tierra el tiempo imprescindible. Era un individuo de aspecto bonachón, musculoso y de mediana estatura; tenía un bigote fino muy peculiar y un rostro anguloso. Hablaba con un fuerte acento escocés. Noor lo reconoció como uno de los hombres que habían estado bebiendo con Vivien en el bar el día que ella se había marchado. Era el hombre que contó de forma hilarante un chiste sobre Hitler. Transportaron a Jakob por la escalerilla metálica, lo colocaron en el interior del aparato atado con el arnés de seguridad y le pusieron el casco de vuelo. Inmediatamente, el piloto le señaló el lugar donde sentarse en la cabina.

—Yo no voy —sacó de su bolsillo el broche y se lo puso en la mano antes de saltar del Lysander—. Déselo a Vivien Thomas. Buen viaje.

—¡Buena suerte! —gritó el piloto cerrando la cubierta de cristal sin esperar un segundo más en tierra.

Noor corrió hacia donde estaba Bernadette. El Lysander giró y tomó velocidad.

—¿Pero qué haces aquí? ¡Por Dios! —le gritó Bernadette. Ambas se giraron y vieron que el Lysander estaba muy alejado del alcance de tiro; estaba al final del prado y con viento a favor.

—¡Sáqueme de aquí! —gritó Jakob al despertarse por el ruido del motor—. ¡Pare!

El avión se ladeó en redondo y pudieron divisar los rostros de Noor y Bernadette iluminados por las llamas del fuego.

—¡Señor! —gritó el piloto desde su cabina—. ¡O se queda quieto o tendré que dispararle yo mismo en la otra pierna!

—¡No podemos dejarlas ahí abajo! —gritó Jakob desesperado.

—¡Yo tengo una misión que cumplir: la de traer a dos agentes de vuelta. La señora ha decidido quedarse y este aparato no puede caer en manos de los nazis. Así que cállese y no toque ninguna palanca! —Tras unos segundos, añadió—: ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho, de veras!

Jakob sintió que se le encogía el corazón presintiendo que nunca más volvería a ver a Noor y comenzó a llorar. Noor y Bernadette miraron hacia el cielo y oyeron el sonido del motor, cada vez más leve hasta que se desvaneció en la noche.

Abajo, en el camino, había silencio.

—Están rodeándonos —dijo Bernadette—. Saben que no pueden atacarnos frontalmente —Noor disparó una ráfaga tras ver varias figuras moviéndose en los arbustos situados a su izquierda. Bernadette se situó en medio del camino, se arrodilló y disparó intermitentemente de derecha a izquierda, vaciando todo el cargador. Tras esto, corrió de vuelta al coche y cargó de nuevo el subfusil.

—Son pocos —comentó Bernadette jadeando—. Yo diría que unos cuatro o cinco.

—Habrán pedido refuerzos una vez que oyeron el avión —señaló Noor—. Eso quiere decir que han estado buscándonos por los posibles campos abiertos y hay otros grupos en la zona. Tendremos unos veinte minutos hasta que los refuerzos lleguen, o incluso menos.

Las llamas ya habían hecho desaparecer el cobertizo, pero aún seguía iluminando parte del prado. Noor era consciente de que, conforme transcurriese el tiempo y llegasen los refuerzos, la preparación militar y la disciplina de los alemanes prevalecerían, por mucho arrojo que ellas tuviesen.

Los alemanes dispararon haciendo añicos los cristales del coche, pero enseguida cesó el fuego.

—Noor, es mejor que nos separemos —dijo con voz nerviosa Bernadette—. Nos reuniremos en el café de José Antonio. Con él podrás viajar a España, si es que no se ha ido ya, pero ahí habrá alguien que pueda ayudarte. Nos quieren atrapar con vida, por eso están esperando refuerzos. Si seguimos aquí más tiempo, cuando amanezca estaremos arrestadas.

Noor se adelantó unos metros y vació la munición de su Sten contra los arbustos en los que estaban tres soldados apostados. Se escuchó un tremendo gemido, lo cual indicaba que había dado a alguno de ellos.

—Está bien —dijo volviendo al lado de Bernadette—. Vámonos. Buena suerte.

Bernadette le dio un beso en la mejilla.

—Cuídate y no dejes que te atrapen con vida. Evita las casas que te vayas a encontrar por el camino, no entres a campo abierto y no te pares —dijo Bernadette señalando al otro extremo del prado—. Tú sales ahora corriendo en aquella dirección y yo lo haré por esa otra. ¡Suerte!

Bernadette salió al camino y comenzó a disparar a derecha y a izquierda. Cuando volvió al vehículo vio que Noor ya estaba corriendo dentro del bosque al otro lado del prado. Recargó su subfusil. Se quedaría protegiendo a su amiga. Cuanto más tiempo mantuviera ahí a los alemanes ocupados, más oportunidades tendría Noor de llegar a París.



capítulo 25

Tras cruzar el canal, el piloto informó que tan solo llevaba a un pasajero varón herido y que su segundo ‘Joe’, una mujer, había decidido quedarse en tierra para hacer frente a los alemanes junto al enlace local de la Resistencia, también mujer. Vivien había llegado hacía una hora a la sala de radio del aeródromo; se sentía desesperada y con una ácida ansiedad ardiendo dentro de ella. No dejaba de fumar y de tomar una taza de té tras otra.

—Santo cielo, una mujer muy valiente, sin duda —dijo Selwyn rompiendo el silencio—. La recomendaré de inmediato para su ascenso y para que le otorguen una medalla al mérito.

Quería impresionarla. A él le gustaban las mujeres fuertes, con carácter, que no se dejaban doblegar y decían todo con ímpetu sin importarles la reacción negativa del interlocutor. Por este motivo, en aquella ocasión había dado su visto bueno a Noor como agente operativa del SOE. Pero con Vivien la sensación que percibía era distinta: se sentía atraído físicamente por ella desde que la vio por primera vez.

“¿Sabe ella que la estoy observando y ese contoneo de sus caderas es deliberado? ¡Va! ¿Quién puede saber lo que pasa por la mente de una mujer?”, pensaba Selwyn.

Una vez más, mientras seguía de pie detrás del operador de radio, se fijó con disimulo en la blusa del uniforme de Vivien y cómo le moldeaba la redondez de los pechos. Junto a su gorra ladeada desenfadadamente, tenía una imagen de ser una mujer tan osada como sensual y excitante. No sería la primera mujer con uniforme que cortejara.

—Bueno, no pensemos en eso ahora —dijo ella abatida, haciendo un esfuerzo para recuperar la calma y atenerse a los hechos—. Por Dios, esperemos que consiga salir con vida. La información que nos ha pasado es valiosísima ya de por sí y ese agente que está a punto de aterrizar... ¡por lo

que habrá pasado! He leído el segundo informe de radiotransmisión en el que Noor menciona al arzobispo de Zagreb y la alianza de la Ustacha con el Vaticano...

—Señor —dijo un oficial interrumpiendo la conversación—, el primer ministro quiere organizar una reunión de urgencia con el M16 y la cúpula del SOE.

—Muy bien —dijo Selwyn, y dirigiéndose a Vivien añadió—: El viejo ya está informado sobre el caso Madeleine, quiero decir... de Nora. ¿Por qué no va a descansar un rato? Luego, más tarde, podremos tomar un café juntos.

—Aquí Lysander Peter 163060, esperando —se oyó decir al piloto que transportaba a Jakob desde un transmisor.

—Control —dijo un operador de control aéreo situado en otro lado de la sala junto a un amplio ventanal—. Concedido permiso para aterrizar. Viento del sudeste. Fuerza tres a cuatro y refrescando.

—Lo que voy a hacer es esperar al agente Hawkbit en el hangar; quiero conocerlo antes de que lo envíen al hospital —comentó Vivien—. Estoy impaciente por escucharlo e informar cuanto antes a Baker Street.



La red telefónica francesa se encontraba colapsada después del comienzo de la ocupación nazi. Al poco tiempo, los alemanes instalaron centralitas automáticas, añadiendo kilómetros y kilómetros de cable, y mejoraron los equipos. El sistema telefónico en París funcionaba mucho mejor, pero aun así seguía sobrecargado.

El agente de la Gestapo vestido de civil que se encontraba montando guardia dentro de un Citroën había visto con asombro cómo el sargento Grimminger había entrado en el apartamento junto con otros dos soldados de élite fuertemente armados. La Gestapo tenía controlados todos los apartamentos desocupados de la Resistencia. Con el paso de los minutos, al ver que no salían, llamó a la central desde un café cercano para informar a su jefe, pero no había línea. Decidió mandar a un ayudante a la avenida Foch. Al no encontrar a Steinbrinck, no tuvieron otra opción que llamar desde la centralita de la Gestapo a casa de su amante francesa. Esa noche la había

abofeteado, la había sacado de la cama y tirado al suelo. Ella, en camisón, había rogado clemencia. Él, rompiéndole la ropa, había hecho oídos sordos, exponiendo cada vez más su cuerpo desnudo. Steinbrinck poco a poco se iba excitando mientras que ella se debatía teatralmente en el suelo, gimiendo e implorando. Tan pronto le desgarró la ropa interior y tuvo el trasero expuesto, comenzó a golpearla con la mano abierta. Cansado de tanto esfuerzo físico como solía hacer con ella en el clímax de aquel juego sadomasoquista, le ordenó vestirse con su uniforme de la Gestapo, la inmovilizó con su cinturón y escenificaron una violación sobre la alfombra mientras ella le rogaba perdón con lágrimas en los ojos. Finalmente, la dejó sin decir palabra y se tumbó rendido sobre la cama.

Después, el teléfono sonó. Había sido informado de la marcha del avión enemigo y de que solo el prisionero varón había conseguido escapar. Ahora tenía que atrapar a Noor. No debía defraudar a los peces gordos de la Gestapo en Alemania, que le habían ordenado la captura con vida de la prisionera Nora Baker, alias Madeleine.

—¡Maldito idiota! —exclamó tras colgar el teléfono de golpe y comenzar rápidamente a vestirse. Había pasado el resto de la noche en vela, bebiendo champán, coñac y fumando. No solo tenía la cabeza hecha un bombo, sino los nervios de punta. Tenía que aprehender a Noor con vida antes que a Griminger se le ocurriesen otros planes y ensuciara así su carrera—. Cuando agarre a ese imbécil, lo mando a Polonia a registrar pajares en busca de viejos judíos.

Su amante francesa, conociendo sus gustos, le preparó café caliente y unos bocadillos de pan crujiente con queso tierno.



Era ya medio día cuando Noor caminaba por las calles de París. Miraba a los ojos de la gente y sospechaba de todo el mundo. Desconfiaba de los tenderos que se hallaban en la entrada de sus comercios, de los niños que andaban de la mano de sus apresuradas madres, de los viejos que fumaban sentados en los cafés a la intemperie, de la gente sentada en los bancos de los parques y de los peatones que caminaban al otro lado de la acera.

Penosamente consciente de que se encontraba en mayor peligro que antes, se obligó a moverse con la máxima cautela.

Intentó evitar que su mirada se encontrase con la de nadie. Había dado la vuelta a la manzana dos veces y no había visto a nadie sospechoso vigilando el edificio. Estaba agotada y la desgarraba la preocupación por Bernadette. No vio ningún coche ni motocicleta sospechosa que estuviera aparcada cerca, pero aquello no la tranquilizó demasiado.

Al tiempo que se decidió a entrar en el apartamento por la entrada secreta situada en el rellano de la escalera, una nube se deslizó sobre el sol y toda la calle quedó sumida en sombras. Estaba tan cansada que pensó en darse una ducha nada más entrar. Había dejado ahí la radio el día anterior, después de transmitir los mensajes a Inglaterra, y tenía intención de informar ahora de que se marchaba al consulado en Barcelona.

Tras abrir la puerta del salón, el rechinar de las bisagras resonó en el silencio del apartamento. Percibió un olor a salchichas y cerveza, pero pensó que provendría de otro piso del edificio; quizás alguien en el pasillo se había dado un festín. Notó que nada había cambiado desde que aquel soldado le ayudó a colocar los cables por encima de las ramas del árbol. Parecía que había pasado muchísimo tiempo y tan solo había transcurrido una noche desde que transmitió por última vez. La ventana seguía entreabierta y la puerta principal cerrada con llave, tal y como quedó cuando fue arrestada.

Fue a abrir las cortinas cuando, de repente, dos sombras aparecieron en el interior de la habitación: dos soldados estaban de pie, a punto de abalanzarse sobre ella. Instintivamente, echó la mano a la culata del máuser que llevaba metida en la cintura de la falda, a la espalda. Cuando uno de ellos se dio cuenta, levantó su fusil, pero Noor disparó su primera bala y le alcanzó el cuello. El segundo soldado saltó hacia ella, con la boca abierta y emitiendo un sonoro grito de rabia; la segunda bala lo alcanzó justo entre los ojos y se desplomó en el suelo como un saco.

Noor se acercó a ambos cuerpos sujetando todavía la pistola y preparada para volver a disparar a cualquier otra figura que se moviese. Se arrodilló y puso los oídos en alerta ante cualquier sonido extraño. Su instinto le decía que no estaba sola, que había alguien más, y se quedó junto a los cuerpos de los soldados pensando cómo actuar. Dejó de resollar, pero aun así su corazón le latía como un martillo. Si los soldados estaban esperándola dentro con el cerrojo echado significaba que conocían la entrada secreta desde la escalera, así que podrían haberle tendido una trampa y fuera habría más soldados

esperándola. “¿Pero dónde?”, pensó para sí. Ellos sabrían que por la puerta principal no podría salir porque no tenía llave. No había ningún coche, ni motocicleta, ni furgoneta sospechosa fuera. Además, no había oído llegar ningún vehículo. Aquel modo de actuar de los alemanes era inusual en un arresto. Si la Gestapo realmente se hubiera tomado en serio tenderle una trampa, se habrían abalanzado sobre ella no dos sino veinte soldados, y habrían rodeado el edificio, pero no era el caso. Noor era consciente de que seguía habiendo probabilidades de que hubiera alguien más en el apartamento.

Estaba alerta y lista para reaccionar en cualquier momento. No conseguía ver a nadie en la penumbra. Dio medio giro hacia la ventana y pensó en saltar a la calle sujetándose a una rama del árbol. Todo seguía en silencio. Podía sentir un lejano olor pestilente, una mezcla de sudor seco, cerveza y carne enlatada. Era consciente de que tenía como máximo cinco minutos para huir antes de que una patrulla alemana hiciese su aparición después de que los vecinos informaran de que habían oído disparos. Solo pensaba en sobrevivir y el tiempo pasaba. Corrió hacia la ventana y cuando ya estaba a punto de saltar, un brazo salió de entre las gruesas cortinas y la agarró por la cintura, la lanzó en dirección opuesta y ella cayó sobre una silla. La pistola rodó por el suelo.

Levantó la cabeza y vio la enorme figura del sargento Grimminger.

—Ahora estamos solos, querida —dijo desabrochándose los pantalones y sacando del cinto su daga de las SS—. De aquí ya no sales.

Noor tenía la cabeza despejada, como si estuviera jugando al ajedrez. Pensó qué paso dar ante aquel gigante que se acercaba con las manos extendidas para agarrarla del cuello del abrigo. Desde afuera se escucharon vehículos que frenaron con estrépito en la entrada del edificio. Sorprendido ante aquel inesperado ruido, el alemán se giró a medias.

Noor se balanceó, extendió la pierna izquierda e impactó de lleno con el pie en la rótula de Grimminger. Tan pronto como el alemán se dobló sobre sí, Noor se puso de pie de un salto, levantó la rodilla hacia su rostro y lo arrojó hacia atrás. Aquel pesado cuerpo fue haciendo zigzags hasta perder el equilibrio y caer contra la pared. Noor escuchó detrás de ella el sonido de un manojo de llaves abriendo los cerrojos de la puerta.

—Ahora no te voy a dejar con vida, bastarda —dijo el sargento, que tiró a un lado su cuchillo y tomó el máuser del suelo.

La puerta se abrió de golpe e iluminó el apartamento. Steinbrinck apareció

de súbito con una Luger en la mano.

—¡Deje la pistola, sargento! —le gritó, apartando a Noor hacia un lado.

Grimminger no hizo caso. En aquellos momentos había perdido toda la disciplina de hierro que le habían inculcado en las SS. Sujetándose a la pared, se levantó pausadamente, con los ojos inyectados en sangre. Daba un espectáculo patético: además de tener la camisa por fuera y el pantalón desabrochado, sangraba a borbotones por la nariz.

—No sea imbécil —le dijo Steinbrinck como última advertencia—. ¿Se atreve usted a acercarse a mí de ese modo, empuñando un arma?

El sargento, que iba en dirección a Noor, hizo caso omiso de la advertencia e hizo amago de levantar el brazo en su dirección. Steinbrinck apuntó y disparó con rapidez dos veces; la primera bala alcanzó el pecho del gigante alemán, que seguía sin detenerse, y la segunda le dio justo en una oreja, derrumbándolo de espaldas sobre un sillón.

Noor huyó de la habitación y salió corriendo fuera del edificio, pero fue detenida por soldados que estaban en guardia con los subfusiles en las manos. Desde donde se encontraba, escuchó una tercera detonación procedente del arma de Steinbrinck, que había rematado el cuerpo del sargento Grimminger. Al llegar a la calle, aparecieron más guardias de las SS. Noor fue empujada dentro de un camión y Steinbrinck los siguió, sentado en un sidecar BMW.



Otto Kramer levantó la mirada, sonrió amistosamente y dijo:

—Es maravilloso comprobar la capacidad que tiene usted de sorprendernos, querida. La sala de tortura está más iluminada que la última vez.

Kramer estaba sentado encima de una pequeña mesa. Se le notaba cansado, exhausto; tenía muchas manchas oscuras debajo de los ojos y parecía que había envejecido durante el transcurso de los últimos días. Su viaje a Italia le había confirmado que podían perder la guerra. Le estaba causando ansiedad saber, por medio de la inteligencia, del continuo e imparable avance de las fuerzas aliadas. Roma caería en cuestión de días y pronto estarían ahí, en su amada París. Tendría que decir adiós a sus amantes,

a su apartamento lujoso de altos techos decorado con plata del siglo XVIII, a su maravilloso y magnífico reloj de pared Neuchatel de más de cien años, al coñac, al champán, a la buena comida, a las bellas pinturas y esculturas francesas, a Degas, a Rodin... Pero, por otro lado, intentaba no prestar mucha atención a todo ello. Lo principal consistía en no admitirlo, en negarlo. “No, no y no”, se dijo a sí mismo mientras golpeaba la mesa con el puño. Pensó en los saboteadores franceses, aquellos a los que denominaba terroristas, cargados de municiones, pistolas y explosivos, listos para apuñalar a los soldados alemanes por la espalda, entorpeciendo decisivamente los planes de maniobra de generales del ejército del Tercer Reich y abriendo paso a las fuerzas de los ejércitos aliados, convirtiendo los tranquilos pueblos costeros del norte de Francia en campos de batalla. Kramer pegó un sonoro puñetazo en la mesa ante la sorpresa de los presentes.

—Me ha apenado mucho la pérdida de mi eficaz sargento Grimminger. Según me dice aquí herr Steinbrinck, murió en fuego cruzado —Steinbrinck estaba de pie, tieso, mirando al frente a pesar del gélido desprecio que sentía por su jefe—. Nora Baker, alias Madeleine, tiene usted aquí un documento en el que se compromete a no escaparse una vez más —prosiguió Kramer, señalando un papel sobre un lado de la mesa—. Somos más que benévolo con su persona, somos cándidamente cariñosos con usted. Digamos que hay alguien, alto miembro de las SS, interesado en que siga usted con vida, qué le vamos a hacer... Si por mí fuese ya la hubiese despellejado lentamente. No crea que no lo he hecho antes; se necesita tan solo anestesiar partes de cuerpo y el prisionero, horrorizado, puede ver cómo poco a poco se queda sin piel y cada vez se le va aplicando menos cantidad de anestesia... —soltó un prolongado suspiro y añadió, poniendo sobre el papel una estilográfica—. Firme este papel.

—No, no firmaré nada —dijo Noor, que se encontraba de pie con las manos atadas a su espalda y agarrada con fuerza por dos soldados.

—Bien, pues yo ni se lo voy a decir una segunda vez ni tampoco insistiré —hizo una pausa y enarcó las cejas—. Si quiere que sea honesto con usted, me satisface su decisión.

Hizo un ademán con la mano y dos soldados entraron junto con Bernadette, que se encontraba empapada de sangre y con moretones en la cara. Noor la vio con expresión aterrorizada y empalideció. Cuando sus miradas se cruzaron, Noor sintió cómo se le oprimía el pecho con la fuerza y determinación que tenía la mirada de su amiga. Bernadette se mantenía con

extraordinaria entereza.

—A los idealismos franceses sin significado, como los de Libertad, Igualdad y Fraternidad, les oponemos las realidades de las SS: pega fuerte, pega más fuerte y sigue pegando. ¡Ja, ja, ja! —rio profundamente e indicó a los soldados, con un movimiento de cabeza, que prosiguiesen con el comienzo de la tortura—. No me gustan las personas con defectos físicos, las aborrezco, más aún a los tullidos y los cojos o con deformaciones físicas, así que tendré que emplear otros métodos para no tocar su impuro cuerpo.

Desnudaron a Bernadette, que miraba de forma inerte a Noor, a quien los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Yo soy de los que opinan que las mujeres son como gallinas: les echas maíz y se van a picar hasta en la mierda. Finalmente, esta señora picó el anzuelo antes de que utilizase la poca munición que le quedaba para quitarse la vida y la atrapamos. Pero eso sí, después de que ella hubiese matado a dieciséis jóvenes alemanes... Tiene que pagar por ello.

Kramer disfrutaba de la situación y las miraba con placer. El miedo, la agonía, la angustia, los lloros, el horror, los gritos, la sangre... Le encantaba ver todo esto en las caras de sus prisioneros, pero más aún cuando dos de ellos se conocían; esto le llenaba de sublime éxtasis, sentía el aumento de su presión sanguínea. Tales sensaciones las comparaba con las que sentía con su secretaria, Erika Schneider, tras provocarle una erección y el orgasmo.

Otto Kramer disfrutaba fracturando huesos con sus barras de hierro, aplicando el baño de hielo que producía estremecedoras convulsiones que congelaban la sangre de los órganos y saboreando ideas de nuevos métodos de torturas. Por el contrario, para sus adentros, Steinbrinck pensaba una vez más que los métodos de Kramer eran totalmente equivocados, ya que se concentraba en el dolor más que en la información. Sí, había tenido éxito haciendo hablar a muchos prisioneros, pero en la mayoría de las ocasiones los había matado salvajemente antes de sonsacarles toda la información.

Según Steinbrinck, un interrogatorio era como una pila de platos de porcelana en el armario de una cocina: si sacas uno del medio, toda la pila se derrumba. Esto era precisamente lo que su jefe iba a hacer con aquella mujer francesa. “Podría partirla el espinazo a la Resistencia sacando las direcciones y la lista de nombres en clave que tenía la prisionera francesa en la cabeza, pero ahí está, tan solo pensando cómo saborear la satisfacción que le causa su mente enfermiza. Himmler debe de estar loco de remate para que este energúmeno siga aquí al mando”, pensó Steinbrinck. Qué lejos le parecían

aquellos años del comienzo de la guerra, cuando opinaba que el Tercer Reich sería como el Imperio romano, trayendo bajo su poder paneuropeo la paz, la prosperidad y la armonía a todos sus súbditos. Tan pronto escuchó a su jefe ordenar que ataran a aquella mujer con las piernas y brazos extendidos en forma de cruz, guardó sus opiniones y emociones tras las puertas de su alma, sintiendo la peculiar frialdad tan común en aquellos momentos, como si un manto de nieve cubriese su corazón haciéndole inmune al espectáculo del dolor ajeno.

Arrastraron el carrito de la máquina de electrochoques y enchufaron el aparato a la pared. Acto seguido, un soldado aplicó dos pinzas en los pechos de Bernadette. Kramer encendió el aparato diez segundos, durante los cuales ella lloró de dolor lo más fuerte que pudo, y luego lo apagó. Bernadette dejó de gritar.

—¡Oh, Dios, oh Dios! —gritó Noor entre lágrimas y al borde del desmayo, intentando ocultar su rostro sin éxito. Los soldados la obligaban a mantenerse derecha—. ¡Oh, Dios, esto es horrible...!

—¿Horrible? Esto es solo la mitad de la potencia. Quiero que permanezcan los gritos y llantos de su amiga en su cabeza durante el resto de su corta existencia —dijo Kramer observando el estado de Noor con una indiferencia solo comparable con el frío de la muerte—. Le causará más dolor no verla reaccionar tras las convulsiones que produce esta máquina eléctrica, esto le dañará psicológicamente. ¿Sabe, madame Nora? Con este aparato puedo despertar hasta el rincón más recóndito dentro de la oscuridad de la consciencia de una persona. ¿Sabe usted lo que hago? Voy echando agua fría al cuerpo desnudo para que las descargas resulten todavía más dolorosas. Ya lo he experimentado anteriormente... —sus labios esbozaron un gesto a medio camino entre la mueca y la sonrisa. Se cruzó de brazos y colocó una mano en la barbilla en actitud pensativa—. Creo que fue con una madre y su hija pequeña —señalando a Noor, dijo a Steinbrinck—. Llévesela de aquí y prosiga con su trabajo.

Mostrándose ante su superior como si fuese el vivo retrato de la eficiencia impasible, Steinbrinck ordenó a los soldados que la sacasen fuera. La metieron en una celda contigua a la sala de tortura, le ataron las muñecas con una cadena y dejaron la puerta abierta para que pudiera oír todo cuanto sucediese dentro de la sala de tortura, a escasos metros de distancia.



capítulo 26

Tras la tortura que sufrió Bernadette —con la máquina de electrochoques al máximo de su potencia, cubos de agua fría sobre su cuerpo y después de haberle provocado atroces espasmos de náuseas—, Kramer le metió dos disparos y ordenó que tiraran el cuerpo enfrente de Noor sin que ella pudiese tocarlo, atada como estaba a la pared con unos grilletes. Desde ahí podía ver los orificios que le habían destrozado el cráneo a su amiga. Habían convertido el rostro y el cuerpo de Bernadette en algo espantoso. Tuvo la sensación de que el mundo se había derrumbado a su alrededor. Durante las siguientes horas, los ojos de Noor se llenaron de tantas lágrimas que el cuerpo de su amiga se hizo borroso.

Noor permaneció en aquella celda durante los siguientes días. Le daban comida suficiente para sobrevivir, solo lo justo: por las mañanas un tazón de agua gris, mientras que en el transcurso del día le daban una sopa rancia, donde algunas veces había un trozo de carne.

Se llevaron el cuerpo de Bernadette antes de que se iniciase el proceso de descomposición.

—Todo esto que ve no es más que un juego en el que participamos. Unos son fervientes admiradores del juego, otros hemos sido forzados a jugar —dijo Steinbrinck de pie mientras que de la sala de tortura vecina se podían escuchar los gritos espantosos de otro prisionero—. Hoy mismo acaba de firmar el Sturmbannführer Otto Kramer su envío inmediato al campo de concentración de Dachau —Noor siguió guardando silencio. El alemán se quedó observando el estado de la prisionera. Tras los últimos acontecimientos, tenía la sensación de querer conversar con ella, compartir pensamientos—. Todo esto no es más que un carrusel en una feria: resulta

algo difícil saltar una vez que se ha puesto en marcha —Noor levantó la mirada y ambos se quedaron observándose en silencio.

Ella enseguida comprendió que Steinbrinck no estaba del todo de acuerdo con los nazis ni con todo lo que se estaba llevando a cabo en aquel edificio. Los gritos seguían oyéndose, pero ya no le causaban estremecimientos. Antes de dar la orden a los soldados para que la sacasen fuera, Steinbrinck añadió:

—Kramer es un monstruo, una aberración de la naturaleza, un esbirro. Los esbirros sostienen los edificios del abuso del poder, sin embargo, yo solo obedezco órdenes, soy un funcionario, un administrativo... Dejé hace tiempo de ser un nazi. Como la felicidad, poco a poco me fui dando cuenta de que aquel ideario solo fue una ráfaga y no un viento estable. Yo cumplo únicamente con mi deber y mi labor sería igual de ejemplar si estuviese destinado en la Kriegsmarine, en la Wehrmacht o en la Luftwaffe. Lo siento... Lo siento de veras, si pudiese dar marcha atrás en el tiempo, me aseguraría de que no estuviera aquí.

Noor se dio cuenta de que aquellas palabras del oficial alemán reflejaban impotencia. Era la constatación de que la mayor de las aberraciones podía ser realizada por cualquiera para integrarse en un colectivo y sentirse parte de un todo, para prosperar, para sentirse algo o alguien dentro de una estructura definida como la Gestapo. Lo demás eran vagas excusas, verborrea demagógica para eludir responsabilidades. Él era tan criminal como su superior Otto Kramer.



Los bombarderos B17 de la octava Fuerza Aérea de los Estados Unidos de América, que operaban desde Inglaterra, habían causado graves daños a las vías de distribución del tráfico ferroviario de Alemania, evitando el transporte rápido de las tropas alemanas para repeler la esperada y ansiada invasión aliada. Por este motivo, se había desviado la ruta de la mayor parte de los trenes procedentes de Holanda y Francia.

Cruzaron la deprimente zona industrial del este de París. Viendo aquel paisaje desolador, Noor pensó en las catedrales y en los intrincados callejones del barrio antiguo y del mundo judío de Praga que había leído en los libros de

Kafka. Recordó cuando escribía cuentos infantiles. En aquel momento se dio cuenta de que esa actividad era para ella una búsqueda de sí misma. Supo que escribir durante aquellos años de su juventud, tras la muerte de su padre, había significado para ella preservarse de la soledad y, desde luego, huir del caos que reinaba en la casa. Cómo echaba de menos aquellos momentos, cuando leía a su madre sus narraciones para animarla y sacarla de la depresión. Leyó en la biblioteca de su padre un libro de Séneca y recordó que decía algo así como que una gran persona es aquella que no solo se impone a la muerte, sino que sale a su encuentro. Pero no, ella amaba a la vida, aunque si le diesen la oportunidad de cambiar su destino, volvería a aceptar la causa que la había llevado a estar en aquel tren de camino a Alemania.

Pensó en Jakob. Recordó el tacto de sus cabellos negros como el azabache, sus labios que tenían el sabor de las flores y sus ojos azules con destellos de humor. Habían sido una pareja muy feliz antes de que se iniciase la guerra, habían ido a meriendas campestres con amigos y compañeros de la escuela de música y habían improvisado conciertos en parques y en las mismas calles de París. Cuánto le había gustado el olor de su pelo, de su piel y el sabor de su boca. Recordó sus palabras: “Si esto sale bien, podremos volver a estar juntos”. Ahora él se encontraría a salvo.

Recordó a su padre. ¿La había querido? En el pasado llegó a pensar que no; ahora estaba convencida de que sí, pero comprendía que él se había rodeado de muros que ella nunca podría escalar. Quizás ese fue el defecto en la relación entre padre e hija. Noor empezó a sentirse nerviosa, se estaba alejando cada vez más de sus seres queridos, de su hermano y de su madre. Era consciente de que no había marcha atrás. Respiró hondo e intentó dominar sus impulsos para recuperar la serenidad. Sabía que, aunque no quisiese, tenía que dar la bienvenida a la muerte.

Tras avanzar entre campos de cultivo, el tren paró en una estación de un pequeño pueblo y por las voces que proferían los empleados ferroviarios, entendió que tenían que aguardar ahí unos veinte minutos para dar paso a un tren procedente del frente. En cuanto pasó por la vía contraria el convoy militar, todos los pasajeros, prisioneros o no, sintieron un miedo espeluznante al ver el estado de los soldados alemanes. Los había con aspecto sucio, en camisas interiores de tirantes, tapados con guerreras, cubiertos con mantas o abrigo, incluso había quienes estaban desnudos de cintura para arriba, como si estuviesen enfrentándose a las bajas temperaturas, sentados al aire libre en los vagones de carga mientras balanceaban sus sucias botas, otros tenían latas

de conserva abiertas y pinchaban con sus cuchillos la carne y comían mientras conversaban, en otros vagones los alemanes miraban fijamente a las vías, sumidos en sus pensamientos y con las armas automáticas sobre las rodillas.

Mientras pasaba aquel largo tren, los vagones presentaban cada vez un aspecto más siniestro; habían sido ametrallados tan brutalmente que en ningún coche había cristales y todo el carruaje de metal estaba cosido a tiros; algunos estaban semidestrozados por lanzagranadas.

Tan pronto como pasaron los vagones transportando soldados, la artillería y los tanques, aparecieron otros donde viajaban centenares de heridos. Aquello era un hospital rodante de mutilados, hombres semidesnudos, todos con vendas en distintas partes del cuerpo, ayudados por médicos y enfermeras. En aquel convoy reinaban el caos, la suciedad y la podredumbre, todo ello muy lejos de aquella propaganda nazi sobre la disciplina y las heroicidades de sus soldados en el frente.

Noor observó que casi todas las puertas tenían manchas de sangre. Viendo aquel espectáculo tan deprimente que presentaban los soldados alemanes provenientes del frente, pensó para sus adentros que, en verdad, estaban ganando la guerra contra los nazis. Sus esfuerzos, por pequeños que hubieran sido, no habían sido en vano. Pronto acabaría la guerra.

—Por fin el bien prevalecerá sobre el mal —se dijo a sí misma mientras miraba por la ventana.

Los soldados que custodiaban a Noor, los centinelas Friedrich y Wermer, procedentes de la avenida Foch, se quedaron quietos, inmóviles, mirando pasar aquel tren por el carril opuesto con tanta atención y pasmo como si vieran pasar el mismísimo infierno. ¿Eran todos ellos soldados alemanes o de una división extranjera?

Noor pensó que aquella pareja de soldados sentados frente a ella que sujetaban las cadenas de hierro unidas a los grilletes de sus muñecas, habrían visto cosas terribles desde el comienzo de la guerra, pero seguramente nunca habrían esperado encontrarse algo así. El tren de pasajeros continuó resoplando cansinamente entre la campiña y los bosques. De vez en cuando se detenían, tras fuertes sacudidas, durante una hora en plena vía. Desde su asfixiante compartimento, Noor se asomaba por la ventanilla y veía a trabajadores locales retirando raíles retorcidos, colocando carriles nuevos y cambiando traviesas.

—La próxima estación es donde tenemos que esperar al otro tren que se

lleva a la prisionera —dijo Friedrich.

—Oye, cuando mandan a prisioneros a Alemania, ¿no dicen que los meten en vagones de ganado? —preguntó Wermer.

—Sí, eso es lo que he oído.

Se apearon en la siguiente estación. El andén estaba lleno de soldados de la Wehrmacht con sus cascos de acero y fuertemente armados, custodiando prisioneros de toda clase: había un grupo mixto de gitanos sentados en el suelo mientras que otro grupo estaba formado solo por mujeres que, por su apariencia, parecían procedentes de la comarca vecina.

Un oficial alemán se les aproximó.

—De París, ¿no es así? —les dijo señalando a Noor. Ambos asintieron—. Pues tienen que esperar aquí al convoy, no se salgan de esta zona del andén y hagan que suba en el primer vagón que pare justo enfrente.

—¿Y cuándo llegará? —preguntó Wermer molesto por la idea de tener que estar esperando durante mucho tiempo en aquel andén ruidoso y atestado de gente.

—Pregunten a aquel hombre —contestó el oficial señalando al jefe de estación—. Yo estoy ocupado.

El jefe de estación vestía un uniforme tan elegante como anticuado: americana y chaleco negros, pantalones de rayas y una gorra que no se quitaba ni para comer.

—Hay uno casi todos los días —contestó el funcionario—. El convoy que esperan con destino a Dachau acaba de pasar por Reims. Me imagino que llegará aquí de un momento a otro y estará a rebosar de judíos, comunistas y demás. Tenían que haber esperado al convoy que sale de París, en vez de venir hasta aquí.

—Sí, pero lo perdimos —dijo Friedrich gruñendo audiblemente—, y nos mandaron venir aquí directamente.

—Pues no son los únicos, todos estos chiquillos de aquí también han venido de las cercanías de París —señaló a un grupo de unos quince niños menores de diez años que los soldados habían situado en la misma zona del andén donde estaba Noor. El jefe de estación se quedó pensativo—. Tendremos que regar los vagones cuando lleguen, eso quiere decir que habrá que pedir más agua para las cisternas.

—¿Regar? —dijo sorprendido Friedrich—. No lo entiendo.

—Son vagones de ganado y no hay lavabos... —aquella pregunta le producía tanta sorpresa como inquietud al jefe de estación francés. Le parecía

raro que lo que sucedía a diario ante su presencia fuese desconocido por los demás—. Mire, cuando el convoy está a tope de gente, el tren se convierte en un asco, hasta entran ganas de vomitar de lo mal que huele. Solo hay un cubo en cada vagón, ¿lo comprende? Un cubo para setenta personas apiñadas de pie unas contra otras y ya se puede figurar usted... Imagínese a lo que recurren esos prisioneros cuando la sed los lleva al borde de la locura... Por eso a veces sacamos la manguera y les echamos agua. La mitad de esas personas mueren antes de acabar el viaje, pero no lo hacemos por ellos, lo hacemos para que el tren no huela a carne muerta a su paso por estaciones como la nuestra.

Friedrich y Wermer se miraron sorprendidos. ¿Cómo iba a oler tan mal dentro del tren? Aunque fuese de ganado, el olor no podría ser tan fuerte como explicaba el funcionario. Ambos pensaron que estaba exagerando, como era propio de los franceses. Uno de los niños no dejaba de mirar a Noor; ella le sonrió y él esbozó una alegre sonrisa. Todos los pequeños estaban fuertemente abrigados y llevaban en la solapa, a la altura del pecho, una cruz amarilla en la que se podía leer ‘judío’. Los había que sollozaban después de haber llorado ininterrumpidamente durante mucho tiempo, otros tenían la cara sucia llena de mocos y lágrimas secas.

En tan solo unos minutos, el andén se llenó de tanta gente que Noor y los soldados estaban codo con codo junto a los niños. Había muchos hombres maduros con los tobillos trabados y las manos atadas a la espalda. Algunos soldados marcaban con tiza líneas en el suelo entre los grupos de gente. La perplejidad y el temor por lo que iba a venir enturbiaron la mirada de Noor. Respiró hondo e intentó dominar sus sentimientos. Recordó las palabras de su padre durante una charla a sus pupilos: “Belleza y muerte, realidad y mente. Escisiones. El ideal inalcanzable de la belleza convierte a la vida en el largo paseo de un fracaso, de una muerte que se arrastra en su dilatada agonía. Vivimos separados entre una realidad externa, la sucesión de rutinas y rituales y nuestra mente, nuestras ilusiones, ideales, proyecciones, especulaciones, expectativas, recuerdos, anticipaciones, sueños. Todo es según cómo lo vivimos. La experiencia interior. Afuera pueden sucederse los desplazamientos de los otros, volúmenes y movimientos, el cambio de luz, pero ese momento adquiere una relevancia o no según cómo lo vivimos, según cómo lo sentimos, un momento que puede estar compuesto de varios tiempos, el de la expectativa, el del recuerdo, pero también el imaginario”.

—¿Conocéis la historia del rey de la India llamado Sultán Tipu? —

preguntó con alegría a los niños, como si estuviese en un colegio con la intención de llamar la atención de los jóvenes estudiantes.

Friedrich fue a darle con la culata de su fusil, pero Wermer, curioso, lo sujetó del brazo y ambos se quedaron a la expectativa de lo que iba a decir. Los niños la miraron en silencio y ensimismados.

—Bueno, pues escuchad, esta es la historia...

Como si la hubiese escrito con antelación y preparado para aquel escenario, Noor hablaba fluidamente, de tal modo que encandiló a los oyentes. Su voz resonaba dulce y su modulación era tan atrayente como su sonrisa y el brillo de sus ojos. Los presentes se quedaron hechizados por su historia. Habían quedado envueltos en una enorme burbuja llamada fantasía. Todo el ruido que sonaba alrededor se había apagado, solo escuchaban la voz melodiosa de aquella mujer.

Les contó cómo era el mundo de la India exótica y llena de ensueño; la historia real del guerrero Sultán Tipu luchando contra los británicos, las riquezas incomparables que tenía, sus magníficos caballos y elefantes, su enorme palacio lleno de oro y objetos brillantes, los bailes tradicionales indios, a la vez que hadas, duendes y dioses variopintos benefactores hacían su aparición; una diosa cabalgando sobre un tigre, uno con cabeza de elefante, otro conduciendo cuadrigas de caballos arengando a soldados antes de una batalla y uno más con cuerpo musculoso de mono sobrevolando las aguas de un mar. Les contó la anécdota de cómo un hombre joven de nacionalidad inglesa que cazaba cerca de Calcuta había sido atacado por un enorme tigre que, según las crónicas de entonces, medía casi metro y medio de alto por tres de largo. La víctima era el único hijo del general Héctor Munro, rival del Sultán Tipu. El indio, para mostrar su valor ante los británicos, decidió dar caza a aquel animal salvaje.

Cuando comenzaba a describir cómo emprendió la caza del tigre en el interior de la selva, sonó un estruendo y, después, un profundo silbato de un tren, lo que hizo que todo el mundo en el andén alzase la mirada. Un miedo terrible cubrió las facciones de los niños, que corrieron a abrazarse a Noor. Friedrich y Wermer, enamorados por las palabras tan musicales de la prisionera, la dejaron estar con los pequeños.

El ruido de aquel convoy iba en aumento, ensordeciendo a todos.

—Pero... siga contando —dijo Wermer con un tono de impaciencia—. El sultán con su daga saltó de su elefante y siguió a pie al tigre que estaba a pocos metros de él...

Noor, con los niños atemorizados y agarrados con fuerza a su vestido, iba a continuar la historia cuando el tren entró en el andén. El sol se ocultó detrás de una masa de nubes y un soplo de viento frío sacudió la estación. El hedor procedente del convoy conforme reducía su velocidad frente a la estación era de verdad como la peste de ganado; sin embargo, era espantosamente humana.

Formaban aquel tren vagones heterogéneos; los había de mercancías y de ganado, mientras que los destinados al correo también habían sido habilitados para el transporte de personas, aunque sus ventanillas iban cerradas. El jefe de estación, que se tapaba la nariz con un pañuelo, comenzó a dar instrucciones a los empleados vestidos con monos de trabajo para que tirasen agua sobre los abarrotados coches. Tan pronto se encendieron las mangueras, una multitud de brazos salió de los espacios entre las tablas de los vagones originalmente puestos para ventilar a los animales. Los prisioneros imploraban como mendigos, con las palmas abiertas y hacia el cielo.

Los oficiales comenzaron a gritar y a ordenar que cada grupo subiese dentro del vagón situado frente a ellos. Numerosos soldados de la Wehrmacht custodiaban cada puerta para evitar que los que estuviesen dentro saltasen fuera.

—El sultán indio tenía su daga cuando saltó del elefante para dar caza al tigre... —comenzó a decir Wermer observando de nuevo a Noor, que con sus brazos rodeaba a los niños.

Ella hizo un ademán de abrir la boca, pero en ese momento descorrieron los cerrojos y abrieron de golpe las puertas de los vagones. Un viento frío azotó los rostros de Wermer y Friedrich, que estaban más próximos al tren. Ambos soldados se quedaron sorprendidos por el espectáculo tan lamentable que presenciaron. No estaban preparados para esa visión. Se estremecieron al observar los semblantes de las personas que iban dentro y que imploraban comida, sollozaban por agua o pedían que los ayudaran a salir. Noor miró por encima del hombro de Wermer y sintió un súbito frío por todo su cuerpo que condensó su aliento en el aire. El sol no era más que una fugaz aparición entre las nubes.

Con un sonoro golpe contra el suelo, se bajó la plataforma del vagón que servía de acceso a los prisioneros.

—¡Venga usted aquí inmediatamente! —gritó enojado Friedrich a un empleado que arrastraba una manguera—. ¡Eche agua aquí!

Aun sin entender el idioma en el que le hablaba, el empleado comprendió

lo que le quería decir y vertió el agua de la manguera sobre el techo del compartimento que le indicaba. Los soldados comenzaron a empujar a los prisioneros con sus fusiles y estos fueron entrando a trompicones dentro de los vagones.

—¡Eh! —gritó con acento austriaco un oficial muy alto y con hombros de atleta. Su gorra con la calavera y las tibias cruzadas, pantalones bombachos, botas negras y uniforme condecorado acentuaban más su carácter intimidante—. ¡Esos niños al otro vagón!

Con determinación, Wermer dio un paso adelante y se puso frente a él, casi chocando su birrete negro con la visera del oficial, mientras le miraba con fiereza a la cara; sus ojos se habían vuelto grises, fríos como un glaciar.

—¡Los niños se quedan con nuestra prisionera! —replicó Wermer con una voz temeraria que no invitaba a la contradicción.

Se había vuelto loco, pensó su compañero Friedrich, que tendió en el aire el documento de traslado de Noor de forma temblorosa. El rostro del oficial permaneció inmóvil con expresión sombría, reprimiendo una profunda ira a punto de estallar porque un mero subordinado había contradicho sus órdenes. Por un momento, pensó en sacar su pistola y vaciar el cargador contra la barriga de aquel imbécil. Agarró el papel que Friedrich le ofrecía. Tras leer que la prisionera procedía de la avenida Foch, tragó saliva. Por su dilatada experiencia, había visto soldados poniéndose histéricamente violentos y disparando incluso a sus propios compañeros tras sufrir un ataque debido a las presiones a las que se les sometía a diario. Miró de arriba a abajo a aquel ridículo y rechoncho soldado y no dudó de que pudiera tener una reacción violenta.

—De acuerdo —dijo finalmente encogiéndose de hombros y evitando discusiones innecesarias. Antes de seguir arengando a otro grupo para que subiesen con rapidez al tren, añadió—: No cambiará nada las cosas. Acabarán todos en el mismo destino y eso si llegan vivos.

Noor, con el rostro pálido y la mirada fija hacia el interior del vagón, ascendió por el tablón de madera junto a los niños que no dejaban de agarrar con fuerza su ropa. Wermer, inquieto, caminó paralelamente a la plataforma y le preguntó en un tono de curiosidad infantil:

—Pero... ¿qué pasó con el tigre? ¿Qué sucedió después?

El rugido metálico del tren producido por el ruido de las ruedas sobre las vías de hierro agitó las copas de los árboles...





NOTA DEL AUTOR

El primer día después de su llegada, Noor Inayat Khan fue encerrada y atada con grilletes a una pared. Una cadena enganchaba las muñecas con sus tobillos. No podía erguirse, pero sí realizar un leve balanceo. En el campo de concentración habían recibido instrucciones sobre Noor, a quien clasificaron como *Nacht und Nebel: Rückkehr Unerwünscht*; un eufemismo que significaba que no era necesario para la prisionera “su salida” del campo de Dachau; que su vida era prescindible. Según oficiales del campo que testificaron después de la guerra, Noor fue golpeada y abusada sexualmente por los soldados de forma continua. La noche anterior a su asesinato, el oficial de las SS encargado de las ejecuciones, Friedrich Wilhelm Ruppert, la violó. De acuerdo con testigos alemanes, Ruppert siguió torturando su cuerpo hasta que, agotado, le anunció que por la mañana la mataría. Al día siguiente, fuera del barracón, después de tirarla al suelo lleno de barro, le disparó en el estómago para que tuviese una muerte lenta y dolorosa. Aun así, ella intentó levantarse y mantenerse en pie el mayor tiempo posible de modo desafiante. Antes de caer al suelo, testigos presenciales aseguraron que exclamó en francés, con las pocas fuerzas que le quedaban, “*Liberté!*”. La cargaron en una carretilla y se la llevaron a un edificio de ladrillos. El oficial alemán de las SS gritó que no malgastasen el gas con ella mandándola a una de las cámaras y ordenó que la arrojasen viva dentro de un horno.

Noor Inayat Khan, la primera mujer operadora de radio enviada a Francia como agente británica del Special Operations Executive (SOE), nacida en Rusia, de origen indio y norteamericano pero criada en Francia, murió asesinada el 13 de septiembre de 1944 en el campo de concentración de Dachau, a trece kilómetros al noroeste de Múnich, cuando apenas contaba treinta años de edad.

Muchísimos católicos, legos y religiosos participaron en el asesinato de

millones de judíos y de tantas otras personas inocentes. Durante la Segunda Guerra Mundial, el papa Pío XII quiso ser un estadista —desempeñando el papel de pacificador—, cuando el mundo, en aquellos momentos, necesitaba a un sacerdote. La terrible realidad fue que los aliados querían que Pío XII se pronunciase contra el Holocausto y los nazis, pero Adolf Hitler quería que guardase silencio y esto último fue lo que hizo. Razones tuvo muchas, entre ellas su odio al comunismo y el hecho de que estuviese rodeado de alemanes en la Santa Sede, así como su estimación por Alemania o por el miedo a represalias. El Holocausto no fue un crimen católico, pero sembró la semilla de la hiedra venenosa: el antisemitismo. El Vaticano abasteció de agua y de atención a la semilla, y también proveyó el cuidado que necesitaba para echar raíces y esparcirse por toda Europa. Después de la Segunda Guerra Mundial, en vez de dedicarse por entero a atender a las víctimas, los miembros del Vaticano se ocuparon de proteger a los responsables, ayudándoles a escapar al exilio en países lejanos. En Roma les dieron alojamiento, comida, dinero, billetes para viajar y visados. Sobre todo obispos alemanes interesados en proteger a sus compatriotas de lo que consideraban las ansias de venganza de los aliados. Pío XII era consciente de que el Vaticano estaba ayudando a centenares de nazis, a quienes suministró millones de dólares para emprender sus nuevas vidas en países extranjeros. Incluso el sumo pontífice se opuso a los juicios de Núremberg porque argumentaba que servían para fortalecer a los comunistas en detrimento de una debilitada Alemania y porque creía que los aliados buscaban no la justicia sino la venganza.

Esta novela respeta el marco histórico, pero recurre a todos los artificios del género —incluso el anacronismo— cuando la ordenación artística lo requiere. Es, por tanto, una obra con personajes de ficción entrelazados con personajes históricos reales.

He omitido mencionar a los dos hermanos menores de Noor y centrarme solo en Vilayat, ya que este último ejerció un papel más influyente en el trascurso de la vida de Noor para luchar contra la tiranía nazi. También para no sobrecargar de información al lector, tras haber narrado la biografía del padre y ese aspecto cultural que tanto marcó el carácter y la personalidad de Noor.

Cuando los personajes reales mantienen diálogos con los ficticios, se hace una recreación de lo que pudieron decir realmente, no sin antes realizar una exhaustiva investigación sobre ellos. Esas palabras pudieron haberse pronunciado en la vida real tanto como pudieron haber sucedido en verdad

las tramas y escenas de ficción.

Por su parte, después de la guerra, el arzobispo Aloysius Viktor Stepinac fue condenado a dieciséis años de prisión. La reacción del papa Pío XII — sucesor de san Pedro en el gobierno universal de la Iglesia católica— fue la de excomulgar a todos los que participaron en el juicio, incluyendo al jurado, mientras que ni un solo miembro del régimen de la Ustasha o los sacerdotes que asesinaron con sus propias manos a los prisioneros serbios, judíos y demás civiles e inocentes, como niños y mujeres, en el campo de concentración de Jasenovac —considerado el campo de exterminio más cruel de todos los tiempos—, recibieron pena alguna de parte del vicario de Cristo, el papa Pío XII.

En 1951, después de tan solo cinco años en prisión, en los que recibió tratamiento preferente en reconocimiento de su condición clerical, Stepinac fue puesto en libertad. Al año siguiente, en 1952, el papa Pío XII lo nombró cardenal, y en 1998, el papa Juan Pablo II lo declaró “beato mártir”. El papa Benedicto XVI afirmó sobre Stepinac, durante su visita a Croacia en 2011: “Por su firme conciencia cristiana, supo resistir a todo totalitarismo, haciéndose defensor de los judíos, los ortodoxos y todos los perseguidos en el tiempo de la dictadura nazi y fascista, y después, en el periodo del comunismo, ‘abogado’ de sus fieles, especialmente de tantos sacerdotes perseguidos y asesinados”.

Ante Pavelić, dictador croata, líder y miembro fundador del grupo terrorista fascista de la Ustasha, huyó a Roma en 1946, disfrazado de monje y con pasaporte español, donde la Iglesia católica lo ocultó a pesar de su condición de criminal de guerra. Estuvo viviendo en el Colegio de San Girolamo degli Illirici, dirigido por croatas. Meses más tarde, huyó a Argentina pero poco después, gracias a la dictadura de Francisco Franco, que albergaba a otros muchos exiliados fascistas y nazis de diferentes países, encontró refugio en España, donde murió en el ostracismo en un hospital alemán en Madrid el 28 de diciembre de 1959.

Friedrich Wilhelm Ruppert, ejecutor de Noor, fue juzgado por crímenes de guerra y condenado a morir en la horca el 29 de mayo de 1946.

De las treinta y nueve mujeres que Selwyn Jepson envió a países ocupados durante el transcurso de la guerra, trece de ellas no consiguieron volver. Después de la guerra continuó con su carrera literaria. El cineasta de origen británico Alfred Hitchcock adaptó una de sus novelas al cine con el título de *Pánico en la escena* (1950).

Vera Atkins —Vivien Thomas en la novela— nunca se casó y trabajó toda su vida para mantener viva la memoria de la Resistencia. Tras el fin de la guerra, su trabajo continuó como miembro de la British War Crimes Commission. En 1987 fue nombrada comandante de la Légion d'Honneur. Murió a los noventa y dos años, el 24 de junio del 2002. Se dice que su figura inspiró al escritor Ian Fleming para crear su personaje de Miss Moneypenny.

El personaje de Karl-Maria Steinbrinck está basado en la figura de Ernest Vogt, de origen suizo-alemán, quien trabajó en el número 84 de la avenida Foch como interrogador y traductor. Durante su arresto después de la guerra, le pidieron que identificase a una señora llamada Renée —en la novela Marguerite— detenida por ser una colaboracionista. Vogt la identificó como la persona que traicionó a Noor. En la vida real se ha documentado que delató a Madeleine porque estaba celosa de que su hermano, cuyo nombre era Antelme, pudiese tener una relación amorosa con Noor. A pesar de haberla mandado a la muerte, después del juicio celebrado contra ella, al que asistió Vilayat, el hermano de Noor, fue puesta en libertad, ya que la defensa argumentó que Antelme también fue detenido por la Gestapo y que tan solo existía un testigo de la acusación y ese testigo era un nazi, por lo que su testimonio sobre lo acontecido no era válido contra una ciudadana francesa que había sido miembro de la Resistencia. Ernest Vogt quedó en libertad años después y murió de causas naturales.

El personaje de Otto Kramer está basado en el verdadero Waffen SS Sturmbannführer Hans Josef Kieffer, que fue el jefe de la Gestapo en la avenida Foch de París. Después de la guerra fue condenado a morir en la horca el 26 de junio de 1947.



AGRADECIMIENTOS

Gracias a María Antonia Orozco. Gracias a Nuria Ochoa por corregirme con tanta sensibilidad, inteligencia e intuición, y a Pilar Fernández por la revisión, poniendo tanta atención en los detalles, sus comentarios y sugerencias. Cualquier error que pueda haber pasado desapercibido es, por supuesto, mío. Gracias a Sol Taylor por diseñar la preciosa cubierta. Gracias a Jesús Gragera por su magnífico trabajo en la maquetación del manuscrito, por su paciencia y dedicación. Gracias al crítico y profesor de cine Alexander Zárate. Gracias a Ashokamitran. Gracias a Pedro J., Carmen, Javier, Irene y Ester, por la amistad y por el apoyo.

He tenido la gran suerte de recibir ayuda del escritor César Vidal, con quien tengo una especial deuda de gratitud por haber sido el primero en leer el manuscrito y por dedicar tiempo a hacerme comentarios y acudir a mi llamada, a pesar de su apretada agenda profesional, y por escribir, a contrarreloj, el prólogo de la novela.

Por último, mi más sincero y cariñoso agradecimiento a María del Carmen Braganza y a Antonio Braganza; sin ellos nada de esto habría sido posible. Gracias Ariam. Gracias Dino. Os quiero.



FUENTES

Para obtener la información sobre el Special Operations Executive — Ejecutivo de Operaciones Especiales—, más conocido por las siglas SOE, sobre sistemas telefónicos, sobre el Tercer Reich, sobre armas y el trabajo de documentación en general, consulté centenares de libros en Inglés, foros de historiadores, vídeos, artículos y páginas web: demasiado material como para poder mencionarlo íntegramente. Algunos trabajos que me fueron especialmente útiles durante el tiempo que estuve escribiendo esta novela en la India: *A History of the British Secret Service* de Donald McCormick; *Secret agents, spies, and saboteurs*, de Janusz Piekalkiewicz; *Hitler's Pope: The Secret History of Pius XII*, de John Cornwell; *Les Armes de la Résistance*, de Dominique Venner; *Noor-un-nisa Inayat Khan: Madeleine*, de Jean Overton Fuller; *The Women Who Lived For Danger: The Women Agents of SOE in the Second World War*, de Marcus Binney, y del mismo autor, *Secret War Heroes: The Men of Special Operations Executive*, y *Between Silk and Cyanide: A Codemaker's War 1941-45*, de Leo Marks.

[1] Hablar es plata, pero el silencio es oro.

[2] Lavandería Dauphin.

[3] El Colegio del País de las Hadas.